

# **GEOFF DYER**

## **Amor en Venecia, muerte en Benarés**



LITERATURA RANDOM HOUSE

**GEOFF DYER**  
**Amor en Venecia,  
muerte en Benarés**

TRADUCCIÓN DE JOAN RIAMBAU



LITERATURA RANDOM HOUSE  
[www.megustaleerebooks.com](http://www.megustaleerebooks.com)

*Para Rebecca*

En cada paso la huella ya estaba presente.

ROBERTO CALASSO

Enormes muros y torres y rocas y balcones —un panorama a lo largo del recodo del río como Venecia a lo largo del Gran Canal o vista desde la Giudecca— hasta el ardiente *ghat* de Manikarnika...

ALLEN GINSBERG, *Indian Journals*

## PRIMERA PARTE

# AMOR EN VENEZIA

Desgraciadamente, la película no era gran cosa; además, nunca me gustó la novela.

JOSEPH BRODSKY, *Watermark*

Los destituidos, los vencidos, los desencantados, los heridos, o los simples aburridos, parecen haber encontrado allí algo que ningún otro lugar puede ofrecer...

HENRY JAMES

Una tarde de junio de 2003 en que parecía que la invasión de Irak no había sido tan mala idea después de todo, Jeffrey Atman salió de su piso para dar un paseo. Tuvo que salir porque desde que se había pasado el alivio del principio ante la situación general —el alivio de saber que Saddam no había utilizado sus inexistentes armas de destrucción masiva contra Londres y que el mundo entero no había sufrido un holocausto—, los innumerables agobios y frustraciones de su situación particular habían vuelto a acosarlo. El trabajo de esa mañana había sido un coñazo. El supuesto «artículo de reflexión» (pensado para no exigir ninguna reflexión por parte del lector y poca más por parte del escritor, pero aun así superior a sus fuerzas) de mil doscientas palabras que tenía que escribir le provocó tal tedio que se había pasado media hora mirando fijamente el correo electrónico de una línea dirigido al editor que se lo había encargado: «No puedo seguir haciendo esta mierda. Atentamente, J.A.».

La pantalla presentaba un duro dilema: «Enviar» o «Eliminar». Así de simple. Si hacía clic en «Enviar», todo se acabaría. Si hacía clic en «Eliminar», volvería a donde había empezado. Si acabar con la vida de uno fuera tan fácil, habría miles de suicidios a diario. Te das un golpe en el dedo del pie camino del cuarto de baño. Clic. Al desayunar, te manchas el puño de la camisa de mermelada. Clic. Empieza a llover en cuanto sales de casa, pero te has dejado el paraguas arriba. ¿Qué hacer? Sube a por él, vete sin él y empápate, o... Clic. Pero mientras estaba sentado mirando fijamente el mensaje, a punto de mandarlo, sabía que no lo haría. La sola idea de enviarlo bastaba para disuadirlo. De modo que en lugar de mandar el mensaje o



continuar con su artículo sobre una nueva y «controvertida» exposición artística de la Serpentine, se quedó sentado, paralizado, sin hacer nada.

Para romper el hechizo que lo atenazaba, hizo clic en «Eliminar» y salió de casa como si huyera de la escena de un espantoso crimen aún por cometer. Con suerte, el aire fresco (si se podía considerar tal) y el movimiento lo reanimarían y le permitirían dedicar la noche a acabar aquel absurdo artículo y hacer los preparativos del viaje a Venecia que debía realizar al día siguiente por la tarde. ¿Y cuando llegara a Venecia? Más bazofia en cantidades industriales. Debía cubrir la inauguración de la Biennale —esa parte estaba chupada—, pero le había surgido una entrevista con Julia Berman (o, al menos, una posible entrevista con Julia Berman) y ahora, además de escribir sobre la Biennale, se suponía que tenía que convencerla —que rogarle, suplicarle y rebajarse en general— para que le concediera una entrevista que garantizaría todavía más publicidad al álbum de próxima aparición de su hija e inflaría la hinchada reputación de Steven Morison, el padre, un artista extraordinariamente sobrevalorado. Además tenía que asegurarse, como mínimo, de que ella cedía a *Kulchur* los derechos exclusivos para reproducir un dibujo que le había hecho Morison, un dibujo que no había sido publicado antes y que no había sido visto por ningún miembro de *Kulchur*, pero que, debido al temor a que una publicación rival se hiciera con él, había adquirido el estatus de objeto excepcional y valioso. El valor de cualquier parte aislada del acuerdo era irrelevante. Lo que importaba era que, en términos de marketing y publicidad (o, desde un punto de vista editorial, de tirada y anuncios), todos los planetas se alinearan. Tenía que entrevistarla y que marcharse con el dibujo y los derechos para reproducirlo. Mandaba cojones... Una mujer que empujaba un cochecito de niño todoterreno le lanzó una mirada rápida y apartó la vista todavía más deprisa. Él debía de haberlo hecho: no hablaba en voz alta, sino que formaba palabras con la boca, sincronizando inconscientemente con los labios el torrente de quejas que le rondaban

constantemente por la cabeza. Cerró bien la boca. Tenía que dejar de hacerlo. De entre todas las cosas que tenía que dejar de hacer, esa era la primera de la lista. Pero ¿cómo se deja de hacer algo cuando uno no se da cuenta de que lo está haciendo? Charlotte era quien se lo había hecho notar cuando todavía estaban juntos, pero seguramente él ya llevaba años haciéndolo. Hacia el final se refería a esa práctica de karaoke murmurado como «esa cosa». «Esa cosa —decía—. Ya estás haciendo esa cosa otra vez.» Al principio era una broma entre ellos. Luego, como el resto de cosas en un matrimonio, dejó de ser una broma y se convirtió en la manzana de la discordia, un problema, una fuente de resentimiento, uno de los múltiples factores que hacía la vida en el Planeta Jeff —como ella bautizó el yermo inhabitable de su matrimonio— insoportable. Lo que ella no entendía, decía él, era que la vida en el Planeta Jeff también era insoportable para él; de hecho, más que para cualquier otra persona. A eso se refería ella exactamente, decía Charlotte.

Hoy día no tenía a nadie que le avisara de que andaba por la calle pensando en voz alta. Era una costumbre muy fea. Tenía que dejar de hacerlo. Era posible que mientras andaba por la calle estuviera formando esas mismas palabras con la boca: «Es una costumbre muy fea, tengo que dejar de hacerla, es posible que mientras voy andando por la calle esté formando esas mismas palabras con la boca...». Volvió a cerrar la boca para interrumpir su hilo de pensamiento. El único modo de poner fin a la costumbre de formar palabras con los labios era dejar de formar las palabras en su cerebro, dejar de tener las ideas que formaban las palabras. ¿Y cómo lograrlo? Era una tarea importante, la clase de logro que se consigue en un *ashram*, y no de forma superficial en un salón de belleza. Al final, todo lo que a uno le pasa por dentro se manifiesta externamente. El interior se exterioriza... Hizo un esfuerzo por sonreír. Si pudiera acostumbrarse a hacerlo continuamente, de forma que su cara pareciera alegre en reposo, el exterior se interiorizaría y sería capaz de sonreír internamente. En cuanto dejaba de concentrarse en

sonreír, su cara retomaba la norma adusta. «Norma» era sin duda la palabra adecuada. La mayoría de las personas que se cruzaban con él parecían terriblemente deprimidas. A juzgar por sus caras, muchas de ellas parecía que tuvieran el alma ceñuda. Tal vez Alex Ferguson estuviera en lo cierto y masticar chicle ferozmente era la única salida. De ser así, la solución estaba al alcance de su mano en forma de tienda de periódicos.

Tras el mostrador había una joven india. ¿Cuántos años tendría? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho? Era guapísima y tenía una sonrisa radiante, algo poco corriente en su trabajo. Tal vez hacía poco que había empezado, estaba tomándose unos días libres en sus estudios de bachillerato o como quiera que se llamara hoy, sustituyendo a su malhumorado padre, quien pese a hablar poco inglés se había adaptado hasta tal punto a la vida inglesa que parecía tan cabreado como un descendiente de normandos. A Atman siempre le sorprendían sus encuentros con aquel hombre porque, pese a su brevedad, lograban arrebatarse la más mínima sensación de bienestar que tenía al entrar en el local. Costaba reprimir la costumbre de decir «por favor» y «gracias», pero como represalia, como protesta ante la negativa del hombre a respetar las muestras básicas de cortesía, Jeff siempre cogía lo que iba a comprar —el periódico, una chocolatina— y le entregaba el dinero en silencio. Ese día fue distinto. Jeff le dio una moneda de una libra a la chica. Ella le devolvió el cambio, lo miró a los ojos y sonrió. Al cabo de unos años apenas se fijaría en la persona a la que atendiera; se limitaría a levantar la vista, coger el dinero y procurar no convertir ese intercambio en algo más que la transacción financiera de bajo nivel que era. Pero de momento se trataba de algo totalmente mágico. Era muy fácil hacer que la gente (es decir, Jeff) se sintiera un poco mejor con su vida (es decir, consigo mismo) y hacer del mundo un sitio un poco mejor. El misterio residía en por qué tanta gente —y había muchas ocasiones en que él mismo se podía contar entre ese grupo— optaba por hacer del mundo un sitio peor. Se marchó del establecimiento sintiéndose

más feliz que cuando había entrado, cautivado por ella, incluso un tanto excitado. No exactamente excitado, sino intrigado. Intrigado por saber qué tipo de ropa interior llevaba debajo de su camiseta y sus tejanos de cintura baja — exactamente la clase de pensamiento que, presuntamente, la comunidad musulmana (la supuesta comunidad musulmana)— esgrimía como justificación del velo. Pocos días antes había leído que los musulmanes británicos eran los más amargados, resentidos y fastidiados de toda Europa. De modo que ¿a qué venía todo aquel debate en torno a la necesidad de los musulmanes de integrarse en la vida británica? El hecho de que estuvieran tan cabreados era una señal de profunda asimilación. ¿Qué mejor prueba podía haber?

Mientras masticaba una barrita de Topic —en el último momento había optado por chocolate en lugar de chicle—, Jeff entró en Regent's Park. El hecho de que a esa hora ya debería haber vuelto a casa y haberse puesto a trabajar no hizo más que empujarlo a seguir adelante, atravesó el parque bajo el cielo henchido de nubes y cruzó Marylebone Road.

Atman, que era un animal de costumbres arraigadas, estaba programado para dirigirse a la pastelería Valerie's con solo pisar Marylebone High Street y pedir un café solo acompañado de leche caliente y un cruasán con almendras, aunque no le apeteciera ninguna de las dos cosas. Normalmente iba allí por las mañanas, pero ahora, con el tedio de la sobremesa, era demasiado tarde para el café y demasiado pronto para el té (de hecho, era ese momento del día en que a nadie le apetece nada) y muy tarde para leer el periódico, que había leído de forma extraordinariamente concienzuda para aplazar la escritura de su estúpido artículo. Afortunadamente, contaba con la compañía de un libro: *Venecia observada*, de Mary McCarthy. Lo había leído por primera vez cuatro años antes, después de volver de la Biennale de 1999, y había empezado a releerlo —junto con otros libros clásicos sobre Venecia— como preparativo del segundo viaje. El cruasán tenía el tamaño y el aspecto de un pequeño pavo asado, y mientras lo masticaba le dio tiempo a leer todo

el apartado dedicado a *La tempestad*, de Giorgione.

McCarthy consideraba que había «una nueva melancolía en el ocio crónico» de la nobleza renacentista. ¿Se podía detectar una melancolía similar entre las damas ociosas de Marylebone High Street? Aparentemente, no. Como el resto de cosas, el ocio había cambiado con los tiempos; se había acelerado. Por eso había una especie de urgencia en esas mujeres de banqueros y gerentes de fondos de inversión que negociaban el breve intervalo entre la comida y la recogida de sus hijos del liceo o la American School. Habían aprendido la lección del ocio, la importancia de procurar que no les quedara tiempo para ser infelices. En el Renacimiento el tiempo se acumulaba sin pasar, de tal forma que siempre había tormentas repentinas a punto de estallar. De ahí la melancolía que «impregna los cuadros de Giorgione, un soplo de malestar que no logra agitar el follaje de los árboles [...] Es ese total estatismo de las escenas lo que causa esa extraña impresión».

Atman no había visto el cuadro en 1999, pero era una de las cosas que más ganas tenía de hacer esta vez (si le daba tiempo): ver *La tempestad*, cotejar el cuadro —y la ciudad— con lo que McCarthy había escrito al respecto.

Lleno del cruasán y tenso por el café, salió de Valerie's y echó un vistazo a la librería Oxfam, parte del curso normal de un paseo por Marylebone High Street. Lo que fue totalmente excepcional fue verse mirando a través de la ventana de una peluquería cara. Él nunca había pagado más de diez libras (con propina), se cortaba el pelo en la misma peluquería desde hacía treinta años, desde la moda de lo unisex de mediados de los setenta, y, lo que era más importante, no necesitaba cortarse el pelo. Pero allí estaba, abriendo la puerta, entrando, dando los primeros pasos para hacer algo que llevaba años pensando: teñirse el pelo. Durante mucho tiempo había considerado el pelo canoso un síntoma, un sinónimo de monotonía interior, y lo había aceptado, consecuentemente, como algo inevitable; pero todo eso estaba a punto de cambiar. Cerró la puerta tras de sí. El interior climatizado tenía un agradable

olor a productos de peluquería y poseía un aspecto conservador, aunque no era la clase de establecimiento donde el hecho de teñirte el pelo de un color que no fuera naranja y rojo chillón te convertía en un carroza. Prácticamente se respiraba el ambiente de una clínica o un balneario. Un hombre con el pelo moreno amorfo —¿era una táctica sutilmente insinuante que muy a menudo los peluqueros parecieran necesitar un corte de pelo?— le preguntó si tenía hora.

—No, pero me preguntaba si tendrían un hueco.

El hombre consultó la agenda, pesada y llena de correcciones, una especie de registro del mundo de la peluquería.

—¿Cortar y lavar?

—Sí. En realidad, me estaba preguntando... —Se sentía tan avergonzado como un personaje de una novela de los cincuenta comprando condones—. ¿Sería posible teñirme el pelo?

El hombre, que hasta entonces solo parecía ligeramente interesado, se concentró más en ese momento.

—Sí —dijo—. Teñir es un arte, como todo lo demás. Nosotros lo hacemos excepcionalmente bien. Lo hacemos tan bien que parece de verdad.

—Eso es de Sylvia Plath, ¿no?

—Por supuesto.

Un peluquero que citaba poesía. Decididamente, era un sitio de categoría. O tal vez esa clase de comentario era habitual en esa parte de Londres. A Jeff le habría gustado contestar con algún tipo de contrarréplica, pero no se le ocurrió nada. Le explicó que no quería algo demasiado radical; quería que fuera sutil.

—¿Como este? —El hombre sonrió.

—¿Como qué?

—Como el mío.

—¡Caramba! Sí, exacto.

Costaba creer que tuviera el pelo teñido; parecía totalmente natural y todavía tenía unas pocas canas en las sienes. Entraron en negociaciones más

detalladas. Le iba a costar una fortuna, pero lo bueno fue que al cabo de diez minutos —había tenido suerte, dijo el hombre, acababa de haber una cancelación—, Jeff estaba sentado en el sillón para que le cortaran un poco el pelo y se lo tiñeran... «Con discreción, muy delicadamente», pensó para sus adentros, pero era demasiado tarde para echar mano de su cita de Plath. Era evidente que el hombre que lo había recibido era una especie de *maître*; del teñido se encargó una joven con múltiples piercings (ceja, nariz, un pendiente en la lengua que brillaba con la saliva) que prefería trabajar en silencio. A Atman le parecía bien. Estaba preocupado por las consecuencias que tendría salir de allí con el pelo teñido. Era la clase de cosa que hacías si emigrabas a Estados Unidos, empezar una nueva vida en un sitio donde nadie sabía que tenías el pelo canoso, pero él se estaba reinventando en su territorio, en Londres, en Marylebone High Street. Envejeces de forma imperceptible. Las rodillas empiezan a dolerte de forma perceptible. No mejoran. De vez en cuando, empeoran y luego mejoran, pero ya no vuelven a su estado previo. Empiezas a aceptar que tienes las rodillas mal. Adaptas tu andar para compensar y aliviar ese hecho, pero al hacerlo estás creando las condiciones propicias para padecer dolor en la región lumbar. Esas cosas eran complicadas y en ocasiones imposibles de arreglar. Y ahora uno de los síntomas del envejecimiento —posiblemente no el peor, pero sin duda el más visible— estaba recibiendo tratamiento rápido e indoloro. Era así de simple. Lo único que hacía falta era dinero y un poco de tiempo. Aparte de eso, solo tenías que sentarte debajo de uno de esos secadores marcianos, esperando, preguntándote si deberías haber elegido un tono más claro o uno más oscuro. O solo un pequeño corte de pelo.

Llegó el momento de la mentira. Retiraron el papel de aluminio. Jeff estaba inclinado hacia atrás sobre la pila. Le habían lavado el pelo con champú de aroma a almendra y se lo habían enjuagado. Cuando volvió a colocarse en posición erguida, se vio en el espejo ante su nuevo pelo. Húmedo, parecía del

color moreno de un muñeco. El proceso de secado fue como ver una polaroid al revés. El moreno se destiñó poco a poco hasta adquirir un convincente tono rejuvenecedor. ¡Había funcionado! Tenía el pelo moreno sin que pareciera teñido. ¡Aparentaba diez años menos! Quedó tan contento con el resultado que podría haberse pasado un buen rato admirándose en el espejo. Era la misma persona pero no era la misma: una persona morena, convincentemente juvenil. Bien mirado, eran las ochenta libras mejor gastadas de su vida. (Lo único que podría haberle hecho más feliz habría sido dar con la forma de reclamar el desembolso en concepto de preparación e investigación para la Biennale.) Y al día siguiente estaría camino de Venecia. La vida era maravillosa, mucho más maravillosa que tres horas antes, cuando había salido de casa para aplazar la escritura de un estúpido artículo que todavía tenía que escribir. De no haber sido por eso, de no haber tenido que volver para escribir su estúpido artículo, habría sentido la tentación de dejarse caer otra vez por la tienda de periódicos para ver si la chica india seguía allí.

Una vez de vuelta en casa, en su escritorio, no dejaba de asaltarle una pregunta constante: ¿cuánto tiempo más podría seguir haciendo aquello? Aparecía durante unos dos minutos seguidos, pero poco a poco esos incrementos de dos minutos —salpicados de correos electrónicos que entraban y salían— aumentaron. Dios, qué forma tan deprimente de ganarse la vida. Cuando su pelo lucía aquel color de forma natural —o más oscuro—, era emocionante escribir artículos así, o como mínimo era emocionante verlos impresos. El hecho de que su pelo teñido le hubiera hecho retroceder en el tiempo le permitió darse cuenta de los pocos progresos que había hecho en la década y media que había transcurrido. Allí estaba, haciendo la misma mierda que quince años antes. No es que eso lo hiciera más fácil; simplemente, lo hacía más deprimente. Como siempre, se esforzó por acercarse a la cantidad de palabras exigida y luego, después de meter paja y extenderse, acabó pasándose de palabras y tuvo que dedicar todavía más energías a acortarlo y



conseguir la extensión requerida (que siempre resultaba ser superior a lo que en realidad se publicaba). Aun así, a las once ya lo había terminado, resuelto, completado. Lo celebró bebiendo manzanilla —se avecinaban días de abundante consumo de alcohol— y viendo lo que quedaba de *Newsnight*, asombrado de lo canoso que se había puesto Jeremy Paxman.

«Al día siguiente estaría camino de Venecia...» Ahora, en un orden de cosas más inmediato y menos agradable, iba camino del aeropuerto de Stansted. Teniendo en cuenta las posibles cancelaciones y fallos —semáforos de ferrocarril, agujas, máquina—, había salido con tiempo por si había retrasos, pero esta vez no se produjo ninguno; todo fue como la seda y llegó al aeropuerto con tiempo de sobra. De ese modo, el delicado sistema de transportes del país lograba hacer perder el tiempo a los ciudadanos incluso cuando nada iba mal. Delante de él, en la cola de facturación, estaba Philip Spender, director de la galería Gagosian, ataviado con su traje color crema —su característico traje color crema— y unas gafas de sol caras colocadas encima de su corte de pelo caro.

—¡Jeff Viajes Pagados! ¿Por qué no me sorprende encontrarte aquí?

—Lo mismo digo, Phil. —Él estaba mirando el pelo de Jeff—. Tienes buen aspecto.

—Tú también.

Spender seguía mirándole el pelo. Jeff podía ver la pregunta «¿Te has teñido el pelo?» desvaneciéndose en su cabeza sin ser formulada a aquella hora del día, antes de estar borracho. Pero se lo preguntaría en algún momento, seguramente en el instante que garantizara la mayor humillación pública. Se habían visto un par de noches antes, en la inauguración de la exposición de Grayson Perry en la galería Victoria Miro, de modo que el contraste entre el antes (canoso) y el después (discretamente no canoso) debía de haber

resultado a los ojos de Phil de lo más acusado y menos discreto. Averiguaron dónde iban a alojarse (bastante cerca el uno del otro); las fiestas a las que iban a asistir (muchas coincidencias, aunque Phil también iba a asistir a otras, incluida una actuación semiclandestina y no programada de Kraftwerk de la que Jeff no había oído hablar y a la que no tenía intención de ir, pero que ahora seguro que le obsesionaría). Había llegado el inicio de la Biennale: la aparición de la ansiedad por las fiestas y la envidia de las invitaciones, el miedo a que hubiera fiestas mejores a las que no habías sido invitado, un nivel superior de placer que te estaba vedado. Una vez que llegabas a Venecia, la cosa se agravaba todavía más. Podías estar en una fiesta tremenda, llena de gente divertida, rodeado de mujeres hermosas, con alcohol a raudales, totalmente feliz, pero una parte de ti estaba atormentada porque había otra fiesta a la que no habías sido invitado. No había nada que hacer. En realidad, Jeff no tenía un papel activo en el mundo del arte. Era de cierta utilidad a la hora de conseguir publicidad a las galerías y los artistas, pero carecía de valor real por méritos propios. Era la clase de persona que se deja comprar a un precio relativamente barato —unas cuantas copas de *prosecco*, un canapé de inspiración asiática—, encantado de ser el acompañante de otra persona si eso le permitía entrar en una fiesta a la que no habría conseguido acceder de otra forma. Estaba muy abajo en el escalafón, pero mucha gente ni siquiera ocupaba un lugar en el escalafón; y no todo el mundo que hacía cola para facturar se dirigía a la Biennale. También había familias al borde del motín, mochileros y un grupo de irlandeses rubicundos que parecía que hubieran comprado billetes solo para quedarse en las tiendas *duty-free*.

—¿Sabes? —dijo Phil, como si le hubiera leído el pensamiento—, volar no ha vuelto a ser lo mismo desde que retiraron el Concorde.

—Completamente.

¿De dónde había salido ese «completamente»? Nunca lo había dicho antes. Se le debía de haber pegado de una novela de John le Carré que había leído un

par de semanas antes. El Circus. Cazadores de cabelleras. Niñeras. Completamente. A lo mejor Phil era un espía que trabajaba en la galería Gagosian, pero prestaba sus servicios en secreto a la White Cube. De hecho, desde que a Jeff se le pasó por la cabeza la idea de la duplicidad, pensó que casi con toda certeza iban a dar una fiesta a la que él no había sido invitado. Menudo cabrón estaba hecho Spender, charlando con él y sabiendo que su galería iba a dar una fiesta a la que Jeff no había sido invitado. Por segunda vez en varios minutos, Phil pareció haberle leído el pensamiento.

—Vendrás a nuestra fiesta, supongo.

—¿Cuándo es? Creo que no he recibido invitación.

—El viernes. Deberías haber recibido una. Yo mismo incluí tu nombre en la lista.

Típico: allí estaba él, pensando que todo el mundo era un cabrón redomado —un agente enemigo—, y resultaba que todos eran considerados y atentos. El único cabrón era el propio Atman por ser tan suspicaz, por estar dispuesto a pensar lo peor de todos.

Phil abrió su maletín negro de piel.

—Aquí tienes —dijo, ofreciéndole una invitación—. Quédate esta.

—Gracias.

Jeff examinó la invitación y se fijó en el logotipo del patrocinador —Moët, bien— y en la hora. Mierda, coincidía exactamente con la fiesta de Australia que, a su vez, se celebraba a la misma hora que una cena que había cancelado en cuanto había recibido la invitación de la fiesta de Australia. Eso también formaba parte de la experiencia de la Biennale: el no ser invitado a celebraciones constituía una fuente de tormento; el ser invitado se sumaba a los problemas logísticos de querer asistir a muchas más celebraciones de las que uno tenía intención de asistir.

Otra señal de que la experiencia veneciana había comenzado allí, en el aeropuerto de Stansted: él y Spender estaban lanzando miradas por encima del

hombro para ver quién había alrededor. Jeff reconoció a varias personas en las diversas colas de facturación que amenazaban con fundirse en una sola. Hablando por teléfono mientras hurgaba en su bolso estaba Mary Bishop, de la Tate Modern, a la que se le cayó un encendedor y el pasaporte. El hombre que tenía al lado —Nigel Stein— se agachó y se los recogió. Jeff los saludó a los dos con la mano. De hecho, cuando miró a su alrededor, vio a muchas personas que conocía, todas mirando a su alrededor y saludando con la mano a sus conocidos.

A pesar de su longitud, la cola avanzaba rápido. Jeff vio entonces, no sin cierta sorpresa, que el logotipo de la línea aérea situado encima del puesto de facturación rezaba: «Air Meteor: Volamos. ¡Lo demás nos la suda!». Estaba en la misma fachada, contra el mismo fondo amarillo, que los símbolos del resto de las líneas aéreas, pero ninguno de los otros mostradores ostentaba esa interesante modificación. Al acercarse vio que el eslogan había sido pegado sobre el existente, pero con tal sutileza y habilidad que costaba percatarse de ello. Teniendo en cuenta lo rápido que debían de haberlo hecho —hoy día los aeropuertos no eran los lugares más adecuados para la subversión de guerrilla o las bromas artísticas—, resultaba impresionante. Tal vez era obra de Banksy. O tal vez, con espíritu de colaboración artística e intención de aumentar la notoriedad de la marca, la línea aérea había accedido a dejarlo así. En cualquier caso, sin duda era una observación razonable. Líneas aéreas como Ryanair o EasyJet intentaban disfrazar su condición humilde; Meteor se jactaba de la suya. Lo que veías era lo que había. O, mejor dicho, de lo que no disfrutabas. Se trataba de vuelos económicos elevados a la máxima expresión. Habían desprovisto los vuelos de todo lo que los hacía un poco más agradables, y al pasajero le quedaba la experiencia esencialmente desagradable de llegar de A a B, aunque al final B no resultara estar en B, sino en la ciudad vecina C, o incluso en el país D.

Spender facturó sin problemas. Al volverse hacia atrás en el mostrador, dijo

a Jeff que lo vería al otro lado, como si estuvieran a punto de cruzar la laguna Estigia. Jeff avanzó, entregó su pasaporte, respondió a las preguntas sobre seguridad y dijo que no llevaba equipaje que facturar. La mujer del mostrador le pidió que le enseñara su equipaje de mano. Él levantó la bolsa más pequeña de las dos que llevaba, y ella continuó y tramitó la facturación. Con cuidado de ocultarle el otro bolso, Jeff se apartó y se dirigió al control de seguridad. Carente de mayores objetivos, su vida estaba hecha de pequeños triunfos y éxitos como aquel. Había evitado facturar el equipaje, con lo cual se había ahorrado una cantidad incalculable de tiempo al otro lado.

El embarque fue un caos donde la educación brilló por su ausencia, pero la demanda de sitios en la parte delantera del avión era tal que Jeff consiguió el máximo premio: un asiento en la fila de la salida de emergencia. Guardó sus bolsas, una de las cuales era tan grande que casi no entraba en el compartimento superior, sonrió a su vecino y se abrochó el cinturón preparándose para lo que prometían ser un par de horas incómodas pero festivas. El avión estaba lleno de personas que ya se conocían, todas con destino a la Biennale. Era como participar en un viaje escolar organizado por la profesora de arte y financiado en parte por varias fábricas de cerveza generosas.

En la Biennale uno entraba en un mundo de exceso mágico. El champán fluía como agua de manantial. Se rumoreaba que en la fiesta de Ucrania se iba a servir caviar valorado en ciento cincuenta mil dólares. No como en el avión, desde luego. El recorte de costes era asombroso, extravagante incluso. Habían reparado en todos los gastos. Quitar las comidas y las bebidas solo era el principio. Habían escatimado en los uniformes de las auxiliares de vuelo, en el diseño y las ilustraciones del mostrador de facturación, en el número de caracteres de la tarjeta de embarque, en la cantidad de espuma del acolchado de los asientos. Costaba imaginar que no hubieran escatimado también en las medidas de seguridad: ¿por qué molestarse con una balsa salvavidas cuando

todo el mundo sabía que si el avión hacía un amaraje forzoso estabas jodido de todas formas? Parecía que incluso hubieran presupuestado el aspecto de las auxiliares de vuelo. La que se encargaba de la demostración de seguridad parecía que sufriera el equivalente aéreo de la enfermedad de descompresión. Por mucho maquillaje que se pusiera —y llevaba mucho, endurecido como en la primera fase de preparación de una mascarilla—, no podía disimular la mella que habían hecho en ella los años sometida al jet lag y la presión de la cabina.

Sin embargo, por lo que respectaba a aquel vuelo en concreto, todo fue según lo planeado. El avión aceleró, despegó con éxito, se niveló a la altitud de crucero y, a menos que se produjera una catástrofe, aterrizaría en Venecia (o sus alrededores) en menos de dos horas. Incluso un viajero de avión habitual, acostumbrado a las quejas y aficionado a las comodidades como Atman, tenía que reconocer que, para tan solo dos horas, las condiciones a bordo eran tolerables. Compró una Coca-Cola y un envase pequeño de Pringles —«¿Me puede hacer un recibo, por favor?»— y empezó a leer el material de prensa que le habían enviado el día anterior sobre Julia Berman, Steven Morison y su hija, Niki.

La suya era una historia bastante corriente. Habían tenido una aventura, ella se había quedado embarazada y había criado a la niña sola. Morison había contribuido con algo de dinero, pero había seguido con su vida de artista de éxito mundial, pintando cuadros y acostándose con todas las modelos o ayudantes de estudio de las que se encaprichaba, la más reciente de las cuales solo era un par de años mayor que su hija, que tenía veintidós e iba a publicar su primer disco (con una portada diseñada por su famoso padre). Niki ya había sido entrevistada por *Vogue*, pero una entrevista con la solitaria madre y un dibujo nunca visto antes constituían una especie de exclusiva. Jeff tenía que concertarlo todo en persona porque, curiosamente, Julia Berman no utilizaba el correo electrónico. (Como había dicho Max Grayson, su editor en *Kulchur*:

«De todas formas vas a estar allí, y es un encargo tan sencillo que ni siquiera tú puedes cagarla».) Ella tenía ahora cincuenta y tantos años; desde hacía años circulaban rumores de la existencia de unas memorias de inminente publicación. Jeff también tenía que averiguar eso, a ser posible.

En su día, Julia había sido famosa por su belleza: una *sex symbol*, como se solía decir. Todavía poseía un glamour nostálgico, aunque no hay nada más trágico que esas mujeres mayores que tienen que explotar un atractivo que desapareció hace años. Jeff había entrevistado a otra de esas bellezas decadentes en el teatro durante el Festival de Brighton. ¡Qué horror! Fumando cigarrillos, repasando con su voz áspera su repertorio de anécdotas clásicas —¡la noche que estaba colocada de ácido y Hendrix había vomitado en la chimenea!, ¡la vez que había preguntado a George Best cómo se ganaba la vida!— mientras el público escuchaba educadamente, unido por un mismo pensamiento no expresado: ¡uf! Ella ni siquiera tenía unas memorias que promocionar. Lo único que estaba anunciando era el asombroso hecho de su duradera existencia. Patético. ¿Y qué le parecía a Atman? Infinitamente más patético, evidentemente, habida cuenta de que su trabajo consistía en dar pie a las anécdotas más importantes de aquella mujer, un encargo por el que había recibido los gastos de desplazamiento y cuatro tickets de bebida gratis. Pese a lo mucho que despreciaba al resto de las personas, cuando hacía los cálculos, Atman siempre acababa considerándose todavía más despreciable. Sobre todo desde que había preguntado si podía entrevistar a otra de las invitadas del festival, Lorrie Moore, una escritora a la que no conocía pero cuya obra admiraba, y le habían dicho que por desgracia esa plaza ya estaba ocupada por otra persona. La lección que había aprendido era que a él se le daban bien los chismes, pero era inadecuado para cualquier tema serio; lo suyo era más *FHM* que *TLS*. Como a menudo le ocurría, el acto de leer le había provocado murmullos silenciosos de descontento. Hojeó rápidamente los recortes de prensa y se detuvo en las fotos de Julia tomadas por —tuvo que leer el pie—

el mismísimo David Bailey. Sin duda alguna, había sido increíblemente guapa. Sinuosa como una pantera, con enormes pulseras moradas en las muñecas y lo que antes se llamaba «mirada seductora». Ya nadie tenía una mirada seductora (la expresión estaba casi tan obsoleta como «tobillo bien formado»); dichas expresiones habían quedado obsoletas por culpa de los gilipollas de *Loaded* y la era de internet. Jeff no tenía ni idea del aspecto que tenía ahora. Hacía años que no se dejaba fotografiar; de ahí la última, y más despreciable, parte de su encargo: tenía que sacarle furtivamente una foto íntima. De modo que, aparte de todo lo demás, tenía que hacer de fotógrafo sin las ventajas de un teleobjetivo, armado únicamente con su pequeña cámara digital con un zoom de cuatro aumentos. Lo más gracioso de todo —lo que le deprimía más que nada— era que en cierto sentido se le consideraba una persona de éxito. La gente envidiaba que recibiera encargos como aquel. Una de esas personas era Jeff. Él se quejaba y renegaba, pero se habría quejado y renegado todavía más si se hubiera enterado de que habían encargado el viaje a otro gacetillero en lugar de a él. El escrito —un supuesto «artículo colorista»— era una lata, tener que ir a ver a esa vieja gloria en su *palazzo* alquilado era un rollo, pero Venecia durante la Biennale era divertida, algo que no se podía perder.

Volvió a meter los recortes en su carpeta, leyó otro fragmento de *Venecia observada* y se durmió antes de que el capitán lo despertara al anunciar que estaban a punto de iniciar el descenso al aeropuerto de Treviso. No dio ningún dato digno de mención, pero cuando pasó a anunciar la temperatura de Venecia —treinta y seis grados—, un grito ahogado de asombro recorrió el avión. ¡Qué calor!

Todo el mundo dio por sentado que se había equivocado, pero en cuanto pusieron el pie en la escalera vibrante para bajar a la pista se dieron cuenta de lo equivocados que estaban ellos. Era como llegar a Jamaica en medio de una ola de calor. El calor generó inmediatamente una suerte de histeria —una mezcla de felicidad y miedo— entre los pasajeros británicos. Ellos no



contaban con eso. Algunos pasajeros debían de haber recibido mensajes o llamadas de amigos que habían llegado antes en los que les avisaban de que hacía calor, pero en realidad hacía... ¡Joder, hacía mucho calor! El calor rebotaba en el alquitrán. El aire era ondulante y abrasador. Costaba imaginar un sitio más caluroso sobre la Tierra. En El Cairo no podía hacer tanto calor.

Como era de esperar, el aeropuerto de Treviso estaba muy lejos de Venecia, lo que hizo que Jeff se alegrara todavía más de ser una de las primeras personas en pasar por el control de inmigración. Él llevaba ventaja, se había adelantado, estaba listo para marcharse. Lástima que meter su equipaje en el avión resultara un ardid totalmente inútil. Había un autobús esperando fuera, pero había sido alquilado expresamente para su vuelo y no partiría hasta que todo el mundo hubiera recogido su equipaje, pasado por la aduana y subido a bordo. Acabó paseándose durante una hora, empapado en sudor, por una sala de llegadas con el tamaño de un cobertizo de jardín y la temperatura de una sauna, antes de que el autobús, atestado de asistentes a la Biennale, estuviera listo para iniciar su lento trayecto hacia la ciudad a la que el avión había volado, aunque solo nominalmente. Jeff iba sentado al lado de una mujer pelirroja a la que reconoció, pero cuyo nombre no lograba recordar: una conservadora del Barbican que se dedicó a teclear en su Blackberry durante todo el viaje. Por razones que ni siquiera él sabía, Jeff no tenía teléfono móvil, y mucho menos una Blackberry. Eso significaba que pasaba períodos cada vez más largos de su vida en un estado de inexistencia suspendida mientras las demás personas recibían llamadas, consultaban el buzón de voz y enviaban mensajes de texto. Era imposible leer en el asiento, y no se veía nada por la ventanilla. Había estado deseando que acabara el vuelo, y ahora estaba deseando que acabara el trayecto en autobús. ¿En qué momento se acabaría el deseo de que las cosas se acabaran para así poder vivir simplemente en el presente?

Ese momento no llegó cuando concluyó el viaje en autobús, pues entonces

tuvo que abrirse paso con sus bolsas por la estación repleta de autocares, en medio del calor asfixiante. Era como estar en la versión italiana de una instalación artística grasienta y tremendamente desmoralizante titulada *Este vehículo da marcha atrás*. Sin embargo, una vez que subió a un *vaporetto* en Piazzale Roma, se sintió en Venecia de verdad. Qué divertido era ir a todas partes en barco, aunque el barco resultara estar tan abarrotado como un metro de Londres en hora punta. La diferencia estribaba en que ese metro avanzaba lentamente por el Gran Canal, en medio del milagro que era Venecia al atardecer. Venecia paralizada por una demencial ola de calor. Venecia, el lugar que nunca decepcionaba y que nunca sorprendía, el lugar que era exactamente como tenía que ser (solo más caluroso), comparable a la primera impresión de todo turista. No había una auténtica Venecia: la auténtica Venecia era —y siempre había sido— la Venecia de las postales, las fotografías y las películas. No era precisamente una observación extraída de una novela. Era lo que decía todo el mundo, incluida Mary McCarthy. Salvo que ella lo había llevado más lejos y había dicho que lo que ocurría con Venecia era que resultaba imposible decir algo sobre ella que no se hubiera dicho antes, «incluida esta afirmación». Aun así, siempre quedaba la sorpresa de comprobar que de verdad había un lugar así, no solo en los libros y las películas, sino en la vida real, con todos los elementos característicos de Venecia acumulados: canales, *palazzi*, gondoleros, *vaporetti* y todo lo demás. Una ciudad construida sobre el agua. Qué idea tan inviable pero maravillosa. Jeff había leído varias obras sobre la construcción de la ciudad, pero, a pesar de todo, seguía sin tener sentido. Era mejor pensar que había aparecido así, totalmente formada y con cientos de años de antigüedad, en el instante en que se fundó.

Casi era de noche cuando consiguió bajar del *vaporetto* en Salute, la parada de su hotel (un paseo de cinco minutos, según le habían dicho), que resultó estar muy lejos del hotel; o como mínimo el hotel, en caso de estar cerca,

resultaba totalmente inencontrable desde la parada. De no haber sido por el calor, el peso de las bolsas y una presión creciente en la vejiga, habría sido agradable pasear por el barrio, pero el calor y el equipaje lo impidieron, y convirtieron el trayecto en una agotadora caminata a casi cuarenta grados. Se desorientó en el laberinto de callejones, canales estrechos, puentes y plazas pequeñas parecidas todas entre sí, y el paseo de cinco minutos se convirtió en uno de veinte. Cuando finalmente tropezó con el hotel, resultó que no estaba ni mucho menos donde se suponía que estaba y, al mismo tiempo, estaba exactamente donde tenía que estar. Jeff sacó su pasaporte mientras el recepcionista hacía un comentario sobre el increíble *calore* que hacía; un *calore* que el botones trató de contrarrestar trayéndole en una bandeja de plata reluciente un vaso de agua tan fría que le dio dentera.

Qué alivio fue entrar por fin en su habitación desmesuradamente cara (reservada y pagada por la revista *Kulchur*). Estaba en la última planta y se podía decir que tenía vistas, pero no de la laguna ni del Gran Canal, sino de los tejados de edificios como aquel desde el que estaba mirando. Qué alivio, también, que estuviera decorada de forma minimalista y elegante —sábanas blancas, madera clara—, y no adornada al estilo rococó de la mayoría de las habitaciones venecianas. «¡Qué alivio!» Era una de esas frases que le rondaban por la cabeza a todas horas, frases que en el terreno de la música habrían sido los temas o motivos que recorrían sinuosamente una sinfonía y se desvanecían, desaparecían durante largos intervalos para luego acabar regresando.

Hablando de hoteles elegantes (¿acaso había algún hotel decente en el mundo que no se calificaba a sí mismo de elegante?): había varios libros colocados en puntos estéticamente agradables de la habitación. Naturalmente, todos eran sobre Venecia. La habitación tenía aire acondicionado, algo que normalmente él no necesitaba ni usaba, pero en esas circunstancias era fundamental aliviarse del criminal *calore*, como ahora lo llamaba.

Desafortunadamente, iba a llegar tarde a la cena a la que tenía que asistir. La organizaba la revista *Modern Painters*, y aunque normalmente era mejor evitar las grandes cenas servidas en mesa —se comían el tiempo de la noche—, esa en concreto le había parecido una forma perfecta de introducirse tranquilamente en la Biennale. Bueno, ya no había nada que hacer. Si iba ahora, solo llegaría a tiempo para el postre y no podría escapar rápidamente como tenía previsto para ir a la fiesta de Islandia (una invitación muy cotizada: Björk iba a asistir, y puede que incluso pinchara) cerca de Campo Manin. Llamó a la editora a su móvil y le dejó un mensaje en el que le pedía perdón, echando la culpa al avión, el autobús y la diferencia horaria. Se desvistió, se duchó, se cambió de camisa, de ropa interior y de calcetines, salió del hotel y comió de prisa —una ensalada insulsa, un pan que posiblemente había estado recién hecho en algún momento, raviolis caseros— en la *trattoria* que había a un par de puertas de distancia.

El conserje le había asegurado que si tomaba un *vaporetto* y se bajaba en la parada siguiente, cruzando el canal hasta Santa Maria di Giglio, solo había un breve paseo desde allí a Campo Manin. Y, sorprendentemente, tenía razón. Jeff encontró el *palazzo* fácilmente y llegó a la hora idónea, justo cuando la fiesta se estaba llenando. Se oía un rumor de música que sonaba decentemente en el interior, pero, con una temperatura que no había bajado de veinticinco grados, todo el mundo estaba en el jardín. Cogió un bellini que le ofreció un camarero —el primero de la Biennale y, con toda probabilidad, el primero de muchísimos más— y se lo bebió de un par de tragos. Siempre resulta embarazoso llegar a una de esas grandes fiestas hasta que encuentras a algún conocido, de modo que cambió la copa vacía por una llena, la última de la bandeja. Casi se la había soplado cuando vio a Jessica Marchant, vestida con una especie de blusa del estilo op art de Bridget Riley. Entrechocaron sus copas. Jeff la felicitó por su blusa y le dio la enhorabuena por la novela que había publicado un par de meses antes. La mitad de las personas que Jeff

conocía habían escrito libros, gran parte de los cuales él ni siquiera había intentado leer. La mayoría de los que había empezado no había tenido paciencia para acabarlos, pero había leído rápidamente el de Jessica en un estado de admiración cada vez mayor. Parecía un buen augurio que la primera persona con la que se había encontrado en Venecia fuera alguien a quien podía prodigar elogios. El problema era que al hacerlo consiguió que Jessica se mostrara tan claramente incómoda —¿había sido demasiado adulador?— que inmediatamente ella cambió las tornas y le preguntó a él por su esperado libro.

—Confiaba en que todo el mundo se hubiera olvidado. Incluidos los editores. Simplemente, no lo he escrito.

Se trataba de una afirmación tan sincera como su admiración por Jessica. Si te dedicas al periodismo durante bastante tiempo, al final un editor considerará que un artículo que has escrito contiene la semilla de un posible libro. Una carta remitida por *Esquire* había llevado a una llamada telefónica, que había llevado a una comida, que había llevado a un contrato para escribir un libro sobre... Apartó el pensamiento de su cabeza. Ni siquiera por aquel entonces había tenido intención de escribir el libro, pero había albergado la esperanza de que el contrato y el adelanto —por minúsculo que fuera— lo empujarían a hacerlo. Y así había sido. Durante un mes aproximadamente. Luego vinieron seis meses de preocupaciones hasta que más o menos abandonó el libro y volvió a escribir tonterías para las revistas. Cuando se enteró de que su editor abandonaba el puesto, Jeff se felicitó por haber ganado una pequeña cantidad de dinero a cambio de nada. Salvo por la breve llamada que recibió del sustituto de su editor, nadie de la editorial parecía esperar algo de él. Y ni siquiera tuvo que devolver el adelanto. Perfecto. El único error que había cometido con el arrebató inicial de entusiasmo había sido decirle a la gente que estaba escribiendo un libro. De ahí la conversación actual. Explicó a Jessica que se había rendido, que lo había abandonado.

—Lo entiendo perfectamente —dijo ella—. Escribir un libro es un infierno.

Ya fuera sin querer o a propósito, muchas personas acababan haciéndote sentir mal contigo mismo (muchas personas creían que Jeff era una de esas personas), pero Jessica siempre le hacía sentir bien, normal. Era como si lo hubiera rodeado con el brazo y le hubiera dicho que estaban en el mismo barco.

—¿Verdad que sí? —dijo él—. No sé por qué todo el mundo lo hace. Pero ¿qué hay de ti y qué haces aquí? ¿Estás escribiendo sobre la Biennale para alguien?

—Para *Vogue* —dijo ella.

Esa era una de las razones para escribir libros. Te ofrecían viajes pagados como ese. La admiración de Jeff se vio inmediatamente teñida de envidia, aunque obviando unos cuantos detalles —alojamiento, honorarios y tipo de artículo—, estaban allí por el mismo motivo y estaban compartiendo la misma experiencia. Así era la Biennale: una experiencia definitiva, totalmente inalterable, sujeta únicamente a insignificantes variaciones individuales. Venías a Venecia, veías montones de arte, ibas a las fiestas, bebías cantidades industriales de alcohol, decías chorradas durante horas y horas, y volvías a Londres con una resaca acumulada, el hígado dañado, un cuaderno prácticamente sin anotaciones y el escozor inicial de un herpes labial.

Se les unieron David Kaiser, un cineasta (es decir, alguien que hacía programas de televisión), y Mike Adams, editor de *Frieze*. Jessica también los conocía a los dos. El Káiser acababa de volver de Arabia Saudí, «un país realmente infame, que merece la pena visitar aunque solo sea para vivir una experiencia de infamia insuperable». La experiencia de pasar una semana sin alcohol le había afectado profundamente.

—Era como estar en el desierto y ver un espejismo —dijo—. Cada pocos segundos, independientemente de lo que estuviera haciendo o con quién estuviera hablando, desconectaba. Solo veía una pinta de cerveza. Naturalmente, el clima es muy proclive a la bebida, y no puedes beber.

Mike y Jeff movieron la cabeza con gesto de disgusto y asintieron en actitud solidaria. Evidentemente, se trataba de una historia con un marcado enfoque de interés humano, aunque no era lo más importante de la historia. Lo más importante era cómo el Káiser había descubierto que era musulmán.

—Me vi delante de un miembro de la policía o el comité para promover la virtud. No dijo nada, ni «Salam alaikum» ni nada por el estilo, simplemente: «¿Has leído el Corán?». Yo le dije: «Sí, lo he leído». Y él dijo: «¿Lo has leído bien?». Yo le dije que creía que sí. Y él dijo: «Pues entonces eres musulmán. Bien». Fin de la conversación. Una lógica implacable.

—Y todo el tiempo que estuvo hablando contigo estuviste pensando y viendo una gran Heineken fría en un vaso helado, ¿verdad? —dijo Mike.

—No necesariamente una Heineken. A veces una Budvar.

—Pero ¿siempre era una cerveza ligera? ¿Nunca una cerveza de verdad?

—Hacía demasiado calor para una cerveza de verdad. Pero no nos detengamos en los detalles —dijo—. Hay algo más importante.

—Yo creía que ya habíamos oído lo importante: el tema de la cerveza —bromeó Jeff—. ¿Qué puede haber más importante?

—Lo importante es que hizo falta ese viaje a Arabia Saudí para que me diera cuenta de que, pensándolo bien, durante los últimos treinta años me ha gustado la cerveza, si no con más intensidad, sin duda con más constancia que ninguna otra cosa en la vida.

El Káiser tenía cuarenta y seis años, de modo que aquello parecía más o menos correcto. Sin embargo, no tuvieron ocasión de insistir en aquella manifestación de fe. De acuerdo con las leyes de la física social, el grupo que formaban los cuatro había empezado a atraer a otras personas a su órbita conversacional: Melanie Richardson, del ICA, Natalie Porter, que trabajaba en *Art Review*, y Scott Thomson, con quien Jeff había coincidido de vez en cuando durante más de una década. En ese tiempo, mientras el resto de personas cambiaban de trabajo y progresaban en sus carreras, Scott había

mantenido su relajado empleo (interrumpido por largos períodos dedicados a viajar) de redactor del *Observer*. Así era como se ganaba la vida, pero su verdadera vocación era ser un perpetuo converso, abrazando cada pocos años un nuevo interés con tanto entusiasmo que anulaba por completo lo que antes tanto valoraba. Sin embargo, su última pasión era la misma que se había dedicado a predicar ocho meses antes: el Festival Burning Man, la gran flipada que se celebraba en el desierto de Nevada. Había asistido por primera vez un par de años antes e iba a volver en agosto. Como dijo ahora, era «una experiencia que te cambia la vida». Scott había dicho exactamente lo mismo la última vez que Jeff lo había visto, en una fiesta de la Feria de Arte de Frieze, y él lo creía de buen gusto. A diferencia de Mike.

—Por mi experiencia —dijo—, lo malo de las experiencias que te cambian la vida es que se pasan sorprendentemente rápido, de forma que al cabo de pocas semanas sales de ellas más o menos igual. Nueve de cada diez veces, de hecho, es esa experiencia la que te permite asimilar la falta de cambios de tu vida. Por eso esas novelas son tan famosas; ya sabéis, las que culminan en un día o un acontecimiento que «cambiará todas sus vidas para siempre». Es ficción.

—Madre mía, no cambias, ¿verdad, tío? Tan cínico como siempre.

Al César lo que es del César: Scott (que siempre llamaba a las personas «tío») no se había ofendido; de hecho, se estaba riendo al decir eso, mientras que Mike, pese a no ser precisamente agresivo, había hablado con cierta severidad.

La ligera tensión generada por la conversación se rompió gracias a un tipo vestido con una chaqueta de lino azul, que retrocedió, se chocó con Jeff y le derramó la bebida. El hombre se dio media vuelta, y Jeff le pidió disculpas instintivamente. No hizo falta el más mínimo autocontrol; así era como se manifestaba el impulso agresivo. A su manera, era un triunfo de la evolución, de la cultura. La frustración de Jeff siempre estaba a punto de estallar; cuando



se enfrentaba a una máquina contumaz —un ordenador colgado, una impresora atascada—, se desbordaba, pero en situaciones sociales siempre se transformaba en su sonriente opuesto.

Alguien le dio un golpecito en el hombro. Jeff lo reconoció al instante; de hecho, lo conocía perfectamente, pero no lograba acordarse de su nombre. Como un testigo escudriñando el retrato robot de un sospechoso, Jeff se fijó en los detalles de su apariencia —nariz ancha, pelo castaño corto, camisa blanca que acentuaba su piel bronceada—, pero se negaban a proporcionarle un nombre, una identidad. Jessica y Melanie estaban hablando con un tipo con una camiseta azul de Bob Marley y unos tejanos claros. Mike y el Káiser se habían apartado. Tras haber reunido un corro gravitacional, el pequeño grupo original se estaba dispersando, fragmentándose en nuevos grupos. Ah, aquello era Venecia, aquello era una fiesta... Una fiesta en la que había un montón de mujeres guapas, todas engalanadas con sus vestidos de Missoni y Prada.

—Hay muchas mujeres guapas —dijo... ¿Cómo coño se llamaba?

Antes de que Jeff hubiera empezado a devanarse los sesos tratando de recordar su nombre había estado pensando lo mismo, pero, expresada en voz alta, aquella observación totalmente acertada adquirió una cualidad sorprendentemente ordinaria. Un comentario así hacía pensar a la gente que te pasabas la vida en un pub sin mujeres, frecuentado únicamente por unos cuantos hombres que miraban tristemente sus pintas de cerveza amarga, una bebida de acertado nombre. Jeff borró aquella imagen de su cabeza y bebió un sorbo de su femenino bellini.

—La verdad es que sí —dijo él, mientras permanecían quietos, con sus bellinis en la mano, mirando.

Por supuesto que era agradable estar en una fiesta llena de mujeres guapas, pero el verdadero valor de la situación —una fiesta llena de mujeres guapas— era que habría una mujer de una belleza deslumbrante, una mujer radiante en un sentido que solo un hombre de la fiesta —Jeff, con suerte— sabría apreciar.

Y así resultó.

Lo primero en lo que se fijó fue en su cabello: moreno oscuro, justo por debajo de los hombros. Estaba de espaldas a él. Era alta. Llevaba un vestido amarillo claro sin mangas. Tenía los brazos delgados y morenos. Estaba hablando con un hombre con la cabeza rasurada vestido con una camisa a rayas. El tipo cuyo nombre Jeff seguía sin recordar estaba hablando de un artista del que él no había oído hablar, quien pintaba unos árboles que tardaba una eternidad en hacer y que parecían fotografías —ese era el objetivo—, pese a ser dibujos. Jeff asentía, pero su atención estaba centrada en la mujer morena del vestido amarillo. Todavía estaba mirando hacia otro lado, charlando con el tipo de la cabeza rasurada y la camisa a rayas, pero sabía que cuando se diera la vuelta sería hermosa. Tenía tan pocas dudas al respecto que ni siquiera estaba impaciente por confirmar su predicción. Lo único que tenía que hacer era quedarse a esperar. De modo que se quedó allí, con la copa en la mano. El tipo de la cabeza rasurada estaba riéndose de algo que había dicho otro tipo con la cabeza rasurada. Una mujer se acercó a ella y le tocó el hombro. Ella se dio la vuelta y sonrió al reconocer a su amiga, a la que besó en la mejilla. Incapaz de distinguir los detalles de su rostro, Jeff sabía que había acertado. Mientras la mujer charlaba con su amiga, él vio sus ojos oscuros y sus pómulos marcados. Su pelo, con la raya al medio, era casi liso. Es posible que a un espectador impaciente su rostro le hubiera parecido demasiado huesudo, ligeramente equino; ahí estaba el asunto, el defecto que era determinante para él, el defecto que no era tal. Ya no estaba escuchando lo que se decía; simplemente miraba boquiabierto. Le quitó los ojos de encima y se centró de nuevo en su compañero, que ya no hablaba de las fotografías que parecían dibujos de árboles o lo que fuera. Jeff pensó que había entrado en la fase difusa de su vida. Tenía una idea difusa de las cosas, una sensación difusa de lo que estaba ocurriendo en el mundo, una sensación difusa de haber conocido a alguien antes. Era como estar ligeramente borracho todo el tiempo.

Lo único de lo que no tenía una conciencia difusa era de la mujer del vestido amarillo —lanzó otra mirada en dirección a ella—, que seguía charlando con su amiga. El tipo del nombre irritantemente esquivo todavía estaba hablando. Jeff estaba escuchando, tratando de escuchar, pero también estaba pensando cómo podía presentarse a la mujer del vestido amarillo. Sin embargo, cuando volvió a mirar en dirección a donde ella se encontraba, no la vio por ninguna parte. El motivo de aquella catástrofe que no era tal era que ella y su amiga se habían acercado a saludar a Frank. ¡Frank! Así se llamaba: Frank Delaney. Claro. La mujer a la que quería presentarse acababa de acercarse y había revelado la identidad de la persona cuyo nombre quería recordar. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Acaso aquel día era imposible que diera un paso en falso y solo tenía que pensar algo para que sucediera? Era la clase de suerte que podía volver loca a la gente y convencerla de que Dios les estaba diciendo que hicieran cosas terribles como asesinar a presidentes o a famosos.

Ahora solo era cuestión de tiempo. Jeff solo tenía que quedarse allí, sonriendo, sujetando su copa vacía de bellini y, en cuestión de segundos —en el supuesto de que Frank se acordara de su nombre—, le presentarían a la persona de la sala que más ganas tenía de conocer. Al verla de cerca advirtió que el vestido tenía un dibujo tenue. No llevaba maquillaje —o al menos se lo había aplicado con tal destreza que resultaba invisible— y lucía un fino collar plateado. Calculó que tenía treinta y pocos años. Sus ojos —riéndose de algo que Frank estaba diciendo— eran marrones. Frank hizo las presentaciones. Se llamaba Laura, Laura Freeman. Él estrechó su fina mano. En el dedo corazón llevaba un gran anillo amarillo hecho con plexiglás. En su estado de excitación, Jeff se olvidó del nombre de la amiga tan pronto como se lo dijeron. Deseoso de causar buena impresión, centró su atención en su amiga mientras Laura hablaba con Frank. ¿Qué tal se lo estaba pasando en Venecia? ¿De dónde venía? Jeff formulaba las preguntas, pero era incapaz de escuchar las respuestas y de evitar que su mirada se desviara hacia Laura, que lanzó una

mirada en dirección a él cuando la estaba observando. Al ver que Frank decía algo a la amiga, Jeff aprovechó la oportunidad para dirigir su primer comentario a Laura. El comentario era lo de menos. No era necesario que tuviera gracia. Lo importante era decir algo, lo que fuera, para poner la cosa en marcha. La miró, pero solo tenía una cosa que decir. Si decía algo distinto mentiría, y como no podía decir lo que quería —eres preciosa y, a menos que tengas la voz de David Beckham, me voy a enamorar de ti en menos de un minuto—, no dijo nada. Ella estaba esperando a que él hablara y él se limitó a mirarla. Era alta, un metro setenta y cinco, quizá. Un par de centímetros más baja que Jeff. Bajo el fino tirante del vestido vio el tirante blanco de su sostén. Sus pechos eran pequeños. En la cabeza de Jeff, una voz estaba diciendo: «Compórtate con normalidad, compórtate con normalidad, di algo normal. No te comportes como un chiflado». Ella acudió en su auxilio.

—¿Cuándo has llegado a Venecia?

Él observó cómo ella formaba las palabras. Era la pregunta más normal del mundo y, si bien no rompió el hechizo, al menos le permitió volver a actuar con normalidad.

—He llegado hace un par de horas. ¿Y tú?

—Ayer. —Era estadounidense.

—¿De dónde eres?

Él estaba hablando. Estaban entablando una conversación. Así se hacía: ella decía una cosa, y él contestaba otra. Era sencillo.

—De Los Ángeles —dijo ella.

A él le entraron ganas de decir «Mañana mismo me mudo allí», pero logró preguntarle si era la primera vez que asistía a la Biennale.

—La segunda. Vine a la edición anterior, hace dos años. —Él asintió, entusiasmado. Hacía dos años. Era increíble que una simple exposición de los hechos pudiera ser tan mágica, tan interesante—. ¿Y tú?

—Estuve una vez, hace cuatro años.

Por lo que a Jeff respectaba, aquella conversación era la más fascinante que había entablado jamás, pero no podía seguir así. En algún momento tendría que escapar del lazo de los cumplidos. Ella lo miraba como si estuviera esperando algo, posiblemente que él dijera algo interesante, y, si no ocurría, esperaría hasta dar con una forma de librarse de la falta de conversación de Jeff. Sin pensárselo, él dijo:

—Me encanta tu vestido.

Su observación logró al mismo tiempo aliviar la presión de su cabeza y — como el comentario insinuaba una apreciación sexual, estaba muy cerca de una declaración de amor a la persona que vestía la prenda— aumentarla drásticamente.

—Gracias —dijo ella.

Jeff se dio cuenta de que ella era plenamente consciente del efecto que ejercía en él. Y, en lugar de cohibirlo, ese detalle le permitió relajarse.

—Es un vestido estupendo —dijo—. Pero, sinceramente, no sería nada sin los hombros. Y lo más importante de todo...

Ella arqueó las cejas de forma inquisitiva, vacilante. Decir «pechos» habría sido tan grosero que habría eliminado las buenas vibraciones que pudieran haber brotado entre ellos, pero, aunque habitualmente su cabeza rebosaba grosería, no pretendía decir otra cosa que lo que dijo:

—La clavícula.

Ella se sintió visiblemente aliviada —¡no era un capullo integral!— y halagada.

—Vaya, gracias de nuevo.

Jeff había hablado con sinceridad. Ella no tenía los hombros anchos; eran huesudos pero de aspecto robusto.

—Supongo que debería devolverte el cumplido.

—Por favor. No te sientas obligada.

—No, quiero hacerlo. En serio.

—Está bien. Tal vez la camisa.

Él extendió los brazos, un gesto que constituía en parte un acto de exhibición y en parte un encogimiento de hombros.

—Es una bonita camisa.

—Gracias. Mira, ya sé que tenía que sacarte el cumplido, pero es mi camisa favorita. Me parece tan...

—¿Azul?

—No.

—¿Arrugada?

—No. Aunque reconozco que podría haberla doblado y guardado con más cuidado. No, la palabra que estaba buscando es «varonil». Lo siento, no debería haberlo dicho. De todas formas, estabas a punto de soltarla.

—Ah, ¿sí? Yo creía que iba a decir cutre.

—Un sinónimo de varonil. Tu vestido, en cambio, parece caro.

—¿Que es un sinónimo de...?

—Exacto.

Vaya, ahora sí que le había cogido el tranquilo. No había rastro de la parálisis anterior. En todo caso, se sentía demasiado crecido.

—Cincuenta dólares en una tienda de segunda mano —dijo ella.

—¿En serio? Parece que cueste... no sé... el doble. —Un camarero pasó junto a ellos—. ¿Te apetece un bellini? —preguntó Jeff, galantemente.

Cogieron uno cada uno y depositaron las copas vacías en la bandeja. Una vez que dejaron de lado la conversación inicial, hablaron de la logística de la Biennale, el lugar donde se alojaban y por cuánto tiempo (ella se marchaba el domingo). Aquello permitió a Jeff mirarla más de cerca y reparar en el lunar que tenía en la parte superior de la mejilla, en sus pendientes (pequeños, de oro) y en sus labios carnosos. Frank y la amiga de Laura se volvieron hacia atrás en dirección a ellos.

—Vamos a ver si Bruce Nauman nos concede audiencia. ¿Venís con

nosotros?

Frank se había dirigido a los dos. En circunstancias normales, Jeff no habría dejado escapar la oportunidad de dar coba a un artista de tanto éxito, pero ahora —aunque se obligó a no decir nada— cada molécula de su ser estaba gritando: «Nos quedaremos aquí, Frank. Gracias».

—Nos quedaremos aquí —dijo Laura.

—Nos veremos aquí —dijo su amiga.

—¿Cómo se llamaba tu amiga? —preguntó Jeff mientras observaba cómo ella seguía a Frank.

—Yvonne.

—Yvonne, eso es. Claro.

Se alegró tanto de haber logrado quedarse a solas con Laura que no supo qué decir, impaciente por desviar de nuevo la conversación al tema del vestido y la camisa, metonimias —si acaso era la palabra— de la virilidad y la feminidad. En lugar de ello, sin excesivo entusiasmo, le preguntó a qué se dedicaba.

—Trabajo en una galería.

El impulso de irse a Los Ángeles que había sentido antes se reafirmó. ¿Qué decía de su vida, de su situación, el hecho de que estuviera tan dispuesto a dejarlo todo con cualquier pretexto? Seguramente, que «todo» no era nada en realidad.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

—Soy periodista *freelance*. Si fuera un trabajo serio, lo dejaría y me dedicaría a otra cosa, pero el oficio de *freelance* es esa otra cosa a la que te dedicas cuando has dejado un trabajo, así que mis opciones son bastante limitadas. O eso o la jubilación, aunque a veces no se diferencian mucho.

—La verdad es que yo voy a dejar mi trabajo, pero en la galería todavía no lo saben.

—¿Y eso?

—Voy a viajar. Voy a hacer lo que hace la gente cuando tiene veinte años. Solo que yo lo voy a hacer con más de diez años de retraso.

De modo que había acertado: tenía treinta y uno o treinta y dos años, quizá. Esa noche no se le escapaba nada. No estaba tan perspicaz —o tan poco despistado— desde hacía años.

—¿Adónde vas a ir?

—Oh, ya sabes, a donde va todo el mundo. El sudeste de Asia, la India.

¿Qué le pasaba? Minutos después de plantearse viajar a Los Ángeles, estaba dispuesto a recorrer Vietnam, Camboya y Tailandia con una mochila al hombro. La falta de mayores ambiciones u objetivos hacía que uno se aferrara a un clavo ardiendo. Si ella hubiera dicho que estaba pensando mudarse a Rumanía, él también se habría apuntado.

—¿Has estado antes en la India? —preguntó.

—Una vez. En Goa y Kerala. Esta vez quiero ir a Rajastán y Varanasi, Benarés.

—Son el mismo sitio, ¿verdad?

—Exacto.

—Viene del sánscrito, ¿no? *Nasi*, lugar. *Vara*, muchos. El lugar con muchos nombres.

Ella se rió. Tenía unos dientes perfectos, muy grandes: dientes estadounidenses.

—No sé si eso es impresionante o una chorrada como un piano. Lo que probablemente signifique que sea las dos cosas.

Entrechocaron sus copas. Jeff observó cómo los labios de ella tocaban el borde de la copa y cómo bebía. No quedó ninguna mancha rosa en la copa; no llevaba lápiz de labios. Él bebió un trago de su copa. El acto de beber sirvió de recordatorio del calor que pretendían aliviar con la bebida.

—Dios mío —dijo ella—. ¡Qué calor hace!

Se llevó la copa a la cabeza. Él le vio la axila, rasurada. La copa le dejó



unas gotitas de humedad en la frente.

—Al parecer, mañana hará todavía más calor.

Él no estaba pensando en nada concreto al hacer ese comentario meteorológico, pero su observación hacía pensar vagamente en una cantidad menor de ropa, la necesidad de despojarse de prendas, sudor. Ropa interior, desnudez. Calor.

—En realidad, me he equivocado. En mi hotel no lo llaman calor. Dicen *calore*. Y mañana va a hacer un tiempo *abrasadore*.

—¿El *calore* será *abrasadore*?

—Exacto.

—¿De veras? Tengo la sensación de que todo este lugar va a evaporarse.

Algo así parecía posible. No era difícil imaginar que te despertabas y te encontrabas que la ciudad antes llena de agua estaba encallada y asentada sobre barro maloliente, y que la laguna se había convertido en una extensión de vacío, un desierto marrón y húmedo en el que aleteaban y boqueaban los últimos peces. La parte positiva era que sería una buena oportunidad para limpiar los canales y realizar las imprescindibles reparaciones de los cimientos. En cierto sentido, resultaba sorprendente que no se hubiera propuesto algo por el estilo a modo de proyecto artístico, como un envoltorio de Christo. Suponiendo que fuera algo temporal y reversible, se acabaría convirtiendo en una atracción turística.

Laura estaba diciendo:

—Pero escribir artículos está bien...

—Oh, no son artículos propiamente dichos. Solo son...

Se encogió de hombros e hizo una pausa, preguntándose si con todas las palabras disponibles de la lengua inglesa había una forma de acabar la frase sin recurrir a la que le vino inmediatamente a la cabeza.

—Gilipollecés —dijo finalmente.

En aquel largo intervalo lleno de expectación, la palabra sirvió tanto de

descripción de su trabajo como de exclamación de resignación ante su incapacidad para dar con una alternativa.

—Ah, gilipolleces —dijo ella riéndose—. La pura esencia de lo inglés.

—Tienes razón. Vosotros tenéis la libertad y el ansia de felicidad. Nosotros tenemos... a gilipollas con cojones.

—¿Estás escribiendo sobre la Biennale?

—Sí. ¿Conoces a la cantante Niki Morison?

—¿La hija de Steven Morison, el artista?

—Y de Julia Berman, que está aquí ahora mismo. Tengo que entrevistarla y conseguir que me ofrezca una obra de Morison. Un dibujo. El editor de la revista para la que escribo está obsesionado con ese dibujo, aunque no lo ha visto.

—¿Qué tiene de especial?

—Ni idea.

A Jeff no se le ocurría nada más que decir. Lo absurdo de su trabajo, de lo que escribía, se extendió hasta mancillar cualquier palabra que pudiera usar. Una vez más, ella acudió en su auxilio.

—Pero ¿escribes sobre todo de arte?

—La verdad es que no. No soy una persona muy visual.

Eso era: su mejor baza. Se le había ocurrido esa frase antes de ir a Venecia y había decidido que iba a ser su gran chiste de la Biennale, que iba a repetirlo a la menor ocasión. Con lo que no había contado era con que podría probarlo por primera vez en unas circunstancias tan perfectas y con unos resultados tan devastadores.

—Yo tampoco —dijo ella.

Oh, no. Estaba totalmente seria; lo decía de verdad. Era una californiana formal. La decepción de Jeff debió de resultar evidente —tal vez incluso pronunció mudamente las palabras para sí—, pues ella le golpeó el brazo.

—Es broma —dijo.

¡Mierda! Había perdido su expresión impasible. Ella le había devuelto su mejor ataque.

—Lo siento. Como ya he dicho, acabo de llegar. Todavía estoy un poco lento.

—Está bien. Volvamos atrás. ¿Escribes sobre arte?

—A veces. Famosos. Entrevistas. Perfiles. Crónicas. Siempre las mismas...

—¿Gilipolleces?

—Y que lo digas. ¿Has estado en Inglaterra?

—En Londres. Stratford. *La tempestad*. Oxford. Los Cotswolds. Portobello Road. Hoxton. Lo recorrí todo en un día y medio.

—Bueno, supongo que lo viste casi todo. Es un país pequeño.

—Pero es difícil moverse por allí.

—Es absurdo intentarlo, sobre todo un domingo. ¿Te encontraste con las palabras «obras de reparación» y «servicio de sustitución de autobuses»?

—Llegué al aeropuerto de Stansted desde Pisa un domingo. Dijeron que debíamos coger el tren expreso. Vendían billetes en el avión, aunque no había ningún tren. En realidad, era un autobús. Valía una fortuna...

—Y tardaría una eternidad. Bienvenida a Inglaterra.

Teniendo en cuenta lo que habían dicho, no había pasado gran cosa entre ellos, pero aquellas pocas palabras contenían una enorme carga de expectación. Era pura chiripa, suerte, pero el aire que había entre ellos estaba cargado. Ella era preciosa, cualquiera podía verlo, pero tal vez él era el único de los presentes que podía percibir esa belleza como una fuerza. La desaba — sexualmente, todavía no; era algo demasiado concreto y habría disminuido la magnitud de su anhelo— y no lo habría hecho si la sensación no hubiera sido recíproca en cierto modo. El mérito no era de Jeff. Simplemente ocurrió. Podrían haber coincidido en cualquier parte, en cualquier sitio de Venecia en el curso del fin de semana, o en cualquier otro lugar del mundo durante los años venideros, y el resultado habría sido el mismo. Podrían haber dicho

cualquier cosa y no habría cambiado nada. Todo habría sido igual.

Frank e Yvonne regresaron acompañados de un tipo llamado Louis algo. Estaban exultantes tras su encuentro con Bruce Nauman, pero la fiesta estaba decayendo. Se habló de qué hacer a continuación. Todo el mundo tenía ganas de ir a otro sitio. Menos Laura. A Jeff le sorprendió oír que estaba cansada y que iba a volver a su hotel. Se preguntó si sería una maniobra estratégica para escapar del grupo y regresar a su hotel —con él—, pero, evidentemente, ella no tenía en mente nada por el estilo. Quería volver a su hotel. Mientras se preparaban para marcharse, él logró decir sin que nadie más le oyera:

—Me encantaría volver a verte.

—A mí también.

—¿Te llamo? ¿Al hotel?

Ella negó con la cabeza. Debido a la pausa que hizo en medio de la pregunta, Jeff no supo si aquel gesto de la cabeza significaba «No, al hotel, no. Llámame al móvil» o «No, no me llames al hotel» (lo que podía implicar «Ven a hacerme una visita»); o incluso —aunque parecía una remota posibilidad—, «No te pongas en contacto conmigo de ninguna forma».

—¿Quieres que nos veamos en algún sitio? —dijo—. ¿O prefieres que te vaya a buscar al hotel? ¿Dónde te alojas?

Las tres preguntas brotaron atropelladamente una detrás de la otra, pero en realidad eran la misma pregunta. Esperaba no parecer desesperado, pero semejante posibilidad no era descartable; de hecho, seguramente se hallaba implícita en las preguntas.

—Ninguna de las tres cosas.

—¿En serio?

De modo que se había equivocado por completo. No circulaba energía entre ellos. Toda procedía de él, en tal cantidad que rebotaba y ahora le corría cara abajo, como un huevo, o su amor propio.

—Pero de verdad espero que nos volvamos a ver.

—Vale, lo reconozco. Estoy desconcertado.

—Espero que nos volvamos a ver esta semana en Venecia. Pero es bonito introducir el elemento del azar en las cosas, ¿no crees?

—Depende de si vuelvo a encontrarme contigo o no.

—Bueno, creo que nos encontraremos. Hay muchas fiestas.

—Tantas que puede que vayamos a fiestas distintas. ¿A cuáles piensas ir? Solo por curiosidad. —Ella no dijo nada, pero miró a Jeff de una forma que le indicó que debía volver a hablar—. Espero que nos volvamos a ver.

—Yo también —dijo ella. Sin saber qué más hacer, él se limitó a quedarse quieto—. Verás, si no hay azar, no hay... Bueno, digámoslo de esta manera: si volvemos a encontrarnos, parecerá bonito, romántico, incluso. ¿No crees?

—Sí. Pero, verás, yo soy inglés, así que me enfrento a las cosas con una mentalidad distinta. Doy por supuesto que no nos veremos y me pasaré el resto de mi vida preguntándome qué habría pasado si nos hubiéramos encontrado.

—Eso es todavía más romántico.

—Pero mucho menos divertido. Y, en un momento determinado, el romance se convierte en tragedia.

—¿Qué tal memoria tienes?

—No muy buena, para ser sincero. ¿Por qué?

—Porque antes he dicho dónde me alojo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿He dicho «tragedia»? Quería decir farsa. —Jeff se puso a devanarse los sesos—. No me acuerdo. —¿De verdad lo había dicho?—. ¿Por qué no vuelves a decirlo en voz baja, de pasada? Casi seguro que me olvido.

—Si te digo dónde me alojo, me esperarás allí todo el tiempo.

—No, no lo haré.

—Sí que lo harás. Saldré de la recepción y allí estarás, en plan: «Qué coincidencia. Pasaba por aquí...». Solo que hará dos horas que pasabas por

allí.

—¿De veras crees que me interesas tanto?

—Creo que eres esa clase de persona.

—Tienes razón. Ese es exactamente el tipo de persona que soy.

—¿Astuto?

—Desesperado.

Un comentario especialmente ingenioso; al decir la palabra, se libró de la carga.

Ella se inclinó hacia delante y lo besó en la boca. Él no recordaba la última vez que había recibido un simple beso, en público, totalmente vestido, tan lleno de anhelo. ¿De quién? ¿Y por qué? Era imposible saberlo. Por un momento pensó que al final ella cambiaría de opinión y lo invitaría a su habitación, pero el objetivo del beso era confirmar que se marchaba.

—¿Y de verdad no me vas a decir dónde te alojas?

Ella se encogió de hombros. No había nada que hacer salvo mirar cómo se iba. El pelo moreno cayéndole hasta los hombros. Los brazos descubiertos. Su espalda, su culo, sus piernas, sus tobillos, sus bonitas sandalias.

El vacío dejado por la gran promesa sin cumplir de su encuentro hizo que el entusiasmo creciente de Jeff se tornara inmediatamente en inquietud. Revivió fragmentos de su encuentro —palabras aisladas, momentos, atisbos—, pero le faltaba la concentración necesaria para convertirlos en algo más que una fuente de tormento. Una sola palabra empezó a resonar en su cabeza como un tamborileo: mierda, mierda, mierda. Pero —¡mierda!— no debería pensar de esa forma. Estaba contento, tenía la estimulante —es decir, inquietante— sensación de que eran ocasiones como aquella las que hacían que mereciera la pena vivir la vida. La solución inmediata fue dirigirse a la barra a por otro bellini. Resultó ser uno de los últimos que quedaban. Poco después, los camareros dejaron de servir. Vio a Dave Glanding, cruzó la estancia y le puso la mano en el hombro. Conocía a Dave desde hacía casi veinte años.

Técnicamente, aquello lo convertía en uno de sus más viejos amigos. Y lo era, al menos en el sentido que Cyril Connolly tenía en mente cuando dijo que los viejos amigos casi no se diferencian de los enemigos. Dave formaba parte de otro grupo disperso de personas que iban a ir al Haig's Bar. Phil Spender, que seguía con el característico traje color crema que llevaba en el aeropuerto, también iba a ir. Y el Káiser. También Melanie, junto con otras personas del ICA. Todos se apiñaron un rato para esperarse unos a otros, y luego salieron en tropel de la fiesta, borrachos y llenos del entusiasmo de la primera noche en la Biennale.

Debido al calor y la multitud, todo el mundo había salido en masa del Haig's Bar a la *piazza*, hasta el hotel Gritti Palace y el Gran Canal a un lado, y la reluciente fachada blanca de Santa Maria de Giglio al otro. El Káiser entró y pagó una ronda de bebidas, cerveza en su mayor parte. Jeff estaba totalmente rodeado por londinenses, a la mayoría de los cuales veía en inauguraciones de exposiciones y presentaciones de libros. Era como estar en casa: el Soho en un marco renacentista con ola de calor incluida. Había montones de mujeres con bonitos vestidos, pero sin la mujer del vestido amarillo la noche se vio súbitamente privada de aliciente. Con qué rapidez el mundo quedaba reducido a una persona, a una mujer. Hasta el mujeriego más empedernido debía de haber sucumbido a accesos periódicos de monogamia. Jeff estaba contento, se lo estaba pasando bien, pero, después de haber conocido a Laura, también experimentaba una permanente sensación de pérdida y tenía que acordarse constantemente de volver a conectar con las conversaciones que bullían por todas partes.

Jane Felling se acercó y se unió al grupo. Ella y Jeff se habían acostado un par de veces años antes. No habían salido juntos oficialmente, lo que significaba que no se habían separado. Ella estaba con su nuevo novio, de modo que Jeff tuvo que reprimir su tendencia a flirtear con ella de forma algo grosera cuando estaba borracho.

—Esta noche estás muy atractivo, Jeff —dijo ella, y le dio un beso en los labios.

—Tú también, Jane. Guapa, quiero decir.

—Tienes el pelo distinto.

—Te seré sincero. Me lo he teñido.

—Te queda bien y es muy sutil. Sabía que te habías hecho algo, pero no se me ocurría qué.

Era sorprendente el escaso impacto que podía tener en tu relación con una persona el hecho de haberte acostado con ella. O, por lo menos, era sorprendente ver cómo algo que normalmente define una relación a veces puede tener tan poco impacto, casi no dejar huella, convertirse en una parte más de la inestable vida urbana. Jane estaba rememorando con Phil y el Káiser las circunstancias de su primera «cita» con Jeff.

—Si es que se le puede llamar así —dijo ella, entrelazando su brazo con el de él—. Fuimos a... ¿Adónde fuimos? No me acuerdo.

—Al French House.

—Eso es. El caso es que fue una cena deliciosa. Él estuvo encantador e ingenioso, y me pareció que tenía un polvo. ¿Y qué dijo cuando trajeron la cuenta? ¿Qué fue lo que dijiste?

—«¿Puedes reclamar esto en concepto de gastos?»

Supuestamente, aquel comentario daba una mala imagen de Jeff, pero era una de esas ocasiones en que se sentía muy orgulloso de sí mismo.

—Típico de Atman —dijo el Káiser, dándole una palmada en la espalda.

—Y lo mejor —dijo Jeff— es que *a)* ella lo reclamó en concepto de gastos, y *b)*...

—¡Que me lo tiré de todas formas!

Entrechocaron sus copas en medio de las risas que sonaban por todas partes. A decir verdad, no era la primera vez que contaban aquella anécdota juntos. Después de una determinada cantidad de copas, siempre era bien



recibida. Aun así, se alegraba de que Laura no estuviera presente para oírla. Había algo demasiado londinense en la historia.

—Bueno, ahora puedo devolverte el favor —dijo él—. ¿A quién le apetece otra copa? Esta la cargo a mis gastos.

Una pregunta ridícula. Todo el mundo quería una copa.

Mientras esperaba a que lo atendieran en el bar, Jeff decidió que, siguiendo el ejemplo de la tienda de campaña de *Todos con los que me he acostado*, de Tracey Emin, si él fuera artista construiría un modelo a escala real de todo el alcohol que había vertido por su gaznate. Cerveza, vino, champán, sidra, de todo. Joder, necesitaría un museo del tamaño de un hangar de aviones solo para la cerveza: las pintas, las latas, las botellas. Sería un retrato no solo de su vida, sino de su tiempo. Algunas de las marcas con las que había empezado habían desaparecido: Tartan, Double Diamond, Trophy, la inadecuadamente bautizada Long Life. Y también tendría representación internacional; no solo las cervezas nacionales, sino las que uno bebe cuando viaja al extranjero: Peroni, por ejemplo, cinco de las cuales pidió al ajetreado camarero. Cuando le entregó las botellas, estaban frescas más que frías. Jeff le preguntó si tenía otras más frías.

—Hasta las magníficas neveras de Venecia tienen problemas para hacer frente al calor y la insaciable demanda de bebidas frías que genera —contestó el camarero en un inglés épico.

Jeff llevó las bebidas frescas a los sedientos londinenses que esperaban fuera.

El nuevo novio de Jane, Mark, se había unido a ellos. Una de las personas que había pedido una cerveza había desaparecido, de modo que Jeff dio la que sobraba a Mark. Era uno de esos tipos que no destacan por su atractivo ni por nada en concreto, pero que te caen bien en cuanto los ves. Jeff bebió un trago de su cerveza templada. Cuando Mark entabló conversación con otro grupo de gente, Jane dijo:

—¿Sabes lo que me gusta de él?

—¿Qué?

—Es muy tranquilo.

—Ya sé a lo que te refieres. A mí me encantan las personas de trato fácil, aunque sé que yo no soy una de ellas. Tal vez por eso me gustan tanto.

—Es un rasgo muy viril.

—Hace poco he usado esa misma palabra en un contexto distinto, pero sé a lo que te refieres. De lo que se deduce que estar tenso es muy poco viril.

—Pero eres encantador. —Ella le dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Jane. Tú, también.

Y eso fue todo. Ella fue a reunirse con Mark, pero la conversación había sido de lo más agradable. Tanto que Jeff decidió irse a casa. Todavía le quedaban cuatro días; sería aconsejable volver al hotel la primera noche sin estar del todo borracho. Por otro lado, al día siguiente tenía que hacer muchas cosas, además de estar atento por si veía a Laura. Se despidió de varias personas, dijo adiós con la mano a las demás y echó a andar.

Al cabo de unos minutos se había perdido. Mientras se veía frente a repentinos callejones sin salida y canales sin puentes, no paraba de encontrarse con otras almas perdidas que miraban mapas con los ojos entornados bajo farolas tenues. En un sitio encontró un letrero que indicaba que si giraba a la izquierda llegaría a la plaza de San Marcos y que si giraba a la derecha llegaría a... la plaza de San Marcos. Siempre confiamos en que los letreros tomen decisiones por nosotros, o como mínimo en que nos permitan tomar decisiones. Aquel letrero era absurdo. Podría no haber estado allí. Tenía que servir para aclarar, pero solo lograba confundir. ¿O no? A lo mejor anunciaba una verdad más grande sobre Venecia: fueras a donde fueras, aunque intentaras evitarlo, acababas en la plaza de San Marcos. Hicieras lo que hicieras y giraras donde giraras, el resultado era el mismo.

En ciertos estados —cuando uno está agotado, muerto de sueño, en las

últimas—, la geografía imposible de la ciudad podría haber vuelto loco a cualquiera, pero esa noche no había problema, era divertido, parte del hecho de estar en Venecia, del hecho de estar viviendo la experiencia veneciana, la misma experiencia que estaba viviendo el resto de la gente. Con todo, Jeff respiró tranquilo cuando de repente, a kilómetros de distancia de donde había salido por la tarde, su hotel apareció obedientemente. El conserje de noche estaba dormido —siempre costaba saber si se trataba de un trabajo más apto para personas que sufrían insomnio o propensas a la narcolepsia—, pero recobró la conciencia el tiempo suficiente para entregar a Jeff su llave.

El aire acondicionado había dejado la habitación helada como una nevera. Lo apagó y poco a poco el silencio se hizo más denso.

Sonó que estaba dormido, no en su habitación sino al lado de un canal: un ancho canal veneciano de aguas que corrían rápido. La ciudad parecía todavía más antigua de lo que era, más deteriorada y sucia, y cubierta de basura. Le despertó algo que le tiraba del brazo. Luego los tirones se volvieron dolorosos, agudos. Abrió los ojos y vio a un perro con ojos de viejo que le estaba mordiendo el brazo. Intentó rechazarlo con el otro brazo, pero no lo tenía; solo le quedaba el que estaba entre los dientes ensangrentados del perro. En el sueño se encontraba despierto, pero no podía despertarse del sueño en el que el perro le mordía el brazo, amenazando con amputárselo. O tal vez estaba siendo injusto. Estaba empapado. ¿Lo había sacado el perro del canal y le había salvado la vida? Era imposible saberlo. Se despertó del sueño bañado en sudor. Estaba en su habitación y no había ningún perro; solo las sábanas mojadas cual canales.

El sol estaba abrasando el tejado del hotel (que era también el techo de su habitación). Una luz intensa se filtraba por las persianas. Parecía que fuera por la tarde, pero al mirar el reloj vio que solo eran las 7.45. Estaba resacoso,

aturdido por el sueño, nada descansado y demasiado agitado por los diversos asuntos que le aguardaban ese día para poder volver a dormirse.

Encendió el aire acondicionado, descorrió las cortinas y subió las persianas. En un abrir y cerrar de ojos, la habitación se llenó de suficiente luz para suministrar energía a un pueblo pequeño. Dirigió un chorro de orina amarilla al retrete, y al hacerlo vio fugazmente a su nuevo yo con el pelo moreno en el espejo. Joder, con aquel pelo parecía cinco años más joven que una semana antes. Pero la resaca y la falta de sueño le hacían parecer cinco años mayor, de modo que, teniendo en cuenta todos los factores, estaba igual. Se duchó, se afeitó, se cepilló los dientes, se puso unos pantalones cortos y una de sus camisetas favoritas —infinitamente desteñida, azul, con un discreto logotipo de la marca Element— y salió a desayunar.

En el exterior hacía casi tanto calor como en el desierto, pero ¿qué más daba? Estaba en Venecia, contento de estar vivo, contento de estar al acecho de Laura, encantado de encontrarse en Venecia, que ya estaba levantada y en activo y seguramente llevaba horas así. Estaban vendiendo frutas y verduras en barcazas, o comoquiera que se llamaran aquellas embarcaciones, y unos cuantos gondoleros recorrían los canales en busca de clientes. La gente miraba por las ventanas, gritaba y movía las manos. Transportaban carretillas con productos por las calles estrechas. Era como estar en *El show de Truman*. Cada día, durante cientos de años, Venecia se había despertado y había adoptado esa apariencia de ciudad real, aunque todo el mundo sabía que solo existía para los turistas. La diferencia, la novedad, de Venecia era que los gondoleros y los vendedores de fruta y los panaderos eran también turistas, que disfrutaban de unas vacaciones en la ciudad infinitamente alargadas. Los gondoleros se lo pasaban en grande con los fruteros, los fruteros se lo pasaban en grande con los gondoleros y los panaderos, y todos ellos se lo pasaban en grande con los verdaderos habitantes: las hordas de japoneses cargados de cámaras, los estadounidenses de luna de miel, los mochileros que escatimaban

euros y los resacosos asistentes a la Biennale.

Uno de ellos caminaba sin rumbo pero con gran resolución en busca de un café donde poder tomar el desayuno exacto que buscaba y al que poder volver cada día. Tenía que constar de zumo de naranja recién hecho, buen café (algo bastante fácil en Italia), cruasanes medio decentes o *cornetti* (casi imposible), y tenía que poder tomarlo todo sentado a la sombra y disfrutando de la vista de una especie de *piazza* (pero no una de las grandes, donde al ver el precio de un café podías quedarte con la cuenta en la mano repitiendo «¿Cuánto?» estupefacto).

Rápidamente encontró un sitio así en una plaza cuadrada con una vista del canal de la Giudecca, al final de una larga calle adornada con árboles. El café era sensacional y, una vez que le sacó la miel —que detestaba—, logró convertir el *cornetto* en un cruasán aceptable. Alguien había dejado un ejemplar de *La Repubblica*, que leyó a medias. La gran noticia, como era lógico, era el *calore*. Solo eran las nueve y media y ya hacía tanto calor como al mediodía.

Fue un error pedir café y zumo de naranja. Al volver al hotel con el fin de recoger lo que necesitaba para el día, tuvo que recorrer trotando los últimos cien metros y subió corriendo la escalera para hacer un uso extravagante del cuarto de baño de su habitación. Aun siendo considerable, el alivio que le provocó haber llegado —¡por poco!— fue efímero. El teléfono empezó a sonar cuando todavía estaba sentado en el retrete.

—*Pronto.*

—¿Qué *pronto* ni qué coño?

—Ah, hola, Max. Estaba intentando adoptar las costumbres del lugar.

—Pues yo llevo una eternidad intentando llamarte.

—He salido a desayunar. ¿Qué hora es ahí? Creía que no entrabas a trabajar tan temprano.

—Te llamo por el móvil. ¿Por qué no te compras uno? Eres la única persona

del mundo que no tiene uno. Y se supone que eres periodista.

—No lo sé. La idea de elegir uno me desmoraliza bastante. La expresión «plan de llamadas» me pone nervioso.

—Te diré lo que me está poniendo nervioso a mí: la entrevista. ¿Has hablado ya con ella?

—Llegué anoche.

—¿Así que todavía no has hablado con ella?

—Le he dejado un mensaje —mintió Jeff.

—¿Y cómo va a responder a ese mensaje si no tienes teléfono?

—Sí que tengo teléfono. De hecho, si no me equivoco, ahora mismo estoy hablando por uno. Veamos, tiene un micrófono por el que se habla y...

—Muy gracioso.

—Sí, sí. Incluso oigo una voz, la voz de alguien de otro país con quien preferiría no estar hablando. Decidido. Está clarísimo que es un teléfono.

—Tenemos que conseguir esa entrevista, ¿entendido?

—Recibido.

—Y la foto.

—Afirmativo.

—Eres un gilipollas —dijo Max.

Entonces colgó. Qué agradable era tratar con alguien con quien tenías una relación profesional que se remontaba a casi quince años. Qué alivio era poder prescindir de los molestos cumplidos y la cháchara irrelevante. A modo de tardía pero simbólica respuesta, Jeff tiró de la cadena.

Era demasiado temprano para ir a los Giardini, pero la hora perfecta para pasear hasta la Accademia y ver *La tempestad* de Giorgione antes de que se llenara de gente. Como el resto de cosas en Venecia, el museo estaba siendo restaurado, pero estaba abierto... y no había cola. Un letrero colocado en la taquilla anunciaba: LO SENTIMOS. NO HAY AIRE ACONDICIONADO. En otro letrero más pequeño escrito en italiano ponía algo sobre la *La tempesta* de Giorgione.

Mierda... Había una regla sencilla aplicable a las visitas a museos: si tienes un solo día libre en una ciudad, ese día el museo estará cerrado. Y si está abierto, la obra que quieres ver estará cedida a otro museo o siendo restaurada. Pero no, el letrero simplemente explicaba que, debido a la restauración, *La tempesta* había sido trasladada temporalmente a la sala XIII. Jeff fue directo allí.

No había nadie. Tenía la sala y el cuadro para él solo.

A un lado del cuadro, una joven madre está dando el pecho a un niño pequeño, con la vista clavada fuera del cuadro, mirando a los ojos a quien lo está contemplando. Probablemente se acaba de bañar en el río que la separa del joven elegantemente vestido metido en la esquina inferior izquierda, que está apoyado en una vara, mirándola fijamente. Él la mira a ella; ella nos mira a nosotros, que a su vez los miramos a ellos. Sea lo que sea lo que está pasando, nosotros participamos en ello. Detrás de ellos, al fondo —aunque no es realmente el fondo—, un puente cruza el río. Más allá del río hay una ciudad agazapada debajo de las nubes acumuladas. Un pájaro blanco, tal vez una cigüeña, se halla posado en el tejado de uno de los edificios. El cielo es una capa de azul oscuro ondulante. La línea de un relámpago blanco crepita entre la tormenta.

«La suspensión del tiempo en Giorgione tiene un carácter parcialmente idílico. Pero el idilio está cargado de presentimientos —había escrito McCarthy—. Algo espantoso está a punto de ocurrir.» Atman pudo apreciar que ese comentario era ligeramente engañoso. No solo era imposible decir qué era ese «algo» —y menos aún si ese algo podía ser espantoso—, sino que era imposible saber si había ocurrido en el pasado o ocurriría en el futuro, o no ocurriría en absoluto. No había ni antes ni después, o al menos resultaban indistinguibles el uno del otro, intercambiables. Aparte de eso, lo que ahora veía confirmaba la precisión con que ella había descrito el cuadro con palabras. Tal como ella insistía, era la quietud la que producía aquella

sensación de desasosiego.

Aunque el museo no tenía aire acondicionado, estaba fresco comparado con el calor del exterior. Jeff compró una botellita de agua en un quiosco y un abono de tres días en la parada del *vaporetto* de la Accademia. El *vaporetto*, que llegó varios minutos más tarde, estaba atestado de artistas. El atractivo y educado Wolfgang Tillmans estaba hablando con el viejo Marc Quinn, cuya última obra —una gigantesca orquídea de metal— se podía ver al pasar en el barco por delante de la Colección Peggy Guggenheim. Cuando Jeff se dirigía a la parte delantera del barco se cruzó con Richard Wentworth, que llevaba un panamá y una camisa azul a rayas y parecía el protagonista de una adaptación televisiva de una novela acerca de un artista que era un espía de Cambridge.

—Reflexión de la semana —dijo cuando Jeff pasó rozándole—. El mundo del arte, el negocio de la música. ¿Qué nos dice?

Atman no acabó de entender la distinción; un asiento de la parte delantera se había quedado libre, y estaba decidido a ocuparlo. Había otra persona todavía más decidida, y Atman se quedó de pie, aunque al menos estaba allí, en la parte delantera, donde el movimiento del barco generaba una brisa seca. Mientras pasaban traqueteando por delante de la plaza de San Marcos, se cruzaron con varios *vaporetti* que avanzaban en otras direcciones. En uno de ellos divisó a Laura apoyada en la barandilla, ataviada con un vestido blanco. Sí, sin duda era ella. Llevaba en la mano lo que parecía un paraguas amarillo, bien enrollado como un palo. No logró distinguir el número del *vaporetto*, ni sabía adónde se dirigía; solo que iba en sentido contrario. Miró su mapa e intentó calcular rápidamente adónde iba, pero era imposible. Podría haber ido a cualquier parte. Contempló la estela que se abría en forma de V detrás del *vaporetto*. ¿Cómo interpretar ese avistamiento fallido? O bien como una buena señal porque hacía pensar que podía ser un acontecimiento frecuente. O tal vez —como esas ocasiones en que sales de una fiesta en Londres a altas horas de la noche e inmediatamente ves un taxi, pero no consigues llamar la atención



del taxista por poco y te quedas colgado durante horas— había sido su única oportunidad. Una oportunidad que no era casual.

La gente dice que lo que importa en la vida no es lo que pasa, sino lo que crees que pasa. Pero, evidentemente, esa definición no da mucho de sí. Es muy posible que el acontecimiento central de tu vida sea algo que no ha pasado, o algo que crees que no ha pasado. De lo contrario, no habría necesidad de ficción y solo habría memorias e historias, historiales clínicos; lo que ha pasado —lo que realmente ha pasado y lo que crees que ha pasado— sería suficiente.

Lo único que quedaba de la estela de las otras embarcaciones era un leve oleaje que pasaba por debajo de la estela de la embarcación de Jeff. Era como una doble anulación. Se habían cruzado como barcos de día.

Jeff desembarcó en San Zaccaria, donde tuvo que recoger su acreditación en la oficina de prensa de la Biennale. Le habían advertido de que habría grandes colas y tendría que esperar varias horas bajo el sol abrasador, pero solo había unas cuantas personas delante de él. Una de ellas era Dan Fairbank, que se apartó de la mesa con el pase de prensa en la mano. Fue un tanto inesperado, pues lo último que Jeff había oído (dos semanas antes) era que Dan estaba trabajando de director de anuncios. Al ver a Jeff, deseoso de evitar cualquier exclamación pública de sorpresa, se acercó y explicó, *sotto voce*, que se las había arreglado para que le concedieran un pase de prensa «para tener acceso a cosas que no habría tenido paciencia para esperar a ver». Momentos más tarde, llamaron a Jeff a la mesa de acreditaciones, y Dan se marchó.

Sonriente y con unas resultonas gafas rojas, la joven que se ocupó de la solicitud de Jeff estaba llena de entusiasmo por su trabajo, deseosa de asegurarse que aquel importante periodista tenía toda la información que podía necesitar, aunque a él solo le interesaba algo que le permitiera colarse —tener acceso— a tantos eventos como fuera posible. La sociedad de la Biennale era completamente jerárquica. En lo más bajo estaban los miembros del público,

que a esas alturas no tenían acceso a nada y, al menos durante esos días, brillaban por su ausencia. En lo más alto estaban los artistas y los conservadores de las grandes instituciones y las famosas galerías comerciales, a continuación los coleccionistas, luego los periodistas y críticos, y luego un ejército de gorriones. Para llevar un control y mantener ese sistema de castas indudablemente flexible —un periodista como Jeff en realidad no era más que un gorrón de éxito, un gorrón con acreditación; pensándolo bien, muchos artistas eran gorriones con pinceles o cámaras, y los conservadores eran gorriones con poder—, existía una gran variedad de pases, de los cuales solo el más selecto te daba acceso a todo, en cualquier parte y a cualquier hora. Por encima, en la cúspide de la jerarquía, estaba el nivel de súper VIP, donde el hecho de estar en posesión de cualquier tipo de pase menos el concedido por tu riqueza o tu fama —por un derecho evidente a ir exactamente a donde te diera la gana— era de por sí una muestra de exclusión.

Cuando a Jeff le dieron su pase sencillo, de repente se le ocurrió una idea brillante.

—¿Podría decirme si mi colega Laura Freeman ha recogido ya su acreditación? —preguntó.

Ella no era periodista, pero, al igual que Dan, era posible que se hubiera registrado como tal para gozar de los privilegios de un pase de prensa. Y, si se había registrado, tal vez fuera posible descubrir su hotel y, quizá, su número de móvil. Mientras la empleada buscaba alegremente el nombre en el ordenador, Jeff aguardó con nerviosismo; la excitación ante la perspectiva de aumentar de forma considerable su información sobre Laura se veía complementada por la emoción ante su propia astucia y el elemento detectivesco de la situación. Sin embargo, su entusiasmo duró poco. No había registrada ninguna mujer llamada Laura Freeman.

—Ah. Gracias de todas formas —dijo.

La empleada había sido más que amable. Había aportado esa pizca de

encanto al que solo era susceptible un hombre de la edad de Atman: la insinuación de que no estaba haciendo eso porque fuera propio de ella o formara parte de su trabajo, ni siquiera porque tuviera buena disposición hacia él, sino porque lo encontraba atractivo. Lo que ella hizo en realidad era tan irrelevante como insólito; lo que importaba era que su actitud —coqueta por el simple hecho de que era muy agradable— permitía abrigar aquella idea. Si él no hubiera estado tan obsesionado por Laura, puede que hubiera intentado poner aquella impresión a prueba —¿una copa más tarde, quizá?—, una prueba que casi con toda certeza habría tenido un resultado negativo. Así las cosas, le dio las gracias por su ayuda, le deseó un buen día y el intercambio finalizó con amplias sonrisas por ambas partes. Fue como una versión de la escena que había tenido lugar en la tienda de periódicos de Londres, reescrita y trasladada a Venecia.

Con su indispensable pase de prensa en la mano, Jeff salió al exterior, donde hacía un calor digno de una película de ciencia ficción. Tal vez fue el pase de prensa lo que le provocó un arrebató de profesionalidad: fue directo a la *tabaccheria* de al lado y compró una tarjeta de teléfono para llamar a Julia Berman y hablarle de la entrevista. La temperatura parecía haber aumentado otros diez grados mientras había estado en la oficina de prensa. Bajo la cubierta de plexiglás del teléfono público, hacía todavía más calor. El teléfono sonó durante un largo rato. Esperó a que respondiera un humano o el contestador, luego colgó y marcó de nuevo. Lo mismo. Se sintió enormemente aliviado. Había hecho todo lo posible por conseguir aquella exclusiva. Había llamado y llamado —¡dos veces!—, pero no había obtenido respuesta. Lo había intentado todo para localizarla, pero no había tenido suerte, de modo que ahora era libre para ocuparse de las otras cosas pendientes, la más importante de las cuales era ir a la Biennale, sin dejar de estar atento en ningún momento por si veía a Laura.

Junto a la frondosa entrada de los Giardini había estudiantes y jóvenes artistas que repartían folletos de sus exposiciones, versiones alternativas y semiclandestinas de la Biennale con música y discjockeys. Los Giardini ya estaban abarrotados cuando Jeff entró, menos de una hora después de la apertura oficial.

Por motivos patrióticos, su primera parada fue el pabellón británico, dedicado a Gilbert y George. En los ochenta, el crítico Peter Fuller había emprendido una cruzada injuriosa contra Gilbert y George por considerarlos una amenaza contra todas las cosas que apreciaba. Cuando Fuller murió en un accidente de coche, ya debía de haberse dado cuenta de que todo había sido en vano, pues Gilbert y George estaban llamados a convertirse en padrinos de varias generaciones de jóvenes artistas británicos; y ahora se les había rendido homenaje cediéndoles el pabellón británico. Huelga decir que su obra era terriblemente cansina, las mismas tonterías rancias con pinta de vidrios de colores que llevaban años haciendo, pero tal como Jeff lo veía (la única forma de verlo), ¿qué coño importaba? Nunca iban a hacer algo nuevo, ¿y qué? Era absurdo rebelarse contra aquella afable pareja de capullos.

A partir de allí debería haber abordado la visita de forma sistemática, tachando de la lista cada uno de los pabellones nacionales en una secuencia ordenada, pero ya había colas de inmigrantes artísticos que esperaban para entrar en los pabellones de Canadá y Francia —que estaban al lado del de Gran Bretaña—, de modo que se los saltó y empezó a dejarse caer por los distintos sitios de forma totalmente desordenada. De la exposición sobre Gilbert y George fue al pabellón noruego, que contenía una pared con círculos de op art amarillos y negros. Pero no eran círculos, sino dianas, una pared entera llena de ellas. A cierta distancia había unas grandes cajas de cartón con dardos verdes y rojos con los que uno podía apuntar a la pared y alterar poco a poco el diseño general y la distribución de color. Jeff acababa de lanzar el

último de un puñado de dardos rojos cuando alguien gritó su nombre y le arrojó un dardo a los ojos. ¡Mierda! Era Ben Jennings, que hizo el viejo truco consistente en desenroscar la punta del dardo para que volara contra la cara de Jeff y lo asustara sin hacerle daño.

—¡Gilipollas!

—Excelente, ¿verdad? —dijo Ben, mientras volvía a armar el dardo—. Jackson Pollock más Jocky Wilson.

Llevaba una camisa azul claro que lucía un color azul marino debajo de los brazos del sudor. Años antes había sido una especie de hombre del Soho, una persona ingeniosa, un Kenneth Tynan en proceso de formación. Ahora, quince años después, era considerado —incluso por un gacetillero como Jeff— un gacetillero que nunca había tenido la disciplina o la diligencia o el talento para hacer realidad las esperanzas que había despertado. Claro que tampoco parecía que le importara. Él era feliz asistiendo a las diversas ferias artísticas del mundo —la Art Basel de Miami, la de la propia Basilea, el Armory Show de Nueva York, la Frieze de Londres, Berlín— y contando chismes sobre ellas. Jeff solía dar por sentado que le caía mal, pero cuando estaba en su compañía siempre acababa sintiendo simpatía por él, en parte porque sospechaba que tras su encanto y bonhomía Ben era terriblemente desdichado con la suerte con la que aparentemente estaba tan contento. Aun así, siempre conseguía pasárselo bien. La noche anterior, por ejemplo, había estado «bailando disco hasta las cuatro de la madrugada». Era patético, era increíblemente inmaduro, pero, incluso a sus cuarenta y cinco años, a Jeff se le caía el alma a los pies cuando se enteraba de que alguien se había quedado de fiesta más tarde y se lo había pasado mejor que él, aun cuando él se lo había pasado bien y había decidido poner fin a la noche por voluntad propia. El concepto de diversión de las personas experimentaba cambios sólidos a medida que envejecían. Acababan criando niños, comprando cobertizos o jugando al golf. Jeff había demostrado ser extraordinariamente constante en

sus preferencias. Le gustaba beber, drogarse, ir de fiesta y perseguir a mujeres que —otra señal de constancia— preferiblemente no fueran mucho mayores ahora que cuando había empezado a hacerlo. En los últimos años había pasado más tiempo en casa, anestesiado delante del televisor, pero no era algo que le apeteciera, sino simplemente un período de recuperación. Había ocasiones en que se aburría como una ostra de su idea de la diversión, pero nada se había aproximado a desplazarla o sustituirla. Y nunca había llegado a apasionarse por su trabajo salvo en la medida en que siempre le había repugnado apasionadamente. No era de extrañar que tuviera unos sentimientos tan ambiguos hacia Ben: él era una versión más colorada y corpulenta del propio Atman. Era muy posible, meditó, que te cayera bien alguien que te caía mal y viceversa.

—Me pareció verte anoche en la fiesta de Islandia —dijo Jeff.

Los dos cogieron más dardos, se pusieron el uno al lado del otro y se dedicaron a tirarlos sin ton ni son a la pared llena de dianas imposibles de fallar.

—Estuve en la cena en honor a Ed Ruscha.

—¿Fue anoche? Creía que era mañana.

—Mañana hay otra.

—Entonces, ¿todas las noches hay una cena en honor a Ed Ruscha?

—Y, ¡ciento ochenta!, seguramente un desayuno todas las mañanas.

Lanzaron sus últimos dardos. Ben dijo que sabía de buena tinta que por la tarde iban a servir cucarachas cubiertas de chocolate en el pabellón de Venezuela. Tras aquello, se fueron cada uno por su lado: Ben al pabellón de Suiza, y Jeff a una instalación de una artista finlandesa cuyo nombre —Maaria Wirkkala— no le decía nada.

Una sencilla barca de madera flotaba a la deriva en un mar inmóvil de cristales de murano multicolores: desechos y fragmentos, probablemente, de las fábricas de cerca de Venecia. El interior de la barca, pintado de rojo

apagado, se llenaba poco a poco del agua que goteaba del techo. De vez en cuando —con tan poca frecuencia que Jeff se preguntó si se lo estaba imaginando—, la barca se mecía ligeramente. Se quedó fascinado y se alegró de haberla visto al principio del recorrido, antes de estar atontado, harto y abstraído.

Los pabellones de Australia y Alemania estaban atestados, de modo que fue un alivio ir al de Uruguay, donde no había colas ni multitudes... ni arte. Habían colgado unos cuantos trapos en unos tendedores, pero incluso para el bajo nivel de los otros pabellones resultaba bastante ridículo. Y tampoco daban nada gratis. En muchos pabellones regalaban bolsas de lona, algunas bastante elegantes, pero todas muy útiles (para meter las bolsas de los otros pabellones). Si sacabas una tarjeta de prensa, en algunos sitios también te regalaban un lujoso catálogo, pero los uruguayos no usaban el mismo baremo.

En la geografía comprimida de los Giardini, Uruguay lindaba con Estados Unidos, que contenía los largos cuadros horizontales de edificios de Ed Ruscha, algunos en color y otros en blanco y negro. Estupendo, bien, visto. Jeff iba rápidamente de un pabellón a otro, utilizando su pequeña cámara digital como cuaderno de notas que consultar —conjuntamente con los catálogos— cuando escribiera su artículo. Increíble: allí estaba todo aquel arte, y sin embargo había muy poco que ver, o al menos muy poco que mereciera la pena mirar. Parte de las obras eran un desperdicio para la vista. Bien. Y aunque no había nada que ver, había mucho por recorrer, y Jeff tenía que meter las narices en todo. Bastantes de las obras expuestas podrían haber sido tildadas de conceptuales, en la medida en que se consideraba que los espectadores tenían la mentalidad de alumnos de primaria. De acuerdo, solo que la mayoría parecían obra de un estudiante de primaria, si bien un alumno de primaria con la ambición de un ruso de diecisiete años cuya madre viuda había ahorrado hasta el último rublo para meterlo en una escuela de tenis de Florida. Puede que las obras fueran pueriles, pero eran producto y símbolo de un hambre de

éxito voraz. En otras circunstancias históricas, muchos de aquellos artistas podrían haberse hecho con el control del Reichstag o haber gobernado Camboya con una crueldad inaudita.

Al poco rato todos los pabellones empezaron a confundirse: se hizo imposible recordar con la más mínima certeza qué obras se hallaban en qué pabellón. Los grandes y coloridos cuadros psicodélicos estaban en el pabellón de Suiza. La videoducha, alicatada de monitores de modo que el espectador se veía rodeado por tres lados de un torrente de imágenes —tenis, porno, noticias, fórmula 1, guepardos, fútbol, más porno, noticias de última hora, porno de la fauna silvestre, desiertos, incendios de montes, boxeo—, era rusa. Pero el castillo de plástico rojo —entrabas y era como estar en un mundo rojo—, ¿de qué país era? Evidentemente, no era del mismo país que había presentado la sala totalmente azul. Allí dentro no había más que azul. Ni esquinas, ni ángulos, ni sombras; solo un vacío azul. Era un entorno muy abstracto, un espacio de luz, aunque no había ninguna fuente visible de luz salvo el azul omnipresente. Atman había entrado en esa instalación en un momento en que estaba totalmente vacía. El único objeto corpóreo de la sala era él, pero bastaba, si no para arruinar la experiencia, sí al menos para alterarla profundamente. El hecho de que estuviera allí, en medio de todo, impedía que fuera la experiencia incorpórea a la que tanto se acercaba. Se sentó en el suelo para ser menos consciente del cuerpo que arrastraba y estuvo a punto de disolverse en aquel azul carente de dirección y de fuente de luz. Aun así, era una pasada y se aproximaba más que ninguna otra cosa a lo que la gente —o Atman, al menos— esperaba del arte, un espacio en el que poder evadirte y perderte: instalaciones erigidas para alcanzar el nivel de la inmersión total. La instalación artística perfecta sería un club nocturno lleno de gente con música, luces, una máquina de humo y drogas incluidas. Podría llamarse *Club nocturno*, y, si estuviera abierto las veinticuatro horas del día, sería el gran éxito de la Biennale.



Mientras Jeff iba de pabellón en pabellón, no paraba de encontrarse con conocidos, algunos de la noche anterior y otros con los que coincidía allí por primera vez. Casi todos estaban resacosos. Cuando habían dejado de servir en el Haig's Bar, algunos obstinados habían ido al Bauer, que estaba tan abarrotado que la terraza había amenazado con derrumbarse sobre el Gran Canal. Todo el mundo tenía sus obras favoritas, sus recomendaciones y piezas aborrecidas, y todo el mundo tenía un surtido de bolsas gratuitas. Nadie había visto la barca finlandesa en su mar de cristales rotos. Era como si Jeff hubiera alucinado. Scott Thomson insistía en que el arte de allí estaba un millón de kilómetros por detrás del Festival Burning Man. Repartían botellas de agua y abanicos. Algunas personas padecían el calor más que otras, pero todo el mundo coincidía en que era insoportable. Se pusieron a la sombra cálida de los árboles, abanicándose, bebiendo agua, sujetando sus bolsas gratuitas y catálogos, comparando planes para la noche, sintiéndose aliviados y resarcidos al descubrir que iban a ir a las mismas fiestas. Se despidieron y luego se encontraron media hora más tarde, camino del pabellón de España, entusiasmados con Serbia, tras el retraso sufrido en el pabellón de Israel, cuyos controles de seguridad eran dignos de un aeropuerto. Jeff se topó con más conocidos y reconoció a muchos con los que no se topó —Nick Serota charlando con Sam Taylor-Wood, Peter Blake hablando consigo mismo (nada extraño, pues la mitad de los presentes estaban pegados a sus móviles) y alguien que podía ser o no la actriz Natascha McElhone—, pero no vio a la persona que más ganas tenía de ver; no alcanzó a ver a Laura por ninguna parte.

Intentó volver a llamar a Julia desde un teléfono público. Esta vez alguien contestó.

—*Buongiorno*. Hola. ¿Julia Berman?

—Soy yo.

—Ah, estupendo. Me llamo Jeffrey Atman, de la revista *Kulchur*.

En ese punto, lo ideal hubiera sido que ella hubiera dicho: «Sí, claro. ¿Qué tal está?». De no ser posible, algún tipo de sonido alentador —«ajá»— habría sido de ayuda, pero no se oyó nada; solo un leve sonido de respiración irritable.

—Siento llamarla así, de repente. Aunque espero que no sea tan de repente. Creo que mi editor, Max Grayson, se ha puesto en contacto con usted. —Más sonido de respiración—. Le comentó la posibilidad de hacerle una breve entrevista sobre... bueno... sobre su vida y el disco de su hija. Ese tipo de cosas.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Jeffrey Atman.

—¿Y la revista?

Estuvo tentado de decir el nombre de una publicación erótica, pero contestó con educación y exactitud:

—*Kulchur*. Con «k» y «ch».

—Creo que recuerdo algo.

Tenía acento inglés, con un descuido afectado. Jeff esperó a que continuara, pero al parecer le tocaba a él volver a hablar.

—Entonces, si no le resultara demasiado inconveniente, ¿podríamos hacer la entrevista en algún momento durante los próximos dos días?

—¿Cuándo le gustaría hacerla?

—Cuando y donde a usted le venga bien.

Había que correr el riesgo. Había muchas horas que a él le serían sumamente inconvenientes, pero formaba parte del protocolo del entrevistador dejar que el entrevistado decidiera. Les hacía sentirse importantes y, con suerte, el hecho de ser importantes les hacía más tratables; aunque, en la práctica, la mayoría de las veces les hacía sentirse todavía más importantes, lo

que se manifestaba en que se mostraban extremadamente difíciles.

—¿Cuánto durará?

—No mucho, si está ocupada.

Llevaba haciendo eso suficiente tiempo para darse cuenta de que no era necesario dedicar horas a una entrevista. Se podía reducir a veinte minutos y aun así disponer de suficientes citas para pergeñar un artículo medio decente; medio decente siempre era el doble de bueno de lo que hacía falta. En cualquier caso, tenía cosas mejores que hacer en Venecia que dedicar su tiempo a escuchar a esa vieja gloria (un eufemismo, por lo general, para alguien que nunca había alcanzado la gloria).

—Mañana me es imposible. ¿Qué tal hoy? Pronto. ¿A eso de las cuatro?

—Perfecto —dijo Jeff, y no mentía.

—¿Puede venir aquí?

—Sí, cómo no. Esto... ¿dónde se encuentra usted?

Ella le dio la dirección —totalmente irrelevante— y las indicaciones para llegar.

Las indicaciones que ella le dio eran inequívocas y fáciles de seguir. Después de haber tomado un *vaporetto* desde los Giardini a Campo d'Oro, Atman llegó a su edificio a la hora exacta. Pulsó un timbre de metal, pero no oyó si en el interior su acción se traducía en un timbrado. No se oyó ningún sonido de movimiento, ni pasos ni puertas abriéndose. Esperó y, cuando estaba a punto de volver a intentarlo, oyó que retiraban el cerrojo. La puerta se abrió. Fuera hacía tanto sol que tuvo problemas para distinguir la figura envuelta con la oscuridad del interior. A medida que sus ojos se habituaban, vio un largo cabello moreno canoso y una cara delgada cuyo envejecimiento no se reflejaba en un ablandamiento de las facciones, sino en la piel más estirada sobre el cráneo. Ella le tendió su fina mano y le pidió que entrara para estar más

fresco. La puerta se cerró ruidosamente tras ellos. La mujer llevaba un vestido azul que le llegaba hasta las rodillas. Jeff la siguió por la oscura escalera — ella iba descalza— hasta un piso de la tercera planta. Era grande y espacioso, y estaba amueblado con sencillez, pero no tuvo ocasión de echar un vistazo pues ella lo condujo directamente a una terraza. Allí había una mesita metálica pintada de blanco y dos sillas a la sombra de una gran sombrilla de lona. Ella le preguntó qué le apetecía beber. Agua con gas, dijo él, y la mujer volvió adentro. Desde allí se veía un pequeño canal y otros pisos, todos con sus propias terrazas.

Ella volvió con una botella y unos vasos colmados de hielo, ambos con una rodaja de limón encima. El hielo crujió y se resquebrajó cuando la mujer llenó los vasos. Todo parecía un anuncio de la palabra «refrescante». Jeff bebió un trago.

—Muy refrescante —dijo como un bobo, antes de buscar su grabadora en la colección de bolsas que había acumulado en los Giardini—. ¿Ha visitado ya la Biennale?

—Todavía no —dijo ella—. Mañana.

Él le contó lo que había visto hasta entonces: las dianas y la barca finlandesa que se llenaba lentamente de agua en su travesía por el mar de cristales de colores. Encontró la grabadora.

—¿Le importa que grabe nuestra conversación?

—No hay problema.

Él colocó el aparato en la mesa entre los dos y apretó el botón de grabar.

—Esto... se activa con la voz —dijo—. ¿No es estupendo?

Era otro comentario estúpido y, como tal, se alegró de haberlo hecho. Años antes intentaba impresionar a sus entrevistados con la agudeza que poseía, lo informado que estaba y lo listo que era en general. Pero había aprendido que era un error. Las entrevistas funcionaban mucho mejor si el individuo creía que era tonto de remate. Bajaban la guardia, se volvían más comunicativos,

incluso intentaban compensar tus manifiestos fallos. Sin embargo, empezó a sospechar que allí no iba a servir de nada. Ella no era antipática, pero se mostraba totalmente formal. Los entrevistados normalmente intentaban cautivarte; a ella le daba igual. No obstante, vertió más agua en su vaso. Él no le interesaba —a los entrevistados nunca les interesaba; solo les interesaba qué imagen iba a dar de ellos la prensa—, pero tampoco parecía interesada en sí misma.

—Tal vez podría empezar preguntándole por el disco de Niki. —Jeff se encontraba incómodo hablando—. ¿Qué le parece?

—Me gusta —dijo ella.

Él esperó a que continuara, pero no lo hizo.

—¿Le gustaría ampliar eso un poco?

—Me gusta mucho. Tiene melodías bonitas. También me gustan algunas letras.

—¿Algunas en especial?

—No me acuerdo así, a bote pronto, pero creo que tiene una bonita forma de cantar.

—¿Qué hay de la grabación? Veo que usted cantó los coros en un tema.

—Fue un detalle por su parte que me lo pidiera. Evidentemente, yo no tengo ni pajolera idea de cantar, pero no importa porque suenan tantas cosas que no se me oye. —«Ni pajolera idea.» Hacía años que no oía esa expresión.

—Bueno, a mí me gusta —dijo él, aunque todavía no se había molestado en escuchar el cedé, que era de esperar fuera una porquería, después de que el relaciones públicas se lo hubiera mandado a casa con una urgencia propia de quien envía sangre a alguien que la necesita desesperadamente—. Esto... ¿es el tipo de música que escucha usted normalmente? Quiero decir, ¿qué tipo de música le gusta escuchar?

—Me gusta la música más antigua. Los años me delatan, pero me gusta Bob Dylan. Y The Doors.

—¿Ha conocido a Dylan?

—No. Lo vi en Blackbushe en mil novecientos setenta y algo.

—Setenta y ocho. Yo también lo vi. Genial, ¿verdad?

Ahí estaba, el punto de inflexión, el momento en que descubrían que tenían algo en común, aunque fuera algo que todas las personas de entre veinte y setenta años tenían en común: la afición por Bob Dylan. Con un poco de indulgencia por parte de Jeff, ahora la entrevista podía convertirse en lo que siempre se intentaba aparentar que era: una conversación.

—Yo también estuve en Earl's Court.

—Yo no lo conseguí.

—¿Qué otros artistas le gustan? —preguntó él, resistiendo la tentación de centrarse exclusivamente en Dylan.

—Tangerine Dream —dijo—. Van der Graaf Generator.

Él no sabía si estaba bromeando.

—¿Ha visto a Van der Graaf alguna vez? —preguntó a modo de respuesta.

—Conocí un poco a Pete Hammill.

—¿De veras? ¿Cómo era?

—Era simpático. Un chico inglés simpático, culto y educado.

—*H to He Who am the Only One* —dijo Jeff.

—*Pawn Hearts* —contestó ella.

A él le dio la impresión de que estaba a punto de reírse, pero no fue así.

—Hay otro, pero no me acuerdo bien del título.

—*The Least We Can Do is Wave to Each Other* —dijo ella.

—Claro.

—*Aerosol Grey Machine*.

—Vaya —dijo Jeff—, está hecha una experta en Van der Graaf.

Él había mantenido otras versiones de esa misma conversación —distintos grupos, el mismo formato— docenas de veces, pero siempre con hombres. Mantenerla con una mujer era una experiencia diferente y mucho más excitante.

Como si le hubiera leído el pensamiento, ella dijo:

—Es una entrevista bastante extraña. ¿Es *Kulchur*, con «k» y «ch», una revista de rock progresivo?

—Por desgracia, no. Pero sería estupendo —dijo él, súbitamente consciente de que se lo estaba pasando bien.

La entrevista iba a salir perfectamente. O lo habría hecho si ella no hubiera estirado el brazo y hubiera apagado la grabadora.

—¿Le gusta fumar hierba, Jeff?

—Claro.

—Bien. Para serle sincera, le doy a la maría, aunque le agradecería que no lo pusiera en su artículo.

—Desde luego.

Ella volvió a entrar en el piso y brindó a Jeff la oportunidad de arrepentirse ligeramente de aquel «Desde luego» tan lleno de seguridad. En el siglo XX se lo había pasado bien fumando hierba, pero ahora que el nuevo milenio estaba dominado por el *skunk*, una variedad extrafuerte, prácticamente la había dejado. En los ochenta colocarse con *sensi* era divertido, pero pillar un ciego de *skunk* —y con el *skunk* no había posibilidad de acabar de otra forma que no fuera con un ciego— era una experiencia distinta. Era como un pasaje al terror, la paranoia y los temblores.

La mujer volvió con una bolsa de hierba. Jeff trató de no parecer nervioso.

—Esto... una cosa —dijo él—. No fumo tabaco.

—Yo tampoco. Esta es hierba jamaicana de la buena, no ese *skunk* atroz.

—Ah, bien —dijo él, casi gritando de alivio—. No lo soporto.

Se lo estaba pasando estupendamente en Venecia. Todo estaba saliendo a la perfección.

—Es terrible, ¿verdad? Dios sabe lo que les estará haciendo en la cabeza a los chicos que lo fuman a todas horas.

—Positivamente —dijo él, por segunda vez en otros tantos días.

Ella lió un porro pequeño y fino, le dio una calada y se lo pasó a Jeff. Él hizo lo mismo y se lo pasó de nuevo. Empezó a sentir un agradable colocón. Los dos estaban pillando un agradable colocón juntos. La luz se volvió más brillante e intensa. El canal proyectaba sombras en la pared amarilla de enfrente. De hecho, estaba muy colocado, pero era agradable. Así eran antes los colocones.

—Bueno, ¿y qué me dice de Hawkwind? —dijo él.

—Recuerde, no ponga que me he colocado en el artículo. Ni insinuaciones ni guiños.

—Se lo prometo. —A Jeff le ardía la garganta. Bebió un buen trago de agua, cuyo gas le picó momentáneamente en la garganta todavía más—. Pasemos del rock progresivo de los sesenta a otro tema, aunque sea a regañadientes. Tal vez podría hablarme un poco de Steve Morison.

—Un hombre encantador. Un artista bastante bueno. Un hijo de puta redomado. —Esto es dinamita, pensó Jeff para sus adentros, sin saber, momentos más tarde, si estaba pensando en la entrevista o en la hierba—. Pero no hace falta decir que tampoco me gustaría que me atribuyera esas palabras.

—Oh, está bien. ¿Se refiere a toda la respuesta o solo a la última parte?

—No, solo a las dos primeras partes.

Los dos se rieron. Aquello estaba resultando divertido.

—¿Qué piensa de su obra ahora? En los sesenta era muy respetado. Me preguntaba si considera que ha aguantado el paso del tiempo.

—Creo que es muy variable. Lo mejor de su obra está al mismo nivel de algunos trabajos de Hodgkin.

Jeff la miró de cerca con la esperanza de penetrar sus gafas de sol para ver sus ojos y comprobar la intención con que había hecho ese comentario. En los últimos años, Hodgkin se había convertido en todo un chiste. Jeff aguardó a que la mujer se explayara acerca de Hodgkin, pero ella volvió a Morison.

—Y sus primeras obras figurativas son buenas. Tenía el don de captar el



comportamiento de las personas, su relación con el entorno. Y, si no había entorno, su comportamiento en relación con ellos mismos. Aparte de eso, había una especie de intensidad psicológica que resultaba muy difícil de expresar, pero que sin duda estaba presente. Todo el mundo podía verla o percibirla aunque no hubiera nada (absolutamente nada) íntimo en la escena. Tenían la objetividad de una fotografía.

—Sí —dijo Jeff.

Pese a estar impresionado por su análisis, le costaba recordar lo que lo había motivado. Pero eso era lo bueno de grabar las entrevistas. Era como una memoria externa. Solo que se había olvidado de volver a encender la grabadora.

—¡Joder! —Estiró el brazo y apretó el botón de grabar.

—Naturalmente, no esperará que repita todo eso, ¿verdad? —dijo ella.

—No, no.

Pasó una lancha motora, haciendo susurrar el agua del canal y agitándola tras de sí, y las sombras con forma de remolinos de la pared cobraron vida de nuevo.

—¿Fue...? El hecho de criar a Niki sola.... Vivieron una temporada en Francia y otra en Londres. ¿Cómo fue?

—Estupendo. Teníamos un apartamento precioso en París y un piso razonable en Londres. No nos faltaba dinero. Niki era una niña fácil de complacer.

—¿Y usted? ¿A qué se dedicó? Aparte de criarla, claro.

—No tenía ningún deseo de hacer nada. Escribí unos cuantos artículos. Tenía la vaga idea de escribir un libro, pero nunca lo hice.

—Se habló de unas memorias.

—Oh, sí, escribí algo, pero no tenía perseverancia y no había nada que me animara a llegar al meollo del asunto. Así que no tenía nada en que basarme ni que me estimulara. Y aunque tenía unos cuantos amigos famosos, sentía una

gran lealtad hacia ellos, o un gran afecto, para decir algo interesante sobre sus personas. Ya sabe, esa clase de libros siempre dan mejor resultado cuando se traiciona a alguien. Yo no tenía el más mínimo interés en traicionar a nadie ni saldar cuentas. Y la idea de escribir nunca me interesó lo suficiente. Así que me dediqué a holgazanear. Dígame, ¿usted se aburre?

—¿Yo? Constantemente.

—Eso debe de ser una ventaja. Verá, yo nunca he tenido la capacidad de aburrirme. Soy como una de esas personas que se ven en la India o África sentadas al borde de la carretera mirando al vacío. Puedo pasarme todo el día sin hacer nada y estar encantada. Y nunca he tenido la más mínima ambición. Ni siquiera en la forma más básica y negativa, que es envidiar el éxito de las demás personas. Creo que por eso he tenido tantos amigos: yo me alegraba realmente de que progresaran, mientras que muchas personas de su entorno se comparaban con ellos y con su situación. Lo siento, ¿estoy hablando demasiado?

—No, en absoluto. A decir verdad, lo que dice es estupendo.

Jeff lanzó una mirada en dirección a la grabadora para asegurarse de que estaba grabando y de que al encenderla no la había apagado sin querer. Esas cosas pasaban cuando uno estaba colocado, como bien recordaba.

—Supongo que todo eso afectó especialmente a Niki.

¡Era más listo que el hambre! ¡Como Paxman!

—Sí. Era evidente que ella iba a hacer algo. Si no hubiera sido la música, habría sido el arte o la literatura. Algo por el estilo. Ella estaba insatisfecha, a diferencia de mí. Yo siempre me he sentido muy a gusto conmigo misma.

Era cierto. Allí estaba, a gusto, hablando de sí misma pero no de forma egotista, sino proporcionando información de la persona que resultaba ser ella misma. Y era fácil ver por qué tenía tantos amigos. Era de trato fácil. Hacía que uno se sintiera cómodo; una idea que inmediatamente hizo sentir incómodo a Jeff, preocupado por cómo iba a sacar a colación el dibujo que Max le había

pedido y que, en cierto modo, era más importante que todo lo que había pasado antes. La sombra del edificio de Julia se estaba extendiendo sobre la pared de enfrente como la línea de máxima carga de un barco, y al ascender lentamente parecía que estuvieran fletando un cargamento en la casa vecina, haciendo que se hundiera ligeramente en el agua. Apagó la grabadora.

—Estupendo. Gracias. Con eso bastará.

—Ha sido indoloro.

—Bien. Ahora lo único que queda, y creo que también se lo ha comentado Max Grayson, mi editor en *Kulchur*, es el dibujo que Steven le hizo. En la revista esperan que acceda a dejarles reimprimirlo con el artículo.

—¿Quiere llevárselo?

—No necesariamente. Lo que sea más fácil para usted. Si lo prefiere, pueden mandar a un mensajero o se puede escanear y enviar por internet. Pero sería genial si al menos yo pudiera verlo.

—¿Le importa si le pregunto qué gano yo con eso?

—No. De hecho, he pedido autorización para convenir un precio con usted.

—¿Y bien?

—¿Unas mil libras?

—Es curioso, pero esta es una de esas situaciones en las que me podría volver intratable.

—Desde luego, estaría en su derecho.

—¿Y si le pidiera más dinero? Un dinero que, por cierto, ni siquiera me interesa, pero, qué demonios, es lo que se espera de ustedes, ¿no?

—Por supuesto. ¿Qué tal quince mil? Para ser sincero, es el límite. A precio de oro, como se suele decir.

—Voy a por el dibujo.

Ella volvió a entrar en la casa. Jeff se levantó y dio unos cuantos pasos. Seguía muy colocado y todavía hacía un calor increíble. La combinación le obligó a sentarse de nuevo bajo la luz difusa de la sombrilla.

Julia salió con una carpeta, la abrió y dejó a la vista un trozo de papel grueso y amarillento. Dio la vuelta a la carpeta, volvió a abrirla y allí estaba el dibujo. Ella aparecía desnuda, con las piernas separadas. Entre las piernas había unas rayas borrosas garabateadas. Tenía unos pechos preciosos, y saltaba a la vista que era ella. La cara tenía los mismos pómulos prominentes, la misma expresión extrañamente vacía. Incluso el pelo era casi igual. No era difícil imaginar que, si se desvistiera ahora, Jeff vería el mismo cuerpo del dibujo.

—Caramba —dijo.

Miraba la cara del dibujo, pero era incapaz de mirar la cara de la persona que se lo había entregado. Resultaba sorprendente que el dibujo la mostrara desnuda, pero también tenía un perturbador elemento psicológico: el elemento que ella había comentado previamente. Ella había dejado que aquel hombre, su amante, la mirara y la dibujara. Contemplar a su amante desnuda era lo que los hombres habían querido siempre. Si el hombre era un artista —o solo un adolescente con una videocámara—, lo que pintaba o grababa no era simplemente lo que veía, sino la fuerza inalterable de ese deseo, de ese anhelo de ver... Pero la cara de la mujer reflejaba una absoluta indiferencia. El amor presente en la mirada de él no se veía correspondido. En lugar de ello, solo había un vacío. Mira cuanto quieras, decía su expresión. Puedes verlo todo, pero solo verás lo que tengo en común con todas las mujeres de la Tierra. Solo había que mirar el dibujo unos instantes para saber que la relación no iba a durar. Y era de suponer que Morison lo sabía, o bien cuando lo estaba dibujando o tan pronto como lo había acabado. Tal vez ese detalle carecía de importancia para ellos dos. Tal vez con el momento contenido y registrado en aquel trozo de papel bastaba. Pero si eso era cierto, ¿por qué el dibujo transmitía tal sensación de soledad? Una soledad que no era de ella —estaba serena y totalmente inmóvil—, sino de la persona que la miraba, el propio artista.

«En todos los cuadros de Giorgione se establece una relación hipnótica entre el sujeto y el espectador. Ello deriva en parte de la escena suspendida e inmóvil y en parte de la mirada fija visible en los ojos del sujeto del retrato... La quietud produce el desasosiego.»

—Es... —Jeff se aclaró la garganta—. Es un dibujo excelente.

—Sí. —Él se lo devolvió. La mujer volvió a guardar el dibujo con cuidado en la carpeta y la ató con esmero—. Así que creo que entenderá que no quiera dárselo a su revista (a ninguna revista) ni por mil, mil quinientas libras o... o las que sean.

—Estoy de acuerdo —dijo Jeff—. Es un dibujo muy personal.

Ella lo miró.

—No es usted un periodista muy entregado —dijo—. Pero es un periodista comprensivo. Eso debe de ser un inconveniente en su oficio.

Él se encogió de hombros.

—¿Será su editor igual de comprensivo?

—No creo que me despida. Como soy *freelance*, en realidad, no tengo un trabajo del que me puedan despedir.

—Eso es tranquilizador —dijo ella riéndose.

Su cita concluyó. Bajaron la fresca escalera. Ella abrió la puerta. Jeff le dio las gracias, y estaba a punto de estrecharle la mano cuando ella se inclinó hacia delante y le dio un beso en la mejilla. No había nada sexual en el gesto, pero tampoco era el beso en el aire que se había vuelto tan convencional como un apretón de manos. Había en él una intimidad que no podía explicar ni el hecho de que se hubieran colocado juntos, ni la entrevista, ni el dibujo que él acababa de ver. Jeff le dijo adiós, salió al intenso calor y oyó cómo la puerta se cerraba de golpe tras él.

Volvió andando a la parada de *vaporetto* de Campo d'Oro pensando por

décima vez ese día que hacía todavía más calor —*calore*— que antes. El *vaporetto* llegó rápido y estaba inusualmente vacío. Por lo menos estaba sacando un partido fantástico a su bono de tres días. Subió a bordo, encontró un asiento en la parte trasera y metió la mano en su surtido de bolsas para coger la grabadora, deseoso de volver a escuchar el material que tenía para comprobar la calidad de la grabación. En lugar de la grabadora, sacó la cámara digital. ¡Joder! Se había olvidado de hacerle una foto. No había conseguido llevarse el dibujo y se había olvidado de hacerle una foto. De las tres cosas que tenía que haber hecho, no había conseguido o se había olvidado de hacer dos. Y la única de la que no se había olvidado —la entrevista— se había visto sabotada al olvidarse de volver a encender la puta grabadora en la mejor parte de la conversación. Miró de nuevo en sus bolsas: al menos todavía tenía el dictáfono. Estaba aterrado y se debatía entre bajarse en la siguiente parada, volver, llamar otra vez al timbre y preguntar si no le importaba, si no era mucha molestia, si podía... Como en el caso del correo electrónico que no había enviado el día antes de viajar a Venecia —«No puedo seguir haciendo esta mierda»—, sabía, en el momento mismo de planteárselo, que no se bajaría del barco, que no volvería, que regresaría a Londres con las manos vacías y en *Kulchur* le dirían que no querían que siguiera haciendo esa mierda porque era incapaz —podía oír a Max levantando la voz— de hacer el puto trabajo más fácil que se le pedía —no se le pedía, se le encargaba, se le pagaba— que hiciera. También sabía que en cuanto le dijeran que no querían que siguiera haciendo esa mierda, se daría cuenta de lo mucho que él quería seguir haciéndola. Ojalá no estuviera colocado y pudiera pensar con claridad. Era otra de las cosas que recordaba de estar colocado, una de las razones por las que había ido dejándolo poco a poco: cuando estabas colocado siempre había un momento en que necesitabas no estar colocado y pensar con claridad. Venecia pasaba deslizándose, centelleante, dorada y verdosa, acuática. Muchos de los majestuosos *palazzi*

estaban adornados con grandes pancartas que anunciaban acontecimientos artísticos relacionados con la Biennale y exposiciones. Al mirar a su alrededor, reparó en que el *vaporetto* se había ido llenando en las paradas en las que había hecho un alto después de que él subiera; de hecho, estaba abarrotado. Bueno, ¿qué podía hacer ahora con la foto que no había hecho? Nada. Lo mejor era no pensar en ello, no preocuparse.

Muchas personas se bajaron en la Accademia, pero fueron todavía más las que se subieron. La embarcación se puso en movimiento y pasó por debajo del puente. Al salir por el otro lado, Jeff vio a Laura en el arco bajo del puente, apoyada en la barandilla. Los pájaros se deslizaban y se lanzaban en picado por encima y por debajo del puente. Ella llevaba un vestido blanco y se protegía del sol con una sombrilla; ah, de modo que era eso, no un paraguas. Si ella hubiera estado mirando hacia abajo —o incluso a lo largo del canal—, seguro que lo habría visto, pero estaba mirando —sonriendo— a la persona con la que hablaba: un hombre, un tipo de la edad de Jeff o un poco más joven. Era evidente, incluso a juzgar por aquella imagen fugaz, por la forma en que ella lo miraba, por la postura que él adoptaba respecto a ella —una mano en la barandilla del puente—, que no estaban paseando por la ciudad; no, se acababan de encontrar. Todo eso le pasó a Jeff por la cabeza en menos de un segundo. Podría haber gritado su nombre. Todavía estaba debatiendo si era lo mejor que podía hacer cuando —progresiva y súbitamente— se hizo demasiado tarde. ¡Demasiado tarde! Gritar su nombre había dejado de ser una opción y se había convertido en motivo de arrepentimiento.

Bajó del *vaporetto* en Salute, regresó al hotel y subió en el ascensor a su habitación. Se duchó con agua casi fría durante cinco minutos y se tumbó en la cama cubierto con un grueso albornoz sumamente robable. Notando solo unas levísimas secuelas del colocón —¡qué alivio!—, hojeó uno de los libros sobre

Venecia que había en el hotel: una lujosa edición de los cuadros de Turner sobre la ciudad. Todos estaban llenos de una luz que se disolvía en sí misma, agua y luz fundiéndose una con otra, y la luz del sol que caía en llamas sobre el agua. Algunos estaban tan diluidos como si solo fueran capas de color tenue. Aunque la ciudad resultaba inmediatamente reconocible, la idea de que Venecia fuera insustancial, una reluciente disolución de luz y agua en la que todo se convertía en aire, no coincidía con la experiencia de Jeff. Lo que le sorprendía de Venecia era lo sustancial que era. Y no solo el lugar, sino también la gente. No era una ciudad donde, con el paso del tiempo, las generaciones habían nacido, vivido y muerto. No, era el mismo grupo de personajes que siempre habían estado presentes, una población constante e invariable que simplemente cambiaba de ropa de acuerdo con la época en la que vivían. Cada individuo permanecía en un oficio y una edad hasta el fin de los tiempos. El viejo de la tienda de comestibles de al lado —Jeff había parado a comprar botellas de agua tres veces más grandes y mucho más baratas que las del minibar del hotel— llevaba miles de años siendo el viejo de la tienda de comestibles. La camarera del hotel había sido siempre una camarera del hotel. Estaban allí. Y lo mismo pasaba, evidentemente, con la ciudad en la que vivían. Era un lugar que estaba allí, y lo había estado desde el principio de los tiempos, mucho antes de que supuestamente naciera. Tal vez la ciudad perdida de la Atlántida no desapareció bajo el mar, sino que reapareció sobre él transformándose en Venecia. Vale, estaba el agua, que era líquida y acuosa, un agente de dilución y disolución, pero el principal efecto del agua era hacer que los edificios parecieran, por contraste, sumamente tangibles. Venecia no solo parecía que llevara allí desde siempre, sino que —a pesar de todos los rumores según los cuales la ciudad se hundía equis centímetros al año— daba la impresión de que aguantaría siempre, de que sería el único lugar que quedaría en pie después de que un ataque nuclear convirtiera el resto del mundo en una mezcla abrasadora de agua hirviente y



aire soffante.

Fue una noche poco corriente sin cena de homenaje a Ed Ruscha. El motivo era que había una fiesta de homenaje a Ed Ruscha. Jeff no se percató de ello —que la fiesta de la Colección Peggy Guggenheim era en realidad en honor a Ed Ruscha— hasta que miró la invitación con gruesos membretes en relieve de camino a la celebración. Cuando llegó allí debía de haber unas mil personas metidas en el jardín y cientos más —las no invitadas— que intentaban entrar. Era como si el gobierno de Venecia hubiera caído y los últimos helicópteros estuvieran intentando despegar antes de que los ejércitos victoriosos de Florencia o Roma ocuparan la ciudad. Unos educadísimos miembros de seguridad le hicieron pasar por las puertas cuando mostró su invitación. Dentro, todo el mundo estaba cepillándose bellinis como siempre. Los camareros tenían problemas para hacer frente a la insaciable demanda de bellinis. Apenas había espacio para moverse, y alrededor de las mesas de bebidas reinaba el caos. A Jeff se le había metido en la cabeza que habían prometido servir risotto. Se figuró que había sacado la idea de la invitación, pero en ella no aparecía ninguna mención al plato y no se veía risotto por ninguna parte. En vista del número de asistentes, preparar risotto era una tarea ridículamente ambiciosa que exigiría una gran cantidad de mano de obra, pero parecía que Jeff no era el único que lo esperaba. De hecho, el risotto y su posible ausencia era el principal tema de conversación en el jardín. La gente esperaba llenar el estómago con el risotto; su falta tendría un impacto considerable en la capacidad de los presentes para beber bellinis. En el balcón de la propia galería había un embajador o un agregado cultural estadounidense con barba rogando calma, o al menos intentando que todo el mundo se callara unos minutos para que pudiera dar un discurso. Cuando el alboroto se apagó, el dignatario barbudo dio la bienvenida a Ed Ruscha poniéndolo por las nubes, explicando que era un honor contar con él y lo importante que era como artista. Al final, pidió que todo el mundo alzara su copa por Ed Ruscha, lo que, aun siendo justo, era bastante superfluo ya que el

único momento en que habían dejado de alzar las copas durante el discurso había sido para que se las rellenaran los explotados camareros. Y entonces las puertas de la galería se abrieron. ¡Había llegado el momento! Evidentemente, el risotto se iba a servir ahora. Cuando la gente se convenció de que se avecinaba el momento del risotto, se produjo una increíble estampida. Jeff estaba perfectamente situado. Subió los escalones acompañado del tropel y acabó en las galerías, pero no encontró cazuelas con cremoso risotto sino obras de arte, cuadros y esculturas del glorioso período de apogeo del modernismo —Duchamp, Max Ernst, Picasso, Brancussi—, cuando era imposible creer que llegaría un día en que lo único que le importaría a la gente sería comer risotto gratis para sobrellevar todos los bellinis que habían estado bebiendo en el jardín. Como una avalancha, la multitud no paraba de buscar nuevas plantas dentro del edificio. De repente Jeff se encontró en la terraza, frente a la parte trasera de la estatua que Marino Marini había realizado de un hombre montado a caballo —o algún tipo de animal— con una especie de cola con forma de zurullo que asomaba de su culo de bronce. El jinete tenía los brazos extendidos, crucificado por el aire o, quizá, por el esplendor de la vista del Gran Canal. Al pasar rozando, Jeff vio que del mismo modo que la montura tenía aquella pequeña cola tiesa en la parte de atrás, el jinete también tenía una pequeña polla tiesa que le asomaba por delante. No tuvo ocasión de reflexionar sobre el significado de esos detalles. La intensidad de la búsqueda del risotto era tal que, al cabo de unos minutos, la terraza estaba abarrotada. Allí fuera también se estaba sirviendo bebida, así como unas espantosas pastas, aperitivos resecos y rancios como samosas aunque no tan especiados. Jeff se dirigió a la mesa de bebidas cuando vio a Ben.

—¿Algún rastro del risotto? —preguntó.

—¿Sabes?, creo que no va a haber risotto —dijo Ben.

Parecía muy abatido. Jeff lo entendía. Él también estaba bastante desolado, aunque había tomado la precaución de comer varios trozos de pizza de camino

a la fiesta.

—Te hacen venir aquí prometiéndote que habrá risotto —dijo—, y luego no hay puto risotto.

—Ni siquiera tienen una cantidad limitada para servir a los primeros que llegan.

—No hay nada de nada.

—Lo único que hay son unos cuantos bellinis de mala muerte.

—Más bien, un montón de bellinis, para ser justos. De hecho, tú tienes dos en las manos.

—Sientan de maravilla, ¿verdad?

—Sientan estupendamente —dijo Jeff al tiempo que se acababa el suyo.

Como estaban apretados contra la mesa de las bebidas, cogió un par más.

Con una copa en cada mano, Ben y Jeff se dirigieron al borde de la terraza y contemplaron la imponente vista del Gran Canal. El sol se estaba poniendo al estilo turneriano, a punto de desaparecer tras los edificios del otro lado del canal. Allí también convergían las estelas de humo de unos aviones. La gente a bordo de los *vaporetti* estaban mirando hacia arriba, deseando estar allí, trasegando bellinis gratis o pagando un dineral por ellos sentados en la terraza del hotel Gritti.

—Lo bueno del bellini es que es una bebida muy refrescante —dijo Jeff a Ben.

—En estas condiciones, no se podría desear una bebida mejor.

Fue el Káiser quien lo dijo, de modo que ahora eran tres, con seis bebidas entre todos. El problema era que sentaban tan bien que al cabo de poco tendrían que volver a empujones a la mesa de las bebidas para rellenarlas.

—Ojalá las copas fueran más grandes —dijo Ben.

—Buena observación —dijo Jeff—. Qué tacañería que las sirvan en esta mierda de copitas.

Lo había dicho en broma, o al menos esa era la intención con que había

empezado a decirlo, pero cuando terminó el comentario su verdad era tan manifiesta que se sintió sinceramente molesto. Sobre todo teniendo en cuenta que las puñeteras copitas estaban vacías. Estaba apretándose los machos, preparándose para volver a la mesa de las bebidas cuando, en uno de esos mágicos momentos venecianos, un camarero apareció con una jarra de bellini. Los tres estiraron las manos y observaron cómo el camarero llenaba sus codiciosos pares de copas.

—¿No dijo Buda que hay que coger todo lo que haya en el platillo de las limosnas? —dijo Ben.

—¡Sabias palabras!

Conmovidos por lo providencial del momento, entrechocaron sus platillos de limosnas y sorbieron sus bebidas, por no decir que se las tragaron. Aunque el bellini era, como había afirmado Jeff, una bebida refrescante, el sofocante calor resultaba imposible de combatir. En el aire flotaba una suerte de furor. Atman cerró los ojos y se abandonó al ruido de su alrededor, el estrépito de las voces, el jaleo de las conversaciones y las risas, los comentarios y preguntas en varios idiomas, el sonido de las botellas al abrirse y las copas al entrechocarse, las bromas y las risas que lo salpicaban todo. Era una muestra representativa de cómo sonaba la gente pasándose bien. Podrían haberlo grabado y haberlo mandado a un lugar recóndito del sistema solar para ilustrar sonoramente cómo era la vida social en la Tierra (o el gorroneo de alto nivel). Jeff abrió los ojos y se vio contemplando el Gran Canal. Era como despertarte y encontrarte en un sueño más maravilloso que el que habías tenido estando dormido. ¡Qué ciudad, qué lugar tan sensacional! Alguien le dio unos golpecitos en el hombro. Se dio la vuelta.

Era ella. Laura. La misma persona, pero vestida de forma distinta.

Claro que estaba vestida de forma distinta. Quedaba tanto por ver... Su pelo, su cara, su vestido y la pequeña chapa amarilla —con unas letras demasiado pequeñas para resultar legibles— prendida a su vestido. La

abrumadora felicidad del momento le hizo sentirse repentinamente seguro y le permitió decir:

—¡Me has encontrado! ¿Lo ves? Te dije que me encontrarías.

—¿No eras tú el que me tenía que buscar a mí?

—Me di cuenta de que la única forma de conseguirlo era que tú me encontraras, dejar de buscar. Pero, en cierto modo, no he dejado de buscar. De hecho, ahora mismo te estaba buscando... pero en la dirección equivocada.

Ahora era el momento de inclinarse y besarla. En los labios. No estaba nervioso en lo más mínimo.

—Me alegro de haberte encontrado —dijo.

—Yo también. —A tan poca distancia, pudo leer las palabras de su chapa:

MI PALABRA DE SEGURIDAD ES AY.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí. ¿Y tú?

—Tengo que reconocer que todo ha salido a la perfección.

—¿Has ido a los Giardini?

—Sí, pero ¿a qué hora has estado tú? Eso es lo que me interesa.

—Creo que llegué a eso de la una y media.

—¿Y qué hacías en el puente de la Accademia, más o menos a las seis?

—Sí, creo que estuve allí a esa hora. ¿Por qué no subiste?

—Estabas hablando con alguien. Y no me daba tiempo a bajarme del *vaporetto*. Además, ¿recuerdas que tenía que entrevistar a Julia Berman? Acabé colocándome con ella, así que todo fue un poco raro. Estaba un poco confundido.

—¿Te colocaste?

—Y por culpa de eso me olvidé de coger el dibujo. Oh, es una larga historia. ¿Te conté lo del dibujo anoche?

—Lo comentaste, pero la entrevista era más importante, ¿no?

—No lo sé. Puede. Vi el dibujo que le hizo Morison, pero ella no quiso

dármelo.

—¿Cómo era?

¿Había planeado inconscientemente aquella conversación para poder decir que era de una mujer desnuda con las piernas abiertas? ¿O no había nada inconsciente en ella?

—Era de ella. Desnuda, tumbada, mirando a Morison mientras la dibujaba. Ella arqueó las cejas.

—¿Y...?

—No me pareció apropiado cogerlo.

—¿Era un buen dibujo?

—Sí, creo que sí. Tenía intensidad. Era muy impactante.

—No irás a decir algo aburrido sobre «la mirada masculina», ¿verdad?

—La verdad es que sí —dijo él, mirándola—. ¿Lo has dicho solo para hacer que te mire?

Eso era lo único que él quería hacer de momento, un momento que, por lo que a él respectaba, podía durar eternamente. Mirarla con su vestido rojo y dorado. Mirarla y preguntarse cómo sería su ropa interior, cómo sería desnuda... Volvió de golpe al presente y dijo:

—¿Y tú? ¿Qué hiciste después de estar en el puente de la Accademia?

—Esto parece más un interrogatorio que una conversación.

—En cierto sentido, yo lo veo así. El mismo deseo urgente por obtener respuestas. Hay tantas cosas que quiero saber... Como lo que hiciste después de estar en la Accademia.

—Fui a comprarme unas gafas. Necesitaba unas gafas de sol.

Ella se puso a rebuscar en su bolso: un bolso Freitag en su mayor parte de color rojo.

—Me encanta tu bolso —dijo Jeff.

—A mí también. ¿Sabes lo que más me gusta de él?

—Déjame ver. —Él lo miró mientras ella hurgaba, e incluso echó una

ojeada al interior—. Que tiene cremallera —dijo—. Sin la cremallera, su belleza se vería disminuida por su falta de utilidad.

—Muy buena.

—¿Creías que iba a decir «Porque es rojo» o algo por el estilo?

—Oh, no. No tenía ninguna duda de que ibas a decir lo de la cremallera. Por eso lo he preguntado, para hacerte sentir agudo. La otra gran ventaja de este bolso es que tiene un compartimento separado. —Se lo enseñó—. Con otra cremallera.

—Mundos dentro de otros mundos. También ayuda a revolver menos.

—Ayuda —dijo ella, mientras revolvía en su bolso—, pero no lo evita del todo.

Y tras decir aquello, sacó sus gafas nuevas. Se las puso. Eran unas gafas de cristales grandes que hacían que cualquier mujer se pareciera a Kate Moss o a la novia de un futbolista inglés. No había duda: aquella era una de las mejores épocas en cuanto a gafas de sol para mujer. Eran unas gafas estupendas. Podía ver sus ojos a través de ellas y podía verse a sí mismo reflejado y, detrás de él, los edificios de Venecia.

—Pruébatelas.

Él las cogió y miró a través de ellas. A la luz cada vez más tenue, el cielo resplandecía como cuando hay un banco de nubes y el sol brilla justo encima de ellas de tal forma que se convierten en una pantalla negra reluciente. Parecía que se acercara una tormenta: una tormenta de luz verde y dorada.

—Fantásticas —dijo, al tiempo que se las devolvía—. Y hablando de cosas fantásticas, ¿qué decir de este vestido? El que llevabas anoche era estupendo, pero este... es el vestido más bonito del mundo. Podrías llevarlo a la ceremonia de los Oscars.

—Es demasiado corto, pero gracias.

—¿Dónde lo has comprado?

—Ah, se reanuda el interrogatorio. En Vientián.



—Te seré sincero: no sé en qué país está.

—En Laos —dijo ella.

—¿Sabes cuál es la parte que más me gusta?

—¿Cuál?

—Las mangas.

—Pero si no tiene.

—¡Bingo!

Los dos entrechocaron sus copas.

—¿Qué hay del artículo que estás escribiendo? —preguntó ella—. ¿Has encontrado algo que decir?

—Es imposible decir algo sobre Venecia que no se haya dicho ya —dijo él, ingenioso.

—Incluido ese comentario —dijo ella, todavía más ingeniosa. Aquella frase hizo vacilar a Jeff; la siguiente lo dejó totalmente sin respuesta—. Bueno, ¿has conseguido algo de risotto? —preguntó.

—¡No! Ni un grano.

—Estás de broma.

—No, tú sí que estás de broma. No hay risotto.

—Tienes razón. Ahora no hay, pero yo he comido una tonelada.

—¿Dónde lo servían? No me lo puedo creer. Te encuentro y descubro que me he perdido el risotto. Al confirmar su existencia, has confirmado que me lo he perdido.

—Siento traer malas noticias.

—¿Qué tal estaba?

—Muy bueno. Era de guisantes.

—¡Joder! ¡Me encanta! Me imagino que ya no queda.

—Lo estaban retirando justo antes de que saliera aquí. —Él se quedó pasmado—. Siento que te lo hayas perdido —dijo ella.

—Me alegro de lo que he encontrado —dijo él.

Había una sinceridad tan evidente en aquel comentario que la conversación se interrumpió hasta que Laura dijo:

—Bueno, ¿cómo es Julia Berman? ¿Ha sido como hacer realidad una especie de fantasía con una mujer madura?

—Es muy simpática, pero, para serte sincero, he llegado a una edad en la que incluso las fantasías con mujeres maduras tienen que ser con mujeres más jóvenes que yo.

—Muy buena. De hecho, ya que hablamos del tema, ¿cuántos años tienes? Más o menos.

—Mmm..., cuarenta. Y tantos.

Ella levantó los dedos y empezó a contar. Puso cara de sorpresa y lo miró. Volvió a contar desesperadamente y lo miró horrorizada.

—No, no. No puede ser.

—Muy graciosa.

—Te conservas bien para tu edad.

—Tengo que decirte algo.

Él se inclinó y le susurró:

—Por primera vez en mi vida, hace dos días... —Hizo una pausa—. Me teñí el pelo.

Ella se rió y al hacerlo escupió un trago de bellini en su copa.

—Tenía mis sospechas —dijo.

—¿De verdad?

—No. Es broma. Te queda estupendamente, como si no estuviera teñido. Así que has estado colocándote en el trabajo.

—Ya lo sé. Lo siento. Me da la impresión de que he decepcionado a todo el mundo, incluido a mí mismo. ¿A ti también?

—¿Te refieres a si me has decepcionado o a si me da la impresión de que me he defraudado a mí misma?

—Me refiero a si te gusta colocarte. California debe de ser un sitio que

anima a fumar maría.

—California anima a hacer de todo.

Lo mismo ocurría en aquel momento con Venecia. Las lanchas motoras y los taxis de suelo bajo se detenían al otro lado del canal, en el Gritti y en el Guggenheim, pero ahora recibían a más gente de la que dejaban. El momento álgido de la fiesta ya había pasado. Había mucho alcohol y mucha gente que seguía bebiendo. En circunstancias normales, la fiesta habría continuado en pleno apogeo durante horas, pero aquello era la Biennale, había muchas otras fiestas a las que ir y en cuanto una fiesta empezaba a decaer se apagaba rápidamente. Si el tema tácito de conversación había sido lo divertido que era estar allí, el tema implícito ahora era adónde ir a continuación. Se produjo un movimiento general en dirección a la salida. Ellos dos se unieron a un grupo que iba a una fiesta organizada por un coleccionista ruso en un *palazzo*: Jeff no estaba invitado, pero Laura tenía una invitación para dos. En cierto modo, aquel era su destino en la vida: ser un acompañante. Seguramente haría bien cambiándose el nombre oficialmente por el de Acompañante.

Salieron del Guggenheim y pasearon por los callejones y las callejuelas de Venecia. Una par de miembros de su grupo desaparecieron casi de inmediato. Cuando pasaban por la parada de la Accademia se detuvo un *vaporetto*, de modo que subieron a bordo para luego bajarse en la siguiente parada, San Toma. A Jeff le daba igual adónde iban. Llegaron al *palazzo* donde se celebraba la fiesta y les dejaron pasar a los ocho sin impedimentos de ningún tipo. Básicamente, era la misma fiesta en la que habían estado. La misma escena, distinto marco: un jardín caluroso y montones de personas bebiendo.

Salvo que allí la bebida no era gratis, lo cual era escandaloso. ¡Increíble pero cierto! Había que pagarla. Jeff ya estaba en el bar improvisado cuando descubrió aquel vergonzoso incumplimiento de la etiqueta festiva. Deseoso de causar buena impresión, se disponía a comprar una botella de prosecco cuando un invitado que aseguraba que le habían dado mal el cambio desvió la

atención del camarero. En ese momento de distracción, un brazo desnudo se deslizó por delante de Jeff, birló la botella de la cubitera y desapareció de inmediato. Él miró a su alrededor y vio que Laura se retiraba discretamente, con una mano levantada por encima de la cabeza, moviendo un dedo para que la siguiera.

Cuando Jeff localizó unas copas limpias, la botella ya estaba abierta, humeante, lista para ser escanciada.

—Eres increíble —dijo Jeff.

—Es terrible, ¿verdad? —dijo un hombre al que todavía no conocía—. Un día se va a meter en un buen lío. Mientras tanto, brindo por Laura.

Él se unió al brindis, temiendo secretamente que ella lo metiera en un lío, que le hiciera pedazos el corazón con la facilidad con que le había birlado el prosecco. Al tener que compartirla con muchas personas, la botella fría solo duró unos minutos. Cuando alguien fue a comprar otra, Laura se volvió hacia Jeff y dijo:

—¿No crees que ya va siendo hora?

—Sí. Desde luego. Pero... esto... ¿de qué?

—De que tengamos una conversación sobre arte.

—¿Qué arte?

—Muy gracioso. ¿Qué has visto?

Jeff le habló del barco finlandés en el mar de cristales rotos (ella no lo había visto), las divertidas dianas, la sala azul, la videoducha...

—¿Y en general?

—En general, iba caminando y diciéndome a mí mismo: «Es de una vulgaridad increíble».

No lo había pensado en absoluto, pero lo iba pensando a medida que lo iba diciendo.

—Pero eso no está bien, ¿no? Porque en realidad la banalidad no nos asombra. Hemos llegado a esperarla. Es tranquilizadora, un sello de calidad.

En cierto modo, hemos invertido en ella. Es como si estuviéramos viviendo un cambio conceptual. Es muy emocionante. La gente no deja de preguntarse cuánto va a durar, pero la burbuja va a explotar. El caso es que la burbuja ha explotado, pero sigue expandiéndose aun habiendo explotado. Es como el descubrimiento de una nueva ley de la física.

—Es bastante raro oír a alguien de una galería hablar así.

—Lo sé. Por eso me marchó. Voy a trabajar de gestora de fondos de inversión en Benarés.

—Ojalá yo fuera gestor de fondos de inversión. O, como mínimo, ojalá supiera qué hacen los gestores de fondos de inversión.

—Coleccionan arte.

—¿Tienes una colección?

—Unas cuantas cositas. Regalos de artistas de las exposiciones en las que he trabajado. ¿Y tú?

—La verdad es que no. No tengo obras de arte. Me gusta tanto ser dueño de mis cosas que me resisto a coleccionar algo que no sean libros. Libros y discos pirata de Bob Dylan.

—¿Y yo?

—¿A qué te refieres? ¿Me estás preguntando si coleccionas discos pirata de Dylan?

—No. —Ella se llevó su copa a los labios y bebió un sorbo—. Me refería a si te gustaría ser mi dueño.

—Tenía veinte años en los ochenta, los días del terror feminista. Si en mil novecientos ochenta y cuatro una mujer me hubiera dicho eso, habría sido el comentario más atrevido imaginable. Aunque seguramente habría sido una trampa ideológica.

—Yo soy una trampa. Una trampa de miel.

—Ah, ¿sí? Siempre he querido quedar atrapado en una de esas. En los ochenta no había. O por lo menos había trampas, pero no miel. Eran más bien

trampas de mermelada.

Aquel tema de conversación gratamente ambiguo se vio interrumpido por la llegada de más prosecco, más gente y una discusión más acalorada sobre Turner y Venecia. Después de haber hojeado un libro dedicado al tema ese mismo día, Jeff se sentía con la suficiente seguridad para intervenir, pero era imposible meter baza.

Dave Glanding estaba diciendo:

—Turner vino a Venecia...

Maria Fielding estaba diciendo:

—*El último temerario* o comoquiera que se llame...

A esas horas de la noche podías decir cualquier cosa. No hacía falta que tuviera sentido y no tenías por qué esperar a que las otras personas acabaran de decir lo que estaban diciendo, pero, de igual modo, nadie tenía por qué oír lo que estabas diciendo ni esperar a que acabaras de decir lo que estabas diciendo.

—Constable... —dijo una mujer a la que Jeff no reconocía.

La mujer no pudo seguir, pues el Káiser estaba diciendo:

—Solo hay un artista en la Biennale que me interesa.

Sorprendentemente, se hizo una pausa y todo el mundo aguardó a que acabara su declaración.

—¡Bellini! —dijo, alzando una copa en agradecimiento al entusiasta aplauso con el que fue recibido su comentario.

Todos coincidían en algo y algunos coincidían en todo. Evidentemente, se trataba de una situación donde valía todo y en la que una conversación totalmente lógica desembocaba en otra conversación que proseguía de forma totalmente lógica a partir de ella, aunque no guardara la más mínima relación con la anterior y la anterior hubiera sido totalmente absurda. Jeff no tuvo ocasión de intervenir, pero le tranquilizó todo cuanto oyó, pues comprobó que había muchas personas mucho más borrachas que él. Hablando en términos

relativos, estaba tan sobrio como un juez ligeramente achispado.

La conversación llevó a otro tema inesperado: adónde ir luego. Se decidió ir a otra fiesta, muy cerca de allí, en el Palazzo Zenobio. Laura y Jeff se fueron con el resto del grupo, pero el Zenobio estaba tan abarrotado que no dejaban pasar a nadie hasta que alguien de dentro se marchara: la suma cero según la cual uno entra y otro sale. A continuación tuvo lugar otro lapso de hacinamiento desmoralizador. El Káiser y un par de los presentes dijeron que ya tenían suficiente por esa noche, con lo que se referían a que iban a ir al Haig's Bar. Justo al otro lado del canal había un bar llamado Manchester Pavilion. Laura, Jeff y el resto fueron allí.

Muchas de las personas del bar no tenían nada que ver con la Biennale —mochileros que causalmente estaban en Venecia, que no habían ido a ninguna fiesta y para los que la preocupación por las invitaciones era algo tan ajeno como el lumbago—, pero también había muchas personas del mundo del arte. Algunas de esas personas del mundo del arte eran amigas de las personas del mundo del arte presentes en el pequeño grupo de Jeff y Laura, que, después de haber sufrido una ligera disminución numérica, se mezcló con el nuevo grupo y no tardó en estar de nuevo al completo. A Jeff le venía de perlas: cuanta más gente hubiera, más fácil le resultaría quedarse a solas con Laura.

Cogieron sus cervezas y salieron a la cálida escalera del puente curvado que cruzaba el canal durmiente. Con todas las conversaciones que habían tenido lugar, parecía como si aquella fuera la primera copa de la noche que Jeff tenía ocasión de beber, de sorber y disfrutar por sí sola. Todo lo anterior no había sido más que leña arrojada a la pira conversacional.

Se quedaron en silencio. Jeff volvió a reparar en las cosas en las que había estado reparando toda la noche. Ella llevaba unas sandalias de color rosa sin tacones. Debajo de un tobillo tenía una mancha colorada de las rozaduras de otras sandalias. Sus piernas descubiertas estaban bronceadas.

—¿Cuántas veces has estado en Venecia? —dijo Laura.

—Dos. En la Biennale de hace dos años y antes, hace mucho, cuando tenía veintiún años. Iba a reunirme con un amigo en Corfú. Dormí fuera de la estación. No me importó, pero los policías despertaban a todo el mundo muy temprano, así que me pasé el día caminando, agotado, y de vez en cuando me compraba un trozo de pizza para aguantar. Solo iba a ir a Corfú, pero viajaba con un bono del InterRail porque era más barato. Así que la segunda noche, en lugar de dormir fuera de la estación, fui a Florencia en tren, dormí todo el viaje y luego cogí un tren de vuelta y dormí un poco más. Seguía agotado, pero más o menos vi la ciudad en los breves intervalos en que conseguí mantener los ojos abiertos.

—¿Por qué no buscaste una habitación?

—Eran muy caras. Iba solo. Me parecía un lujo increíble.

—¡Qué tacaño!

—Lo sé, pero he aprendido la lección. ¿A que no sabes dónde me alojo esta vez?

—¿Dónde?

—En un hotel.

Ella estaba en un escalón ligeramente superior, sentada con los pies juntos de forma discreta, pero cuando se rió Jeff vislumbró sus bragas blancas y se le aceleró el corazón. La historia del sexo es una historia de vislumbres: primero los tobillos, luego el escote, luego las rodillas. Más adelante tatuajes, piercings en el ombligo y la lengua, ropa interior, la ropa interior de Laura... Cada vez que ella cambiaba levemente de posición, él albergaba la esperanza de lanzar otra mirada furtiva por debajo de su vestido.

—¿Estás intentando mirar por debajo del vestido? —dijo Laura.

—¡No! Ahora no. Ahora estoy haciendo un gran esfuerzo por mirarte a los ojos. Pero hace un momento sí.

—¿Cuántos años dijiste que tenías?

—Entre cuarenta y cuarenta y cinco. Pero algunas cosas son intemporales.



Con catorce años quieres mirar por debajo de los vestidos de las mujeres. Con cuarenta quieres mirar por debajo de los vestidos de las mujeres. Con setenta tienes un pie en la tumba, pero levantas la vista al cielo y esperas tener una última oportunidad de mirar por debajo de la falda de una mujer. Los bajos de los vestidos suben y bajan, pero en realidad nada cambia.

Tras decir aquello, Jeff sintió como si hubiera dado un discurso, como si hubiera hecho una declaración de fe. Tal vez lo había hecho. Se quedaron en silencio de nuevo. Entonces Laura dijo:

—¿Nos vamos dentro de poco?

—Yo ya estoy listo para marcharme.

—Vamos, pues.

Se levantaron, dejaron sus botellas en los escalones y echaron a andar. Él le rodeó los hombros con el brazo. Ella deslizó su brazo alrededor de su cintura. Caminaron por los callejones y las callejuelas vacíos de gatos, recorrieron los canales y atravesaron las *piazzas*.

—¿Qué posibilidades crees que hay de encontrar tu hotel? —dijo Laura.

—No estoy seguro, pero el incentivo de encontrarlo es considerable.

Consultaron con frecuencia el plano, que se había roto de doblarlo sin cuidado. Pidieron indicaciones a un hombre paciente que paseaba a su perro.

—*Sempre dritto!* —contestó firmemente—. ¡Todo recto!

A los cien metros, resultó imposible seguir recto. Había que tomar una curva y esa curva no debió de ser la correcta. Hubo más errores. De repente surgían callejones sin salida. Puentes que se suponía que hacían de atajo no aparecían, pero después de veinte minutos serpenteando y volviendo sobre sus pasos llegaron al hotel. El conserje de noche les entregó la llave. No arqueó ninguna ceja.

Cuando entraron, la habitación estaba fresca. Laura fue directa al cuarto de baño. La puerta blanca se cerró tras ella. Jeff oyó ruido de agua corriendo, el sonido de la cadena del váter. Se quitó los zapatos, miró la puerta blanca

cerrada y vio que se abría otra vez.

—¿Puedo usar esto?

Ella tenía en la mano el pequeño cepillo de dientes que regalaban en el hotel.

—Claro.

La puerta se cerró de nuevo y él se la quedó mirando otra vez. Cuando se abrió y ella salió, Jeff entró y se cepilló los dientes con su cepillo. Salió. Ella no estaba tumbada ni sentada en la cama. Estaba de pie junto al escritorio, apoyada en él, hojeando el libro de cuadros de Turner sobre aquella Venecia de acuarela. Cerró el libro y lo dejó en el escritorio. Él se dirigió hacia ella y se besaron. Fue como un beso de hace cientos de años, cuando la gente no tenía la esperanza de experimentar algo así hasta la noche de bodas. Todo lo que ocurrió después se hallaba contenido en los primeros instantes del beso. Él le tocó la cara, y el pelo de ella cayó sobre sus manos y su cara. Mientras se besaban, él le subió el vestido por encima de los muslos. Ella tenía las manos en la espalda de él, por debajo de su camisa. Se inclinó hacia delante con cuidado para que él le pudiera levantar el vestido por encima de las caderas y luego volvió a apoyarse en el escritorio. Al mirar hacia abajo, Jeff vio claramente la ropa interior que había vislumbrado antes. Sus manos ascendieron por las piernas increíblemente suaves de ella y la cara interior de sus muslos. Tocó el algodón entre sus piernas y lo apretó contra ella. Ella le había desabotonado la camisa. Al subir por las costillas de Jeff, sus dedos le produjeron unas descargas que le recorrieron la columna. Él le puso la mano detrás de la espalda, bajó la cremallera del vestido y se lo quitó por los hombros. Le desabrochó el sostén y se inclinó para besarle los pechos. Tenía un pezón atravesado por un aro de plata. Al verlo le hirvió la sangre. Le puso las manos en los pezones, mientras ambos se endurecían, y le tocó el aro del pezón muy levemente. Agachó la cabeza y tomó el pezón con la boca, haciendo que el aro de plata chocara ruidosamente contra sus dientes. Volvieron a

besarse. Él le apartó la ropa interior y le metió los dedos. Retrocedió y se arrodilló delante de ella, besándole el vientre. Ella tenía las manos en los costados, sobre el escritorio. Él le lamió el vientre y luego descendió para poder olerla y verla. Ella estiró el brazo para apartar su ropa interior. Él se quedó inmóvil, aspirando hondo por la nariz y espirando por la boca abierta. Solo su aliento la tocaba. Ninguno de los dos se movió. Él inclinó la cabeza, y ella se separó del borde del escritorio y dobló las piernas ligeramente hasta casi tocarle la lengua, y a continuación se la tocó. Le besó la cara con el coño, moviéndolo sobre su cara, sincronizada con él. Él le introdujo el pulgar, lo metió y lo sacó, y a continuación hizo lo mismo con los otros dedos. Ella apretó más fuerte contra su cara, y luego se llevó las manos hacia atrás, se sacó el vestido por encima de la cabeza y lo arrojó a la cama. Él se levantó y se besaron de nuevo, con el olor de ella en las caras de ambos. Ella estaba desnuda a excepción de su ropa interior blanca. Empezó a bajar la cremallera de los pantalones de Jeff y metió la mano dentro de sus calzoncillos. Se dirigieron a la cama arrastrando los pies. Él se quitó los pantalones y los calzoncillos, y ella se inclinó para despojarse de sus bragas. Al hacerlo, él vio, justo por debajo del hueso de su cadera, un pequeño tatuaje de lo que a primera vista le pareció un tiburón. Pero era un delfín, naturalmente, que saltaba por encima de una ola de forma dentada.

Ahora los dos estaban en la cama desnudos. Ella tenía el vello púbico poblado, muy oscuro, suave, depilado en forma de una estrecha tira. Ella le besó el vientre a él y él le lamió el vientre a ella hasta que su cara quedó entre sus piernas y la boca de ella en torno a él. Jeff movió el brazo izquierdo entre sus piernas, empleándolo para separarlas con cuidado y hundir la cara en ella. Le vio el culo por primera vez. Ella se había metido el sexo de él más profundamente en la boca, húmedo como su coño en la cara de él. Permanecieron así, moviéndose relajadamente al mismo ritmo hasta que ella se corrió en la boca de él, al mismo tiempo que él se corría en la boca de ella.

Desenredaron sus piernas y sus brazos, y a él le dio la impresión de que los dos se sentían un tanto cohibidos por haber acabado con la cara en los genitales del otro. La intimidad no es constante ni uniforme; tiene sus demoras y retrasos. Él también se estaba preguntando un poco por la etiqueta de lo que había ocurrido. ¿Se suponía que habían follado? Evidentemente, Laura estaba pensando en lo mismo.

—Bueno, ¿vas a follarme ahora?

—Tal vez ahora mismo no —dijo él.

Ella estaba sonriendo, y a continuación se besaron.

—Te huele la cara a coño.

—A ti te huele a semen.

—¿No deberías haber dicho: «A ti te huele a semen, zorra»?

—Tienes razón. Pero en este momento estoy bajo los efectos de la ternura poscoital.

—Yo también. Me encanta cómo me has lamido.

—A mí me encanta cómo me has chupado. Y me encanta esto —dijo él, tocándole el aro del pezón.

Naturalmente, lo decía en serio, pero lo que realmente quería decir era que había muchas cosas que le encantaban de ella.

Se quedaron tumbados el uno al lado del otro y se turnaron para beber, torpemente, de una de las botellas de agua que él había comprado antes.

—Es increíble, ¿no? Conoces a una mujer y hablas con ella y luego te deja hacerle estas cosas, cosas en las que llevas interesado desde que tenías trece años. Y no solo te deja hacerlas. Quiere que las hagas. Y quiere hacértelas a ti. Es genial.

—¿Por qué me lo dices a mí?

—Tenía que compartirlo con alguien, y eras la única persona que había aquí.

Ella entregó el agua a Jeff y se dio la vuelta para colocarse boca abajo. Él

volvió a verle el tatuaje del delfín que había atisbado antes. Siguió con la mano las muescas de su columna vertebral por toda su espalda bronceada.

—¿Cuándo te hiciste el tiburón?

—¡Es un delfín, idiota!

—Ya te lo dije: no soy una persona muy visual.

—Hace cinco años, en San Francisco. ¿Te gustan los delfines?

—En algunos sentidos los envidio.

Jeff dejó el agua en la mesita de noche, tocó el delfín y acto seguido le acarició las piernas y el culo. Deslizó los dedos entre sus piernas. Se estaba excitando otra vez.

—¿Seguimos hablando de cosas? —dijo ella.

—Quizá.

—¿Y de qué cosas estamos hablando ahora?

—Estamos hablando de la deliciosa sensación de tener los dedos en tu coño.

—Lo cierto es que es una sensación deliciosa —dijo ella—. Sí, hazlo. —Abrió más las piernas. Él podía ver lo que estaba haciendo su mano.

—Te gusta.

—Mmm... ¿Tienes condones?

—Sí.

Ella se dio la vuelta y se tumbó boca arriba. Se besaron.

Por la mañana desayunaron —zumo de naranja (estupendo), café (perfecto), *cornetti* (pasables)— en el mismo establecimiento al que había ido él el día antes. Estaban sentados a la sombra en unas relucientes sillas plateadas, con las gafas de sol puestas, mirando la calle decorada con árboles con su pequeña vista de la Giudecca. Aquello era la felicidad. La misma felicidad experimentada muchas veces antes y no solo en Venecia por personas de otras

ciudades en mañanas como aquella. Al mirar las largas piernas bronceadas de ella, sentía su suavidad contra sus manos y sus labios.

—¿Qué desayunaría si estuvieras en casa? —preguntó Jeff.

—Un desayuno inglés completo. Huevos, beicon, alubias, morcilla.

—¿Sabes lo que es eso?

—¿No es mierda frita en sangre de oveja o algo parecido?

—Al revés.

—En realidad, desayunaría zumo de naranja, café y cruasanes.

—¿Puedes conseguirlo todo en Los Ángeles? Debe de ser una ciudad increíble.

—El zumo sería concentrado.

Jeff estaba hojeando el periódico, que confirmaba lo que ellos —lo que todo el mundo— sospechaba: ese día iba a hacer todavía más calor que el anterior.

—Aquí hay un artículo que dice que los hombres están programados biológicamente para leer el periódico en el desayuno —dijo, alzando la vista—. ¿Qué te parece? ¿Hay algo de verdad en eso?

Laura estaba mojando su último *cornetto* en el café, mientras se recogía el pelo detrás de la oreja con la otra mano. Él dobló el periódico: un gesto masculino propio del desayuno.

—Estás de buen humor —dijo ella.

—A ver si adivinas por qué.

—¿Por qué no estás durmiendo fuera de la estación?

Los pajarillos no paraban de posarse en su mesa a picotear las migas. Laura los espantó. Eran un fastidio y posiblemente también un peligro para la salud. Se puso a hurgar en su bolso, el mismo en el que había hurgado la noche previa antes de que se acostaran. Al final sacó una copia impresa de su programa lleno de correcciones.

—¿Qué día es hoy?

—Viernes.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Tengo que comer con mi jefe, lo que significa que debería marcharme. Tengo que ir al hotel a cambiarme.

—¿Cambiarlo? ¿Para ponerte un vestido más bonito?

—Puede que no. Por desgracia, este se ha manchado.

—Lo siento. Ha sido una grosería por mi parte.

—Te perdono. Además, necesito ropa interior limpia. Mira. —Inclinó la cabeza, bajó la vista y separó las piernas ligeramente. No llevaba nada debajo del vestido—. ¿No es terrible? Como persona sensible a la cultura, Sharon Stone echó a perder ese gesto.

—A mí me ha gustado de todas formas. Es increíble el cambio que se puede producir en diez horas. Anoche me acusabas de mirarte por debajo del vestido y ahora me estás pidiendo que lo haga.

—Es un privilegio, no un derecho.

—Anoche me dijiste que era tu dueño.

—Te pregunté si te gustaría serlo.

Dio la casualidad de que mientras estaban manteniendo esa conversación, Jeff estaba sacando con una cucharilla la miel de su *cornetto*.

—La maldita trampa de miel —dijo, sosteniendo la cucharilla.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Supongo que, a riesgo de parecer vulgar, debería lamerla, pero odio la miel. Por eso la he sacado. —Dejó la cucharilla pegajosa de la miel en el plato.

—¿Y tú? —dijo Laura—. ¿Qué tienes que hacer?

—Yo no necesito cambiarme. Estoy bien con lo que llevo puesto. Gracias.

—Otro ejemplo de timidez y recato: en el hotel, cuando estaban vistiéndose, él había optado por pantalones en lugar de bermudas a pesar del calor—. Tengo

que ir al Arsenale. ¿Podemos quedar allí más tarde?

—No sé a qué hora podré estar allí. A lo mejor, a las dos. Si puedo llegar a esa hora, te llamaré.

—No tengo móvil.

—¿No tienes móvil?

—No, pero puedo llamarte yo.

—Yo tampoco tengo.

—Vaya, menuda coincidencia.

—¿No necesitas móvil en tu trabajo?

—Seguramente. ¿Y tú, no necesitas móvil en tu trabajo?

—Desde luego.

—Debemos de ser las dos únicas personas del mundo que no tenemos móvil. Unos náufragos.

—No es problema. Si no estoy en la taquilla del Arsenale a las dos, hazte a la idea de que no iré. En ese caso, te veré en la Accademia, en el puente, a las cuatro.

—Perfecto. ¿Tomamos más café?

Pidieron dos *cappuccinos*, dos zumos y dos *cornetti* más. Además de los pájaros, había una avispa zumbando alrededor de la mesa, atraída por la miel como las abejas. Fiona Banner, la artista, pasó andando con paso enérgico. Con su cabello negro azabache y sus gafas de montura grande, parecía disfrazada... de sí misma. Jeff la saludó con la mano, pero ella no lo vio.

Se habría quedado sentado allí gustosamente el resto del día, el resto de su vida. Laura dijo que tenía que marcharse. Él pagó la cuenta y se dieron un beso de despedida.

—Estoy cansada —dijo ella.

—Yo también.

—Ojalá podamos echar una siesta.

—Yo estoy libre. —Ella tenía las manos alrededor de su cuello.



—Te veré luego. En el Arsenale a las dos...

—O en la Accademia a las cuatro.

Observó cómo ella se iba, con su pelo moreno oscuro al sol y sus pies moviéndose con paso ligero.

Aliviado de no tener que repetir la carrera del día anterior después del desayuno, Jeff decidió ir andando al Arsenale por Campo Santo Stefano y la plaza de San Marcos. Decir que caminaba con brío sería quedarse corto. Atravesó Venecia pavoneándose como si fuera el dueño de la ciudad, como si hubiera sido creada totalmente en su honor. ¡La vida! Tan llena de inconvenientes, molestias, aburrimiento e incordios, y al mismo tiempo tan fantástica. ¡Qué planeta tan increíblemente maravilloso! Bamboleando la grasa de sus carnes, una mujer con una camiseta blanca lo miró con aire indeciso. Debía de estar pensando otra vez en voz alta. Pero ¿qué más daba, si eran pensamientos como aquellos, pensamientos que contribuían, a su modesta manera, a convertir el mundo en el lugar extraordinario y alegre que era?

Tardó un rato en llegar a la plaza de San Marcos, tan bonita en fotografía o al amanecer, tan llena de palomas a medida que avanzaba el día... Estaba abarrotada sobre todo en la esquina del sudeste. Sobre todo, alrededor de Jeff. La multitud lo empujaba de lado por la izquierda. Un joven —guapo, frisando los veinte años, probablemente de Europa del Este— estaba hablando en un italiano con acento tan marcado que Jeff no entendió lo que estaba diciendo. Llevaba gafas de sol. Pero ¿qué estaba diciendo? No tenía sentido. A lo mejor, ni siquiera estaba hablando en italiano. Jeff notó que algo le golpeaba en la cadera derecha, al otro lado del tipo que tenía a la izquierda, quien seguía hablando en aquel confuso idioma que podía ser italiano o no. ¿Qué...? Mierda, le habían robado. Eso era lo que estaba pasando. Gritó: «*Ladro!*», y se abrió paso a empujones entre la multitud haciendo sitio. Todos los ojos se

volvieron hacia él, luego hacia el tipo que le había estado hablando y luego hacia su cómplice, quienes se alejaban rápidamente. Jeff se palpó los bolsillos. El dinero, el bono del *vaporetto*, el pase de prensa... Todo estaba donde tenía que estar. Los dos ladrones frustrados estaban todavía visibles, conscientes de las miradas acusadoras de la gente. Jeff se sintió repentinamente exultante. Habían intentado robarle sin éxito. Sintiéndose invencible, gritó en inglés en dirección a los dos albaneses o serbios o lo que fueran.

—¿Y os llamáis carteristas? No seríais capaces de birlar lo que vuestra madre esconde en el coño.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, dejó de sentirse invencible, temiendo haber pronunciado un insulto tan grave que tuviera que ser vengado de inmediato, que el honor de los ladrones exigiera volver y apuñalar a la persona que lo había proferido. Por suerte, parecía que su inglés no era lo bastante bueno para entender lo que había dicho. No así el del anciano italiano que tenía al lado, obviamente, un experto en insultos, quien le dio una palmadita en el hombro y dijo: «*Bravissimo! Bravissimo!*». Desconcertados y temerosos —su miedo a ser linchados era mayor que el de Jeff a ser apuñalado—, los dos delincuentes se escabulleron, indefensos, humildes, extranjeros y totalmente desbordados en número. Cerca de allí había unos africanos altos vendiendo bolsos Prada de imitación. Por su porte patilargo y su actitud indiferente, resultaba imposible saber hacia dónde se inclinaban sus simpatías. ¿Se solidarizaban con los pobres hermanos eslavos, sobre los cuales se podría haber desatado la furia de la muchedumbre con tanta facilidad? ¿O estaban disfrutando de la oportunidad de afirmar, si bien pasivamente, su relativo cumplimiento de la ley, de demostrar que, aunque no fuera estrictamente legal vender artículos de piel que nadie quería, dentro del orden de las cosas, eran comerciantes honrados dando sus primeros pasos en lo que podía convertirse en una carrera legítima en el campo de la venta al

detalle.

Jeff salió a la Riva degli Schiavoni, o el paseo marítimo, como él lo consideraba adoptando una perspectiva costera. Seguía abarrotado, lleno de turistas y de puestos que los proveían de comida, pero, a unos cien metros de allí, se respiraba una agradable tranquilidad. La vista del mar o del canal —no estaba seguro de en qué punto uno se convertía en el otro— se hallaba tapada por enormes yates: el *Ecstasea*, el *Neptune*, el *Sea Breeze*, un nombre que alertaba a todo el mundo de la inexistencia de brisas marinas, de que la abrasadora ciudad se hallaba encalmada en medio de un calor sin viento.

Junto con los pabellones nacionales de los Giardini, el Arsenale era el otro elemento clave de la Biennale: una selección de obras de artistas de todo el mundo, elegidas o encargadas por el director de la Biennale y unidas (supuestamente) por una especie de tema. El hecho de que ese tema fuera imposible de distinguir de la colección de obras de arte aparentemente escogidas al azar, no empañaba la experiencia; o la experiencia de Jeff, al menos. Había montones de cosas que ver: cuadros, instalaciones, fotografías, videocreaciones, esculturas (hasta cierto punto) e incluso algún que otro dibujo. Lo recorrió sin esfuerzo, contemplándolo todo, aunque la mayor parte del tiempo no se fijó en nada. Había estado viendo un bucle de vídeo de un niño dando botes a una pelota en las ruinas bombardeadas de una ciudad — que resultó ser Belgrado— durante cinco minutos antes de darse cuenta de que a lo que había estado dando patadas no era una pelota, sino un cráneo humano.

Pocos minutos más tarde vio por el rabillo del ojo unas fotografías en color de cuerpos desnudos bronceados. ¡Porno! Eso era lo mejor del arte actual: uno nunca se alejaba del material exclusivo para adultos, sexualmente explícito, duro, de triple X. Solo que al acercarse resultaron ser lo contrario del porno. Se trataba de fotos a todo color de una mujer dando a luz. Sangre por todas

partes, el cordón umbilical que parecía un intestino y, finalmente, el pequeño bebé alienígena manchado de fluidos y arrugado. ¡Uf! Esas cosas deberían estar prohibidas. Eran de lo más desagradables. Podían quitarte el gusto por el sexo de por vida. Y no solo por el sexo. Podían quitarte el gusto por la vida de por vida.

No hace falta decir que esas fotos —como el resto de fotografías disponibles— eran del tamaño de *La balsa de la Medusa*. ¿Y si solo eran instantáneas de alguien haciéndose una paja en un sillón de cuero en un piso de Zurich? ¿Y si solo era un sándwich envasado de huevo y berros a medio comer abandonado en el asiento de una parada de autobús de Estocolmo? ¿Y si era el retrato de la abuela con cara de pocos amigos del artista empujando el carrito de la compra por un supermercado mal surtido de Barnsley? Se ampliaban lo bastante y parecían... Bueno, francamente, parecían una mierda, pero también parecían arte.

Al igual que en los Giardini, había una afluencia constante de personas a las que saludar y con las que comparar apuntes: lo que habían visto por la mañana y lo que habían hecho la noche anterior. A Jeff, a quien nunca le había gustado dar detalles íntimos de su vida, nada le habría agradado más que presumir y proclamar a los cuatro vientos sus aventuras de la noche anterior, pero consiguió refrenarse. Todos sus conocidos estaban más resacosos que el día anterior, y algunos se habían hecho con camisetas gratuitas, así como bolsas y catálogos. Los más decididos incluso iban detrás de las botellas de cerveza Asahi que estaban sacando de cubos llenos de hielo estratégicamente colocados.

Tumbado sobre cojines y alfombras de color naranja y rojo bajo una selva resplandeciente de neones, Scott Thomson le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Como el resto de gente andaba respetuosamente o con paso enérgico por la instalación, Jeff creyó que los empleados de seguridad lo iban a echar, pero Scott gritó:

—Vamos, tío, está permitido.

Jeff se acercó y se colocó con él encima de un montón de cojines cómodos, alzando la vista hacia aquella absurda maraña de neones de toda clase, guindillas iluminadas, plátanos de plástico y Dios sabe qué más.

—Esto ya es otra cosa, ¿verdad? Esto se parece un poco al Festival Burning Man —dijo Scott.

—¿Tienen cosas así?

—Montones. Pero más atrevidas. Allí además habría algún tipo de performance. O, por lo menos, un grupo de personas montándose entre ellas o sirviendo cócteles.

—¿Quién es el autor?

—Jason Rhoades. Y todos esos letreros...

—Sí, ¿qué son? ¿Cervezas mexicanas o algo parecido?

—No, tío. Son sinónimos de coño.

Jeff volvió a mirar y trató de descifrar y aislar las letras rojas, azules y moradas: «casa debajo de la colina», «la tortilla», «hombre» (¿de qué iba todo aquello?), «apestosito arrugadito», «banco», «pajarito», «hachazo asqueroso» (joder, ¿a qué hijo de puta enfermo se le había ocurrido eso?), «delicioso manjar», «Pantera rosa»... Debía de haber cien más, pero entendió de qué iba la cosa.

—¿Y cómo se llama la obra? —Scott se encogió de hombros, le entregó la guía y señaló el título: *Tijuanatangercandelabro*.

—Menudo embrollo.

—Ahí lo tienes: se te ha ocurrido otro sinónimo.

«Aunque parezca extraño, ayer...» Jeff no pronunció las palabras, pero su cara debió de emitir una especie de mensaje de malicioso bienestar.

—¿Conoces la expresión «sonrisa de gilipollas»?

—Sí.

—Es exactamente como describiría tu cara ahora mismo. Hace años que no

te veo tan feliz.

—Hace años que no estoy tan feliz —dijo Jeff, a quien Scott le cayó mejor de lo que le caía desde hacía años.

Habría continuado de buena gana con la conversación, pero casi era la hora de ver si el motivo de su felicidad había comparecido en la primera de sus posibles citas. Se levantó para marcharse y se despidió de Scott con una sonrisa. Desde que se había roto el hielo, la instalación se había llenado de gente que charlaba sentada.

Jef esperó a Laura en la taquilla hasta las dos y diez con la esperanza de que pudieran relajarse en la guarida de neón de *Tijuanatangercandelabro*. Luego esperó diez minutos más. No iba a ir. Estaba a punto de volver a meterse en el Arsenal cuando, a cierta distancia, vio a un grupo de africanos vendiendo bolsos de imitación con el intenso calor. ¡Incluso allí vendían su mercancía! Eran realmente imparables... y optimistas. ¿Qué posibilidades había de vender bolsos cuando los estaban dando gratis por todas partes? Pero la gente los estaba comprando, o al menos mostraban interés y entraban en negociaciones sobre el precio, la calidad y la posibilidad de obtener descuentos si compraban en grandes cantidades. Y un número sorprendente de personas estaban grabando o haciendo fotografías a aquellos africanos felices y sus compradores potenciales. Al final, aquello le hizo abrir los ojos. Los africanos eran una obra de arte, una instalación de la vida real que imitaba el mundo exterior de la misma forma que sus bolsos imitaban los originales de Prada y Louis Vuiton, lo que despertaba preguntas sobre su autenticidad, su valor, su comercialización, su explotación y otras preguntas que no venían a la cabeza inmediatamente. Porno que era un parto; una pelota de fútbol que era un cráneo; comercio que era arte: ese día, nada era lo que parecía. Y aunque podía parecer que Jeff estaba totalmente ensimismado en las implicaciones conceptuales de los africanos y sus bolsos, se trataba de otra forma de disimulación y ocultación, que camuflaba el hecho —tanto al propio Jeff como

a cualquiera que lo observara— de que estaba inventándose otra forma de esperar un poco más a Laura. Al final, sin embargo, tuvo que aceptar que ella no iba a acudir y, lanzando una última mirada atrás, se dirigió de nuevo adentro.

No tardó en ver algo en lo que no había reparado la primera vez: unas fotografías de académicos e intelectuales famosos dando clases, ejerciendo de anfitriones de conferencias y haciendo en general que la vida intelectual pareciera, si no glamourosa, al menos, ciertamente lucrativa. Linda Nochlin parecía estar reflexionando sobre «La gloria y la miseria de la pornografía» en un coloquio en París; Eric Hobsbawm explicando que la historia significa no tener que decir nunca que lo sientes; y también Edward Said —tan guapo con gemelos y tan pulcro que parecía que Richard Gere ya hubiera sido contratado para protagonizar su biografía cinematográfica— guiando a un grupo de devotos alumnos por los campos de minas del orientalismo, el estilo tardío y los motivos por los que los Acuerdos de Oslo eran tan terribles.

En circunstancias normales, no habría tenido paciencia para aguantar los vídeos, pero ese día, al sentirse cansado, se alegró de dejarse caer en las salas oscuras y dejó que siguieran su curso, aunque muchos de ellos no tenían curso que seguir. En uno aparecía una mujer filmada desde atrás y ligeramente por encima de ella, perfilada contra un río. Ella no se movía, pero su abrigo y su pelo sí se movían con la brisa. Delante de ella, una mancha borrosa y gris de agua se movía lentamente de izquierda a derecha, ocupando toda la pantalla. De vez en cuando, pasaban desperdicios movidos por el viento: botellas, matas de ramas, bolsas de plástico. En un momento determinado, pasaba flotando un gran bulto. Era imposible saber de qué se trataba, pero parecía una especie de animal: un perro o un gato, tal vez. El río no paraba de fluir, brumoso, lleno de basura, interminable. Sombras de pájaros revoloteaban por el agua. Atman estuvo mirándolo un largo rato y siguió mirando incluso cuando la cinta empezó a reproducirse de nuevo y devolvió el río al lugar donde había

empezado.

En otro vídeo se veía a un boxeador con la cabeza pelada peleando con un adversario imaginario, esquivando golpes y apartándose, dando puñetazos a una mujer totalmente inmóvil. No llegaba a darle en ningún momento, pero sus puños llegaban a escasos centímetros del rostro impassible de la mujer. Ella no se inmutaba pero, al igual que la lavandera, unos mechones de su cabello se movían con la corriente que levantaban sus golpes. En un momento determinado, cuando no le dio por unos milímetros, sus orificios nasales se ensancharon ligeramente. Él se meneaba y zigzagueaba, protegiéndose en todo momento, lanzando golpes rápidos, emitiendo el resoplido de los boxeadores por la nariz, buscando oportunidades y luego desencadenando una combinación brutal de golpes, un frenesí de izquierdazos y derechazos, *uppercuts* y ganchos, puñetazos al cuerpo, la cara y la cabeza. Y todo el tiempo ella permanecía allí impassible, ilesa y hermosa.

Vio a Laura desde el *vaporetto* en medio del puente de la Accademia, hablando con un hombre que no reconoció. Cuando bajó del barco ya no se veía al tipo con el que ella había estado charlando. Se acercó y se quedó en el lugar en que había estado su compañero. Ella llevaba un vestido blanco. Levantó su sombrilla varios centímetros. Una parte mayor de su cara quedó descubierta al sol. Tenía el pelo recogido, lo que hacía que su cuello pareciera más largo y sus pómulos más marcados. Levantó la sombrilla todavía más. El sol iluminó sus ojos.

—Ven a la sombra —dijo.

Él se dirigió a ella, y ella volvió a bajar la sombrilla para que sus caras quedaran a la sombra. Él la besó en la boca. Ella olía y sabía un poco a cerezas.

—Se está bien aquí —dijo él.



Era como estar en una cápsula, ligeramente aislado del mundo.

—Sí. Hace más *calore* que nunca, pero aquí debajo se está un poquito más fresco.

Sacó una bolsa del bolso Freitag —polietileno— con cerezas.

—Come una.

Cogió la cereza por el rabo delante de la boca de Jeff. Él cerró los labios en torno a la cereza como Tess en la película de Polanski. Ella tiró del rabo hasta arrancarlo. A continuación, cogió una para ella y se quedó con los dos rabos en la mano mientras masticaban. Él tenía la mano en su cadera, cerca de su tatuaje. Bajo la tela de su vestido, Jeff podía notar la pequeña rugosidad de su ropa interior. Ella le hizo girarse hacia el canal. Contemplaron juntos la terraza del Guggenheim, los *palazzi* sin nombre, las góndolas perezosas, los amarraderos como perchas de barbero.

—¿Has ido al Arsenale? —dijo él.

—La comida se retrasó hasta las dos, así que fui directa después de cambiarme. Estaba convencida de que te vería allí. Luego, a la una y media, me tuve que marchar.

Compararon las cosas que habían visto. Habían estado a punto de toparse el uno con el otro muchas veces: habían pasado diez minutos en el neón vaginal de *Tijuanatangercandelabro*, habían visto los vídeos del boxeador y el río... Era una lástima, pero no importaba, porque ahora estaban allí.

—¿Y ahora? —dijo Laura—. ¿Hay algo que tengas que hacer?

—Nada en absoluto.

—¿Damos un paseo?

Y, sin esperar a que él contestara, empezó a caminar. Jeff ajustó su paso al de ella.

Recorrieron Campo Santo Stefano hasta llegar a una red más estrecha de calles comerciales, donde había demasiada gente para ir cogidos de la mano. Había una pequeña tienda especializada en guantes donde los tenían expuestos

de tal manera que parecía que estuvieran rezando para que los comprasen. Cruzaron un puente que pasaba por encima de un pequeño canal en el que había un atasco de góndolas. Una de ellas tenía un solo ocupante, sentado en su asiento con aspecto de trono como si fuera Gengis Kan, asumiendo tardíamente la futilidad de una vida dedicada a las conquistas. Los pasajeros de las otras barcas compartían una versión diluida de la misma expresión, una expresión que reconocía de mala gana que al acceder a viajar en góndola les habían dado gato por liebre.

Llegaron a una tienda donde vendían copas, jarrones y lámparas de cristal, todas decoradas con puntos, espirales y rayas de vivos colores: las copas más bonitas del mundo, sin duda, y seguramente también las más caras. Una copita —del tamaño de un vaso de zumo muy pequeño— costaba ochenta euros. Por un momento, experimentaron una incredulidad llena de sorpresa y luego, casi de inmediato, empezaron a asimilar la idea de que una copa costara ochenta euros. Dostoievski debía de pensar en aquellas copas, en aquellos precios, al definir al hombre como una criatura que se acostumbra a las cosas.

—Me parece mucho para una copa —dijo Jeff—, pero supongo que esta semana hay muchas personas en Venecia que se lo pueden permitir.

—No se trata de poder permitírselo —dijo Laura—. Se trata de no preocuparse por romperlas. Además, ¿qué significa poder permitirse algo? Es una forma de exteriorizar y calcular lo mucho que deseas algo.

Se quedaron mirando aquellas copas innecesarias pero enormemente deseables.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella—, te voy a comprar una.

—¡No!

—Sí. Y no solo eso. Tú me vas a comprar una a mí.

—¿De verdad? ¡Ay!

—Sí. Pero con la condición de que no te preocupes en lo más mínimo por si se rompen. Evidentemente, las envolveremos con papel para el avión y no

meteremos dentro los cepillos de dientes, pero las usaremos cuando nos apetezca. ¿Y sabes cómo nos hará sentir eso?

—Diría que pobres, pero creo que la respuesta correcta es ricos. Aunque por encima de todo me alivia que no vayas a robarlas.

Ella le hizo entrar en la tienda. Era una tienda maravillosa; pero el simple hecho de estar en ella, hacía que uno se sintiera torpe, ridículo. Un gesto descuidado podía resultar sumamente caro. Temiendo que al mirar las copas demasiado fijamente pudieran agrietarse, Jeff trató de mirarlas con delicadeza.

Todas las copas eran distintas, pero eran tan bonitas que la elección resultaba algo arbitraria. Escogió para Laura una que tenía una espiral roja y blanca, como si una cucharada de helado de frambuesa hubiera quedado atrapada en el cristal. Ella eligió para él una de color azul claro con pequeñas burbujas naranja. Pagaron. El dependiente les envolvió las copas en papel de seda rosa y se las entregó como si acabaran de ser extraídas de la tumba de Tutankamón y pudieran romperse en añicos al contacto con el aire del mundo de los vivos.

Una vez fuera, Jeff reparó en que estaban al lado de una tienda de Prada. Por un momento, temió que se hubiera sentado un precedente, que, al haberse comprado el uno al otro una copa increíblemente cara, ahora fueran a tener que subir las apuestas todavía más y tirar la casa por la ventana comprando ropa aún más cara.

—Bueno —dijo Laura—, vamos a usar nuestras copas.

Jeff sintió el impulso de gritar «¿Dónde?», pero en lugar de ello se obligó a decir «Claro» y, una vez más, a adaptarse a su paso.

—¿Podemos meterlas en el lavavajillas? —dijo mientras iban caminando.

—Por supuesto. No merecen privilegios especiales. Solo son copas, no relicarios que haya que adorar.

—Supongo que hay otro problema —dijo él—. ¿No parecerán las demás copas de calidad inferior? ¿Beber en una copa de champán normal no será

como, no sé, beber en un bote o algo parecido?

—Si todo el mundo pensara así —dijo ella—, ni siquiera habríamos evolucionado a la fase en la que bebíamos en botes.

Siguieron andando y recorrieron una parte reconfortante de la ciudad en la que las tiendas vendían artículos normales a precios normales.

—¿Sabes dónde estamos? —dijo Laura.

—No exactamente.

—¿Sabes adónde vamos?

—No. Pero, desde luego, estoy interesado en averiguarlo.

Cinco minutos más tarde lo averiguó. Al final de un callejón había un hotel pequeño pero de nombre pomposo, el Excelsior. Laura cogió la llave que le entregó la mujer de la recepción, quien la saludó con una gran sonrisa y no se interesó por su nuevo amigo. En el diminuto ascensor —había poco espacio incluso para dos personas—, Laura señaló un letrero forrado con plástico y pegado cuidadosamente con cinta adhesiva debajo del certificado de mantenimiento y dijo:

—Fíjate en esta obra de arte conceptual.

POR FAVOR, TENGAN LA AMABILIDAD

DE NO RASCAR LA FUNDA DE PLÁSTICO.

NOS GUSTA RESPETAR AL MÁXIMO EL MEDIO AMBIENTE, PERO SI RASCAN LA

FUNDA TENEMOS QUE CAMBIARLA.

—Tienes razón —dijo Jeff—. Debería estar en el Arsenal.

La habitación de Laura era pequeña y estaba dominada por una cama de matrimonio blanca que resultaba imposible de evitar o pasar por alto. Ella lavó las copas nuevas, estrujó el papel de seda rosa y lo tiró a la papelera.

—¿Qué te apetece como bebida inaugural? Tenemos las botellas del minibar, además de zumo de granada y soda que he comprado por el calor.

—Eso estaría bien.

Era un alivio no tener la obligación de beber alcohol por la tarde.

—Si rompemos las copas, podremos pensar: «Vaya, qué zumo de granada más caro». Así no sentiremos la presión. Chin, chin.

Entrechocaron sus copas con cuidado y se besaron. Encantados de hallarse en unos recipientes tan lujosos, el zumo de granada y la soda burbujearon con entusiasmo.

—Sabes a granada.

—Tú también.

Ella le mordió el labio inferior. Su boca se abrió. Volvieron a besarse. A él nunca le había gustado tanto besar a alguien. Entonces —era imposible saber quién lo provocó— se pusieron a maniobrar de tal forma que él acabó besándole los muslos mientras ella le lamía el estómago. Jeff levantó las caderas para que ella pudiera bajarle los pantalones. Ella le sacó la polla de los calzoncillos y empezó a lamerla entera. Él le bajó las bragas —otra vez blancas— por las caderas y se las quitó. No sabía qué hacer con su vestido, hecho un bulto alrededor de su cintura. Ella se incorporó y se lo quitó. El olor de ella —y el deseo de él por ella— era más intenso que la noche anterior. Jeff aspiró ese olor y apretó la cara entre sus piernas. Ella se colocó encima de él. A él le cayeron gotas de ella en la boca. Laura se puso cómoda mientras le retorció los pezones y se frotaba contra su cara. La cara de él relucía con su sabor. Jeff alargó el brazo para poder tirarle suavemente del aro del pezón. Ella se soltó y se reclinó en la cama con las piernas levantadas.

—Y ahora fóllame —dijo. Él se llevó la mano al bolsillo del pantalón para coger los condones—. No hace falta que uses condón. Tengo un diafragma. Anoche no lo llevaba.

Él se colocó encima de ella. Su polla se deslizó en el coño de Laura, y su lengua, en su boca.

Empezó a moverse dentro de ella. No se parecía a nada que hubiera

experimentado antes. Ella se había abierto para recibirlo hasta un punto que superaba lo físico y aumentaba la intensidad de la sensación de sus cuerpos moviéndose juntos. Él era consciente de estar dentro de ella, pero era como una experiencia extracorporal. La palabra que le vino insistentemente a la cabeza después, cuando se quedaron abrazados, era inservible en el sentido en que antes lo eran «coño» o «polla» o «follar»: «comunió». Ella le lamía los dedos, mojándoselos de saliva de su boca y de la de él, arqueaba la espalda y empujaba las caderas hacia él.

—Me corro —dijo.

Tenía el dedo mojado metido en la boca de Jeff y, un momento después, él también se corrió y se unió a Laura haciéndolo dentro de ella.

Se quedaron quietos.

—Vaya —dijo él—. Ha sido muy agradable.

—¿Verdad que sí? —murmuró ella.

Cuando su polla salió de dentro de ella, se tumbaron de lado abrazados. Él notó que se quedaba dormido.

Se despertó diez minutos más tarde, con el brazo dormido bajo el cuello de ella. Ella también se estaba despertando. Al desenredarse de ella, su brazo volvió a la vida con un hormigueo.

—Eres la persona más delgada con la que me he acostado —dijo ella—. Es como hacer el amor con una tabla de planchar.

—Debe de haber alguna cultura en el mundo, posiblemente una ex república soviética, un sitio muy pobre con escasez de artículos de consumo, donde ese sea el mayor cumplido que una mujer le puede hacer a un hombre. No sé dónde está, pero voy a encontrarlo para instalarme allí permanentemente.

—Yo vengo de allí —dijo ella.

Se besaron. Él se quedó tumbado en la cama mientras ella se levantaba a ducharse. Observó cómo Laura entraba en el cuarto de baño: caderas pequeñas, espalda estrecha y larga. Oyó el sonido de la cadena y el ruido de la

ducha. Ella salió envuelta en una toalla blanca, y él la sustituyó en la ducha llena de vapor. Cuando salió, ella se había puesto el mismo vestido que llevaba por la tarde. La ayudó con la cremallera y el corchete de la parte de arriba.

Salieron del hotel y fueron andando a una *trattoria* casi vacía que al cabo de unas horas estaría abarrotada y concurrida. A ninguno de los dos les apetecía vino, simplemente, agua con gas. Jeff pidió risotto; Laura, una chuleta de ternera.

—Una elección extraña y potencialmente polémica —dijo él—, aunque entiendo que después de atracarte anoche en el Guggenheim no quieras más risotto.

—En realidad —dijo Laura—, hay algo que tengo que decirte sobre anoche. A él se le revolvió el estómago.

—¿Qué?

—Te mentí en lo del risotto. No lo sirvieron.

—¡No!

—Os oí hablar a ti y a tu amigo.

—Rayos, debería...

—Qué curioso, ya nadie dice «rayos». Deberíamos empezar una campaña para recuperarlo.

—Tienes razón. Deberíamos hacerlo, rayos.

—Rayos, qué *calore*.

Mientras Jeff comía con apetito su risotto de champiñones —todavía más delicioso después de la confesión de Laura—, ella le habló de una exposición que esperaba comisariar algún día. Tras haber visto las expresiones de decepción y pasmo en las caras de muchos visitantes de museos, pretendía coger el toro por los cuernos con una exposición titulada «¿Eso es todo?» que incluyera obras de algunos de los artistas actuales más decepcionantes. Al poco rato estaban intercambiando títulos para una serie de exposiciones

relacionadas con esa.

—«Esto, Eso y “Lo Otro”.»

—«Algo de nada.»

—«Casi nada.»

—«Poco donde elegir.»

—Culminando con un simposio de conservadores y críticos —dijo Laura—.

Algo del estilo de «Saliendo del paso».

Era divertido hablar de ese modo, pero Jeff tenía la persistente sensación de que estaban evitando hablar del tema que más querían tratar: cómo iban a pasar el resto de sus vidas juntos. Pidieron otra botella de agua mineral. Observó cómo ella comía un helado de fresa de postre. Los dos tomaron un *espresso*.

Después de cenar —qué agradable era comer pronto, como los pensionistas— pasaron por Venecia en medio de la calurosa tarde cogidos de la mano. Jeff había leído en alguna parte —era otra de esas cosas que prácticamente todos los escritores-visitantes comentaban— que Venecia era una ciudad narcisista, siempre mirándose al espejo. Lo que él veía reflejado en todas partes era el bienestar que él —que ellos— sentía. La ciudad estaba radiante de felicidad reflejada.

Los dos habían sido invitados a la fiesta de Australia en la Giudecca. Hicieron una breve parada en el hotel de Jeff para que pudiera cambiarse y luego fueron andando hasta la parada del *vaporetto* de Zattere. Estaba anocheciendo. Las campanas de la iglesia que tenían detrás empezaron a sonar, dando vueltas sobre ellas, hasta convertirse en un torrente de sonido. La ancha franja del río que los separaba de la Giudecca lucía un brillo oscuro con la luz sobrante absorbida a lo largo del día. Luego se apagó y se volvió oscuro como el cielo, azul marino y, por último, negro como el mar. El *vaporetto* asomó



traqueteando, y aparecieron las primeras estrellas.

Se apearon en Palanca y fueron andando hacia el este varios cientos de metros. Cuando llegaron, la fiesta estaba abarrotada. O, por lo menos, la terraza. Como había ocurrido las dos noches anteriores, el calor había empujado a todo el mundo al exterior. Cada pocos segundos se oía el sonido de una botella de prosecco al ser descorchada; los bellinis se preparaban en grandes cantidades. En otras palabras, era exactamente igual que cualquier otra fiesta de la Biennale, salvo que Jeff se había presentado en compañía de Laura, la mujer que había conocido en la fiesta de la primera noche y con la que se había acostado después de la fiesta de la segunda noche. Cogió un par de bebidas de una bandeja y le pasó una a Laura, a quien inmediatamente saludó un amigo. A Jeff también lo saludaron, pero no un amigo, sino Graham Hart, un crítico de arte del *Observer*. O bien llevaba allí un rato o no había esperado para meter el hocico en el pesebre de los bellinis. No solo era difícil entender lo que decía; era difícil saber dónde acababa una palabra y empezaba la siguiente. De su boca salía un torrente ondulante de algo que obviamente era lenguaje, pero que carecía de capacidad para transmitir información. Y eso no era lo único que salía de su boca. Escupía ligeramente al hablar, y una gota de saliva fue a parar al labio de Jeff. La notaba allí, húmeda y ajena, pero se abstuvo de limpiársela por educación. Hacerlo habría supuesto reconocer lo que ambos preferían obviar: que Graham le había escupido. Graham estaba sudando abundantemente, más que el resto de invitados que también sudaban abundantemente. Se enjugaba la frente con un pañuelo pasado de moda.

Poco a poco, Jeff se fue acostumbrando a lo que Graham decía —a saber: la prodigiosa cantidad de alcohol que había tenido que beber a lo largo del día—, pero su habilidad para entenderlo solo servía para confirmar que no tenía el más mínimo deseo de escuchar. Por suerte, Graham estaba tan ausente que no le importó —probablemente, ni siquiera se dio cuenta— que Jeff se marchara furtivamente. Uno de los motivos por los que tenía tantas ganas de

escapar era porque le preocupaba que Graham fuera un espejo profético. ¿Era él así cuando estaba borracho? ¿Era Graham una premonición del estado en que se encontraría después de un par de horas y docenas de bellinis? ¿Cómo debía de ser el mundo para los ex alcohólicos, los abstemios, los que siempre estaban sobrios, los alcohólicos en fase de recuperación, rodeados por todas partes de mamados y borrachos? Era una perspectiva terrible que bastó para empujar a Jeff de vuelta a la barra. Por el camino se topó con la vehemente Monika Weber, que presentaba un programa de eventos culturales en la televisión alemana. Le preguntó si iba a ir al día siguiente a la exposición comisariada por Jean-Paul. Jeff se había olvidado por completo de ello, pero dijo que sí, iría.

—Yo voy a ir por un motivo —dijo ella—. Quiero ir solo para decirle lo mucho que lo odio.

Era un plan excelente que despertó el interés de Jeff de inmediato. Él estaría más que encantado de decir a Jean-Paul lo mucho que lo odiaba, aunque en realidad no lo odiara y apenas se acordara de quién era. No había oportunidad de aclarar las cosas. Después de haber divisado a otras personas que conocía, él y Monika siguieron avanzando en sus respectivas direcciones. En ciertos aspectos, la Biennale era como *Una danza para la música del tiempo* condensada en cuatro días: las mismas personas surgían de forma esperada e inesperada, con un aspecto algo desmejorado en general.

Jeff cogió una copa y se apartó de la barra, empujando y siendo empujado. La terraza había pasado de estar llena a estar muy llena, era imposible moverse, y costaba beber sin derramar tu bellini encima del vecino. Y como el número de personas que exigían que las dejaran entrar aumentaba cada vez más, la parte de fuera de la fiesta estaba casi tan llena como la de dentro. Jeff estaba felicitándose por ello, por ser uno de los asistentes a la fiesta en lugar de uno de los que intentaban entrar, cuando alguien le dio unos golpecitos en el hombro: Laura, cuyo aspecto no había empeorado.

—¿A que no sabes lo que me acaban de dar? —dijo.

—¿Un bellini?

Ella negó con la cabeza y le susurró al oído.

—Un gramo de cocaína.

—¡No!

—Sí.

—¿Cómo ha sido?

—Me he encontrado con un amigo. Se había olvidado de mi cumpleaños y quería compensármelo.

—Buen amigo.

—¿Tomamos un poco?

—Desde luego.

—Vamos, pues.

Ella se abrió paso a empujones hacia los servicios. Sorprendentemente, no había cola ni nadie que los viera entrar. Él cerró la puerta con pestillo y enrolló un billete de diez euros mientras Laura preparaba dos rayas perfectas con una tarjeta Visa. Ella esnifó una, y rápidamente él hizo lo mismo.

—Muy buena —dijo Jeff, desdoblando el billete—. Gracias.

—En realidad, tengo que mear.

Sin saber si le estaba pidiendo que saliera o si simplemente quería anunciarlo, Jeff dijo:

—Déjame mirar.

Ella se subió el vestido y se bajó las bragas hasta las rodillas. Sin preocuparse por la presencia de él, empezó a mear inmediatamente. Jeff metió la mano entre sus piernas y notó cómo el pipí corría caliente sobre su mano mientras ella orinaba. Más tarde, cuando estaban de vuelta en el hotel, estuvo a punto de pedirle que le merara en la cara, pero, incluso estando en pleno subidón de coca, temió que aquello no entrara en los intereses sexuales de ella; pensándolo bien, ni siquiera estaba seguro de que entrara en sus propios

intereses sexuales. Metió la mano debajo del grifo. Salieron del baño juntos, sorbiéndose la nariz, exultantes, inadvertidos.

Él había estado de buen humor hasta entonces; ahora, con el sabor químico de la coca bajándole por la garganta, estaba de muy buen humor. Por desgracia, la oleada de sensaciones agradables coincidió con la visión de Charles Haas, que llevaba el brazo en cabestrillo. Jeff estaba a punto de presentárselo a Laura, pero ella ya estaba hablando animadamente con Yvonne, la amiga con la que estaba la noche que se habían conocido. De modo que a Jeff no le quedó más remedio que aguantarlo solo.

—Bueno, Charles —dijo—, ¿qué hay de nuevo? Muy brevemente.

Por desgracia, él tenía tantas novedades que no eran en absoluto compatibles con la brevedad. Su brazo lesionado era el último episodio de una racha de mala suerte que se remontaba a la última vez que se habían visto... ¿Cuándo? ¿Un año antes? Primero, su mujer le había dejado. Seis meses más tarde, su madre había muerto y luego, al cabo de un mes de enterrarla, un taxi lo había atropellado cuando iba en bicicleta y le había roto el brazo. De ahí el cabestrillo. ¿Cómo te enfrentas a una serie de acontecimientos tan funestos? Siguiendo adelante, probablemente. Cuesta menos esfuerzo seguir adelante, poner un pie delante del otro, que parar. Continúas avanzando. El labrador vuelve penosamente a casa, aunque haya tenido un accidente fatal, aunque el arado le haya pasado por encima del brazo y se lo haya cortado hasta el codo. Lo recoges con el brazo sano y vuelves a casa lo antes posible, sin dejarte acobardar por el dolor, las molestias y las agotadoras sesiones de fisioterapia que te esperan en el supuesto —y es un gran supuesto— de que tengas la suerte de que te vuelvan a coser el brazo. Sigues adelante. ¿Qué otra cosa puedes hacer? La única alternativa es no seguir adelante. A medida que Charles contaba a Jeff más cosas de su terrible racha de suerte, se vio paralizado y cada vez más angustiado ante la posibilidad de que algo parecido le aguardara a él, tras la increíble racha de

buena suerte que estaba viviendo ahora. Era consciente de la oleada de autocompasión que avanzaba hacia él y estaba a punto de estrellarse sobre su cabeza.

—A mí nunca me pasará nada malo, ¿verdad, Charles? —dijo.

—No, estoy seguro.

—¿Estás seguro?

—Bueno, nunca se sabe...

—Prométemelo. Prométeme que nunca me pasará nada malo. Necesito que me lo digas.

—Te lo prometo.

—Dilo como si de verdad lo pensaras —dijo—. Júralo sobre la tumba de tu madre.

Charlie lo miró con dureza. Jeff sabía que había ido demasiado lejos, pero la única forma de salir de esa situación era ir más lejos. Agarró a Charlie del brazo bueno. Le imploró y lo miró a los ojos. Para entonces el miedo a que ocurriera algo malo había atenazado a Jeff como él había atenazado el brazo de Charles, de tal modo que era como si se hubiera atenazado a sí mismo. Ya no sabía si estaba bromeando. Todo empezaba como una broma —o, por lo menos, algunas cosas—, pero no todo acababa como tal. Algunas cosas empezaban como bromas, pero acababan no siendo en absoluto graciosas. Si no andaba con cuidado, podía ocurrirle algo muy poco gracioso. Charles podía darle un puñetazo en la cara, sobre todo ahora que ya no le estaba agarrando el brazo bueno. En lugar de ello, intentó controlarse, pero no sirvió de nada: la idea de que Charles le diera un puñetazo en la cara se había convertido en una amenaza general, la premonición de que en algún momento de los días venideros alguien le pegaría por algo que había hecho o no había hecho, algo que debería haber hecho o algo que se había olvidado de hacer.

—El caso es que no tengo los recursos para enfrentarme a algo malo —dijo—. Estoy pendiente de un hilo.

—Cambiamos de tema —dijo Charles.

—Buena idea —dijo Jeff.

Un camarero pasó con una bandeja que tenía una sola copa de champán. Jeff la cogió —con el brazo en cabestrillo, Charlie no tuvo ninguna posibilidad, aunque se hubiera fijado en ella— y bebió un gran trago.

—En fin, ¿cómo te va? —dijo Jeff, que de repente estaba otra vez de buen humor, hasta tal punto que se rió a carcajadas de su pequeña broma—. Verás, he aprendido de tu ejemplo. Hace unos momentos estaba aquí, muy deprimido, pero tuve la constancia para aguantar y quedarme. Y me alegro de haberlo hecho. Ya me he recuperado y me lo estoy pasando en grande en esta fiesta, dándole a la lengua con un amigo cuya copa, según veo, está tristemente vacía.

Jeff la entrechocó con su copa llena. La vida era una montaña rusa. Se lo estaba pasando realmente bien de nuevo, a diferencia de Charles, que parecía claramente abatido.

—Venga —dijo Jeff—. Ya sé que hace unos minutos me ha dado un poco la depre, pero ya estoy bien, de verdad. Y sé que, en teoría, debería haberte dado la copa de champán, pero bueno, había un cincuenta por ciento de posibilidades y en ese momento sentí que la necesitaba más que ninguna otra persona de la ciudad.

Charles se fue. Joder, su sentido del humor había sido de lo más inoportuno. Claro que tampoco importaba, pues allí estaba Valerie Sacks, animadísima, parloteando con voz de borracha sobre el hombre que tenía al lado: Pavel algo. Se dieron la mano, pero Jeff no se enteró del resto del nombre.

—Es polaco —dijo ella—. Un conde.

—Entre tú y yo —masculló Graham Hart (¿de dónde había salido otra vez?)—, creo que es el conde Nado.

El conde Pavel no parecía haber captado el comentario malintencionado, pero Jeff estaba deseando escapar de aquel pequeño grupo. Sobre todo cuando vio a Laura dirigiéndose hacia él. Dios santo, estaba radiante colocada de

coca, y diez minutos antes había tenido la mano entre sus piernas mientras meaba. Ella se acercó y le rodeó la cintura con el brazo. ¡La vida era demasiado buena para ser verdad! Toda su vida había quedado legitimada por los últimos dos días en Venecia. No había cometido ningún error en su vida porque todo, incluso los errores, lo había llevado a estar allí en ese momento. Eso era lo importante de la vida. No podías escoger las partes buenas. Tenías que aceptar todo el lote, todos los momentos buenos y malos, pero si los momentos buenos —los puntos álgidos— fueran así, firmarías gustosamente por los malos porque en comparación no eran nada, tan irrelevantes que ni siquiera se acordaba de ellos.

Mientras Jeff había estado ocupado tratando con poco tacto al pobre Charles, Laura había sido invitada a una fiesta en un yate. Un yate amarrado cerca de allí, a tan solo un par de cientos de metros, en la Giudecca. Un grupo de gente iba a ir. El anfitrión de la fiesta era James Hofman, un alemán, y al parecer sus fiestas siempre eran fabulosas. Después de las dimensiones y el ruido de aquella fiesta, la idea de ir a una más pequeña, una fiesta en un yate, resultaba enormemente atractiva. Sobre todo teniendo en cuenta que en el curso de la última media hora el alcohol daba muestras de estarse agotando. Lo cierto era que a Jeff no le apetecía beber nada más, pero la idea de que la bebida se estuviera acabando hacía que desapareciera toda la motivación de la fiesta. Empezaba a disminuir y luego, una vez que se hacía evidente que estaba disminuyendo, disminuía todavía más rápido. Era hora de marcharse.

Según la característica costumbre veneciana, el yate estaba mucho más lejos de lo que tenía que estar. Caminaron tanto —más allá de la parada de *vaporetto* de Zitelle— que creyeron que se habían pasado de largo, pero finalmente allí estaba el yate, atracado cerca del hotel Cipriani.

Recorrieron la pasarela, donde los recibió un miembro de la tripulación con un uniforme de marinero todo blanco.

—¿Podemos subir a bordo, señor? —preguntó ella, dedicándole un saludo

por si acaso.

Laura les brindó acceso a la perfección. La fiesta no solo se celebraba en un barco; también tenía tema náutico. Cuando los invitados subían a bordo, se les pedía que se quitaran los zapatos, pero en compensación se les entregaban unas gorras blancas de oficial.

—Te queda bien —dijo Jeff a Laura.

—A ti también, capitán —dijo ella.

Su anfitrión, herr Hofman, se cuadró para darles la bienvenida a bordo. Con su barba y su acento alemán, parecía el comandante de un submarino. No era difícil imaginárselo con los ojos pegados al periscopio, disparando torpedos al convoy mercante, sin molestarse en rescatar a los supervivientes. Sin embargo, la embarcación no tenía nada de angosta y grasienta. Era exactamente lo que uno esperaba de un barco: un Roman Abramovich en plan barato, pero aun así sumamente caro. Uno se imaginaba —había algo en el barco que hacía que Jeff pensara en términos de decorados de película— en el Caribe o el Mediterráneo con un montón de gánsters y putas en biquini, tomando Cristal y, después de una comida consistente en una especie de pez en peligro de extinción recién pescado, cantidades ilimitadas de coca de primera calidad. Sin embargo, el entorno era mucho más agradable esa noche, en que toda la gente a bordo formaba parte del mundo artístico internacional: intelectuales, artistas, entendidos y personas que apreciaban las cosas buenas de la vida, lo que básicamente significaba que todo el mundo quería beber champán y esnifar coca. Era un alivio ahorrarse el tedio del plato de pescado. Y también estar a escasos metros de tierra firme, de forma que pudieran abandonar el barco cuando quisieran. James era un hombre tan increíblemente encantador que su conversación consistió, casi por entero, en decir a Laura y a Jeff que era un placer tenerlos a bordo. Sin embargo, no podía entretenerse con ellos: había otros invitados a los que tenía que dar la bienvenida a bordo, otras personas que le habían hecho el honor de asistir a su pequeña fiesta.



Ataviado de forma amanerada con un uniforme blanco de marinero, un camarero moreno ofreció champán a Jeff y Laura. Con las copas en la mano, fueron bajo cubierta —si es que se decía así— hasta llegar al salón. Incluso en aquel barco relativamente espacioso, Jeff tenía que agacharse para atravesar las puertas. Unas cuantas personas estaban bailando música suave.

Uno de los efectos secundarios agradables de tomar drogas es que una vez que las has tomado accedes, como por arte de magia, al mundo de las drogas. Sales a buscar setas mágicas, te pasas una hora encorvado en el campo, comes las pocas que encuentras y de repente, como es natural, están por todas partes, suplicándote que las cojas. Allí ocurría lo mismo. Animados todavía por la raya que habían esnifado en la otra fiesta, Jeff y Laura estaban charlando de nuevo con su anfitrión en el salón cuando les preguntó en voz baja si les apetecería acompañarle al dormitorio para tomar «un poco de cocaína». Ya había cuatro o cinco personas allí, repantigadas en la cama blanca o en sillas, hablando, bebiendo, luciendo sus gorras marineras. James les hizo pasar y cerró la puerta con cuidado tras él. Al pie de la cama había un espejo con una pequeña cantidad de polvo que distribuyó en tres rayas, dos de las cuales eran más que suficientes para Laura y Jeff. Ellos reservaron educadamente la más grande a James, pero aquella, evidentemente, era insuficiente para un hombre con su considerable apetito. Él le añadió rápidamente otra raya más gruesa. En cuanto la hubo esnifado, James dijo otra vez que era un placer tenerlos a bordo, pero que, con su permiso, debía atender a sus otros invitados. Y tras decir aquello se levantó, salió de la habitación y cerró la puerta con cuidado tras él. Vaya, estaba pensando Jeff para sus adentros, esto no solo es el mundo de la droga, es el mundo de los yates. ¡Formo parte del mundo de los yates! Y qué maravilloso era formar parte de él. Era tan maravilloso que no sabía si quería quedarse allí, en el dormitorio, bailar en el salón o subir a la cubierta a disfrutar del calor de la noche marítima. Laura se mostró más decidida. Le tocó la mano y propuso que volvieran a la fiesta. Sonrieron al resto de

personas del dormitorio a modo de despedida, salieron de la habitación y cerraron la puerta tras ellos como había hecho James.

Estaban en la cubierta. La plaza de San Marcos relucía al otro lado del agua oscura. El barco se mecía ligeramente. James se dirigió a ellos sonriendo, rodeando con el brazo el hombro de un hombre con una camisa blanca de vaquero con adornos negros y tejanos oscuros: un conjunto que era francamente inapropiado en aquel contexto náutico. James debía de haber estado dándole a la coca, pero el único efecto aparente que ejercía sobre él era que le hacía comportarse de forma todavía más formal y correcta.

—¿Me permiten que les presente al señor Troy Montana?

Jeff casi esperaba que James fuera a dar un taconazo al hacer la presentación. (Probablemente se lo impedía el hecho de calzar unos náuticos.) No es que estuviera tenso. No, parecía totalmente relajado. Era solo que su relajación se manifestaba en una forma de cortesía difícil de ver en ese momento, sobre todo entre las personas colocadas de coca. ¿Era aquella la cima de la eurosofisticación? O tal vez —lo que venía a ser lo mismo— era una de esas personas (Jeff se las había encontrado alguna que otra vez) que tomaban cocaína para relajarse. El señor Montana, cuyo conjunto concordaba con su nombre aunque no con su entorno, tenía una botella de champán en la mano. Rellenó la copa de Jeff, que se había vaciado con una rapidez inexplicable. Viendo la oportunidad de decir una ocurrencia tardía, Jeff preguntó:

—Dígame, Troy, ¿lo han invitado o se ha colado a bordo con su caballo de madera?

Tan pronto como lo dijo, Jeff temió que su comentario pareciera grosero en lugar de ingenioso. Era difícil saberlo. Todo se estaba volviendo un tanto confuso. Tenía que asegurarse de que no se le malinterpretaba. Troy no se rió, pero tampoco se ofendió. Tal vez ni siquiera le había oído. Por la insistencia con que se sorbía la nariz, saltaba a la vista que había estado disfrutando de la

hospitalidad de James y no estaba de humor para escuchar. Era conservador de una galería. La semana siguiente iba a ir a la Documenta y la otra, a la Art Basel, o al revés. En la situación de Jeff —en un yate, en Venecia—, aquello constituía una perspectiva fantástica: otras dos semanas exactamente iguales a la que estaba viviendo. Sí, por favor. Tuvo que pedir a Troy que le recordara el nombre de su galería, y se olvidó de él tan pronto como se lo recordó. Jeff corría el peligro de olvidarlo todo tan pronto como se decía, aunque él mismo fuera la persona que lo decía. Tampoco es que aquello importara. Troy estaba proponiendo que bajaran a ver lo que pasaba bajo cubierta.

La música sonaba más alto y era más funky que antes. Laura dijo que necesitaba un vaso de agua. Cuando se dirigían a la cocina, James volvió a convocarlos en el dormitorio. Se repitió la escena anterior, pero con luces más tenues. Cuando James empezó a preparar más rayas, Laura propuso que utilizaran algo de su alijo, pero él rechazó la oferta.

—No —dijo, en cuanto hubo esnifado una raya—. Es un placer. Por favor.

Aquel hombre era un verdadero reclamo de los efectos civilizadores de la cocaína. Laura dio otra esnifada y Jeff hizo otro tanto, motivado por un ansia que ya había saciado por completo. James les presentó a otras personas de la habitación, incluida una pareja sentada en una silla que hasta entonces había estado besándose apasionadamente. No pareció que les molestara la interrupción. Jeff los saludó a ambos y estrechó la mano de una o dos personas más que se encontraban cerca. Inconscientemente, estaba imitando el estilo de formalidad extrema de James. Lo cierto era que facilitaba las conversaciones y le dejaba libertad para centrarse en lo increíblemente colocado que se sentía. Pero tan pronto como lo hizo le entraron unas ganas terribles de parlotear sobre lo increíblemente colocado que se sentía y de ponerse a saltar como Diego Maradona en su esplendor napolitano. El corazón le latía a toda velocidad, y notaba las piernas temblorosas, pero delante de James sentía la obligación de comportarse como si acabara de disfrutar de los beneficios de

una sesión curativa gratuita en un exclusivo balneario de la costa pacífica estadounidense. A través de la puerta se oían los golpes profundos, aunque no molestos, de la música. Por todas partes se oían risas y conversaciones en varias lenguas. Hizo sitio a Laura en la cama. Ella tenía la gorra echada hacia atrás sobre la cabeza. La pareja que había estado besándose estaba besándose de nuevo. Llamaron a la puerta, y una joven de nacionalidad indeterminada entró y se acurrucó junto a James. El ambiente se hallaba a medio camino entre la atmósfera relajada y somnolienta que se alcanzaba en compañía de un grupo de extraños colocados de éxtasis en un chill out inusualmente bien tapizado y la sensualidad más sincera de la fase inicial de lo que podía desembocar en una especie de orgía. En cualquier caso, Jeff estaba demasiado intoxicado para saber lo que podía pasar luego. Él y Laura salieron al salón, donde había una docena de personas bailando, incluido Troy el vaquero. La música estaba más alta que antes. A Laura le brillaban los ojos. Sus pies descalzos se movían con ligereza sobre la alfombra oriental de colores vivos que acotaba la pista de baile. Se unieron más personas y al poco rato había una pequeña fiesta de baile.

El baile liberó a Jeff del estado de distracción sucesiva al que lo inclinaba la coca, pero al final, después de otra copa de champán y varias conversaciones (de las que no podía recordar una sola palabra), volvió a la cubierta, llena de gente que bebía y hablaba. Se apoyó en la barandilla y miró hacia atrás en dirección al horizonte bordeado de luz, como si estuviera montando guardia en el puente de un destructor. A su lado había una mujer con un vestido verde reluciente. Se sonrieron, pero no dijeron nada. El agua negra estaba salpicada de luz y reflejaba las estrellas. Pasó una lancha motora e hizo que el yate se elevara y se balanceara. El aire de la noche era denso debido al calor. A diferencia de la hierba, la cocaína no realzaba —ni siquiera se prestaba a ello— el lirismo del momento. Aun así, no dejaba de pensar para sus adentros una y otra vez: Si esto no es lo que yo entiendo por pasarlo bien,

no sé lo que puede serlo. Me lo estoy pasando increíblemente bien, se decía a sí mismo. ¡Me lo estoy pasando como no me lo he pasado en mi puta vida! Las últimas seis horas o las que fueran eran como una versión concentrada de todo lo que había deseado de la vida. ¿Qué más podía desear? La gracia de la vida es que nunca sabes lo que va a pasar, lo que te espera. Joder, había llegado a la filosofía de vida de Tom Hanks, compuesta en parte de *Forrest Gump* y en parte de *Náufrago*. La coca era excitante, pero no inspiraba reflexiones profundas. Lo destacable de las películas de Tom Hanks era que todas, no todas sino las más importantes, trataban sobre el deseo de volver a casa. *Salvar al soldado Ryan*, *Náufrago* y —la que elevaba ese tema al nivel de verdad universal— *Apolo 13*. Y ese era su defecto, porque la vida, en el mejor de los casos, consistía en no desear volver a casa nunca, aunque eso significara dar vueltas en el espacio exterior. Una vez dicho eso, tal vez era hora de marcharse y volver al hotel. Pero no quería marcharse aún. Todavía se lo estaba pasando bien, todavía se lo estaba pasando como nunca, o al menos eso creía. Tal vez sí que quería marcharse. Tal vez, pese a seguir pasándose bien, o creyendo que se lo estaba pasando bien, estaba listo para pasárselo bien de otra forma. Aun sintiéndose colocado, era consciente de que no se sentía tan colocado como un poco antes, cuando se había sentido mucho más colocado de lo que quería, una sensación cuya desaparición había lamentado un poco. Reconocía los síntomas de la cocaína posteriores a la euforia, cuando todos los impulsos se convertían inmediatamente en su opuesto. Lo importante era no pensar en nada, no caer en la fantasía tensa que hacía que te sintieras como un perro que se mordía la cola. ¿Cómo se volvía la gente adicta a la cocaína? Él ni siquiera estaba seguro de que le gustara, aunque el hecho de que no te gustara algo no significaba que no quisieras más. Introdujo esa frase otra vez en su cabeza, desatando la maraña de nudos. Levantó su copa de champán y contempló la plaza de San Marcos a través de ella, desvaneciéndose entre burbujas como una ciudad sumergida. Bebió un buen

sorbo y se dio la vuelta. Se apoyó en la barandilla y se echó la gorra hacia atrás como un borracho de un relato de Hemingway. Vio que James había salido del dormitorio y estaba otra vez alternando afablemente con sus invitados. También vio a Laura, que hablaba con un tipo de la misma edad de él vestido con una chaqueta de lino clara. Ella lo vio a él y se acercó.

—Deja que te hable del lino —dijo—. Después de cierta edad, hace que un hombre parezca diez años más joven. Hasta esa edad, hace que parezca diez años mayor.

Era una excelente observación, pero Jeff estaba teniendo ligeros problemas con las complejidades aritméticas que acarreaba el comentario. Hizo un recuento mental de su vestuario y le tranquilizó descubrir que, si mal no recordaba, no tenía ninguna prenda de lino. Puede que ese pequeño inventario le hubiera llevado más tiempo del que creía. Laura estaba diciendo:

—Tal vez haya llegado la hora de irnos.

—¿Qué hora es? Ah, tú tampoco tienes reloj.

—Las tres —dijo ella—. Lo acabo de preguntar.

—¡Las tres! ¿Cómo se ha hecho tan tarde? Vámonos.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No lo sé. ¿Y tú?

—Me gustaría quedarme e irme.

Decidieron irse, aunque no sabían si era lo que querían. Se encontraron con James, quien les dio las gracias por haber asistido a su pequeña fiesta. Laura le devolvió la gorra, pero James les dijo que se la quedaran de recuerdo. De modo que bajaron por la pasarela y recorrieron el muelle como dos marineros de permiso en busca de peleas, fulanas y tatuajes.

Jeff rodeaba el hombro de Laura con el brazo. No se veía la luna por ninguna parte. Tal vez no era la época adecuada del mes. Su ausencia hizo que cobrara conciencia de su falta en la Biennale.

—¿Sabes lo que faltaba hoy en la Biennale? —dijo.

—¿Qué?

—Fotos de la luna, del espacio. Me gustan más que nada en el mundo. Imágenes del archivo de la NASA. El programa Apolo. La actividad extravehicular. Los paseos espaciales. El módulo lunar. La Tierra vista por encima del horizonte de la luna. El azul de la Tierra contra el negro infinito del espacio.

Era una observación válida, aunque, desde un punto de vista conversacional, resultaba nula.

No habían pensado cómo iban a volver a casa, a tierra firme, si es que se llamaba así. En la parada de *vaporetto* de Zitelle consultaron el horario y, tras un gran esfuerzo de reflexión y concentración, descubrieron que pasaba un *vaporetto* al cabo de veinte minutos. De modo que, como el paseo era tan agradable, optaron por seguir hasta Redentore, la siguiente parada. Continuaron andando, rodeándose mutuamente con los brazos, entrechocando las caderas de vez en cuando. El agua oscura lamía el muelle. Un satélite pasó en lo alto, plateado y veloz.

Cuando llegaron a Redentore había una multitud de gente esperando, y minutos más tarde apareció el *vaporetto*.

Se quedaron fuera, en la parte delantera. Otra noche despejada y sin viento. La laguna estaba lisa, quieta, oscura. A medida que la embarcación avanzaba, el aire caliente les daba en la cara. Era como estar en una nave espacial descubierta, surcando un mar de estrellas que se mecía a su paso.

Por la mañana volvieron al sitio en el que habían desayunado el día antes, donde Jeff había desayunado su primera mañana en la ciudad.

—No puedo evitarlo —dijo, mientras se acercaban—. Estoy programado para seguir volviendo al mismo sitio. De hecho, a ser posible, a la misma mesa, ¡que por lo que veo está libre!

Se sentaron. El sol se reflejaba en las sillas plateadas y los cubiertos. Jeff se había pasado diez minutos en el cuarto de baño, lavando, excavando y sonándose la nariz para volver a ponerla en funcionamiento. Además, le dolía la cabeza. De no haber estado tan contento, se habría sentido irritable por el cansancio y la resaca. (El sueño que tienes después de haber tomado coca —si has tenido la suerte de conciliar el sueño— está privado de todo componente de descanso, como si el cerebro siguiera quejándose mientras está teóricamente dormido.) Laura parecía estar bien, ni siquiera especialmente cansada; o al menos no lo aparentaba. En un bonito gesto de esposa, le pasó el periódico para que lo mirara, pero las letras eran demasiado negras, y el papel, demasiado blanco.

—Bueno, ¿qué te pareció el capitán James? —preguntó él—. ¿Le faltan seis meses para ir a rehabilitación?

—Puede ser —dijo Laura—. Lo que significa que esos son los mejores seis meses para conocerlo.

Pidieron más agua, más café y otros vasos de zumo de naranja. Y lo mejor de todo, Laura sacó una aspirina de su fiel bolso.

Después de desayunar cruzaron la Accademia y fueron andando al hotel de Laura para que pudiera cambiarse de ropa. Jeff hizo uso del cuarto de baño y luego se tumbó en la cama mientras observaba cómo ella se desnudaba y se vestía, y empezó a sentirse mejor. Se había puesto un vestido azul marino sin parte de atrás ni mangas, que dejaba su larga espalda casi descubierta.

—¿Listo?

—Eso sería exagerar un poco, pero supongo que la respuesta es sí.

Él se levantó de la cama, se puso sus sandalias y salió de la habitación detrás de ella.

Había muchos actos relacionados con la Biennale repartidos por la ciudad que ninguno de los dos habían visto todavía. Por suerte, el que más ganas tenían de ver, *Cambio rojo* de James Turrell, era también el que les quedaba



más cerca, en el Rialto. Formaba parte de una exposición más grande, pero se saltaron el resto de cosas y se pusieron en la cola para entrar en una sala oscura.

Al principio, parecía solo un rectángulo pintado de rojo que emitía luz contra un fondo apagado. Luego, cuando se sentaron y lo miraron, cambió, pero de forma tan sutil que era imposible decir en qué o cuándo había cambiado. El rojo se convirtió en un rojo ligeramente distinto, un poco más oscuro o más vivo o lo que fuera. La forma se mantuvo igual, pero, a medida que el color se alteraba, los bordes del marco se volvieron menos rígidos. Aquel color rojo cambiante tenía ritmo. La superficie de la imagen era totalmente plana e infinitamente profunda. Permanecieron callados. El tiempo se desvaneció y pasó a ser captado únicamente en términos de luz y cambios de color, transformándose en morado, un morado más oscuro, un morado que era casi azul y luego era azul... Estaban a unos tres metros de la luz, pero no había distancia. El color y la luz los tocaban. El ciclo empezó de nuevo. Se levantaron y metieron la mano en la superficie plana de color rojo, pero no había nada. Era imposible palpar la parte trasera o el lado de la fuente de luz. Sus manos se alargaron, suspendidas en la luz variable que ya no era del todo roja. Era una ilusión, pero el hecho de que lo fuera no significaba que fuera menos real que todo lo demás, que las cosas que no eran ilusorias.

Cuando salieron estaban desorientados. El cuadrado rojo de luz seguía palpitando en la cabeza de Atman cuando subieron a bordo de un *vaporetto* en Rialto. El hecho de que no supieran adónde se dirigía logró que el *vaporetto* pasara de ser un autobús a ser un crucero. Ninguno de los dos dijo nada acerca de la obra de Turrell.

Por primera vez desde que Jeff estaba en Venecia, subieron unos inspectores a revisar los billetes de todo el mundo. De repente, estar en posesión de unos bonos de tres días debidamente validados parecía un logro importante, algo digno de orgullo.

—Podemos pasar todo el día en un *vaporetto* si queremos —dijo Jeff con suficiencia.

—Sí —dijo Laura—. Aunque, si lo hiciéramos, *a)* nos moriríamos de aburrimiento y *b)* acabaríamos totalmente mareados.

Pasaron traqueteando por debajo del puente de la Accademia y por delante del Gritti, la Colección Guggenheim y la plaza de San Marcos. Al final dejaron atrás los Giardini y salieron a la laguna, que perfectamente podría haber sido el mar. El cielo y el mar se extendieron. Las gaviotas daban vueltas en lo alto. El barco lograba mantenerse ligeramente por delante de la estela que lo perseguía. Fragmentos de ola —la estela de otro barco que pasaba en la otra dirección— salpicaron el *vaporetto* por unos instantes. Había varias boyas o indicadores para señalar los canales. Alguien se había tirado desde uno de ellos: sus pies se vieron al zambullirse en el mar. En otro indicador, una mano —rojo fuerte— salió del mar: obras de arte, naturalmente, esculturas de tamaño real.

De vez en cuando, Laura consultaba el mapa. Al final dijo que debían apearse en la siguiente parada.

—¿Qué hay aquí?

—San Michele —dijo ella—. Un cementerio.

Jeff lo vio entonces: como en *La isla de los muertos*, de Böcklin, pero simétrico y bien cuidado, y nada ominoso.

Después de llevar tanto rato en un barco, la tierra se mecía como el mar. Laura abrió su sombrilla amarilla. Con el sol tan brillante que hacía, la sombrilla resplandecía como si alumbrara. Sin duda, todas las mujeres deseaban tener una sombrilla, y todos los hombres debían de desear estar con la mujer que tenía una. Cruzaron las puertas y penetraron en los muros curvados de la isla. Al otro lado, fueron a dar a los jardines más grandes del cementerio. Estaba lleno de tumbas y repleto de flores.

—Diaghilev está enterrado aquí. Y Stravinsky —dijo Laura.

El primer letrero que vieron, sin embargo, era de Ezra Pound. Dentro de la flecha blanca que señalaba el camino a su tumba, alguien había escrito con rotulador negro: «J Brodsky». En el sentido estricto de la palabra, era una pintada, pero también era producto de una mentalidad muy cívica. Oficialmente, te indicaba cómo llegar a la tumba de Pound, pero alguien se había atrevido a actualizar lo establecido mediante una pequeña acción de guerrilla. Ahora Pound llevaba, inexorablemente, a Brodsky. Jeff nunca había leído a Brodsky, pero sabía que era importante, que cada vez había más gente para la que constituía una atracción mayor que Pound. Llegaron a otro indicador que señalaba la tumba de Pound. Una vez más, la misma persona había escrito «J Brodsky» con rotulador en la flecha.

Primero vieron la sepultura de Pound, una tumba plana con su nombre en caracteres romanos: EZRA POVND. Muy pocas flores. Siempre es bueno ver la tumba de un famoso, aunque sea alguien que no te interesa especialmente; pero costaba imaginar que en la actualidad alguien se entusiasme por Pound aparte de los académicos. O a lo mejor se equivocaba y todavía había chicos en sus cuartos enardecidos con la promesa del modernismo, decididos a hacerlo renacer, fuera lo que fuese.

Brodsky estaba muy cerca: una lápida con su nombre en ruso e inglés y la fecha de su nacimiento y su muerte: 1940-1996. No estaba precisamente descuidada, pero la escena recordaba la tumba de Jim Morrison en Père-Lachaise. Había un par de velas vacías en las que solo quedaba una mancha de cera y unas postales con mensajes. Laura cogió una. En ella aparecía el Gran Canal, pero la letra del dorso estaba demasiado borrosa por la lluvia y descolorida por el sol para ser legible. Un Post-it amarillo había quedado casi limpio por el efecto de los elementos. Era imposible saber de qué lengua eran vestigios las palabras escritas, por no hablar de lo que decían. Junto a la lápida había un pequeño cuenco azul medio lleno de bolígrafos y lápices. La mayoría de los bolígrafos estaban cubiertos de barro; a duras penas habrían

funcionado uno o dos: no para escribir un poema, pero lo bastante para anotar un número de teléfono.

Laura revolvió en su bolso y añadió un bolígrafo nuevo al montón. Ahora se podría escribir algo más largo. Incluso dejó unas cuantas hojas de su cuaderno. El futuro era una página en blanco, lista para quien viniera a ver a Brodsky y quisiera expresar su opinión.

—En la India los niños se te acercan corriendo todo el tiempo —dijo Laura—. Lo único que quieren y lo único que saben decir es «¿Bolígrafo?». Lo dicen como una pregunta: «¿Bolígrafo?». Es una monada. Cuando tienes un bolígrafo para dárselo, es estupendo. Cuando no tienes, te sientes como una rastrera.

Siguieron andando. Hacía calor bajo la sombrilla, pero más fresco que sin ella. Diaghilev y Stravinsky estaban el uno al lado del otro. En la tumba de Diaghilev se llevaba a cabo una práctica similar de homenaje. Si en la sepultura del poeta habían dejado bolígrafos, allí habían dejado zapatillas de ballet. Había tres en total, tres mitades de tres pares, dos del pie izquierdo y una del derecho. También había muchos mensajes. La tumba de Stravinsky estaba vacía. Nadie había dejado un violín o un piano o algo por el estilo.

Esperaron el *vaporetto* en el muelle. Cuando llegó, se apretujaron en la parte de atrás de la embarcación y contemplaron cómo la isla de los muertos se alejaba deslizándose tras ellos. A los pocos minutos no había nada que ver salvo una línea de tierra rodeada de mar y cielo abrasado.

Desembarcaron en la Giudecca, justo a tiempo para comer y minutos antes de que dejaran de servir en el restaurante. Un camarero los acompañó a una mesa resguardada por una sombrilla junto al borde del agua: el escenario perfecto para una comida de una mediocridad pasmosa. La ensalada constaba de un poco de lechuga insalubre, unas mitades de tomate llenas de colorido y

zanahoria rallada. Los *penne* con salsa de tomate eran el tipo de plato que uno prepara en diez minutos, ligeramente mejores que la pasta Heinz que Jeff comía de niño. Costaba imaginar una comida menos elaborada.

Pasó una barcaza que transportaba hormigoneras y una grúa grande. Mientras pagaban la cuenta, le siguió un transbordador del tamaño de un bloque de pisos de protección oficial recién arreglado, lo bastante grande como para tapar por completo la vista de la tierra firme de Venecia. Un barco de alta mar que no guardaba proporción con nada de lo que había alrededor. Simplemente, no podría haber sido más grande. Había coches, furgonetas y camiones a bordo. También personas: toda una ciudad flotante. Las letras del costado —MINOAN LINES— eran lo bastante grandes para verse desde el espacio.

La estela creada por el transbordador monstruoso se arrojaba sobre el muelle mientras paseaban cogidos de la mano por delante de los hombres que pescaban. No había nada en su postura que hiciera pensar que albergaban alguna esperanza de pescar algo. Adoptando un punto de vista vagamente oriental, Jeff se preguntó si solo te convertías en un verdadero pescador cuando la idea de la captura resultaba totalmente irrelevante. ¿O ese era el momento en que te reencarnabas en un bacalao o, si tenías suerte, en un delfín, a ser posible, el del culo de Laura? Conforme iban caminando, el agua relucía intensamente. Quien dijo que no es oro todo lo que reluce tenía razón, porque el agua, dorada a la luz del sol, relucía, y relucía tanto que cualquiera habría dicho que no hacía otra cosa, pero por supuesto que lo hacía; también se mecía y se balanceaba, acciones que hacían que reluciera. Mientras esperaban al *vaporetto* al otro lado de tierra firme, Jeff se acordó de que llevaba la cámara.

—¿Puedo hacerte una foto? —dijo.

—Claro.

—Me había olvidado de que la llevaba. Debería haberte hecho una en la tumba de Brodsky.

Laura estaba junto a la orilla, sin usar la sombrilla.

—Haz... no sé... algún gesto.

—¿Qué tal este?

—Quedarte quieta no es un gesto.

O tal vez sí.

—¿Este?

Ella no movió ni un músculo.

—Perfecto.

Él apretó el botón e hizo la foto. Ella aparecía quieta, con su vestido azul, al lado del agua azul. Él sostuvo la cámara para que ella pudiera ver la imagen digital de sí misma. Laura la miró rápido, sin interés.

—¿No te gusta que te hagan fotos?

—Tuve un novio que siempre me estaba grabando y haciendo fotos —dijo ella—. Era muy aburrido.

Jeff sintió una punzada de celos al oír hablar de su novio. Aun así, le habría gustado echar una ojeada a las fotos que ese novio fotógrafo había hecho. Al ver a un hombre paseando con una cámara de aspecto caro colgada del cuello —tenía un gran objetivo, y la ancha correa amarilla que la sujetaba llevaba la palabra CANON escrita claramente—, Jeff le preguntó si les podía hacer una foto a los dos con su modelo más modesto. Se quitaron las gafas y posaron abrazados, sonriendo mientras el fotógrafo componía la foto con más cielo del necesario. Los pájaros volaban rozando el agua. El obturador emitió un zumbido. Jeff dio las gracias al fotógrafo y recuperó su cámara. Era una foto normal, una instantánea de una pareja en Venecia, con el agua y el cielo al fondo, sujetando sus gafas, sonrientes: una prueba, como mínimo, de que eran así, de que habían estado allí juntos.

De vuelta en tierra firme, Laura propuso que fueran a tomar una copa al Gritti.

Mientras se dirigían allí, Jeff se dio cuenta de algo que se le había escapado antes: la omnipresencia de Vivaldi. *Las cuatro estaciones* estaba sonando en una iglesia. Un músico callejero estaba tocando *Las cuatro estaciones*. Era imposible avanzar más de cien metros sin oír una de *Las cuatro estaciones*.

—¿Vivaldi era veneciano o qué? —preguntó.

—Si no lo era, últimamente se lo están compensando.

—Hace que odies a Vivaldi, ¿verdad?

—Hace que odies Venecia.

En el hotel Gritti acababa de quedar libre una mesa, y ocuparon su lugar en la terraza. La vista era magnífica, sobre todo, la de los diversos barcos que pasaban, llenos de gente que hacía fotos a los pocos privilegiados —hombres mordisqueando puros, mujeres vestidas de Prada— con la suerte de estar bebiendo en la terraza del Gritti. También había unas cuantas personas más jóvenes y de aspecto menos adinerado que solo estaban allí para tomar una copa carísima y atiborrarse de frutos secos. Jeff pensó en tomar un Campari con soda y luego, como siempre, lo cambió por una cerveza. Las bebidas llegaban acompañadas de platillos con grandes aceitunas negras, avellanas, unos cuantos chismes con sabor a queso y tres canapés exóticos: sashimi y arándanos, tomate y mozzarella (no tan exótico) y pepino y caviar, todos sobre unos pequeños discos de oblea. Cada pocos minutos paraba un taxi en el embarcadero y salía gente a la terraza con pompa regia antes de desaparecer dentro. Era la sofisticación ensayada de la vieja *scuola*. En esas circunstancias, la conversación siempre iba unida a una secuencia de murmullos y afirmaciones. Del mismo modo que tenías que levantar la voz para hacerte oír por encima de la música alta, allí tenías que bajar al nivel del jazz tenue que sonaba en los hoteles, tan débil como un insecto cerca de tu oreja. Aun así, era agradable estar allí, mirando al otro lado la terraza del Guggenheim, donde dos noches antes habían estado bebiendo bellinis y mirando la terraza del Gritti. Después de ir a tantas fiestas, resultaba

totalmente novedoso estar sentado en un bar donde había que pagar las bebidas, sobre todo si se podían reclamar en concepto de gastos.

—No mires ahora —dijo Laura, haciendo una pausa cargada de dramatismo—. Pero Jay Jopling y Damien Hirst acaban de llegar.

Jeff esperó unos segundos discretos antes de volverse para ver a aquella pareja todopoderosa salir a la terraza y luego entrar dentro. Con menos majestuosidad, un hombre apareció remando de pie por el canal en un *sandolo*. Jeff sabía que era un *sandolo* porque Jan Morris había incluido amablemente en su libro una lista de los distintos tipos de embarcaciones que surcaban las aguas de Venecia. Laura dijo que era el tipo de embarcación que esperaba ver en el Ganges: una impresión realzada por la cabeza pelada, la piel morena y el ancho conjunto blanco del remero. Avanzaba de forma lenta pero segura, sin dejarse desanimar por las embarcaciones más grandes que lo pasaban a toda velocidad en ambas direcciones. Aun así, la falta de un asiento parecía un descuido ridículo. Costaba imaginar qué habría podido aportar la incorporación de un asiento salvo mejorar el conjunto.

Con la esperanza de atisbar otra vez a Hirst y Jopling (a quienes no se veía por ninguna parte), pagaron y se marcharon, y empezaron a andar otra vez en dirección al hotel de Jeff. Por el camino compraron un racimo de plátanos y se los comieron, dos cada uno, sentados en un muro bajo junto a un canal desconocido. Los plátanos estaban frescos por dentro, a pesar del increíble calor.

—Pareces un mono —dijo Laura, mirando cómo comía.

De vuelta en el hotel, Laura se cepilló los dientes con el cepillo desechable que había usado la primera noche que habían pasado juntos. Jeff se tumbó en la cama. La luz roja de los mensajes parpadeaba en el teléfono.

—¿Sabes? —dijo Laura, al salir del cuarto de baño—, todavía nos queda la



coca que me dio Martin. ¿Tomamos un poco?

—Claro, vamos.

Ella se puso a hurgar otra vez en su bolso y preparó dos rayas sobre la cómoda de color claro. Jeff veía la cara de ella en el espejo de encima de la cómoda y, sin reflejarse, la parte de atrás de su cabeza, su pelo, su espalda, su culo, sus piernas. Laura se apartó y le indicó con la mano que se sirviera. Él esnifó una de las finas rayas, se sentó otra vez en la cama y observó cómo ella se inclinaba hacia delante, lo bastante para que la tela de su vestido se tensara a la altura del culo.

—¿Qué es lo que tanto te interesa? —dijo ella, al tiempo que se enderezaba.

—En una palabra, tú. En dos... —Jeff vaciló.

—¿Sí?

—Tu culo.

Ella se inclinó hacia delante y esnifó. Él alzó la vista y la miró a los ojos en el espejo. La combinación —de coca y conversación— estaba haciendo que el corazón le latiera con fuerza. Un espectro de luz se movía en el borde biselado del espejo.

—¿Y en qué pensabas mientras mirabas? —dijo ella.

El espejo era lo que les permitía mantener esa conversación. No eran ellos los que hablaban, sino aquellos dos reflejos que tenían su propia vida autónoma.

—Estaba pensando que me gustaría acercarme a ti y ponerte las manos a los lados del vestido, en el dobladillo.

Entonces se levantó, se acercó a ella y le colocó las manos a los lados del vestido. Apretó su polla contra ella. Ella se apretó hacia atrás contra él ligeramente.

—Y entonces te subiría el vestido despacio. Muy despacio. —Centímetro a centímetro, fue descubriendo una porción cada vez mayor de la piel bronceada de Laura—. Hasta que alcanzara a ver tu ropa interior.

Cuando el vestido subió por encima de sus caderas, Jeff vio el algodón azul de su ropa interior. Se quedaron exactamente donde estaban, en silencio, sin moverse. Él alzó la vista una vez y la vio mirándolo a los ojos, que inmediatamente volvieron a centrarse en el pequeño triángulo azul marino que desaparecía entre sus nalgas. Jeff se inclinó un poco para poder acariciarle la parte de atrás de una pierna.

—Luego —dijo, acariciando la cara interior de sus muslos, primero con una mano y luego con la otra, a punto de tocarle la tela azul que tenía entre las piernas pero sin llegar a hacerlo—, luego me arrodillaré entre tus piernas de forma que la cara me quedara a la altura de tu culo.

Se arrodilló y situó la cara a escasos centímetros de ella. Alargó la mano y le palpó las bragas, que estaban húmedas. Enganchó el dedo en ellas y tiró hacia un lado. Ella se inclinó más hacia delante. Él le separó las nalgas ligeramente con las dos manos. Al ver su ano —pulcro, casi sin vello— la polla se le puso todavía más dura. Le lamió el culo varias veces y luego separó sus nalgas y le metió la lengua, notando cómo palpitaba. Ella empujó hacia atrás contra él. Jeff la agarró de las caderas, empujando su cara y su lengua hacia ella. Su culo no sabía a nada. Ella alargó la mano y empezó a tocarse el coño. Él se bajó la cremallera de los pantalones y la oyó decir:

—Fóllame así.

Laura salió de su vestido. Él se levantó y vio de nuevo su cara y sus pechos en el espejo. Su polla entró en ella. Cuando ella se inclinó más hacia delante, dejó de ver el reflejo de su cara y solo vio su melena y su larga espalda. Ella separó los pies todavía más y volvió a meter la mano entre las piernas. Se frotó el ano mojado con un dedo. Se apretó más fuerte contra él. Él le introdujo el dedo con cuidado, y su culo palpitó y se contrajo cuando los dos se corrieron.

Permanecieron inmóviles un rato. Él abrió los ojos. La cara de ella apareció nuevamente en el espejo diciendo:

—Tumbémonos.

Se desplomaron sobre la cama, calmados por el sexo, animados por la coca. Era difícil saber qué hacer ahora. En circunstancias normales, se podrían haber dormido, pero eso era imposible, de modo que se quedaron allí. Luego Laura se levantó y dijo que le apetecía darse un baño, lo que parecía una idea estupenda. Mientras la bañera se llenaba, abrió el minibar.

—Aquí dentro hay una botellita de vino blanco —dijo ella—. ¿Tomamos un poco?

Eso también parecía una idea estupenda. Abrió la botella y sirvió dos copas. Seguía desnuda. Él recorrió su cuerpo con la mirada.

—Es una lástima que no tengamos nuestras copas especiales —dijo Jeff, pero brindaron con las que tenían.

—Lo sé. Es como beber en un bote —dijo Laura, dirigiéndose al cuarto de baño.

Jeff se levantó de la cama, invadido por el deseo de escribir una parte de su artículo sobre la Biennale. El impulso se desvaneció prácticamente en cuanto se sentó ante la mesa y abrió su ordenador portátil. Su cabeza rebosaba emociones, pero su cerebro estaba totalmente vacío, desprovisto de todas las ideas que le corrían por dentro menos una: el culo de Laura. ¿Qué tenían los culos de las mujeres? ¿De dónde venía ese deseo irresistible de meterles los dedos, la polla, la lengua? La mierda era horrible y asquerosa, pero los culos de las mujeres... Tal vez debía escribir un artículo de quinientas palabras exponiendo que la única cosa en la vida que a un hombre contemporáneo le gustaba más que chupar un coño era lamer un culo. Se sentía como un emperador romano en la época del servicio de habitaciones. Quería golpearse el pecho como Tarzán, pero, dadas las circunstancias, no había nada que hacer salvo encender el televisor. Esa era la única libertad, la satisfacción suprema de la habitación de hotel: no las oportunidades de tener sexo vespertino, esnifar coca y lamer un culo, sino la libertad de poner la tele a cualquier hora

del día para ver cualquier cosa (básicamente, nada) sin vergüenza ni culpabilidad. Si pasara más tiempo en habitaciones de hotel, no leería ningún libro. Si todo el mundo viviera en hoteles, nadie leería algo que exigiera más esfuerzo que el menú del servicio de habitaciones. Estuvo zapeando hasta que dio con una recopilación de imágenes de catástrofes deportivas: esquiadores desplomándose por pendientes, matadores siendo embestidos y lanzados por toros, motociclistas dando volteretas por los aires. Lo que lo hacía tan fascinante no era ver a gente hacerse daño. No, la parte dolorosa era terrible, pero había algo idílico en el intervalo en que se encontraban en el aire, antes de caer y hacerse papilla. Si la tierra no hubiera sido tan dura o la gravedad hubiera sido una fuerza menos potente, habría sido divertido salir volando por los aires a una altura de seis metros debido a un error en la pista o el camino... Ni siquiera la tele, que era a lo que uno recurría cuando no podía concentrarse, logró captar su atención. Se levantó, contempló los tejados abrasados, la invisible gravedad del cielo. Laura estaba llamándolo desde el cuarto de baño, preguntando qué hora era y a qué hora tenían que salir. Mierda, ya eran las seis. Tenían que ponerse en marcha al cabo de media hora, contestó él. Hasta ese momento, todo había transcurrido como si estuvieran en Venecia de vacaciones, de luna de miel, incluso. Habían ido a hacer turismo y no se habían topado con ningún conocido; ahora, de repente, tenían que volver al estilo de vida de la Biennale. Había fiestas a las que asistir, amigos a los que ver, bellinis que beber... y, para más inri, el teléfono estaba sonando.

—¡Hola, Max!

—¿Cómo has sabido que era yo? ¿El teléfono del hotel tiene identificador de llamada? ¿Por eso no has contestado en todo el día?

—No, he estado fuera. Simplemente esperaba que fueras tú y, como un sueño hecho realidad...

—Vale, corta el rollo...

—¿He dicho «sueño»? Disculpa, quería decir pesadilla.

—Muy gracioso. Bueno, ¿qué ha pasado?

—Todo ha salido muy bien —dijo Jeff sonriendo de satisfacción—. Y la entrevista también fue estupendamente.

La sonrisa de satisfacción se convirtió inmediatamente en un ceño fruncido mientras buscaba la mejor forma de responder a la inevitable pregunta que venía a continuación, la pregunta por el dibujo que no había conseguido y la foto que no había hecho.

—Y...

—Sí, todo bien —dijo él—. Pero mira, tengo que marcharme. Voy a ir a reunirme con ella para hacerle la foto. Te llamaré mañana, ¿vale?

Max también debía de tener prisa. Jeff logró colgar el teléfono sin tener que aclarar —en el sentido de complicar deliberadamente— más las cosas. Laura salió del cuarto de baño desnuda, con el pelo envuelto en una toalla. Era un momento muy familiar, como si estuvieran casados.

Ese debía de ser el motivo por el cual, cuando se dirigían a la fiesta (Jeff no sabía adónde iban; seguía a Laura como un perrito), tenía la sensación de que no le apetecía del todo ir. Después de llegar allí, hacer cola y entrar, no le apetecía en absoluto. Quería preguntar a Laura por su futuro, por cuándo y dónde se volverían a ver, pero hacerlo habría sido una distracción del presente perfecto que todavía los rodeaba. Sin embargo, no los rodearía mucho más. Se les estaba acabando el tiempo y, en el fondo, él era consciente de los problemas que le aguardaban cuando se le acabara el tiempo, cuando volviera a Londres sin el dibujo ni la foto y sin haber prestado la debida atención a las obras de arte sobre las que tenía que estar escribiendo. No es que esa fuera su principal preocupación. Ni mucho menos. Por lo que a él respectaba, la Biennale siempre se había caracterizado más por las fiestas que por el arte. Pero esa noche, en lugar de ir a una fiesta, lo que más le habría gustado habría sido volver a casa (es decir, al hotel) con Laura y tumbarse en la cama mientras ella frotaba el coño contra su cara. Por muy deseable que

hubiera sido, de momento, era imposible. El objetivo de ir a Venecia era salir, ir a fiestas como aquella, donde todo iba de maravilla y podías acabar con alguien... Le costaba pensar, como cuando uno está cansado. ¿Por qué cuando todo había ido tan bien, mejor de lo que podía haber soñado, se preocupaba de ese modo? Porque el residuo de la excitación alimentada por la cocaína, bajo el que se ocultaba un sustrato más profundo de cansancio, se estaba convirtiendo en inquietud. Era como si las raíces canosas de su pelo estuvieran volviendo a crecer. La solución, evidentemente, era beber más bellinis para calmarse y esnifar más coca para espabilarse.

Y funcionó, más o menos. Él y Laura se tomaron una raya cada uno en los servicios y salieron juntos sorbiéndose las narices, resplandecientes. La inquietud se convirtió inmediatamente en excitación, si bien una excitación teñida de inquietud. Por los altavoces retumbaba música de baile.

—Me suena —dijo—. ¿Lo reconoces?

—Es una remezcla de Paul Oakenfold de *Las cuatro estaciones* tocada por Nigel Kennedy —dijo Laura.

Él no sabía si estaba bromeando, pero, desde luego, parecía verosímil.

Monika se acercó y dijo que no le había dicho a Jean-Paul lo mucho que lo odiaba porque era consciente de que en realidad le caía muy bien. Jeff dijo que eso revelaba falta de voluntad, y que si él lo veía iba a decirle lo mucho que lo odiaba, independientemente de lo que le pareciera él a nivel personal. Presentó a Monika a Laura, quien le presentó a alguien cuyo nombre él no oyó porque en ese mismo instante Phil Spender se acercó a él. Pidió disculpas a Phil por no haber ido a su fiesta, la fiesta que a la que tanto deseaba asistir y de la que se había olvidado por completo hasta hacía dos segundos. Y lo mismo era aplicable a la actuación secreta de Kraftwerk. Phil, por su parte, estaba interesado en el pelo de Jeff. ¿Se lo había teñido? Jeff reconoció que sí.

—Bienvenido al club —dijo Phil.

¡Ah! ¡De modo que todos estaban en la misma situación! Se chocaron el

pecho de forma medio irónica, procurando no derramar nada sobre el traje color crema de Phil, que seguía inmaculado; era asombroso que aguantara. Vio a Jane a la derecha de Phil. Y cerca de ella, a Jessica y al Káiser. Conocía a muchos de los presentes y reconocía a muchos más, posiblemente de las fiestas de las noches anteriores o solo de la de esa noche. Y había que tener en cuenta a las personas que conocía pero no reconocía... Todo el mundo estaba allí, incluidas las personas a las que acababa de conocer, personas con las que estaba cotorreando y que estaban cotorreando con él, diciendo cosas que habían dicho pocos minutos antes, mientras Jeff se veía en un bucle de repetición constante cada vez más opresivo. Fueran quienes fuesen, esa noche era la última que iban a estar allí, todos juntos en Venecia, bebiendo bellinis, aunque algunos ya se habían marchado por la tarde. La Biennale —o al menos aquella parte, la *vernissage*— tenía una duración increíblemente breve. Mientras estabas en medio, resultaba tan incesante que parecía que durara eternamente. Ansiabas una noche libre, una noche en casa. Pero no te lo podías permitir porque, al mismo tiempo que duraba mucho, duraba increíblemente poco y terminaba antes de que hubiera empezado. Apenas había comenzado cuando acababa, momentos después de haber dado comienzo. Estaba pensando otra vez con dificultad. Últimamente se había dado cuenta de los efectos del consumo del alcohol y las drogas. Cualquiera de las dos cosas parecía encender una luz ultravioleta en su cerebro que iluminara sus circuitos quemados. A lo largo de los años, se habían estropeado grandes tramos del proceso cognitivo que habían quedado devastados. En condiciones normales, el verdadero alcance del daño quedaba oculto, pero solo había que cometer unos pocos excesos para descubrir la desintegración interna. Dentro de unos años, su cerebro sería como coral deteriorado, sin vida, sin color, muerto. El pelo se podía arreglar, teñir, pero el cerebro... Como mínimo, iba a tener que empezar a tomar complementos: estimulantes de la memoria, impulsores de la serotonina, esteroides para las neuronas... Mientras tanto, al divisar a un

camarero que se acercaba, alargó su copa, su platillo de las limosnas. Ese acto le permitió considerar sus problemas cerebrales bajo una nueva luz menos preocupante y más optimista. Cuando era joven se preciaba de ser inteligente. Cuando iba caminando por la calle, sin tan siquiera pensar en nada, solo caminando como cualquier otro idiota, tenía la clara sensación de ser inteligente. No había hecho nada con esa inteligencia salvo escribir artículos estúpidos y hacer algún que otro comentario ingenioso, la mayoría, ni siquiera ingeniosos. Simplemente, se sentía inteligente, y era una sensación agradable. Ahora sentía con idéntica convicción (y bastantes más indicios) que estaba entrando en los años bobos. Los años bobos complementaban los años difusos. Iban de la mano. Los años difusos y los años bobos eran los mismos años y ya habían comenzado. Pues adelante con ellos. Olvidar los nombres de todo el mundo —como recordaban constantemente los anuncios de los periódicos— era embarazoso, pero, aparte de eso, ser bobo estaba bien, como el presentimiento de una iluminación.

Llevaba la cámara digital en el bolsillo. La sacó con la intención de hacer la que resultaría una de esas fotos inútiles y por lo general decepcionantes de una fiesta llena de ojos enrojecidos. Cuando la encendió, la cámara todavía estaba en el modo de visión. La pantalla no mostraba la escena que se desarrollaba a su alrededor, sino la foto que se habían hecho ese mismo día él y Laura en la Giudecca. Pulsó el zoom óptico y se eliminó del encuadre, enfocando la cara y luego los ojos de ella. Siguió haciéndolo hasta que ya no eran unos ojos, sino tan solo una galaxia de píxeles en explosión.

El avión de Laura salía a las dos del mediodía. Ahora eran las once de la mañana. Estaba tumbado en la cama, con la cabeza dolorida, sujetando un pañuelo de papel contra su orificio nasal sangrante, observando cómo ella hacía el equipaje. El vestido blanco, el rojo y dorado que había comprado en



Laos, el vestido azul marino; todos estaban cuidadosamente doblados en su maleta con ruedas. Era como una terrible inversión de un striptease, pero todavía peor, como si estuviera viendo cómo ella preparaba sus cosas para llevárselas a la otra vida —la otra vida después de Venecia, la otra vida después de él— y abandonarlo para siempre. De haber sido ella, él habría intentado cambiar el vuelo de regreso, y, si hubiera sido imposible, lo habría cancelado y habría comprado otro billete para más adelante. Pero ella iba a marcharse y casi había terminado de hacer la maleta.

Se habían intercambiado sus direcciones de correo electrónico y sus números de teléfono, pero no tenían planes de volver a verse. Tradicionalmente, los hombres iban y venían, dejando a las mujeres llorando tras de sí, pero esta vez era él al que dejaban atrás, y, si no se andaba con cuidado, podía echarse a llorar fácilmente. La perspectiva de llorar le hizo evocar una imagen relacionada, la de su pelo teñido derramando gotas negras por su frente, corriéndole por las mejillas como el rímel de una chica. El día anterior por la tarde se había sentido como un emperador romano, capaz de cualquier cosa; ahora, con la nariz sangrando, un sabor amargo en la boca y la cabeza seca y frita, tenía ganas de echarse a llorar. Cuando tenía diecisiete años había leído *La mujer del teniente francés* y había quedado muy impresionado por la distinción que John Fowles realizaba entre el punto de vista victoriano —no puedo tener esto para siempre, por lo tanto, estoy triste— y la perspectiva existencial moderna: tengo esto de momento, por lo tanto, soy feliz. Se le había quedado grabada desde entonces, pero ahora le parecía absurdo aspirar a la más mínima satisfacción existencial. En 2003, a los cuarenta y tantos años, había entrado en contacto con el victoriano que llevaba dentro. En Venecia había descubierto que era el último victoriano.

Oyó que Laura cerraba la cremallera de su bolso, el mismo sonido —pero más áspero y sonoro— que el que había emitido su vestido cuando él le había bajado la cremallera. La conexión sexual que se había producido entre ellos

era cuestión de suerte, pura suerte; pero en cuanto la suerte se manifestaba de aquella forma se convertía en algo distinto, algo que hacía creer que no era solo suerte.

—Toma, un regalo —dijo ella, ofreciéndole el envoltorio de la cocaína—. Queda un poco.

Él necesitaba tanto la coca como un agujero en la cabeza, cosa que no necesitaba en absoluto porque tenía la sensación de que ya tenía uno. De hecho, notaba la cabeza como si no fuera más que un agujero, pero por lo menos la nariz había dejado de sangrarle. Lanzó el pañuelo de papel hecho una bola a la basura.

—Y no te olvides de tu copa —dijo Laura.

Allí estaba, sobre la cómoda, cara y delicada; parecía exactamente el relicario azul y naranja que ella había dicho que no era. Jeff se levantó, la envolvió en una hoja de periódico y la metió en una bolsa de plástico.

Laura se acercó a él y lo besó en la boca. Se rodearon el uno al otro con los brazos. El pelo de ella olía ligeramente a ciudad. Laura no hizo ninguna mención al futuro ni a cuándo podrían volver a verse, y él tampoco. No lo hizo porque ella no lo había hecho. ¿Se contuvo ella porque él no había dicho nada? Él no lo sabía con certeza, pero tenía la sensación, razonable o no, de que estaba siguiendo el ejemplo de ella. Una extraña forma moderna de intimidad —para nada victoriana— que hacía que resultara más fácil lamer el culo a alguien que preguntarle cuándo podías volver a verla. «When will I see you again?» La espantosa canción, del espantoso grupo que la cantaba, empezó a darle vueltas en la cabeza: su cabeza vacía y llena de pensamientos.

—Bueno, como ya dije antes —dijo él—, ha sido muy agradable.

—¿Verdad que sí?

—Personalmente, me ha parecido tan agradable que me encantaría repetirlo. Ya estaba, lo había dicho, o estaba diciéndolo en cierto modo.

—A mí también.

—¿Tienes idea de cuándo podría ser?

—No, pero espero que pronto.

—Esta vez no podemos dejarlo al azar. No podemos esperar a que volvamos a coincidir.

—Lo sé.

—Ha funcionado en Venecia, una ciudad pequeña, pero a escala mundial creo que es poco probable, ya sabes.

—Tienes razón.

Mientras la abrazaba contra él, notó que la polla se le ponía dura incluso entonces, cuando faltaba tan poco para que todo pasara al recuerdo. O lo contrario del recuerdo: un anhelo de algo que pronto quedaría increíblemente lejos.

—Podría ir a Los Ángeles —dijo—. O podría reunirme contigo donde estés cuando te vayas de viaje.

—Estaría bien.

—Entonces, estaremos en contacto por correo electrónico.

—Por supuesto.

Habían estado abrazándose mientras hablaban. Entonces llegó el momento de soltarse, de que él cogiera la maleta de ella y su copa, de que salieran de la habitación y se metieran apretujados en el ascensor y miraran el inútil letrero que prohibía rascar la funda de plástico.

Laura pagó la cuenta y se marcharon. Ella iba a ir andando a la estación de autobuses, pero iban a despedirse allí, en el pequeño jardín que había delante del hotel Excelsior, de pomposo nombre. Se besaron otra vez. Él aspiró el leve aroma de su pelo, que todavía le resultaba nuevo, nuevo y ya familiar. Entonces ella empezó a tirar de su maleta en dirección a la estación y él echó a andar.

¿Hacia dónde? No importaba. Estaba solo en Venecia, caminando en medio del asfixiante calor. Ella se había ido, y él había pasado de ser acompañante a

estar desacompañado. No había nada que hacer salvo pasear, de modo que paseó por la ciudad atestada y vacía. Era como nadar en el mar, cuando pasas de una zona de agua caliente a una franja de frío glacial. Tan pronto estaba en una zona densamente poblada como en unas calles totalmente silenciosas y desiertas salvo por la luz del sol. Habría sido un alivio haberse encontrado entonces con los carteristas serbios, haberse peleado contra ellos y haber dejado que lo arrojaran al canal. Pero no los vio a ellos ni, por suerte, a ningún conocido.

Estaba cansado desde que se había levantado, como se había sentido después de dormir fuera de la estación la primera vez que había ido a Venecia, muchos años antes. Tras pasear durante una hora, llegó a unas cotas de cansancio que solo se alcanzaban en sueños, esos sueños en los que caminas y caminas y no llegas a ninguna parte. Estaba en la zona muerta del turismo, donde un paseo se convierte en una caminata penosa, donde cada paso requiere el esfuerzo de diez. El aire se estaba inundando del agradable repique de las campanas. Al aproximarse a su origen —una iglesia que no había visto antes—, se convirtió en un torrente de ruido dorado, derramándose sobre él, cayendo con fuerza en su cabeza seca.

Siguió andando por unas calles que cada vez le resultaban más familiares... De repente, cayó en la cuenta de que estaba cerca del Palazzo Zenobio y del bar Manchester Pavilion. ¡Qué golpe de suerte! Ya sabía lo que iba hacer: tomar una cerveza. Era como estar en un anuncio de cerveza, o una versión veneciana de *Fugitivos del desierto*. ¡Cerveza! Cruzó el Ponte del Socorso, el puente encorvado donde habían estado después de la fiesta del Palazzo Zenobio a la que no habían podido entrar debido a la aglomeración de gente.

«¿Estás intentando mirar por debajo del vestido?»

El bar estaba abierto, pero se encontraba totalmente desierto. Incluso siendo un domingo por la tarde, resultaba sorprendente que estuviera vacío. Los empleados estaban amontonando las sillas encima de las mesas. Tenía el

aspecto de un sitio que hubiera sido saqueado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jeff.

—Se nos ha acabado.

—¿Qué se os ha acabado?

—La bebida.

—¿Quieres decir que no queda nada para beber?

—Sí, nada.

—¿Nada?

—*Niente*. Se ha terminado todo. Cerveza, vino, whisky. *Finito*.

El hombre parecía agotado, orgulloso, asombrado y un poco horrorizado por lo que había ocurrido. Evidentemente, nunca había vivido algo parecido. Ni lo esperaba. Si un equipo de fútbol inglés hubiera jugado en Venecia, se habría podido imaginar que hubiera una gran demanda de alcohol, pero había subestimado gravemente la insaciable sed del sector artístico internacional. Evidentemente, Jeff se quedó decepcionado, pero era la primera vez que veía y —concediéndose un poco de mérito— contribuía en pequeña medida a que se agotara la bebida de un bar. Obviamente, no tenía sentido quedarse. Todos los que habían ido allí habían llegado a la misma conclusión. Como langostas muertas de sed, habían invadido aquel bar, habían bebido hasta dejarlo seco, habían exprimido hasta la última gota de alcohol y se habían marchado a otra parte. Muchas personas ya se habían ido, no a otro bar sino a otras ciudades, otros países. El establecimiento seguía siendo, aparentemente, un bar, pero ahora era un lugar carente de sentido. Se respiraba un ambiente desolado, el equivalente arquitectónico de una terrible resaca. Era como si se hubiera cometido una atrocidad, algo vergonzoso que nadie quería recordar pero que impregnaba las paredes, el suelo y todos los muebles. Parecía muy posible que una maldición hubiera caído sobre el lugar, que nunca volvería a gozar de las cotas de las que había disfrutado en los últimos días, cuando el alcohol fluía y fluía hasta agotarse, dejando tras él un vacío imposible de llenar, un regusto a

derroche e inutilidad. Dio las gracias al camarero y se marchó, sintiéndose más agotado que nunca.

Compró una botella de Ferrarelle en una tienda de comestibles y siguió andando en busca de un sitio donde sentarse. Había muchos sitios donde sentarse, pero continuó adelante hasta que, totalmente agotado, se sentó junto a un viejo canal, ni siquiera uno especialmente pintoresco. Había una pelota de tenis meciéndose en el agua. Sacó su cara y preciada copa, la llenó de agua reluciente y se la bebió rápidamente. Repitió la operación hasta que la botella y el vaso quedaron vacíos. Luego se quedó allí, cruzado de piernas, como el dueño de un yate convertido en mendicante que lo había perdido todo salvo aquel exquisito recordatorio azul y naranja de su antigua vida de lujo. Era mejor pensar, como había hecho el día anterior, o dos días antes o cuando fuera —tenía la sensación de que había estado siempre en Venecia—, que aquellos momentos maravillosos y destacados hacían que el resto mereciera la pena. Era fácil pensar así cuando estabas viviendo esos momentos, cuando era casi imposible recordar los otros momentos, momentos como aquel, en los que empezaba a hacerse difícil —¡ya!, ¡tan pronto!— recordar aquellos estupendos momentos que lo compensaban todo.

Una paloma pasó con aire despistado. Él observó cómo picoteaba y avanzaba nerviosamente por el suelo. Parecía increíblemente estúpida, como si apenas fuera capaz de cumplir con el deber específico de su especie de ser una paloma. El simple hecho de ser una paloma agotaba todas sus capacidades. Ni siquiera sabía volar; se limitaba a dar saltitos. En ese sentido ni siquiera era un pájaro, simplemente, una paloma, un animal que no era un pájaro.

Pasó un barco cargado de sillas rotas y maderos. El agua lamía la escalera. Una familia italiana se dirigía hacia él; la madre, el padre y una niña morena de cinco o seis años que avanzaba dando brincos en algo parecido a una bola saltarina con forma de canguro. Estaba sentada sobre las ancas del animal y se

agarraba a sus patas delanteras. Saltaba a la vista que aquel inusual medio de transporte daba tanto gusto a los padres como a la niña que lo montaba. Cogidos de la mano, riéndose, saludaron a Atman calurosamente, encantados de que un extraño pudiera disfrutar de la visión de su hija brincando en su canguro saltador y compartir su felicidad. Atman les sonrió a su vez. Era un juguete totalmente adorable. Incluso tenía una bolsa con una pequeña cría de canguro asomada. Si él hubiera podido, se hubiera metido en la bolsa y se habría ido brincando con ellos.

Una vez que la familia y su canguro hubieron desaparecido, se quedó sin saber qué hacer, de modo que cogió su copa y empezó a andar de nuevo. Pasó por el Campo Santa Margherita, tratando por todos los medios de evitar a los irritantes mimos, pintados de plateado, que hacían de estatuas sin moverse.

Al final llegó a una pequeña *piazza* —en realidad, ni siquiera era una *piazza*— cercada por tres iglesias pegadas unas a otras. Había dos de vivo color blanco, una de las cuales era la Scuola Grande di San Rocco. Se sentía tan rendido y agotado que la idea de pagar solo cinco euros para escapar del calor y entrar en la fresca oscuridad de una iglesia —con una enorme ración de Tintoretto incluida— constituía un agradable sustituto de una bebida en el Manchester Pavilion.

Después del resplandor del día, penetrar en el interior fue como si se apagarán todas las luces. Echó un rápido vistazo a la planta baja y subió la escalera penosamente. Lamentablemente, el concepto de iglesia solía estar estrechamente relacionado con una idea nada desdeñable de verticalidad, tal es así que el concepto de bungalow no había arraigado en el diseño eclesiástico. Avanzaba con paso lento, subiendo la escalera hacia el cielo en claroscuro. Todo estaba allí arriba. Había demasiadas cosas que asimilar. Muchísimas. Paredes, techos... Cada centímetro estaba repleto de profetas, ángeles y santos recios. Allí donde uno miraba, surgían figuras de la exagerada oscuridad. Todo surgía de la oscuridad. Vaya, Tintoretto había pintado una

obra colosal. Jeff tenía un conocimiento un tanto básico de las fuentes; aparte del hecho de que eran escenas bíblicas, no sabía absolutamente nada. Por lo que pudo apreciar, Tintoretto había condensado los mejores fragmentos de los dos testamentos en un edificio. Sin embargo, en cierto sentido, la Biblia era un libro fácil de condensar. Básicamente, las cosas siempre eran arrojadas (de la luz a la oscuridad) o ascendían (de la oscuridad a la luz, que no abundaba precisamente). Profetas con barba, colgaduras que se arremolinaban y nubes ondulantes; allí todo aludía a la idea de subida. Sin embargo, en términos de marketing, el rollo publicitario, la idea de que nos pudieran intimidar para que fuéramos al paraíso, parecía condenado al fracaso.

A Atman le estaba entrando tortícolis de alzar la vista hacia el techo. Entonces reparó en unas cuantas personas que se paseaban con espejitos enmarcados en madera del tamaño de televisores portátiles. Cogió uno del montón que había al otro lado de la sala; en cierto sentido, el otro lado del mundo. Lo primero que vio fue su cara surgiendo del torbellino bíblico del fondo. El espejo era como un halo cuadrado. Cubista. El halo, el espejo, el techo —el fondo—, todo surgía de forma amenazante. Todo resplandecía, pero únicamente porque en un lugar tan oscuro la más mínima luz, por escasa que fuera, resultaba de algún modo sagrada. Por lo que respectaba al tiempo, una devastadora inundación o una tormenta torrencial parecían una posibilidad clara. Echó un vistazo a la estancia. Aparte de una pareja de silenciosos japoneses, él era la única persona que había. Se dejó caer en una silla, posó la copa y vació el contenido del envoltorio de Laura en el espejo. Empleando el folleto que explicaba cómo había realizado Tintoretto aquellas maravillosas pinturas, alineó toscamente la cocaína dándole golpecitos. Rodeado de la oscuridad reflejada, el polvo parecía más blanco que nunca, como una nube. Echó otro rápido vistazo alrededor, agachó la cabeza hacia el espejo y esnifó. Su nariz, parcialmente obstruida de la sangre reseca, emitió un sonido parecido al ronquido de un cerdo. ¡Ah! Vio cómo sus pupilas —ya grandes de



la oscuridad— se dilataban todavía más. Aquello hizo que el arte antiguo cobrara vida. Ahora todo parecía surgir y dar vueltas de verdad. Era como mirar hacia arriba desde el fondo de un pozo. No había más que oscuridad y luz, y todo daba vueltas. Se arremolinaba, surgía y daba vueltas. Todo surgía y se arremolinaba, y el acto de surgir y arremolinarse eran la misma cosa. Y las pinturas, según veía ahora, trataban explícitamente —esto es, alegóricamente— del acto de colocarse. Los invitados de la Pascua parecía que se apiñaran alrededor de una mesa, deseosos de afanar más de lo que les correspondía. Los halos de luz que rodeaban las cabezas de los santos eran como indicadores de cómic que señalaban que todos aquellos hombres santos estaban pillando un ciego.

Atman pasó con renovada energía a la sala contigua, una de cuyas paredes estaba dedicada a la crucifixión. Toda una epopeya. Todo seguía dando vueltas, pero ahora, además de surgir y dar vueltas, convergía. Lo que parecía haber surgido, ahora se podía ver convergir, y todo convergía allí. Aquella era la finalidad de todo. Sin embargo, era un tanto confuso. Ah, pero ahora lo entendía: lo que le había parecido un tipo apuntando con una lanza increíblemente larga a un brazo de la cruz era en realidad una cuerda —una de dos, de hecho— que levantaba la cruz de uno de los ladrones crucificados. El tiempo, que era variable en las demás pinturas, era catastrófico en aquella. *La tempestad* de Giorgione no era más que una ducha en un vaso de agua comparada con lo que ocurría allí. No caía lluvia, pero todo estaba empapado. La luz se hallaba empapada de oscuridad.

Todavía tenía el espejo en la mano. Miró su cara: vieja, excitada, arrugada. Se reclinó en una de las sillas y contempló aquella enorme obra de arte. Ciertamente, era una pintura descabellada, genial si lo que uno entendía por una pintura genial era la máxima acción y el máximo ambiente a la máxima escala, lo que en ese momento parecía una definición muy acertada de la máxima genialidad. Se trataba de arte conceptual elevado, de acuerdo, y no

había duda de quién era la estrella de la función, el centro de la atención de todos. Todos los personajes estaban mirando al Jesús crucificado, incluso los dos ladrones que estaban siendo crucificados a su lado, incluso personas como el tipo montado a caballo, que estaba mirando otra cosa. Atman no supo el tiempo que estuvo allí sentado, mirando fijamente la pintura, sin pensar en ella en lo más mínimo, deseando experimentar una epifanía que nunca llegó ni tuvo lugar, simplemente viéndola, mirándola. Tal vez esa fue la epifanía: abandonarse a lo que estaba viendo.

Entonces se cansó de mirar y se levantó.

Salir al exterior no solo fue una conmoción; fue como resucitar. El sol todavía brillaba. El mundo no se había acabado, y el cielo tenía el mismo azul intenso. Hacía más *calore* que nunca. Qué rápidamente se instalaban aquellas pequeñas bromas; y qué rápidamente se volvían tristes, qué tristes se volvían rápidamente. Se puso a andar de nuevo y pasó por delante de una mujer vestida de negro que estaba pidiendo arrodillada. Echó un par de euros en el tubo de Pringles que usaba para recoger las limosnas. Cuando llegó a un canal medio decente, se sentó al lado, pero no lloró. No se movía nada. El aceite vertido había dejado unas hebras irisadas en el agua. El aire era sofocante; estaba empapado en sudor. Se quitó la camisa húmeda y se quedó quieto, con el torso descubierto, flacucho, y los pantalones arremangados por encima de las rodillas. A continuación, estuvo tentado de quitarse la ropa interior e ir directo al canal, como si fuera una piscina para niños larga y estancada.

Una gaviota se lanzó en picado sobre un taxi acuático que pasaba con una paloma muerta en el pico: un mal presagio y no muy higiénico. Tal vez era la paloma que había visto antes. Se recostó, incómodo, y alzó la vista al cielo desierto. Un avión pasó en lo alto y dejó una fina estela de vapor a su paso. La estela se expandió poco a poco hasta convertirse en una línea de polvo blanca contra el cielo vacío.

## SEGUNDA PARTE

# MUERTE EN BENARÉS

Esto no es el río;  
es una explicación del río  
que sustituyó al río.

DEAN YOUNG

Y pensar que mientras juego con dudosas  
[imágenes,  
la ciudad que canto persiste  
en un lugar predestinado del mundo,  
con su topografía precisa,  
poblada como un sueño.

JORGE LUIS BORGES, «Benarés»

Lo curioso del destino es que puede que no se cumpla por muy poco, e, incluso cuando se cumple, casi nunca parece lo que es.

Solo es un teléfono sonando rutinariamente a las tres de la tarde (y no de forma alarmante en plena noche) y la persona al otro lado de la línea diciéndote que los resultados de tu análisis de sangre han dado positivo o que el cuerpo parcialmente vestido de tu novia ha sido descubierto flotando en el Ganges. Eso sería conveniente, eso dotaría de continuidad narrativa y dinamismo —si bien no de gran originalidad— al curso sin rumbo de los acontecimientos. Pero no, solo es una editora del *Telegraph* preguntándote si puedes ir a la India con poca antelación para escribir una crónica de viaje sobre Benarés.

—Está muy bien —dijo ella—. Un billete de clase preferente a Delhi. Poca espera hasta el vuelo de enlace a Benarés. Cinco noches en el Taj Ganges. Iría yo misma si pudiera escaparme.

El viaje había sido organizado para uno de los colaboradores habituales, pero había enfermado. («Podría haberse esperado hasta estar allí, como todo el mundo», dijo ella.) Por eso lo llamaba a última hora. Y solo quería un artículo de mil doscientas palabras. Yo no iba a hacer nada en Londres la semana siguiente... Por eso dije que sí, que estaba bien, que iría.

Dos días más tarde, la noche antes del viaje de ida, me encontré con Anand Sethi en la inauguración de una exposición de Fiona Rae en la galería Timothy Taylor. Lo conocía un poco de cuando los dos éramos estudiantes, mucho tiempo antes. Ahora era banquero (y por lo tanto, coleccionista de arte). Se había criado en Bombay y había estado en Benarés varias veces; de hecho, iba

a volver en primavera.

—¿Dónde te vas a hospedar? —quiso saber.

—En el Taj —anuncié solemnemente, sabedor de que la cadena Taj era una de las más lujosas de la India.

Al parecer, no era así. Anand negó con la cabeza. El Taj estaba en las afueras de la ciudad, de modo que tendría que desplazarme a los *ghats* todos los días. Y el tráfico de Benarés era terrible. El sitio ideal para alojarse era el Ganges View. Era, según él, uno de los mejores hoteles del mundo. Tomé nota mental del nombre, aunque a esas alturas no se podía hacer nada para cambiar de hotel. Sentí el impulso de contradecirle o de contrarrestar sus alardes de algún modo, pero antes de que tuviera la oportunidad de mencionar que iba a ir —me iban a llevar— en clase preferente, Anand me dijo que había comprado un par de cuadros de Rae, incluido uno del tamaño de una puerta de garaje.

Anand se equivocaba por completo en lo referente a la conducción en Benarés. El tráfico no es para nada terrible. Está más allá de toda idea de lo terrible. Está más allá de toda idea de tráfico.

El viaje del aeropuerto al hotel fue bien. Resultó aterrador, caótico, peligroso, pero guardaba cierta relación con los viajes que había realizado antes en otros lugares. El Taj se hallaba ubicado en un frondoso parque tropical, con pistas de badminton y tenis incluidas. Aparte de eso, me fijé en muy poco; me limité a registrarme, me duché y me cambié de ropa. Tenía jet lag, estaba sin energía, hambriento, impaciente por ver la ciudad. Comí *daal* y arroz —soy capaz de alimentarme a base de *daal* y arroz durante meses; de hecho, lo he hecho en Londres— en el restaurante de comida india del hotel y me puse de acuerdo con Jamal, mi guía, para que me llevaran a la ciudad. El coche era uno de esos sólidos Ambassador blancos alabados en todo artículo

o libro sobre la India por su solidez, blancura y fiabilidad. Después de abandonar el hotel, durante unos minutos, todo pareció completamente normal —abarroado, concurrido, ruidoso—, pero nada fuera de lo esperado. Entonces todo empezó a juntarse, a contraerse y —lo más interesante— a acelerarse. Las carreteras se encogieron; el volumen de vehículos aumentó. Vi por la ventanilla lo que parecía una casa construida alrededor de un árbol. Por las ventanas salían las ramas. Cuando había comprado mi piso en Londres, el informe de peritaje me había advertido de que había un árbol en la acera a quince metros de distancia y que sus raíces podrían hundir o afectar los cimientos. Y allí había una casa cuya sala de estar debía de haberse llenado con el tronco de un árbol grande y viejo, como una construcción de Frank Lloyd Wright, una vivienda que tendría goteras en pleno chaparrón y se empaparía durante el monzón. Mientras tanto, Jamal me estaba hablando del protocolo de tráfico de la ciudad.

—Para conducir por Benarés necesitas tres cosas —dijo—. Un buen claxon, buenos frenos y buena suerte.

Lo dijo espontáneamente, de un modo improvisado que evidentemente era resultado de los cientos de recién llegados con los que había tratado.

—Un cinturón de seguridad también vendría bien —dije.

Fue lo último que dije porque Sanjay, el conductor, según advertí entonces, había estado relajándose, preparándose para lo que se le venía encima. Conozco bien el enorme tráfico de Asia. Soy un experto en los constantes atascos de Manila, la yihad de Java, el frenesí de Saigón, pero aquello era distinto. Había coches, rickshaws, *tuk-tuks*, coches, bicicletas, carros, motocicletas, camiones, gente, cabras, vacas, búfalos y autobuses apiñados. La propia cantidad de tráfico era la única defensa, lo único que impedía que se produjera una estampida. En un momento determinado, llegamos a una rotonda y la rodeamos en el sentido de las agujas del reloj; otros vehículos la rodearon en sentido contrario. De haber podido, nadie habría hecho ninguna de esas dos



cosas y la habrían atravesado ruidosamente. El estrépito de los cláxones hacía que su uso fuese superfluo e imprescindible al mismo tiempo. Las calles eran estrechas, tenían baches, zanjas, socavones... No había acera ni prioridad — ni espera— ni, por supuesto, paradas. La circulación era tan compacta que rara vez estábamos a más de dos centímetros del vehículo que teníamos delante, al lado o detrás. Pero no parábamos nunca. Ni por un instante. No dejábamos de avanzar empujando apresuradamente y dando sacudidas. Cuando a Sanjay se le presentaba la más mínima oportunidad —¡un jardín!—, la aprovechaba. Lo que en Londres casi habría dado lugar a un accidente allí era una ocasión para agradecer la cortesía de un compañero de atasco. Sin embargo, no existían tales ocasiones, y la idea de cortesía no tenía sentido por la sencilla razón de que nada tenía sentido salvo la implacable necesidad de seguir avanzando. Sanjay había usado el claxon en exceso del aeropuerto al hotel; ahora que estábamos realmente en la ciudad, en lugar de usarlo repetidamente, lo dejaba apretado todo el tiempo. Los demás hacían lo mismo. A diferencia del resto de cosas, aquello tenía sentido. ¿Por qué apartar la mano del claxon cuando una décima de segundo más tarde ibas a tener que volver a tocarlo?

A medida que nos adentrábamos cada vez más en la ciudad, el carácter del viaje cambió de nuevo y adquirió las características y las dimensiones de un desfile; sobre todo cuando entramos en la franja que atravesaba un mercado en dirección al río. La actividad de la carretera se vio equiparada y más tarde superada por lo que ocurría a los lados: el estruendo y el frenesí de la exhibición de productos, de la venta y la compra desenfrenadas, la carga y la descarga. Esa etapa del viaje en concreto —la realizada en coche— estaba tocando a su fin. Todo estaba amontonado. Todo era excesivo. Todo era de colores llamativos y ruidoso; todo tenía que ser más llamativo y ruidoso que el resto. De modo que todo era intenso. Había tantas cosas, todas ruidosas y llamativas, que era imposible saber de qué estaba compuesto ese todo. Era una

totalidad de llamativa y ruidosa intensidad.

Al final la presión de la gente, los animales y los coches resultó excesiva incluso para Sanjay. Nuestro sólido Ambassador podría haber seguido avanzando eternamente, de eso no había duda. Lo único que necesitaba era carretera, pero esta se había acabado. Incluso la carretera se había quedado sin carretera. Era imposible moverse. Cuando abrí la puerta y salí con dificultad, el ruido aumentó notablemente. Se suponía que Jamal tenía que acompañarme, pero insistí en que estaría bien solo y le pedí que me esperara allí. A continuación, me uní a la multitud que se dirigía hacia el río.

Después de lo claustrofóbico de las calles, la primera visión que tuve del enorme Ganges y el cielo que se extendía sobre la otra orilla fue un atisbo de otro mundo más espacioso. La escalera que descendía al *ghat* de Dashaswamedh estaba bordeada de mendigos que agitaban cuencos plateados que únicamente contenían granos de arroz y alguna que otra moneda. Ellos tenían suerte. Algunos no tenían cuencos. Ellos también tenían suerte. Algunos no tenían manos.

Más allá de aquel bullicio se veía lo que parecía un pequeño continente desértico al otro lado de un estrecho mar. Era como llegar al primer lugar costero de veraneo de la historia. Aquel lugar, evidentemente, necesitaba reformas desesperadamente, pero su popularidad no se veía mermada por ello. A pesar de todo lo que había sufrido Benarés, nunca se había convertido en ruinas... y nunca lo haría. Aunque todos los edificios se desplomaran, no sería una ruina. El cielo era de un azul veraniego. Las banderas ondeaban con la brisa. Por todas partes se advertía un significado no advertido, podía verlo. Los colores hacían que el arco iris pareciera apagado. Rosado como un caramelo, un templo apuntaba hacia el cielo como un cohete cuyo lanzamiento, aplazado durante siglos, todavía creyeran posible, incluso inminente, los brahmanes que holgazaneaban a la sombra cálida de unas sombrillas. ¿Estaban impartiendo sus conocimientos a sus discípulos o solo estaban charlando con

unos amigos —la India estaba perdiendo frente a Sudáfrica en un partido internacional— sobre críquet? ¿Iluminados o totalmente abstraídos? ¿Las dos cosas? Incluso los falsos santones —y Jamal me había advertido de que muchos eran del todo falsos— eran auténticos. Y todo el mundo era muy cordial. Solo llevaba allí un minuto y alguien ya quería estrecharme la mano. Era como ser un famoso o un miembro de la familia real de visita. Solo que aquel hombre no quería estrecharme la mano. Quería enseñarme el masaje que ofrecía. Estaba frotándome la mano y se negaba a devolvérmela. Mientras él hacía aquello, una mujer empujaba su cuenco plateado delante de mis narices para que pudiera olfatear los pocos granos de arroz que había dentro. Un niño insistía en que diera un paseo en barca. Otro insistía en que escogiera su barca. Yo era la persona más alta que había alrededor y destacaba entre todos como una torre de radio, difundiendo que acababa de llegar a Benarés, era nuevo en la India y no tenía ni idea de cómo arreglármelas. Era una presa fácil, un blanco legítimo: la clase de persona a la que se podía llevar a dar un paseo en barca o que estaba dispuesta a recibir un masaje. Recuperé mi mano y seguí andando, tratando de aparentar que llevaba semanas allí, que estaba habituado a los leprosos y que no tenía prisa por ver cómo incineraban cuerpos en el *ghat* de Manikarnika.

Allí era a donde me dirigía a toda prisa para ver cómo incineraban cuerpos. (Al llegar a un nuevo lugar, no es malo hacer lo que hace el resto de gente.) Vi las hogueras ardiendo. Desde lejos no eran más que fogatas, como si se estuviera celebrando una fiesta que ya hubiera pasado su punto álgido. Hice una anotación en mi cuaderno: «Media tarde. Llamas a la luz del día, a orillas del río. Humo lento. Gente atravesando el humo sin rumbo, moviéndose al sol. Detrás de todo, las agujas de los templos, uno de los cuales se inclina precariamente».

La actividad de Manikarnika requería mucha mano de obra, como una de esas fotografías de Salgado en las que aparecen campesinos trabajando duro

en la ladera de una montaña; una ladera de una montaña que, en ese caso, había quedado tan destrozada que ya no era una montaña. Había grandes pilas de leña, más altas que casas, que aumentaban y disminuían constantemente conforme se iban pesando los leños para atender la interminable demanda de hogueras. Llegaban barcazas repletas de leños que eran transportados en hombros a la orilla, tan grandes que solo se podía transportar uno o dos cada vez, y eran arrojados como animales, rígidos y pesados. La leña era amontonada, cortada, pesada y transportada de nuevo al agua, y probablemente pesada otra vez. Cada cremación requería una tonelada de leña. Una tonelada en el sentido de gran cantidad, no de unidad de medida específica. El humo teñía el cielo, ennegreciendo los templos y edificios apiñados en torno a las hogueras. Las vacas rumiaban las caléndulas empapadas que escogían entre las cenizas de la oscura orilla del río. El agua estaba hollinosa y oscura, quemada. Allí también había perros. Había media docena de hogueras encendidas, atendidas por hombres que se encargaban de ello. La gente se hallaba arremolinada hablando, mientras se cargaba leña de un lado a otro y se atizaba las hogueras con ramas. Era como contemplar los albores de la revolución industrial, lo que habría podido suceder si no hubiera habido industria y hubiera existido un enorme excedente de mano de obra utilizada al servicio de la muerte.

Jamal me había dicho que no se permitía hacer fotos, pero, aparte de ese detalle, no sabía cuál era el protocolo general del lugar, como cuánto se podía acercar uno a las hogueras. A la izquierda había una casa grande manchada de humo en cuyo balcón había varios turistas mirando. Acababa de levantar la vista hacia allí cuando un muchacho con una camiseta sucia de Planet Hollywood se ofreció a enseñarme el camino y llevarme. Cuando has mostrado el primer asomo de interés por hacer, ver o comprar algo en la India, alguien habrá interpretado esas señales y habrá obrado en consecuencia, y tratará de hacer realidad ese deseo —pues el interés es un deseo, un anhelo y,

como tal, constituye una demanda— en su beneficio económico. No aprendí eso hasta más tarde. Entonces, cuando él dijo «Ven», lo seguí.

—No fotos. No cámaras.

—No tengo cámara —dije, dejando claro que no era un recién llegado, que no acababa de desembarcar, que no era japonés.

Pero seguí las chancletas desastradas del muchacho por una escalera oscurecida hasta una habitación vacía con balcón donde había visto a los otros turistas, a los que ya no se veía por ninguna parte.

—Vista —dijo el muchacho, como si estuviera dando una orden, de la misma forma que antes me había ordenado: «Ven».

Una vez más, obedecí. El lugar disponía de una buena vista de las hogueras y del río detrás de ellas, pero no podía ver los cuerpos, sino tan solo los montones de leños, las llamas y la multitud arremolinada; incluidos los turistas que, pocos minutos antes, había visto allí arriba. Miré a mi alrededor para ver si había alguien más allí. Solo el chico con su camiseta azul de Planet Hollywood, quien se unió a mí y contempló el crematorio. Y una pareja de amigos suyos que aparecieron al otro lado, a mi izquierda. Eran mayores que él y tenían aspecto más duro. Aquello era un hospicio, explicó uno de ellos. Un lugar al que la gente iba a morir. Asentí y sonreí, miré de nuevo el río, pero él volvió a decir lo mismo.

—Es bueno saberlo, pero de momento me alegro de estar vivo —dije—. Gracias.

Era la primera broma que hacía desde que había llegado a la India. El comentario acerca del cinturón de seguridad no era una broma, y en realidad aquel tampoco lo era, pero suponía un cambio respecto a decir solo «Hola» y «No, gracias». Al chico que estaba hablando conmigo, un adolescente de aspecto avejentado, le pasaba algo en los ojos. Era como si fuera bizco, pero no un bizco normal.

—Esto es hospicio —dijo de nuevo—. La gente viene aquí a morir. Hay

gente que cuida de la gente que viene aquí a morir.

Asentí y cambié de táctica.

—Eso está bien —dije.

—Da donativo —dijo su amigo, aclarando la situación.

Para tratarse de un hospicio, el ambiente resultaba sorprendentemente amenazador. Les entregué un billete de diez rupias y me volví de nuevo hacia el río. Un cadáver, envuelto en un sudario rojo, estaba siendo transportado a la orilla por los dolientes que cantaban algo. No entendía lo que decían. Sumergieron el cuerpo en el río y... Fue inútil, pues el chico del ojo a la virulé —tenía los dos ojos a la virulé, eso era lo que le ocurría, de modo que se compensaban el uno al otro— me estaba tirando de la manga. Esta vez tenía una vieja bruja al lado, a la que había que darle otro donativo porque era enfermera y cuidaba de los enfermos que habían ido allí a morir. Metí la mano en el bolsillo y saqué un billete. Cien rupias; relativamente, una fortuna. Se lo entregué y me dispuse a marcharme. Cinco rupias habrían bastado, pero el billete de cien me había convertido en un objetivo. Los dos chicos mayores y el de la camiseta de Planet Hollywood me volvieron a tirar de la manga. Había otra supuesta enfermera, y también quería cien rupias. La inflación en la India puede ser instantánea: de repente, cien rupias era la tasa en vigor. Pero ¿a cambio de qué? ¿De que me dejaran salir vivo de allí?

—Para enfermera —dijo el otro chico mayor, al que no le pasaba nada en los ojos.

—Si ella es enfermera, yo soy Florence Nightingale —dije con una amplia sonrisa.

En aquel lugar deprimente había dado con una abundante vena humorística, pero evidentemente aquella no era la ocasión para explotarla. Me dirigí a la salida sin saber lo que iba a pasar. No pasó nada. Hicieron un intento simbólico por cerrarme el paso, pero no trataron de detenerme físicamente.

En el lúgubre interior todo parecía bastante siniestro, pero tan pronto como

salí al exterior, a la luz sesgada del sol, me costó determinar qué había ocurrido realmente. ¿Me habían amenazado los chicos? ¿Eran realmente enfermeras las viejas? En el caso de que no lo fueran, tenían aspecto de necesitar una.

A la orilla del río había una especie de plataforma de observación donde los turistas —incluidos los que había visto antes— estaban contemplando las cremaciones. Fui allí y cuando me coloqué cerca de ellos volví a sentirme a salvo. Todo estaba sumamente ritualizado y resultaba del todo adecuado. Con la cabeza afeitada y vestido únicamente con una tela blanca, un hombre delgado condujo a un grupo alrededor de una pira todavía sin encender y roció aceite sobre el cuerpo amortajado. Di por sentado que eran dolientes, pero no había rastro de duelo en ellos. Minutos más tarde encendieron la leña. El hombre de la cabeza afeitada y sus amigos se colocaron alrededor y observaron, mientras bromeaban y charlaban. Nadie podía acusar a los hindúes de ser unos aguafiestas. Las únicas personas con cara de funeral eran los turistas, nosotros. Unos pies carbonizados sobresalían en una pira que se estaba viniendo abajo. Uno de los *doms* lanzó más leños sobre el cuerpo de esa ex persona y volvió a meter los pies en las llamas. Yo seguía sin saber cuánto se podía aproximar uno a las piras, pero en realidad a nadie le importaba. Una mujer japonesa se situó casi tan cerca como los dolientes, como si fuera la viuda y fuera a reunirse con su difunto esposo arrojándose al fuego en una leal demostración de dolor. Su interés, en realidad, era de una indiferencia total. Solo quería mirar, como el resto de nosotros, pero más descaradamente. Por encima de sus hombros vislumbré una cabeza que goteaba grasa en las llamas. El cráneo se hizo visible poco a poco. Se oyeron más cánticos. Estaban transportando otro cuerpo al río. Las vacas masticaban los restos marchitos de las flores. Las cenizas de los anteriores funerales estaban siendo recogidas. A continuación fueron arrojadas con palas en dirección al río. El cuerpo que estaba a punto de ser incinerado, el que

acababa de ser transportado, estaba siendo sumergido en el río: un bautismo a posteriori... de fuego.

El sol había desaparecido. Y la luz casi también. Las hogueras ardían con más intensidad. Estaba oscureciendo. El río se ennegreció. Las llamas de las velas flotaban río abajo; una flota de estrellas amarillas.

Siguiendo con mi política de hacer lo que hacía el resto de gente, me fui de Manikarnika y me uní a los montones de turistas que se dirigían a la ceremonia diaria en el *ghat* de Dashaswamedh. Unos niños que vendían las barquitas para las velas que navegaban a la deriva se unieron a su vez a nosotros. Todos vendían lo mismo y decían lo mismo:

—Cinco rupias. Padre, madre, hermana, hermano. Buen karma.

Compré un par, las encendí y observé cómo se bamboleaban y se alejaban flotando. Eran hermosas, como era hermoso, al principio, estar en el agua concurrida a la luz tenue del sol, esperando que todo ocurriera. Sin embargo, prácticamente nada más comenzar, la ceremonia se volvió decepcionante. No hacía falta ser un turista especialmente perspicaz para ver que se trataba de un desfile cansino para turistas, un *son et lumière* con un reparto de cientos de figurantes. Todo supuesto significado se había perdido, posiblemente mucho tiempo atrás o tal vez el día antes, o incluso en ese momento, ante nuestros ojos. El acontecimiento se había diluido, pero cada noche tenía que celebrarse de nuevo, lo que únicamente hacía que pareciera más manido y anodino. Era como intentar atisbar la desolada majestuosidad de *Macbeth* en una representación de *La ratonera*. El aire bullía de bichos, cargado de los cánticos ásperamente amplificadas, el sonido de las caracolas y el clamor de las campanas. Me fui antes de que acabara, antes incluso de que hubiera empezado.

Volví al río al día siguiente antes de que amaneciera, cuando el cielo se estaba



volviendo gris. Hacía un tiempo mucho más frío de lo que esperaba. Glacial. Pero no lo bastante para disuadir a los cientos de personas que habían ido a bañarse al Ganges. A la hora exacta, el sol rojo se elevó a través de la bruma del río. Después de haber desaparecido durante la noche, el mundo volvía a nacer. La otra orilla seguía viéndose borrosa, una grisura sin sustancia: informe, indistinta.

Estaba en una barca junto con los otros turistas del Taj, navegando a la deriva por el río mientras la gente se bañaba, rezaba oraciones, ofrecía *puja*. He dicho que navegábamos «a la deriva», pero en realidad íbamos río arriba, impulsados por los remos de un barquero que tenía que esforzarse para que siguiéramos avanzando. El esfuerzo lo mantenía en calor. Se había quitado el jersey y llevaba una camisa roja de manga corta. El resto de nosotros íbamos con anoraks o envueltos en mantas. Cubiertos con nuestras mantas, mirábamos boquiabiertos a los indios flacos, temblorosos, casi desnudos, algunos de ellos bastante gordos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, bañándose en el río helado. Nos imaginábamos que estaba helado al venir del Himalaya, aunque ninguno de nosotros lo tocó para averiguarlo. Lo único que queríamos en las manos era la loción bactericida que todos llevábamos puesta. Éramos cuatro huéspedes del Taj: los más aventureros, pues habíamos bajado a los *ghats* sin guía. Únicamente teníamos nuestra ropa de abrigo, nuestras cámaras y un conductor que nos estaba esperando. Jean y Paul eran una pareja canadiense de cincuentones de mente muy abierta. Mary era holandesa y rondaba los cuarenta; era bastante guapa, pero rezumaba una soledad condenada a agravarse y prolongarse indefinidamente. La expresión «No es mi tipo» adquiría en ella una aplicabilidad universal: ella no era el tipo de nadie. Le habían dicho que en el Ganges había delfines y que de vez en cuando se les podía ver.

—Cuesta creerlo —dije.

Era un comentario negativo, pero no lo hice con intención negativa, y de

todas formas no era la última palabra sobre el tema porque Jean había oído decir lo mismo a alguien que los había visto.

Los muros y ventanas de los palacios de la orilla del río aparecían y resplandecían con aire antiguo a la luz horizontal. El hecho de que la luz sea horizontal no implica que los edificios sean antiguos. La luz es horizontal, pero los edificios no son antiguos. La luz es antigua; los edificios no. Ninguno de ellos data de antes del siglo XVIII. La historia de Benarés es la historia de cómo la ciudad es arrasada y reconstruida, arrasada y reconstruida. Apenas ha sido reconstruida cuando ya parece estar en las últimas. Cada átomo del aire está saturado de historia que ni siquiera es historia, mito, de forma que un templo construido en la actualidad parece de la noche a la mañana que lleve allí desde el principio de los tiempos. «Cada mañana es el principio de los tiempos —escribí en mi cuaderno—. Cada día es todo el tiempo.»

La mayoría de los *ghats* tenían sus nombres pintados con brillantes letras desteñidas: *ghat* de Chousatti. *Ghat* de Ranamahar. *Ghat* de Munshi, donde se estaba rodando una película o un vídeo de música pop. Con la luz del sol no bastaba. Estaban trayendo focos adicionales para bañar la escena de resplandor blanco. El *ghat* de Kshameshwar, con un templo amarillo descolorido enfrente que quedaba fuera del plano, parecía anodino en comparación. Un letrero, también amarillo, en el *ghat* de Chauki rezaba: «El Ganga es el cordón umbilical de la cultura india». El templo del *ghat* de Kedar estaba pintado con rayas verticales rosa y blanco; los escalones que bajaban al río eran unas franjas horizontales de color rosa y blanco: una especie de obra op art. El borde del tejado del templo estaba lleno de dioses pintados de color de juguete que se abrían paso a empujones y nos miraban mientras los contemplábamos con admiración. En el río había *dhobis* sumergidas hasta los muslos, sacudiendo sábanas y ropa sobre las rocas, reduciéndolas a un estado de limpieza sumisa a base de golpes. Diez metros río arriba estaba el *ghat* de Harischandra, el otro crematorio. Era mucho

menos espectacular que el de Manikarnika. No había mucha gente. Unos cuantos perros hurgaban entre las cenizas. Con una única hoguera encendida, el elemento identificador de Harischandra era una estructura cuadrada amarilla y negra. Parecía una torre baja de socorrista pero, como todo lo demás, era un santuario o un templo o ambas cosas.

—Yo lo habría hecho al revés —dijo Paul—. Habría puesto el crematorio río abajo y el lavadero arriba.

—Yo también —dije riendo.

Pero me acordé del filósofo que preguntó retóricamente: «¿De dónde viene la lógica?». De lo ilógico, por supuesto. En ese sentido, lo ilógico estaba río arriba respecto a la lógica. Nos dirigíamos río arriba.

Una barca se acercó furtivamente a la nuestra. El hombre que iba en ella vendía los platillos para las velas que había visto flotando río abajo la noche anterior.

—Buen karma —nos aseguró, pero en nuestra barca nadie quería karma, ni bueno ni malo.

En el río había un hombre de edad indeterminada cubierto hasta los hombros que estaba rezando, indiferente al frío. A su lado, un hombre canoso se estaba lavando a conciencia empleando una bolsa de plástico a modo de manopla. Pasamos por delante del barco de Control de Contaminación de Uttar Pradesh. La embarcación, que ya no era parte de la solución, se estaba oxidando en el río y convirtiéndose en parte del problema. Detrás de él, en la escalera del *ghat* de Jain, había un templo color mostaza donde no había ningún movimiento; detrás, una construcción azul claro que parecía el exterior de un Lido municipal.

Los otros miembros de nuestra expedición iban a volver a Dashaswamedh en la barca. Yo me bajé en Assi, el último de los *ghats* que había en la ribera

curvada de la ciudad. La mayoría de los demás *ghats* estaban hechos de escalones de hormigón, pero Assi era tan solo una loma de barro pelada que descendía hasta el río. Un hombre que me vio subir por la pendiente se me acercó a toda prisa para preguntarme si quería una barca.

—Acabo de bajar de una barca —dije.

Al mismo tiempo que lo decía, me di cuenta de la irrelevancia de mi respuesta. Lo importante era que no estaba en una barca en el preciso instante en que la pregunta había sido formulada. Por lo tanto, era un pasajero potencial, disponible. El hombre no había hecho ningún cálculo con respecto a las posibilidades de que la oferta de la barca fuera aceptada; lo importante era realizar la oferta antes de que pudiera hacerlo otra persona. A nivel sonoro, el clamor de las campanas de un templo competía con la música pop india que sonaba por unos altavoces sobrepasando unos límites todavía por establecer.

El sol calentaba ahora. Una cabra pasó al trote, totalmente blanca a excepción de las pezuñas y las patas, que hacían que pareciera que llevaba unos elegantes calcetines negros. Había una pequeña hilera de tiendas y una casa de huéspedes en cuyo exterior había familias de mendigos, todavía con frío de la noche. El aire olía a humo de leña.

Solo eran las once, pero llevaba levantado desde el principio de los tiempos y necesitaba almorzar. Pedí *daal* y arroz en un establecimiento con sillas moldeadas rojas y una terraza con vistas al río. La otra orilla ya no era tan insustancial como lo parecía antes. Habían llegado unas cuantas personas, una de las cuales estaba sentada en la mesa de al lado. Era un hombre de unos treinta y pocos años con el pelo corto al estilo militar. Tenía los brazos morenos y musculosos. Llevaba una camiseta de la emisora WKCR azul marino, unos tejanos descoloridos y unas gafas de aviador. Bajo las gafas de sol, en el pómulo derecho, tenía una cicatriz en forma de U. Todo ello, sumado a su radiante sonrisa, le daba el aire de un actor interpretando el papel de alguien que había empezado a trabajar de agente secreto para la CIA. Nos

saludamos y nos hicimos las preguntas habituales: de dónde éramos, en qué otros sitios de la India habíamos estado... Él pidió lo mismo que yo, el *daal* y el arroz que habían llegado a la mesa después de que se sentara. Me lavé las manos cuidadosamente con la loción bactericida y le dije que no había estado en ningún otro sitio y que había viajado directamente de Londres a Benarés.

—Has ido directo a la parte más movida, ¿eh?

Un estadounidense podría haber ubicado su acento, pero a mí simplemente me sonaba a acento de Estados Unidos. Era de un pueblecito de Illinois, pero ahora vivía en Oakland. Había ido a Chennai para la temporada musical, durante la cual se celebraban setenta conciertos al día de música clásica del sur de la India. Fue increíble, dijo. A los quince días se le habían quitado las ganas de oír una nota musical más durante el resto de su vida. Le pregunté a qué músicos había visto. Mencionó un montón de nombres de los que yo no había oído hablar y uno o dos que me sonaban. Había escuchado a bastantes músicos influidos por la música india, pero, para mí, la etiqueta «india» era una parte poco definida de una clasificación tan amplia y ridiculizada como la «música étnica». Deseoso de impresionarle, repasé los pocos nombres que conocía: Shankar, Talvin Singh, Trilok Gurtu... Le dije que había visto a Nusrat Fateh Ali Khan actuar en el Hackney Empire en 1990. Mencioné a Ry Cooder y el disco que había grabado con un indio de cuyo nombre no me acordaba.

—V.M. Bhatt —dijo él, sin alardear, simplemente para echarme una mano—. Me llamo Darrell, por cierto.

Después de estrecharnos la mano, un camarero le trajo su almuerzo y los dos nos quedamos sentados, comiendo con cuchara nuestro *daal* en amigable silencio. Me cayó bien. Poseía una formalidad especial.

Cuando acabé de comer, Darrell sacó un grueso libro de historia de la India de su bolsa y me preguntó si lo había leído. Hojeé las páginas gastadas mientras él seguía comiendo.

—No, no lo he leído —dije—. ¿Qué tal está?

—Me está costando mucho leerlo. Lo único que me anima a seguir es el término «llanura indogangética». Me encanta.

—A mí también —dije—. Es... es un gran topónimo.

—Hace que te entren ganas de ir allí, ¿verdad? A la llanura indogangética.

—¿No crees que en este momento, mientras hablamos, es posible que estemos en ella?

—¿Quieres decir que estamos manteniendo una conversación sobre la llanura indogangética en la llanura indogangética? Es genial.

—El caso es que no estoy seguro de dónde está exactamente. Es tan grande que es difícil saber dónde termina.

—O dónde empieza.

—Está en todas partes.

—Y en ninguna.

—Es...

—La llanura indogangética.

A partir de ese momento supe que íbamos a ser amigos.

Después de almorzar fuimos andando a una librería donde, además de libros, vendían montones de cedés de música clásica: *sitar*, *sarangi* y voz. Darrell hojeó rápidamente un ejemplar de los *Indian Journals* de Allen Ginsberg. Había varias páginas de fotografías, incluida una del poeta con barba y gafas en un balcón mohoso de Benarés, dando la mano a un mono ágil, en la que no mostraba ninguna señal de discriminación (Ginsberg, quiero decir; el mono se acercaba al humano con evidente recelo).

—¿Te gusta Ginsberg? —preguntó Darrell.

—Para serte sincero, siempre me ha parecido un poco gilipollas.

Como un mono prudente, tal vez debería haberme callado mi opinión, pero Darrell compró el libro de todas formas.

Al lado de la librería había una agencia de viajes donde Darrell tenía que

reservar unos billetes de tren. Tenía pensado marcharse de Benarés al cabo de unas semanas, tras lo cual iba a volver para pasar una estancia más larga en el Ganges View.

—Un amigo de Londres me recomendó ese hotel —dije.

—Es buenísimo —dijo él—. Está cerca de aquí.

Nos despedimos fuera de la librería. Teniendo en cuenta el poco tiempo que habíamos pasado el uno con el otro, me sorprendió sentirme tan defraudado por su partida. Le dije que esperaba volver a verlo antes de que se fuera.

—Seguro —dijo él—. Es una ciudad pequeña. Al menos, la parte turística. El Ganges View está pocas puertas más abajo. Ve a echarle un vistazo.

Nos despedimos de nuevo y subí los escalones del Ganges View. Por lo que Anand había dicho, esperaba encontrarme con un palacio reformado del marajá, o una versión sofisticada del Taj Mahal, pero parecía un sitio muy sencillo. El hombre de la recepción era tan amable que parecía reacio a hablar, como si el hecho de pronunciar palabras fuera una expresión de violencia; o, más bien, como si no quisiera arriesgarse a producir una explosión roja con el *paan* que estaba masticando. Consultó una hoja de papel del tamaño de un escritorio que solo podía tener sentido para él. Por la forma en que la escudriñó, no estaba seguro de que tuviera sentido ni siquiera para él. Estaba distribuida, de forma bastante acertada, con los números de las habitaciones en la parte superior y las fechas a un lado, pero dentro de esa simple cuadrícula todo había sido borrado o tachado o escrito encima de otras anotaciones. Había dos formas de mirar al hombre que miraba la hoja: como un adivino que intentaba discernir el futuro a partir de los dibujos fortuitos de las hojas del té en una taza o como un arqueólogo que se enfrentaba a un palimpsesto en el que se podían descifrar los misterios de una civilización extinta.

—Tendremos una habitación a partir del martes —dijo.

—El martes —repetí.

Perdí la noción del tiempo por un momento, y tuve que preguntarle qué día era.

—Hoy es sábado.

Exacto. Era sábado, y el martes era el día que tenía que volver a Delhi, y de allí a Londres. Le pregunté si podía ver la habitación. Dijo que quedaría libre una habitación, pero que todavía no sabía cuál sería. A continuación me indicó con la mano que entrara a echar un vistazo. En la primera planta había una cálida terraza bordeada de tiestos con flores, amplia y con vistas al río. La orilla opuesta había adquirido más definición y una especie de forma. Una pareja de mediana edad estaba comiendo. Justo al lado se veían las *stupas* marrones de un par de templos. Una pareja de loros, verdes como limas, se hallaban posados en un cable del teléfono. Todo eran parejas, pero no había problema.

Eché una ojeada a una habitación, bajé la escalera y dije que aceptaba. Aquello no era del todo cierto. Tenía pensado volver a Londres según lo planeado, pero el billete se podía cambiar y siempre es bueno tener otras opciones. El hombre escribió mi nombre en la columna —si yo no había entendido mal el funcionamiento— de la habitación 9, aunque eso no significaba que fuera a quedarme definitivamente con la habitación 9. Le dije que lo vería el martes, y él asintió al estilo indio, agitando la cabeza.

Volví andando por los *ghats* por los que había pasado antes en la barca. Era como pasear por la orilla de Hove, pero allí había más cosas que ver. Un perro estaba mordiendo lo que me pareció un trozo de madera, pero en realidad era la cabeza de otro perro, o tal vez de un zorro. Las *dhobis* habían terminado de dar golpes a la colada. En los escalones de varios *ghats* había saris del tamaño de llamativas alfombras para escaleras secándose al sol. Era difícil saber si ahora estaban más limpios que antes de lavarlos. Al estar mojados, el polvo se pegaba a ellos. La gente no dejaba de preguntarme si quería una barca y yo no dejaba de contestarles que no. El hombre que había



visto desde la barca seguía allí, rezando, sumido en trance en el Ganges. Podría llevar allí semanas; años, incluso.

Estaba intentando —en parte por mí, y en parte como investigación para el artículo que tenía que escribir— hacerme una idea aproximada de la secuencia de los *ghats*, el aspecto que tenían, qué ocurría en cada uno de ellos. Mahanirvani era sencillo: sobresalía en una gran pista de hormigón y era el lugar por donde paseaban los búfalos. Más que pasear, deambulaban, y había un chico cuyo trabajo consistía en darles golpes con una vara. Al tratarse de búfalos de agua, la proximidad del río era una gran ventaja. Se turnaban para colocarse de rodillas en el río, o sentados, y también había algunas vacas. Seguramente, ni siquiera sabían de la existencia de la hierba. Por lo que a ellos respectaba, aquello era la pradera, si bien incomedible. Sin embargo, no era una pradera; era un campo de críquet, y había un chico flaco situado en el linde, entre el ganado, para impedir que la pelota fuera a parar al Ganges. La pelota era una pelota de tenis, marrón del barro y empapada, y el chico que la lanzaba parecía que lo hacía en serio, pero el que bateaba parecía hacerlo todavía más en serio, y había que esperar mucho mientras la bola era pescada del río por el chico que tenía que impedir que aquello ocurriera. Toda la escena constituía un persuasivo ensayo sobre la decadencia del críquet en Inglaterra.

Algunos de los edificios daban afuera y gozaban de aquella vista. El que había en el *ghat* de Dandi tenía la parte de atrás orientada hacia el río, como el exterior de un estadio de fútbol cuyo equipo, que había descendido poco antes a una división inferior, jugaba de naranja y azul claro. El palacio situado detrás del *ghat* del estado de Karnataka poseía la majestuosidad trágica de un bingo abandonado. El ambiente de tiempos difíciles —de entretenimientos para las masas y gloria añeja— presente en aquel tramo de los *ghats* se extendía hasta Harishchandra, el crematorio con la torre de socorrista amarilla y negra. Había un par de hogueras que ardían sin llama, y la basura dorada

formada por los sudarios y las caléndulas en la orilla del río parecía llevar allí una eternidad. Daba la impresión de que el agua se hubiera quedado sin vida.

Pasé por delante del *ghat* de Kedar, el templo con las franjas de color rosa y blanco. Resultó que las franjas blancas eran en realidad azul claro. Las ofertas de barcas no habían cesado en todo el tiempo que llevaba caminando.

Más adelante estaba pasando algo. Un tumulto, una multitud: el rodaje que había visto desde la barca. Estaban colocando grandes pantallas y luces. La cámara estaba sobre unos raíles. En medio de toda la actividad, resultaba difícil saber quiénes formaban parte del equipo de producción, quiénes eran figurantes y quiénes estaban mirando. Junto al animado trajín, aparentemente ajeno a él, había un santón sentado frente a un pequeño santuario naranja. Tenía el cabello gris y una barba que parecía hecha con el pelaje de un animal de pelo largo y origen mítico, a punto de extinguirse y totalmente incontrolable. Una docena de oyentes estaban sentados con las piernas cruzadas sobre una lona azul. Su maestro tenía delante lo que era de suponer un libro sagrado del tamaño de una guía de carreteras completa aunque ligeramente anticuada. Cuando digo «ligeramente anticuada» quiero decir de una época en que no había coches, cuando no había carreteras... ni guías. El director gritó unas instrucciones al equipo, los actores y los figurantes. Se montaron más pantallas y luces. Uno de los actores interpretaba el papel de un santón. Era una versión más saludable y vestida con ropa más cara del santón con barba situado a pocos pasos de distancia. Saltaba a la vista que su pelo y su barba eran postizos; parecían de pelo humano, pero no del pelo de aquel humano en concreto. Unos monos de culo rojo pululaban y chillaban alrededor del edificio que había detrás del santuario, y bajaron a su tejado naranja. Uno de ellos saltó e intentó arrebatarse la guía de carreteras sagrada al gurú. El mono era rápido, pero no lo bastante fuerte. El libro se le cayó de las garras, y el gurú prosiguió con su instrucción. Mientras lo hacía, sacó de una bolsa de

plástico lo que parecía un viejo zurullo pero que en realidad era un plátano demasiado maduro y lo arrojó en dirección al mono. El animal lo agarró y volvió corriendo al tejado del santuario. El director gritó «Acción», y el mono peló el plátano y se lo comió justo encima de la cabeza del gurú. En la escena de la película participaba un actor que se quedaba quieto, mientras una joven con un sari verde se escabullía tímidamente por detrás de él. El actor que interpretaba al santón no intervenía en aquella escena; estaba pasando el rato. El director dijo «Corten». Harto del plátano, el mono bajó colgando y —no había forma de satisfacerlo— arrebató al gurú una de las guirnaldas de caléndulas por detrás de su cabeza. Parecía que formaran una pareja de humoristas, que en lugar de instrucciones sobre carreteras se estaba impartiendo una especie de lección sobre la evolución. Empezamos como ladrones, colgándonos de los árboles y robando todo lo que podemos: libros, plátanos, caléndulas. Luego, con el tiempo, aprendemos a sentarnos con las piernas cruzadas, a hablar y a escuchar, y el deseo de hurtar y robar disminuye progresivamente. A fin de cuentas, el hecho de que uno de nosotros pasara a rodar películas o escribiera poemas titulados «Aullido» era irrelevante. El mono estaba sentado en el santuario naranja con la cabeza ladeada, como si fuera a ver los errores de sus costumbres. Parecía que estuviera escuchando, pero puede que estuviera cachondeándose o preguntándose dónde iba a conseguir el próximo plátano. El director dijo «Acción» de nuevo, y volvieron a rodar la misma escena. La chica del sari verde se escabulló. El protagonista masculino miró a la cámara con una expresión de lerdo integral. El mono, aburrido, se puso a trepar por los muros del edificio. El santón siguió murmurando su instrucción.

Tomé un rickshaw para volver al hotel. Habíamos recorrido unos pocos metros cuando el conductor paró para coger un montón de pequeñas

berenjenas que le dio un amigo. Inmediatamente, algo chocó contra la parte trasera de nuestro vehículo. Yo no le di importancia, supuse que era una pequeña colisión —un coche u otro *tuk-tuk* que se había estrellado contra nosotros—, pero se trataba de un policía, un agente de tráfico, que golpeó la parte trasera de nuestro *tuk-tuk* con su porra: la forma vigorosa de aplicar la prohibición de estacionamiento en Benarés. Nos pusimos otra vez en marcha. Era diferente a ir resguardado en un coche. Viajar en un Ambassador era como estar en un incómodo vehículo militar blindado. Aquello era totalmente distinto. En realidad, parecía más un videojuego. Yo era demasiado alto, evidentemente. Una vez doblado en el asiento, no veía casi nada hasta que las cosas estaban a escasos metros o centímetros de hacernos pedazos. Aparte del resto de elementos —el tráfico conflictivo, el tráfico que venía en dirección contraria, el estruendo, el humo, el ruido—, el viaje era también una carrera de obstáculos. Siempre acabábamos chocando con alguna especie de badén o contra una zanja. Eso habría estropeado la suspensión, pero como llevaba años estropeada daba igual. Todo daba igual, de modo que pasábamos por encima de todo. De todo menos de una boca de alcantarilla destapada. La sorteamos justo a tiempo, aunque el peligro se hallaba claramente señalado con medio ladrillo colocado a centímetros del borde. Coches, autobuses y *tuk-tuks* aparecían haciendo eses y pasaban chirriando. Nunca he tenido ideas innovadoras, pero se me ocurrió que se podía realizar una versión simulada de aquella experiencia, un videojuego llamado *Viaje mortal en Benarés* o simplemente —en homenaje a Scorsese y De Niro— *Tuk-tuk Driver*. El objetivo sería viajar del Taj Ganges a Manikarnika sin ser aplastado, perder un miembro o acabar con los nervios destrozados.

Cené en la seguridad del Taj y luego tomé una cerveza en el bar: una Kingfisher con un sabor ligeramente aceitoso en una botella transparente. Solo

había un puñado de personas allí, y nadie en la barra con quien hablar. Tal vez pensando en los bebedores solitarios, el hotel ofrecía una selección de libros sobre Benarés. Uno de ellos se titulaba *End Time City*, un libro de fotos de Michael Ackerman. Requería cierta adaptación: los edificios parecían familiares, pero las fotos estaban hechas en blanco y negro, y el rasgo más evidente del lugar en el que había pasado el día caminando era su color. Seguramente era la ciudad más colorida del mundo. Para librarse del color era necesario crear un lugar que, en ciertos aspectos, no fuera un lugar sino una reacción de sorpresa a él. Eran como fotografías del interior de la cabeza del fotógrafo durante su estancia allí, o más tarde, cuando la estaba recordando, o cuando estaba dormido, bañado en sudor y soñando con ella. Había monos de aspecto triste y pensativo, conscientes, pese a no saberlo todavía, de que si otros seres morían a ellos también les llegaría el momento. Efectivamente, unas páginas más adelante, aparecía uno de ellos, muerto como un perro querido, con monedas esparcidas por encima. Personas agachadas, leyendo, detrás de las rejas de una jaula o un templo. La vida normal en un lugar donde la idea de normalidad era tan exótica como tener un mono durmiendo encima del hombro. Calles entendidas como huecos entre edificios en las que uno podía andar o tirar la basura o vivir, o no. Una cara desvaneciéndose entre el fuego. Cabezas afeitadas, un animal borroso. Cosas que ya no estaban vivas, buitres del tamaño de pavos. Alfombras que debían de ser prendas de ropa. Ropa con la marca de lo divino, manchada. Las fotografías eran manchas. El tiempo era una mancha. Bebí un trago de cerveza. Aquellas imágenes no estaban allí solo para ser vistas como fotos. Te abordaban, te embestían y daban vueltas ante ti. Algunas eran como la luz del sol después de salir de una callejuela oscura, y otras tan impenetrables como un callejón tras horas de excursión al sol radiante; las mejores eran ambas cosas. Después de mirarlas un rato, los colores de la ciudad real —el rosa y el naranja y el bermellón, el azul del cielo— se desteñían, se olvidaban, quedaban reducidos a la luz vacía

de una bombilla, el resplandor blanco del algodón, el destello del sol en el agua o en un ojo, y el negro de todo lo demás, la noche que nunca desaparecía, que acechaba, que esperaba.

Al día siguiente fui a pasear por esas callejuelas, otra vez en color. Llevé mi cámara pequeña y sencilla, pero acabé sin hacer ninguna foto, aunque todo pedía a gritos ser fotografiado. Muchas de las callejuelas eran tan estrechas que solo permitían andar a dos personas una al lado de otra, pero las bicicletas, las motos y las vacas también lograban pasar. Era algo de lo que estaba empezando a percatarme: en la India siempre había espacio. Incluso cuando no había espacio, había espacio. Lo contrario también se cumplía: por muy angosta que fuera la callejuela en la que te encontrabas, siempre había una callejuela más estrecha que llevaba a un callejón todavía más estrecho. Al final, cuando esa norma dejaba de cumplirse, había un callejón sin salida o una callejuela que en comparación parecía del tamaño de una avenida principal. Costaba creer que se hubiera levantado algún mapa de esa red de callejones y callejuelas. No hacía falta. Todo el mundo sabía adónde iba y cómo llegar. La mayoría de las personas ya estaban allí. Mujeres con saris rojos y amarillos pasaban fugazmente cual llamas. Tiendas, puestos y gente durmiendo se apretujaban en cada grieta y sombra. Todo el mundo estaba ocupado con sus asuntos, aunque ese asunto fuera simplemente estar sentado. Sentado o limpiando el polvo: esperando el momento oportuno, fundamentalmente. Personas que parecían estar holgazaneando, sin hacer nada, entraban en acción en cuanto surgía la posibilidad de hacer algún tipo de venta. Esa situación se daba incluso cuando estaban dormidos, empleando los brazos como almohadas entumecidas. Si tenían alfombras que vender, era lógico que se sentaran encima de un montón de ellas. La mayor parte del negocio se realizaba dentro de la propia comunidad de tenderos. Siempre se

estaban comprando cosas unos a otros: comida, té, dulces... Una de las cosas que siempre se estaban vendiendo era dinero. Nadie tenía cambio, de modo que si un turista quería comprar un recuerdo o un juguete para sus hijos que lo esperaban en Washington o Londres, se mandaba a un niño a otro puesto a comprar unidades de moneda más pequeñas. De ese modo, una transacción sin importancia creaba enormes ondas de actividad económica que se extendían por todo el barrio, animándolo y generando interés. Yo todavía no tenía hachís para fumar —ni siquiera estaba seguro de quererlo—, pero compré por si acaso una pequeña pipa. El vendedor tenía docenas de ellas, varias de las cuales estaban completamente atascadas. Pagué con un billete de cincuenta rupias y —después de que un niño fuera mandado a por cambio— recibí uno de veinte que parecía haber sido desenterrado del fondo de un montón de abono. Me encantaba ese elemento de la India, el hecho de que, pese a todo, las cosas conservaran su valor. En otra vida, habría trabajado allí encantado. Había algo seductor en la idea de pasarse la vida despachando en un puesto que era al mismo tiempo lugar de trabajo y pub, el sitio donde pasabas el rato con tus amigos, sin tu mujer, sin cerveza y a menudo sin clientes. Si no tenías mujer, evidentemente, era menos atractivo. Entonces tenías que confiar más en el consuelo del periódico. Las gafas que llevaban ciertos hombres —lentes gruesas, monturas de plástico negras— conferían a la lectura de esos periódicos un aire muy erudito. Dondequiera que se estaba leyendo un periódico, por muy grande que fuera el alboroto circundante, se respiraba el aire contemplativo de una biblioteca. Se pasaban páginas. El sol estaba en lo alto. Los rayos de luz hacían que las sombras fueran más oscuras. Soldados con suéters caqui abrazaban rifles con la culata de madera, la clase de armas que se asociaban con la Segunda Guerra Mundial. Cerca había un gran patio soleado donde se estaba jugando un partido de badminton de dobles. El patio estaba rodeado por tres lados de altos muros verdes donde había monos que no atendían al partido. Solo les interesaban los plátanos, y no había plátanos a

mano.

Poco después me vi delante de un templo; no sé cuál, solo que no era el más grande, Vishwanath, con su dispositivo de seguridad digno de un aeropuerto: detectores de metales y registros. Por eso había tantos soldados cerca: porque Viswanath, el templo dorado, y una mezquita se hallaban prácticamente el uno encima del otro, animando a los fieles, incitándolos a vivir en paz. Era la clásica situación de «vecinos rivales», elevada al nivel de intensos principios teológicos y proximidad. No hay más dios que Dios, dicen en un sitio. Hay millones de ellos, dicen en el otro. El hecho de que la gente pudiera convivir en armonía durante años no quería decir que a la menor provocación no fueran a pelearse. De ahí los soldados.

Me quité las sandalias y entré en el templo. El suelo embaldosado estaba húmedo. Era un lugar oscuro, bastante húmedo y de aspecto no del todo limpio. Había una serie de dioses metidos en pequeños nichos y una serie todavía mayor de niños ansiosos por explicar quiénes eran todos. Allí estaba Ganesh, cubierto de caléndulas, con la cara negra y los ojos pequeños y brillantes, hechos con cuentas. Ganesh, explicó uno de los chicos, era el dios de la buena suerte... y era fácil ver por qué. Parecía incapaz de creerse su suerte: ¡siendo medio elefante, había conseguido ser un dios! Eso es lo curioso del hinduismo: todo el mundo tiene posibilidades y siempre hay espacio para otro dios. Garuda (en parte águila) se encontraba allí, y también Hanuman, el mono. El hinduismo es el Walt Disney de las religiones del mundo. Todos los dioses tienen sus consortes, y todos los dioses y sus consortes tienen sus medios de transporte privados: Vishnú viaja en águila (Garuda), Shiva en toro (Nandi), Kartikeya en pavo real... La lista y las permutaciones son interminables, y es imposible seguirles la pista, pero cabe suponer con bastante seguridad que los «vehículos» (a quienes cualquiera habría considerado capaces de ocuparse de sus desplazamientos) tienen sus propios vehículos; es decir, que de vez en cuando Garuda monta en una lechuza o una



tortuga. ¿Y cómo viaja Ganesh, el elefante? En ratón, por supuesto.

Si hay algo que los grandes monoteísmos tienen en común es la falta de sentido del humor. ¿Hay un solo chiste en la Biblia o el Corán? El hinduismo, según podía apreciar ahora, era un chiste, pero no solo era un chiste; era absolutamente ridículo. Y la cosa no acababa ahí. ¡Suprimía la idea de lo ridículo convirtiéndola en toda una cosmología! En realidad, yo no sabía si eso se daba en el hinduismo, pero allí, en aquel templo hindú, la noción de lo ridículo se convertía de repente en algo sublime.

Era un templo pequeño. No tardé en terminar mi recorrido. Ofrecí unas viejas rupias a los chicos que me habían hecho de guías y salí al sol recordado. Mis sandalias estaban donde las había dejado. Me alegré de volver a ponérmelas para no andar descalzo por las callejuelas polvorientas y salpicadas de mierda de Benarés. Era algo tan evidente que el invento y el desarrollo del calzado constituían algo positivo que mi felicidad, el brío de mi paso derivado de llevar zapatos cómodos, se vio acompañada de una disminución de entusiasmo equivalente. Lo que pocos momentos antes me había parecido una idea tan persuasiva —que el ridículo fuera el principio animador de vida— me parecía de repente, ante aquella idea más prosaica... ridícula. Apenas había pensado eso cuando súbitamente me cansé de andar. Quería volver al hotel a jugar otra vez a *Viaje mortal en Benarés*.

Compré una lata de Coca-Cola (para conseguir más cambio) y llegué a un acuerdo con un conductor de *tuk-tuk* (que no tenía). Albergaba la esperanza de no tener que decir el nombre del hotel —una incitación inmediata a la hiperinflación—, pero no sabía el nombre de ningún otro lugar de referencia en los alrededores. De modo que fuimos al Taj, o deberíamos haber ido, pues al cabo de cinco minutos salimos de la carretera principal dando bandazos.

—¿Qué está haciendo? —grité. No estaba enfadado, pero tenía que gritar para hacerme oír por encima del ruido del *tuk-tuk* y el tráfico—. ¿Por qué vamos por aquí?

—Carretera principal cerrada —dijo él.

La carretera principal había sido cerrada, pero costaba creer que estuviera en peores condiciones que aquellas carreteras secundarias. No eran carreteras, sino callejuelas polvorientas sin pavimentar, llenas de escombros y cubiertas de basura. Tomamos otra curva y nos metimos en una carretera más pequeña, todavía menos digna de tal nombre, que atravesaba la que evidentemente era una de las partes más pobres de la ciudad. Seguramente eso no sea cierto, pues hay infinitos grados de pobreza. Comparada con otras zonas, aquella podía ser relativamente próspera, deseable, incluso. Una pareja de cerdos de aspecto feliz estaban hurgando entre un montón de basura. Parte de esa basura había sido comprimida en un alquitrán oscuro, un sedimento de porquería concentrada, porquería pura, porquería sin impurezas, desprovista de todo lo que no era porquería. La capa superior estaba compuesta de un mantillo de verduras en descomposición, del que un animal convenientemente adaptado podía obtener un remedo de nutrición. Encima había una mezcla de caléndulas amarronadas, trozos de cartón empapado (que no debía ser descartado automáticamente como fuente calorífica) y excrementos de aspecto reciente (ídem). Todo se hallaba realzado con un aderezo elástico de bolsas de plástico azules. A su manera, constituía una atracción turística potencial, una manifestación contemporánea del ideal clásico de la miseria. A mí me entusiasmó, y tuve la tentación de pedir al conductor que parara para mirarlo mejor y tal vez incluso hacerle una foto. Antes de que tuviera ocasión de hacerlo, el hombre ya había parado. El *tuk-tuk* estaba rodeado de una multitud de niños. Había un montón de niños sucios corriendo descalzos por Benarés con camisetas andrajosas, dando la lata a los turistas para que les ofrecieran rupias. Pero aquellos niños, como quedó claro de inmediato, estaban en peor situación. Desde el punto de vista de la suciedad, estaban mugrientos, tan mugrientos como los cerdos que curioseaban en la basura. Incluso era posible que lo que yo había tomado por un vertedero fuera en realidad su zona de

recreo, tal vez incluso su cocina. No había nada encantador en ellos, pero eran niños, con dientes y ojos y brazos finos, y como tales, había —o podría haber habido— algo encantador en ellos. Eran niños hiena, perros de las praderas urbanos, criaturas salvajes y silvestres. Más exactamente, eran como partes separadas y animadas de una única entidad con docenas de ojos y múltiples brazos y manos, que se metieron en el *tuk-tuk*, agarraron mi bolsa, mi cámara, mis brazos, mis bolsillos. El conductor del *tuk-tuk* parecía asustado. Por suerte, yo ya había adquirido un poco de experiencia al respecto en Nápoles, cuando una banda de niños de diez años me había robado. Por aquel entonces, apenas había sabido qué hacer; cuando había descubierto lo que estaba pasando, ya se habían llevado mi cartera. Esta vez, manteniendo la bolsa firmemente entre las piernas, me puse a repartir golpes a diestro y siniestro con la mayor hostilidad posible, empleando codos, puños y antebrazos para golpear cualquier cosa que se acercara a mí mientras tenía cuidado de no pegar a nadie en la cara. Era poco probable que tuvieran padres, pero no quería que el progenitor de ninguno de ellos entrara en escena, deseoso de saber por qué aquel turista rico había hecho sangre a su niño en la nariz. Dando manotazos y golpes, aferrando mis pertenencias y protegiendo mis bolsillos, ordené al conductor del *tuk-tuk* que continuara adelante.

—Siga —grité, con toda la autoridad imperial de que logré hacer acopio—. ¡Siga!

El motor arrancó. Las manos seguían agarrándome y sujetándome. A falta de algo más contundente, pasaron a pellizcarme. El *tuk-tuk* empezó a moverse.

—¡Más deprisa! —rugí, sin dejar de dar puñetazos y desviar golpes—. ¡Atropéllelos si es necesario!

Nos alejamos acelerando ruidosamente. Un proyectil —una piedra o un ladrillo, posiblemente un trozo de mierda secagolpeó en el techo del *tuk-tuk*, pero estábamos fuera de peligro. El conductor no dijo nada. Yo no dije nada. No estaba seguro de si, como dicen en las películas de suspense, él me había

«tendido una trampa» a propósito, si era cómplice de la emboscada o si era igual de víctima que yo. Desde luego, parecía asustado. En cualquier caso, ahora estaba a salvo. Se me ocurrió que se podía incorporar una versión de ese incidente en el programa *Viaje mortal en Benarés*. Me giré y miré hacia atrás. Todavía veía a aquellos niños hiena junto a su basurero. Estaban dando saltos con entusiasmo sujetando algo en lo alto —algo que brillaba a la luz del sol— como si fuera un trofeo, el botín de un asalto. Revisé mis pertenencias: todavía tenía la cámara y el iPod; la riñonera seguía alrededor de mi cintura. Entonces caí en la cuenta: se habían llevado algo. El objeto que les había visto agitar en el aire con entusiasmo era mi lata de Coca-Cola.

Al día siguiente hice otro amigo, o al menos tuve otra conversación. Un largo tramo de escalones azules y blancos situados cerca de Shivala subían hasta la librería cafetería Madre Rytasha. En lo alto, sentado en una de las dos sillas blancas, estaba Andre Agassi. No Agassi como es ahora (o hace unos años, en el momento de su retiro): con la cabeza afeitada, simpático; un Buda con andares de pato y un vigoroso revés. Aquel era el Agassi de veintipocos años, en su época de rebeldía comerciable: pelo largo, pendiente, gorra, barba incipiente. Me senté en la otra silla, sin saber si él trabajaba allí o era un cliente. Resultó ser un poco las dos cosas. Su amigo Chandra regentaba el local, y él iba allí a pasar el rato y echarle una mano. Parecía estadounidense, se llamaba Ashwin, y el parecido con Agassi —no pude por menos de mencionarlo— no era del todo caprichoso. Al igual que Agassi, era de ascendencia persa.

—Pero ¿eres de Estados Unidos?

—En esta encarnación.

—¿Y en las anteriores? ¿Sabes de dónde eras en ellas?

—De Dios.

—Ciñámonos de momento a esta encarnación. ¿De qué parte de Estados Unidos eres?

Ashwin era de California y llevaba cuatro semanas en Benarés. Acababa de volver de hacer de voluntario en uno de los campamentos oftalmológicos de la madre Rytasha en Bangladesh, donde se llevaban a cabo baratas operaciones de cataratas y otras afecciones fácilmente curables. Yo no había oído hablar de la madre Rytasha, de modo que me trajo un libro ilustrado sobre ella. Tenía la piel pálida y su nariz parecía operada por el mismo cirujano que la de Michael Jackson. Era imposible determinar su edad. Evidentemente, era una fuerza del bien. Todo el dinero que recaudaba iba destinado a obras para los pobres. Ashwin la había conocido en Santa Fe, donde estaba recaudando fondos entre los ricos. Había ido con su habitual escepticismo, pero al verla había sentido la emanación de puro amor que ella desprendía. Aun así, no había quedado del todo convencido y se había marchado. Más tarde, ese mismo día, se había vuelto a encontrar con ella. Estaba sentada con unos amigos en un parque debajo de un árbol, y una vez más lo había mirado y él había sentido que su amor —no un amor por él, sino por todos, por el mundo; simplemente, amor— le llenaba el corazón. A través de su amor por ella, había encontrado a Dios.

—¿Qué dios en concreto? —pregunté.

No pretendía mostrarme cínico, pero estábamos en la India, donde hay muchos dioses entre los que escoger, y me pareció necesario algún tipo de aclaración. Él juntó las manos y alzó los ojos al... cielo, supongo que es la palabra.

—El dios del amor —dijo él.

Era una buena respuesta, nada sectaria. Yo no podía reprochársela, pero en cierto modo lo hice. Me habló de la madre Rytasha y las cosas que hacía, las cuales —tampoco había duda a ese respecto— hacían del mundo un lugar mejor. Aun así, había algo en la mirada flipada de Ashwin que me hacía

pensar que había tomado grandes dosis de Prozac o Zoloft. El amor del que estaba lleno —genuino, absoluto, incondicional, encomiable, edificante— era lo único que se interponía entre él y la crisis nerviosa que, como la noche en las fotos de Ackerman, permanecía al acecho. El amor la mantendría a raya, pero al final lo dejaría más susceptible de sufrir una crisis. Una parte de mí incluso deseaba estar presente cuando ocurriera.

A pesar de todo, había sido agradable beber una Coca-Cola y oírle hablar. Nos dimos la mano y nos dijimos que ya nos veríamos.

Me marché del hotel Taj y me registré en el Ganges View. Llamé a la compañía aérea, cancelé mi reserva y me confirmaron que había otro hipotético vuelo a Londres al cabo de dos semanas. No tenía prisa por irme de Benarés, pero me alegré de cambiar de hotel. La emoción y el ruido del viaje diario a lo largo y ancho de los *ghats* se habían convertido en una ocupación habitual —un recorrido diario—, y me aburría de la aséptica comodidad del Taj. Estaba tan contento de encontrarme en el Ganges View que me pasé todo el primer día en la terraza, pidiendo comida y bebida y leyendo. O intentándolo.

Había comprado un montón de libros sobre hinduismo en la librería Harmony —la tienda que había visitado con Darrell—, pero me resultaba difícil concentrarme en ellos. Por mucho que me esforzaba, era incapaz de enterarme de quién era quién y qué era qué. Era imposible saber si la persona de una parte del relato era la misma de otra parte, unas páginas más adelante. Todo el mundo era un avatar del resto. Nadie era simplemente él mismo. Shiva, Vishnú, Krishna... eran todos unos y otros. Parecía un mundo en el que Tor, en lugar de dar martillazos y convertirse otra vez en el frágil Don Blake, se transformara en la Antorcha Humana (quien era también el Doctor Muerte) o —algo todavía más desconcertante— en una estrella invitada de un sistema

mitológico rival: Linterna Verde, por ejemplo, o Lois Lane. (Era un sorprendente descuido por parte de Marvel que el potencial superheroico del hinduismo estuviera tan infrautilizado.) Incluso cuando unos no eran los otros, siempre estaban convirtiéndose en otra cosa para castigar a un rival o salir de un apuro. Como sus poderes eran ilimitados, los apuros en los que se veían nunca generaban demasiado suspense. Los nombres eran fundamentales —nada era más importante que los nombres—, pero eran infinitamente flexibles y compartidos. Otro problema era que las payasadas épicas de esos dioses — todos esos cuentos sobre huevos del tamaño de planetas, gotas de agua que formaban grandes lagos, el parpadeo de un ojo capaz de apagar el sol, encargos que duraban decenas de miles de años— eran el tipo de cosas que siempre me había costado leer. Después de un escaqueo con Gabriel García Márquez, había llegado a detestar el más mínimo atisbo de realismo mágico en la ficción. En cuanto llegué a un pasaje de una novela en el que los árboles empezaban a hablar entre ellos, me rendí en el acto. Comparado con lo que ocurría en los mitos hindúes, unos árboles hablando entre ellos parecía un reportaje escrupuloso, un documental. Aquello era realismo mágico sin ningún vestigio de lo real. Tal vez había que asimilarlo de niño y perderse en el elemento fabuloso del *Mahabharata* o el *Ramayana*, y luego, como resultado de esa exposición temprana, el cerebro quedaba configurado o formateado de tal modo que todo tenía un sentido al mismo tiempo alegórico y literal, fantástico y creíble. Para mí, obviamente, esa posibilidad había pasado hacía mucho tiempo.

Sin embargo, tal vez estoy siendo demasiado duro conmigo mismo, porque aprendí unas cuantas cosas. La mayoría de los libros tenían glosarios, y, aunque no entendía todos los términos, era bueno descubrir de dónde derivaban los nombres de cosas como Shakti (el grupo formado por John McLaughlin, Shankar y Zakir Hussain en los setenta), Rasa (el restaurante de Stoke Newington), Samsara (como en *Escape from Samsara*, la discoteca de

música trance) o Surya (como en Surya Samudra, el complejo turístico de Kerala).

Gracias a Kerouac, Ginsberg y los beatniks, los conceptos de karma y dharma se han convertido en moneda corriente, pero palabras como *moksha*, *bhakti* y *rocana* eran nuevas para mí. Términos como esos no se prestaban a una traducción clara porque eran ideas que no tenían un equivalente en nuestra limitada conciencia occidental. Un concepto que sí tenía sentido era el *darshan*: el acto de la visión divina, de la revelación. Para eso iban los hindúes al templo: para ver a su dios, para que él o ella se les revelara. Cuanta más atención prestabas a un dios, cuanto más lo mirabas, más grande era su poder y más fácilmente se podía ver. Ibas a ver a tu dios y, al hacerlo, contribuías a su visibilidad; el aura que emanaba de él derivaba en parte del poder que se le otorgaba.

Era una idea fácil de entender debido a su equivalente secular: el culto a la fama. Cuanto más se fotografiaba a los famosos, más intensa se volvía su aura de fama. En una ocasión había visto a David Beckham bajarse de un autocar en La Manga del Mar Menor, España. Evidentemente, había visto fotografías de él antes, pero en ese momento el efecto acumulativo de haber visto todas esas fotos se hizo notar. Los flashes de las cámaras hacían que pareciera radiante, brillante, divino. Lo vi en toda su bekhameza y su bekhamitud. Alguien que no hubiera visto los miles de fotos, que no estuviera familiarizado con los cambios de pelo, con la propagación vírica de tatuajes (incluido el fragmento de hindi mal escrito en su antebrazo), no lo habría visto de esa forma. Pero tal vez el punto de vista de ese espectador hipotético e inverosímil —la persona que no supiera que estaban viendo a David Beckham— era más revelador, como mínimo más interesante, que el del resto de nosotros que sabíamos exactamente a quién y qué estábamos viendo. Allí, en Benarés, el turista mal informado no veía la misma ciudad que los miles de peregrinos que acudían a la ciudad y los que vivían en ella. Pero eso no quería decir que el visitante no



fuera capaz de experimentar su propia forma de *darshan*. Aunque yo no sabía lo que estaba mirando, podía ver de todas formas. Y si había un sitio diseñado teniendo el ojo en mente —seguramente había un término en sánscrito que significaba exactamente «ojo de la mente»—, ese era Benarés.

A la mañana siguiente, no se veía nada. El río, los *ghats*, incluso el cielo, habían desaparecido. Una niebla densa lo ocultaba todo salvo unos cuantos detalles imprecisos: la forma borrosa del templo de al lado, unas figuras oscuras moviéndose por la calle de abajo. Me vestí y bajé a los *ghats*, y oí a personas toser antes de verlas a pocos metros de distancia. Se ofrecieron de nuevo a llevarme en barca, aunque al no verse nada no tenía sentido coger una embarcación. Entonces vi algo: una barca surgiendo de la bruma como si regresara del reino de los muertos o los no muertos. Había dos pasajeros envueltos en mantas grises. Al cabo de un rato se los llevó otra vez la corriente y se confundieron silenciosamente con el manto más grande y gris de niebla. Había unos cuantos cuadrados de color —el amarillo de un letrero, el azul de una pared—, pero infinitamente atenuados y apagados, sombras de sí mismos.

La niebla se despejó sin que nadie lo advirtiera antes del mediodía, lo que hizo que la tarde pareciera todavía más luminosa de lo habitual. Un martín pescador apareció en el muro de la terraza del Ganges View, ansioso por dejarse ver, por volver a existir. Cuando salí de nuevo, el cielo estaba lleno de cometas. En el *ghat* de Munshi reparé en un pequeño altar azul del tamaño de una cabina telefónica de emergencia como las que había a un lado de la autopista. En medio del altar, donde habría estado el teléfono, había una masa informe naranja, una forma borrosa y gastada. Dentro de la redondez general, era posible distinguir el bulto de un cuerpo y el bulto más pequeño de una cabeza, pero más redondeada, menos definida que una versión de un dios indio

realizada por Henry Moore. ¿Quién era? ¿Ganesh? Podría haber sido cualquiera de ellos. Carecía de la más mínima nitidez, pero eso no hacía pensar que su poder hubiera disminuido o mermado; daba la sensación de que su esencia se había concentrado más. No era una sensación de erosión o disminución, sino de repliegue. El dios, quienquiera que fuese, se había replegado en sí mismo. Al reducirse casi a la nada, al acercarse tanto a algo que no se podía identificar, se había convertido en sí mismo de forma más ostensible. Estaba seguro de ello, aunque no sabía a quién o qué estaba viendo.

—¿Quién es ese? —pregunté a un niño.

—Hanuman —contestó él al instante.

¿Lo dijo porque reconocía al mono dorado (porque podía ver que era él) o porque sabía que aquella masa era eso, porque sabía que aquel altar azul era el lugar —uno de los lugares— donde vivía Hanuman? Las preguntas eran irrelevantes. Daba lo mismo. Aquella masa naranja y borrosa era Hanuman.

—Dios muy poderoso —añadió el niño.

El hecho de que su identidad no estuviera en duda, de que el niño no hubiera vacilado en decir su nombre, era prueba de ello.

Regresé en barca. Las cometas sobrevolaban la ciudad como pavesas flotando sobre una hoguera.

La niebla reapareció a la mañana siguiente, y a la otra. Aparte de la niebla, las temperaturas habían bajado de golpe por todo el norte de la India. Los periódicos estaban llenos de noticias sobre las temperaturas glaciales —«los termómetros bajan bruscamente...»— y los problemas de desplazamiento. Se cancelaron los vuelos y había graves «impedimentos» en los viajes a todos los destinos. Los trenes de Delhi llegaban a Benarés con diez horas de retraso. El vuelo de cometas se vio afectado.

Una vez que la niebla hubo desaparecido —cuando pasó la novedad inicial, me alegré de librarme de ella—, la cantidad de cometas en el cielo aumentó a

diario. Había cuerdas de cometas por todas partes. Con su finura y elasticidad, las cuerdas habían atado toda la ciudad. Los remos de las barcas estaban envueltos en ellas. Era imposible dar un par de pasos sin quedar enredado en ellas. Se agitaban en todos los árboles y colgaban de todos los postes telegráficos como cables rotos.

Veía a muchas personas de la misma condición: los mismos niños con cometas, los mismos estafadores, los mismos barqueros. Los turistas más viejos y de aspecto más acaudalado se quedaban solo unos días antes de desplazarse a Agra o Kerala. Casi nunca veía a ninguno dos días seguidos. Los mochileros se quedaban más tiempo, y, cuanto más se quedaban, más se ajustaban al arquetipo internacional de desaliño. De todas formas, bastantes llevaban rastas, y algunos —como Ashwin, con el que me tropecé un par de veces— optaban por turbantes hechos a partir de *sarongs*. Las mujeres llevaban chales para protegerse del sol del día y del fresco de la noche, y también como concesión a las normas locales de pudor. La mayor parte de esos viajeros tenían veintitantos años y estaba allí en busca de iluminación, yoga, *charas* para fumar, crecimiento espiritual, liberación. Eran aprendices de buscadores, y en Benarés había docenas —probablemente cientos, posiblemente miles— de gurús y guías para ayudarlos a salir de la prisión del orgullo y conseguir la iluminación por la vía rápida o lo que fuera que quisieran. La mayoría volvía a casa con bastantes libras de menos (tanto de peso como de moneda), pero, por lo demás, muy enriquecidos por la experiencia; algunos se descarrilaban gravemente —la fama de Benarés de volver chifladas a las personas rivalizaba con su fama de hacerlas enfermar— y, con el tiempo, unos pocos se convertían en versiones de los hombres mayores que había allí, tipos de mi edad, muchos de los cuales tenían aspecto de haber pasado una década o más en Goa. Con frecuencia tenían la mirada

endurecida de los hombres acostumbrados a pasar las noches solos, leyendo *Mr Nice* o selecciones de Gurdjeff. Al igual que yo, se les podía encontrar a menudo en la terraza del Lotus Lounge, comiendo excelentes tortitas, bebiendo capuchinos (los mejores de Benarés) o *chai*. Nos saludábamos entre nosotros con la cabeza, como negros en un cóctel exclusivo para blancos, y evitábamos tácitamente formar la más mínima alianza porque eso habría perjudicado nuestra condición mutua de proscritos debido a nuestra excesiva edad. Tampoco es que los jóvenes fueran poco amistosos; simplemente, eran jóvenes. Ni siquiera eso es correcto; más que considerar que eran jóvenes, pensaba en lo viejo que yo debía de parecer desde su punto de vista. Si yo hubiera estado en su lugar, no habría prestado ninguna atención a un hombre de mi edad. Habría centrado todas mis energías en convencer a las chicas con camisetas y chales de que no había riesgo de que mis principios de recato se vieran ofendidos por su conducta, por licenciosa que fuera.

Puede que esos jóvenes no estuvieran allí por el sexo, pero sin duda estaban allí por la muerte. Estaban tan ansiosos por ver incinerar cadáveres en el *ghat* de Manikarnika como la persona de al lado: yo, por ejemplo. Nunca había visto un cadáver, pero en Benarés el desfile de la muerte era interminable. Me acostumbré a ver a los dolientes transportando literas por las calles, cantando: «*Rama nama satya hai... Rama nama satya hai...*», llevando el cuerpo al río y hundiéndolo en el Ganges. Los detalles caprichosos que me habían llamado la atención la primera tarde formaban parte de una ceremonia invariable, representada docenas de veces al día. El ambiente nunca era sombrío porque la muerte no apreciaba las demostraciones de dolor. El hombre con la cabeza afeitada, vestido únicamente con una tela blanca, era el doliente principal. El hecho de llevar la cabeza y las cejas afeitadas formaba parte de un ritual que lo dejaba suspendido entre los vivos y los muertos. Conducía a los deudos alrededor de la pira sin encender cinco veces en sentido contrario al de las agujas del reloj (porque, en la muerte, todo es al revés). Él era el que

derramaba sándalo en la pira antes de encenderla con el fuego sagrado que nunca se apaga, que ha ardido desde que el mundo fue creado allí, en Benarés, en el *ghat* de Manikarnika, donde acabará, salvo que no acabe nunca, de igual forma que el viaje de la vida a la muerte.

Un cuerpo tardaba horas en quemarse. Cerca del final de la cremación, el doliente principal abría de un golpe con un palo de bambú el cráneo y liberaba el alma del cuerpo. Finalmente echaba un cacharro con agua del Ganges por encima del hombro —siempre el hombro izquierdo— para apagar simbólicamente las ascuas de la pira. Y, sin mirar atrás, se marchaba. Se había acabado. El alma había iniciado su viaje para reunirse con sus antepasados en la otra orilla. Ese viaje duraría once días, días de duelo y banquetes. El duodécimo día, si todo había ido bien, si todos los rituales se habían celebrado correctamente, llegaría sin ningún percance.

El hecho de que la otra orilla estuviera desierta facilitaba la creencia en el viaje como algo más que un viaje físico. El motivo por el que la otra orilla estaba vacía, me explicó un niño con cara de viejo, era que si morías allí renacías como un burro. Mientras tanto, en esa orilla, la zona que rodeaba el crematorio siempre estaba llena de actividad. El viaje de la vida a la muerte nunca se interrumpía, y allí, en la sala de embarque, tampoco se interrumpía nada. Siempre estaban celebrándose funerales, pero también tenían lugar otras cosas: discusiones, juegos con cometas, partidas de cartas, música, yoga, baños... Pocos metros más allá del crematorio se hallaba la torre inclinada de Pisa de Benarés: un templo que se había desplomado o hundido en el barro de la orilla del río. Si en algún momento había estado pintada del rosa de Prayag, ahora era del color marrón apagado y descuidado del barro de la orilla. Desde algunos ángulos, parecía que se inclinara ligeramente; desde otros, daba la impresión de estar a punto de desmoronarse por completo. Yo pensaba que su vulnerabilidad podía haberlo convertido en un lugar especialmente propicio para la adoración, pero al parecer no era el caso. Sin embargo, era imposible

concluir que su poder había cesado simplemente porque estaba pasando por un mal momento. No era más que un antiguo templo que se había deteriorado y había sido abandonado. Como un volcán que no estaba ni activo ni extinguido —ni en un estado intermedio—, todavía lucía bien en las fotografías. Y como tal seguía siendo admisible, aportaba su granito de arena, contribuía al bien común. Ignoraba si tenía nombre.

El otro lado del río, con todas sus alteraciones, formaba el telón de fondo constante de mis días. Al principio, la luz se manifestaba puramente en potencia. A medida que el sol, como una lámpara de lava, se alejaba flotando del horizonte y atravesaba la bruma gris, adquiría una tenue distinción. Poco a poco se podía apreciar la diferencia entre el arenoso primer término y la vegetación de detrás. Aquello me hacía pensar en el día que el sol se puso por primera vez, cuando no había garantía de que la tierra fuera a volver a salir de la oscuridad que había caído sobre ella. Incluso ahora, tantos años después, con todos los precedentes de la existencia de un mañana, parecía que el otro lado no solo reaparecía, sino que tenía que ser recreado laboriosamente durante la noche, un día tras otro.

El *Hindustan Times* (Lucknow) era ejemplar en su imprecisión: «Este año, la festividad del Makar Sankranti se celebrará durante dos días por algún motivo astronómico». Las orillas de Assi y otros *ghats* estaba atestados de personas que esperaban para bañarse los primeros días del año nuevo, una época especialmente propicia. La calle del hotel estaba repleta de mendigos y personas que les daban limosna. Todavía hacía fresco por las mañanas, pero, como era fiesta, el sol brillaba más intensamente.

—Además, hace más viento —dije al niño que se me había pegado.

—Porque es día de cometas —dijo él.

Claro. Del mismo modo que todo dios tenía su vehículo, no había efecto sin causa. El Makar Sankranti era la culminación de la fiebre por las cometas que se había apoderado de la ciudad, pero hacer volar las cometas solo era parte de la diversión. También había que atraparlas, a veces con ayuda de una vara o un bate de críquet; cualquier cosa que hubiera a mano. La gente perseguía las cometas entre los búfalos adormilados, resignados e indiferentes, que se contentaban con masticar flores o, en su defecto, con pastar en sus propias sombras.

En Manikarnika, una cometa se cayó en una de las piras y, como era de esperar, ardió en llamas. Lo que nadie esperaba era que aterrizara allí. Se suponía que el aire caliente empujaba hacia arriba, pero evidentemente allí las leyes normales de la física se hallaban invertidas. Al ver la ocasión de liberarse de los interminables altibajos de su existencia, la cometa se aventuró y aprovechó aquella oportunidad única en la vida para caer y quemarse.

Consulté los libros sobre Benarés, pero había más conocimientos por adquirir de los que podría asimilar jamás. Era el lugar donde había decidido vivir Shiva. Era donde empezaba el mundo. Las encrucijadas —*tirthas*— eran sagradas, y ciertas encrucijadas eran especialmente auspiciosas, pero todo Benarés era una encrucijada entre este mundo y el siguiente. Básicamente, no había ningún lugar en la tierra cuya visita mereciera más la pena, aunque, en cierto sentido, no era de este mundo. Había leído en alguna parte que Lourdes no es Lourdes para sus habitantes. Probablemente lo mismo ocurría en La Meca: ¿adónde iban de peregrinaje sus habitantes? Sin embargo, eso no se daba en Benarés. Benarés hacía que ir a cualquier otro lugar resultara absurdo. Todo el tiempo se hallaba presente allí, y seguramente también todo el espacio. La ciudad era un mandala, un cosmograma. Contenía el cosmos.

Y me contenía a mí: el huésped más antiguo del Ganges View. Yo era la única persona consciente de ese estatus por la sencilla razón de que nadie más había estado tanto tiempo. Si llegabas un martes, por ejemplo, solo veías que ya había varios huéspedes instalados. No podías sospechar que yo los había visto llegar a todos, como te había visto llegar a ti, y que los vería partir, como te vería partir a ti, para siempre.

Había estado en el Ganges View suficiente tiempo como para ver que Anand Sethi estaba en lo cierto: realmente, era uno de los mejores hoteles del mundo. El motivo, como el dueño, Shashank, explicaba, era que «en realidad, no sabemos cómo llevar un hotel». La idea que sustenta a la mayoría de los hoteles, sobre todo los de lujo, es muy simple: sacar dinero a los huéspedes. Todos los deseos y caprichos se pueden atender en un instante... lo que comporta un enorme recargo. En el curso de mi estancia en el Ganges View, había comido, desayunado y cenado docenas de veces, había pedido un sinfín de zumos, té y docenas de botellas de agua. Preguntándome acerca de lo que me podría costar, le dije a Kamal —uno de los sonrientes y atentos nepalíes que trabajaban allí— si tenían algún tipo de registro de lo que había consumido. No, se suponía que era yo el que tenía que llevar un registro, pero se habían olvidado de darme la hoja de papel en la que se llevaba dicho registro. Kamal sacó lentamente el crucial papel y dijo que podía empezar a partir de entonces. Mientras me entregaba la hoja, oí un crujido detrás de mí. Al mirar a mi alrededor vi una rata que desaparecía corriendo detrás de un armario.

—No se preocupe —dijo Kamal—. Ella también es invitada.

En el salón principal del hotel había un retrato del padre de Shashank a los treinta y tantos años, vestido con un traje que le daba un aire refinado. Era como uno de esos cuadros de las películas en los que unos ojos de verdad miran a través de los ojos pintados, espiando y observando. La cena se servía allí de un modo semicomunal que fomentaba la interacción entre los



huéspedes. A medida que las distintas personas iban y venían, se unían y se dispersaban, el ambiente del hotel cambiaba. Dependiendo del momento, se imponían diferentes combinaciones y nacionalidades. Durante unos días dominaban los franceses; había un grupo de seis cenando en la mesa grande, charlando en francés, haciendo que el resto de nosotros nos sintiéramos como si estuviéramos en Francia y deseáramos no estar allí. Luego, cuando se marchaban, los estadounidenses pasaban a ser mayoría y el hotel se animaba con su cordialidad y sus perfectos modales. De vez en cuando, había un solitario japonés, o indios, o alemanes, o escandinavos interesados, o alegres italianos. Luego llegaba una etapa caracterizada por su falta de carácter definitorio o de coherencia, en la que había una mezcla de personas de todos los lugares: principalmente solteros y alguna que otra pareja. Independientemente de la nacionalidad, siempre había como mínimo una persona enferma que se pasaba el día languideciendo en su habitación, escondida y triste. Todo el mundo había venido de un lugar y se dirigía a otro. Todo el mundo tenía experiencia en materia de trenes y niebla, y retrasos. Todo el mundo tenía sus sitios favoritos y sitios donde habían enfermado. Todos teníamos anécdotas y sabíamos algo que el resto también sabía.

Cenaba en el hotel todas las noches. Era agradable conocer a gente, y a veces nos quedábamos sentados después del postre, pero las cenas nunca pasaban de eso. Si te apetecía tomar una cerveza a media tarde en la terraza, uno de los chicos iba al mercado a comprar una botella de Kingfisher, pero en el hotel no se permitía el alcohol. Para las personas acostumbradas a basar su vida social en la bebida, la falta de vino en la cena implicaba que, una vez que se había acabado la comida, la experiencia prácticamente había concluido. Todavía hacía demasiado frío por las noches para quedarse en la terraza bebiendo cerveza. De modo que nos deseábamos buenas noches, íbamos a la cama pronto y leíamos bajo las sábanas en nuestras habitaciones, ansiosos por que llegara el nuevo día.

Sin embargo, no fue una época solitaria. Como el Ganges View era más caro que la mayoría de establecimientos del río, los huéspedes solían ser un poco mayores, o como mínimo de edades mezcladas. No me costaba pasar de un grupo al siguiente, como un testigo.

Aun así, me llenó de alegría ver que Darrell volvió a Benarés. Solo había pasado un par de horas con él, pero cuando apareció en la terraza una tarde -«¡Eh, colega!»—, fue como si regresara un amigo que había desaparecido hacía tiempo. Llevaba el pelo cortado al rape como antes, como si no le hubiera crecido durante las semanas que habían transcurrido. Se hospedaba allí, en el Ganges View, aunque en una habitación de la planta baja. Hasta que hubiera disponible una opción mejor, tuvo que instalarse en una celda sin ventanas de la parte de atrás del hotel («en trasero», como dicen en la India). Pedimos té negro y hablamos de dónde había estado él y de lo que había ocurrido durante su ausencia. Era como si estuviéramos en un restaurante de su polvoriento pueblo natal del mediooeste y él se hubiera aventurado a recorrer el vasto mundo mientras yo me quedaba allí, poniendo gasolina o trabajando en una ferretería.

En el camino de vuelta a Benarés había pasado por Bodhgaya, donde Buda había alcanzando la iluminación. Darrell tenía intención de quedarse cinco días, pero solo había durado una noche. A nivel de vibraciones, era uno de los lugares más intensos en los que había estado, y estaba deseando marcharse. En Bodhgaya todo el mundo era monje o mendigo o turista, y había muchos de cada clase. En la ciudad había ventanillas, dijo, donde te daban noventa monedas de una rupia a cambio de un billete de cien para que tuvieras algo que dar a noventa mendigos, una cantidad del todo insuficiente para moverte por el lugar.

—Lo que me gustó —dijo— fue que el margen de beneficio era muy fácil de calcular.

—Ojalá hubiera sabido que ibas a venir —dije—. Te habría pedido que me

trajeras monedas. En la India nunca se tiene suficiente cambio. Podrías haberte quedado con una parte como compensación. Otro diez por ciento.

—El problema es que el diez por ciento de noventa es nueve. Entonces los cálculos se complican. Ahora nos quedan ochenta y una rupias.

—Y a mi modo de ver, el trato empieza a ser menos atractivo. Tal vez tendrías que conformarte con solo un cinco por ciento.

—¿El cinco por ciento de noventa? Me costaría calcularlo.

—Es cierto. Nos estamos metiendo en el terreno de las fracciones.

Era una charla sin importancia, pero era la primera conversación de ese tipo que había mantenido desde hacía mucho tiempo, la primera vez que podía hablar con alguien que tenía una percepción instintiva de un tipo de aritmética que a la gente normalmente le costaba entender: que es posible ser cien por cien sincero y cien por cien irónico al mismo tiempo. Esa era la clase de conversación que me hacía sentir como en casa. Hacía que pensara que, pese a haber dicho que no me sentía solo, había vivido una época solitaria.

Desde el día que Darrell volvió, mi estancia en Benarés se vio sutilmente alterada. Y nuestra estancia, a su vez, se vio totalmente transformada por la llegada poco después de Laline. Viajaba sola, era hermosa, cordial, india (nos lo figuramos; parecía india y la oímos hablar en hindi con Shashank), y Darrell y yo cenamos con ella su segunda noche. Tenía el pelo largo y moreno. Llevaba gafas de carey, camiseta y pantalones blancos, y una chaqueta de punto azul. Había un nerviosismo superficial en su comportamiento —sus ojos se paseaban por la estancia, se rascaba distraídamente el antebrazo— y, sin embargo, parecía totalmente serena. Era originaria de Bangalore, se había mudado a Londres con sus padres a los cinco años y se había criado en Hounslow. Durante su viaje, había estado en Bangalore y Hampi (Darrell también había estado allí) y, más recientemente, en Lucknow, donde había un interesante museo.

—Que yo sepa —dijo Laline—, es el único museo del mundo donde para

pasar tienes que comprar la entrada del zoo.

Nuestra amistad con Laline se vio acelerada por un incidente relacionado con otra recién llegada. Se llamaba Francesca, era italiana, y nuestra cena con ella estuvo dominada por un largo debate sobre el islam y las mujeres que elegían llevar velo. Francesca se oponía rotundamente al velo. Laline también, y Darrell y yo también, de modo que no abordamos el polémico tema desde puntos de vista extremadamente polarizados o desde culturas radicalmente distintas. No, el motivo por el cual el debate duró tanto se debió únicamente a la forma en que Francesca pronunciaba «velo». Para ella, era terrible la obligación de llevar velo. El velo era un símbolo de la subordinación absoluta de las mujeres. En lugar de corregirla, Darrell, Laline y yo empezamos a hablar del velo, buscando formas de alargar el debate.

—Entonces, ¿no creéis que el velo es una cuestión de gusto personal? —preguntó Darrell.

—Evidentemente, el velo es una cuestión ética —dije yo.

Cuanto más duraba la conversación, más difícil resultaba no reírse. Al final, Laline dijo:

—Es terrible, desde luego... —Estaba a punto de morirse de risa y le costó tanto terminar la frase que tuvo que empezar de nuevo—. Es cruel, desde luego... De hecho, ni siquiera sé por qué venden velo en las papelerías.

Se produjo un breve momento de calma antes de que los tres prorrumpiéramos simultáneamente en carcajadas. Una vez que sucumbimos a aquella risa largamente aplazada, nos resultó imposible parar. Francesca se quedó inmóvil, perpleja y confundida, esperando una explicación que éramos incapaces de darle sin intensificar la hilaridad de la situación. Cuando por fin llegó la explicación —de boca de Laline—, Francesca se lo tomó bien, pero el daño ya estaba hecho: nos habíamos conjurado contra la recién llegada, la habíamos excluido y nos habíamos reído —de una forma monstruosa y ávida que rápidamente había escapado a nuestro control— a costa de ella. Francesca

no tenía pensado quedarse mucho en Benarés, y la broma del velo y el celo no la animó a alargar su estancia.

Laline, al igual que Darrell y yo, no tenía planes de ir a ningún otro sitio. Aquello fue una gran noticia para mí. Si has pasado mucho tiempo solo, conocer a gente que te cae bien puede ser tan emocionante como enamorarte. Darrell me había caído bien desde el momento en que lo había conocido, pero ahora las cosas eran todavía mejores por el simple hecho de que éramos tres. Nunca he disfrutado del toma y daca de ver a los amigos de uno en uno. Si solo sois dos, siempre hay algo que desvía la conversación hacia una charla íntima; el objetivo no es levantar el velo que cubre una verdad oculta pero esencial, sino hacer que la bola siga rodando. En un trío, los tres sois la bola y esta nunca deja de rodar. Y como todos nos hospedábamos en el mismo hotel, nunca nos citábamos; nos encontrábamos en los *ghats*, en el Lotus Lounge o, en su defecto, en la terraza del Ganges View. De modo que nuestra amistad tenía el carácter de un accidente feliz, constantemente renovada y prolongada.

Entre los viajeros existe la convención de no preguntarse entre ellos cómo se ganan la vida. De resultas de ello, uno se vuelve extremadamente curioso, tratando de hacer una extrapolación a partir de cómo son ahora a lo que hacen o lo que hacían en casa. (No recuerdo cómo me enteré de que Darrell era diseñador industrial, y, como no sabía lo que eso significaba, me quedé igual de todas formas.) Laline era la excepción a esa regla, y ya al tercer día reveló que trabajaba en la televisión para una productora y que se había tomado una temporada libre para viajar a la India. Después de pasar una mañana en los *ghats* y los callejones, se le había ocurrido una idea para hacer una serie de seis episodios.

—Es un reality show —dijo—. Alguien de sanidad es enviado a Benarés para hacer cumplir las normas del Reino Unido. En el primer episodio vemos cómo se ocupa de sus asuntos, hace inspecciones, etcétera. Luego, durante los otros cinco, vemos cómo se viene abajo.

Los tres estábamos en la terraza bebiendo cerveza antes de cenar. Entrechocamos nuestros vasos. Les conté mi idea de *Viaje mortal en Benarés* y volvimos a entrechocar los vasos. Probablemente la Compañía de las Indias Orientales había tenido un modesto comienzo similar. El paso de beber un par de botellas de Kingfisher a la fundación del Imperio británico —un sendero de explotación y acumulación— parecía históricamente inevitable.

En un caso parecido de ingenuidad empresarial, habíamos descubierto un sitio junto a Shivala Road donde podías comprar una botella de cerveza por setenta rupias. En el hotel cobraban doscientas rupias, un aumento totalmente razonable. Debido a los numerosos templos de la zona, no se permitía vender alcohol en ningún sitio cerca de Assi, de modo que toda petición de alcohol suponía un encargo especial. Aun así, tres cervezas por el precio de una era una oferta imposible de resistir, de modo que cuando Darrell y yo encontramos aquel establecimiento, nos pareció lógico comprar en grandes cantidades. Nos tropezamos con él por casualidad, atraídos por una melé de cuerpos que parecía que estuvieran comprando crack. En realidad, estaban adquiriendo botellas de alcohol fuerte a través de una diminuta abertura en una rejilla de seguridad cuidadosamente protegida. Al lado estaba la tienda hermana, un establecimiento menos fortificado y más tranquilo donde vendían cerveza. Al día siguiente por la tarde compramos diez cervezas grandes cada uno, volvimos al hotel haciendo ruido en un carrito tirado por un hombre y las guardamos en nuestras respectivas neveras. A ese precio, podíamos vender cerveza a los huéspedes por el doble de lo que pagábamos y aun así ofrecerla más barata que en el hotel por sesenta rupias. Una vez que tuviéramos el chanchullo en marcha, podríamos pasar a otros negocios sucios.

—Juego.

—Barcas.

—Droga.

—Putas.

—¿Caléndulas? —preguntó Laline dulcemente.

—A la mierda con las caléndulas, tía. Incineraciones: ahí es donde está la pasta gansa en esta ciudad.

Otro vínculo existente entre los tres era nuestra aversión hacia los pies negros que se congregaban en los escalones que había por debajo del *ghat* de Assi. A veces los veíamos andando hacia el lugar donde se hospedaban o volviendo de él, pero la mayor parte del tiempo lo pasaban en aquellos escalones. Caminaban despacio, poco a poco, como si la idea de darse prisa o la urgencia fueran una señal de estar atrapados en una versión inferior de su encarnación actual. A partir de los *sadhús*, habían desarrollado la farsa según la cual la vacuidad se podía interpretar como una forma de conciencia superior, la memez como sabiduría, y un estado próximo a la catatonía como iluminación. El hecho de estar colocado resultaba de ayuda, por supuesto, y, aunque nunca los veíamos fumando, cabía suponer con bastante seguridad que se pasaban todo el día colgados.

Una de las mujeres era extremadamente atractiva, o lo hubiese sido si no fuese por la manta sucia y el aire de miseria refinada de los que no se desprendía. Tenía unos ojos luminosos, la piel color aceituna, rastas (naturalmente) y unos tobillos delicados. Si se hubiera lavado el pelo y se hubiera puesto un poco elegante —no con ropa de diseño; simplemente con el atuendo limpio e informal del viajero internacional—, habría resultado tremendamente deseable. Ataviada de ese modo habría conservado el rasgo salvaje que en ese momento desbancaba a los demás. Solo hacía falta un pequeño esfuerzo de imaginación para visualizarla como una estudiante de la Universidad de Nueva York, una judía adinerada y consentida que hacía yoga, comía solo vegetales y no tenía miramientos con el sexo anal. Una vez hecho ese ejercicio, me di cuenta de que me había equivocado con respecto a su

rasgo salvaje, pues no había nada salvaje o silvestre en ella. Tenía un aspecto sucio, sí, pero su principal rasgo era de obediencia, de sumisión. Poseía el rasgo ligeramente bovino del convertido a un culto: feliz, satisfecha, totalmente aquiescente con la identidad que había adoptado.

Es revelador de nuestra relación que yo le contara todo eso a Laline; de hecho, fue a ella a la que se le ocurrió el chiste del sexo anal. Éramos amigos; nuestra intención era entretenernos el uno al otro. Ella era extremadamente atractiva, pero solo éramos amigos, de la misma forma que lo éramos Darrell y yo; pero no de la misma forma que lo eran ella y Darrell, según resultaron las cosas.

Existen ciertos hombres que, sin hacer el más mínimo intento por atraerlas, siempre parecen tener novias guapas. Simplemente ocurre. No me refiero a los hombres ambiciosos y de éxito para los que conseguir lo que quieren es algo natural, los que consiguen a las mujeres como parte de una rapacidad general. No, la clase de hombre en la que estoy pensando carece de empuje y ambición. Esa falta de esfuerzo, esa ausencia de la más mínima agresividad tanto en la esfera mundana como en la romántica, seguramente forma parte de su encanto.

Salvo en una ocasión —tan excepcional que me había hecho sentir una persona distinta—, yo nunca había tenido esa actitud de «Si pasa, pasa» que casi parece garantizar que pasará algo. Sin el deseo —o tal vez «ambición» sea una palabra más acertada— de resultar atractivo, sin cultivar todas las cosas que me hacían atractivo para las mujeres, no era atractivo para ellas. Y eso también es válido para la mayoría de los hombres. Lo que deja una pequeña minoría relajada, a menudo con talento para el yoga, no especialmente divertida, normalmente carente por completo de vanidad, hacia la cual se dirigen las mujeres hermosas. Darrell era así, con el considerable beneficio adicional de tener sentido del humor. Lo único de lo que carecía —una carencia tan importante que parecía minar aquella idea mía— era de... una novia.



Me parecía un hombre de trato fácil. Me gustaba pasar tiempo con él. Me lo pasaba bien en su compañía. Sabía que a los ojos de una mujer eso se podía interpretar fácilmente como que lo deseaba. Y Laline también lo sabía. De modo que pude observar mi teoría hasta que demostró ser acertada.

Si Darrell era un tipo de hombre que siempre me había fascinado, Laline era el tipo de mujer de la que me había enamorado con frecuencia. Era divertida. Tenía el pelo largo y oscuro. Hacía que la ropa barata y anodina que llevaba pareciera hecha por un diseñador cuyo nombre sería conocido al cabo de unos años para los londinenses y neoyorquinos sofisticados. Tenía ligereza de espíritu. Siempre trataba a todas las personas con las que se relacionaba — conductores de rickshaw, camareros, otros huéspedes— de forma considerada y paciente. Su relación con el mundo era totalmente antijerárquica. Recordaba los nombres de todos los muchachos que trabajaban en el hotel, charlaba con ellos en hindi (que, nos dijo, no era tan fluido como imaginábamos). Era hermosa, pero yo carecía de todo lo que podría haberme hecho atractivo a sus ojos, parte de lo cual era la urgencia por resultarle atractivo. Uno de los motivos era que ella y Darrell se atraían de forma evidente.

Resulta curioso cuando dos personas se atraen, cuando pasan de gustarse a desearse: es algo tangible. Se puede ver y percibir como una fuerza tangible, una especie de gravedad. Incluso cuando estaban hablando en la mesa el uno frente al otro, sin tocarse, se tendían los brazos el uno al otro. Cuando hablaban, sus labios estaban a punto de tocarse únicamente por medio de las palabras que usaban. Yo miraba. No me importaba.

El Ganges View tenía una buena colección de cedés de música clásica india que se podían poner en el pequeño reproductor del comedor. Poco a poco, Darrell los grabó en su ordenador portátil, y algunos los descargó a mi iPod. Aquello supuso un gran progreso, y no solo por la cantidad de música a la que

me vi expuesto.

Todas las mañanas me encontraba en los *ghats* con personas situadas de cara al sol naciente, tanto indios como viajeros, meditando o haciendo yoga. No es de extrañar que el yoga y la meditación florecieran allí. Se trataba de una necesidad evolutiva: una forma de conseguir un poco de paz y tranquilidad. El único lugar al que podías ir estaba dentro: tenías que entrar para dejar el exterior fuera, para mantenerlo a raya. Al desconectar, te podías quedar a solas unos veinte minutos. Y como esos veinte minutos eran tan agradables, el siguiente paso lógico era llevarlo más lejos e intentar flipar para siempre, con el fin de contemplar el mundo exterior únicamente como una distracción y una intromisión irritante.

Como no practicaba la meditación ni era aficionado al yoga, empecé a usar mi iPod para conseguir un efecto similar: escuchar música como forma de mantener el estruendo de la India a raya. No siempre daba resultado. Cuando paseaba, aislado con mis auriculares, sordo a las ofertas de barcas, tenían que llamarme la atención de otras maneras: con empujones, tirones y golpecitos. Para evitar que me preguntaran si quería una barca, tomaba una barca. Un viaje de una hora: perfecto para abandonarte a un *raga*. Sin embargo, a los pocos minutos, cobraba conciencia de que los labios del barquero se estaban moviendo. Optar simplemente por no hacerle caso era de mala educación. Me quitaba los auriculares. Todos los barqueros, por limitado que sea su inglés, también quieren hacer de guías. De modo que él señalaba el letrero en el que ponía «*ghat* de Jain» y decía «*ghat* de Jain». Yo sonreía y me volvía a poner los auriculares. La pauta se repetía en todos los *ghats*. El letrero era señalado y su nombre pronunciado. Yo renunciaba a la música y me quedaba en la barca que únicamente había tomado para escuchar música, dejando que él recitara los múltiples nombres de los *ghats*.

Sin embargo, cuando surtía efecto, era maravilloso, como vivir en una campaña publicitaria diseñada para expandir la marca Apple a una esfera

todavía virgen del inconsciente global (es decir, el mercado). Un día, mientras la barca pasaba por delante de los *ghats* cada vez más oscuros, quedé cautivado por el reflujo y el sollozo del *sarangi*. Sultan Khan estaba tocando el *raga Yeman*. La corriente era lo bastante fuerte para que el barquero solo tuviera que gobernar la embarcación. Estaba anocheciendo. Las velas flotaban junto a la barca. La otra orilla había desaparecido. Las estrellas estaban a punto de salir. La ciudad se curvaba a lo largo de la orilla oeste del río. Podría haber sido la costa de cualquier zona turística famosa —Amalfi, por ejemplo— durante un apagón; tan solo unas cuantas luces en las casas equipadas con generadores, pero con las incesantes hogueras del *ghat* de Manikarnika a lo lejos. Arrastrados por el *sarangi* y luego animados por la *tabla*, pasamos junto a un gato muerto que flotaba en el agua como un leño oscuro.

El estado de los perros de Benarés era motivo de una constante fascinación teñida de horror para todos los visitantes. Pero en una ciudad llena de perros sarnosos, había uno que era indiscutiblemente el más sarnoso, el peor. Vivía cerca de Manikarnika y estaba cubierto de llagas que le impedían quedarse quieto. En lugar de ello, ideaba ingeniosas formas de rascarse varias partes del cuerpo. Con «varias partes» quiero decir todo el cuerpo. Incluso tenía el rabo en carne viva. Haciendo uso de una forma de *kundalini yoga*, se cogía el rabo con la mandíbula y se lo pasaba entre los dientes como si intentara despellejarlo. La cabeza y las orejas se las rascaba con una pata trasera. El lomo se lo frotaba contra el escalón que tenía debajo. Su existencia era un espantoso Samsara consistente en notar picor y rascarse, notar picor y rascarse, notar picor y rascarse. El pelo le había desaparecido por completo en algunas partes, dejando grandes zonas de piel rosada de aspecto terriblemente humano. Era como si se hubiera producido una reencarnación

chapucera, como si el perro estuviera destinado a convertirse solo en parte en el humano que había sido, o viceversa. Y, de ese modo, su considerable tormento físico llegaba a parecer la manifestación de algo mucho peor: la enfermedad psicológica de verse suspendido entre dos vidas, entre dos especies.

Los monos, por contraste, estaban totalmente a gusto en su pellejo, en armonía con su condición de monos. Un día iba paseando con Darrell y Laline cerca del *ghat* de Munshi cuando una manada de ellos apareció como una pandilla diabólica.

—Grupo salvaje —dijo Darrell.

—El amanecer de los vándalos —dije yo.

—El regreso de los reprimidos —dijo Laline.

Eran todas esas cosas. Eran lo contrario de dioses, pero uno de ellos era un dios. Yo había visto su masa anaranjada, al borde de la abstracción, en su santuario azul del *ghat* de Munshi. Los tres nos apartamos y dejamos paso, mientras los monos avanzaban dando brincos, arrancaban algunas prendas de ropa que estaba colgada secándose y luego trepaban los escarpados muros de un edificio. Era como si el torneo hípico del Grand National se hubiera trasladado a otra especie animal y hubiera sido llevada hasta extremos vertiginosos. Varios monos se cayeron, pero todos se pusieron a saltar de nuevo y prosiguieron con su barahúnda.

—Es como *Las arenas del Kalahari* o algo parecido —dijo Darrell, aunque en cierto modo no era así.

Todo el mundo estaba de acuerdo en que los monos eran peligrosos; nadie proponía nunca hacer algo con ellos, y menos aún aniquilarlos, exterminar a aquellas bestias. Si se produjera una guerra total, solo podría haber un vencedor; de ese modo, en una guerrilla, ellos nos acosaban y ganaban pequeñas y constantes batallas, normalmente relacionadas con los plátanos. Aunque los monos tenían mala fama, jamás he visto a nadie resultar

directamente herido —atacado, arañado o mordido— por uno de ellos. Aparte de contribuir al clima general de enfermedad, animaban el lugar un poco, aunque si hay algo que Benarés no necesita es animación.

Desde que los había visto intentando robarle la guía de carreteras sagrada, los monos habían quedado hermanados en mi cabeza con el santón que rezaba junto al escenario de la película. Y entonces, pocos minutos después de que los monos hubieran desaparecido, volvimos a encontrarnos con él en el *ghat* de Tulsi. Tenía unos terribles problemas de voz. Apenas podía hablar. Laline dijo que su incapacidad seguramente se debía al esfuerzo llevado a cabo durante la furiosa discusión —relacionada con el dinero, naturalmente— en la que ella lo había visto participar. Fuera cual fuese el motivo, ese día tenía la voz áspera y ronca. De vez en cuando tosía, una invocación al dios calmante Strepisils. Las personas que lo escuchaban apenas oían una palabra de lo que decía, pero no importaba porque no estaba empleando palabras: las había sobrepasado hasta alcanzar un nivel post o preverbal de carraspeos, gruñidos y graznidos. No parecía que estuviera diciendo nada bonito. La iluminación que había recibido y que estaba transmitiendo a los demás parecía de carácter severo y siniestro. Lo normal, posiblemente: haced esto, no hagáis lo otro. O tal vez estoy siendo injusto. Tal vez contaba historias que trataban sobre la necesidad de portarse bien con los animales y las esposas y no guardar rencor para no reencarnarse en un montón de termitas. O tal vez estaba contando la historia de su vida, de lo que lo había llevado a tener la voz tan ronca. Pese a ser una sombra de su antiguo yo retórico, seguía siendo una figura venerable, capaz de tener efecto en la gente, de llamar la atención frente a la competencia, no toda ella ceremoniosa.

Como los pies negros, por ejemplo, que estaban invitando a todos los interesados —y a bastantes que no lo estaban— a una de sus supuestas actuaciones en Assi. La mujer que me gustaba un poco —la mujer que, en circunstancias totalmente distintas, me habría gustado— participaba

vagamente en la actuación, aunque no estaba haciendo nada. Llevaba el pelo recogido con una cinta oscura. Tenía un piercing dorado en la nariz, labios carnosos y ojos de color marrón oscuro. Uno de sus amigos estaba tocando un instrumento de tres cuerdas que no reconocí pero que, evidentemente, tenía un registro técnico y expresivo tan limitado que se podía manejar en diez minutos y dominar en una hora. En un momento determinado, le pidió que le pasara su bolso. Empleó su nombre: Isobel. Para mí, ese fue el momento destacado de la actuación, lo único que hizo que el precio de la entrada libre valiera la pena. El bolso tenía bordados amarillos y negros, y estaba decorado con espejos del tamaño de monedas de diez centavos, que se iluminaron cuando ella se lo entregó con destellos de pelo, rostro y cielo. Tenía los dedos largos, sin anillos.

Otro tipo estaba tocando un *didgeridoo*. Otra pareja tocaba diferentes tambores, pero no la *tabla*, cómo no; la *tabla* es complicada. Habían congregado a una multitud, pero en la India eso no es indicio de la más mínima habilidad rudimentaria. Es decir, estaban en la India, y la India es una multitud. Había muchas personas a su alrededor y, mientras miraran en dirección a los pies negros, constituían su público.

Así que Isobel...

También había conciertos de verdad. Uno de ellos se llevó a cabo en una gran carpa situada detrás del *ghat* de Tulsi, iluminada con fluorescentes blancos y verdes. Lal, Darrell y yo nos sentamos cerca de uno e inmediatamente deseamos no haberlo hecho. Las luces atraieron a un terrible enjambre de bichos. En previsión del concierto, todos habíamos pillado un ciego de antemano y eso intensificó el horror del tormentoso enjambre. Nos colocamos en unos asientos más apartados y una vez allí nos pusimos cómodos y contemplamos cómo el siguiente grupo de infelices era acosado a su vez por el

enjambre.

El público no podría haber sido más diverso: indios y occidentales, sijs, musulmanes e hindúes, hombres y mujeres, personas jóvenes, viejas e increíblemente viejas, posiblemente incluso inmortales. Divisé a Ashwin y nos saludamos con la mano como si estuviéramos en el siglo XIX y nos encontramos en La Scala para ver una ópera. No había rastro de Isobel. El hecho de estar colocado pudo haber tenido parte de culpa, pero era consciente de que esa ocasión era importante para Darrell y Laline y su relación. En varios sentidos —todos ellos, aparte del hecho inevitable de su conocimiento mutuo de la música clásica india, infinitamente discretos—, estaban más el uno con el otro que conmigo. Ese mismo día, cuando volvía de Manikarnika en barca, había alzado la vista hacia la terraza del Lotus Lounge y los había visto allí abrazados. Mientras la barca se ocultaba río arriba, había levantado la vista de vez en cuando como un pervertido de una novela de Henry James, aliviado de que no hubieran visto que los había visto.

En el centro del escenario había una alfombra, tan llena de color como el suelo de un bosque en otoño. Las guirnaldas de flores y las pinturas de Shiva del fondo del escenario añadían más color, bañadas de la luz cálida de las velas. El concierto se vio precedido por una larga serie de discursos y elogios en los que varios estudiosos y gurús fueron presentados al público. Nadie mostró la más mínima señal de impaciencia por pasar al objetivo simbólico de la velada: escuchar música.

Cuando los músicos ocuparon el escenario, Laline —sentada entre Darrell y yo— nos advirtió de que ese detalle no debía interpretarse como una señal de que la música fuera a dar comienzo de forma inminente. Ponerse cómodo llevaba un tiempo. La cantante lucía un sari verde apagado. Debía de tener sesenta años y poseía un aspecto imponente, severo, altivo. Supervisó la afinación de la *tampura*, bebió agua a sorbos sin dejar que la botella le tocara los labios y permaneció a la espera. Se afinó el *sarangi* (no era moco de pavo;

aprender a afinar el *sarangi* lleva más tiempo que aprender a tocar la mayoría de los instrumentos) y también la *tabla*. O al menos eso parecía. Pero no eran los instrumentos los que estaban siendo afinados, susurró Laline; eran los músicos, que se estaban afinando y ajustándose al *raga*. A continuación, la cantante presentó la primera canción.

Unos minutos después de que empezara a cantar, se transformó. Era como oír a una chica morena y hermosa como las *gopis* a las que Krishna había espiado desde su escondite en la copa de un árbol. Yo no tenía ni idea de lo que estaba cantando, ni siquiera sabía cuándo las palabras dejaban de ser palabras y se convertían solo en sílabas y sonido deslizante. La mujer alzó las manos en el aire por encima de ella como si las notas se estuvieran elevando y fueran a permanecer allí si eran acariciadas sin parar, una y otra vez. Los entendidos en música hablan de la afinación perfecta, pero su voz me hacía pensar en la postura perfecta: el pelo largo y liso como una espalda flexible; los pies descalzos moviéndose con tal ligereza que apenas tocaban el suelo. Su voz hacía pensar en una devoción absoluta; entonces la nota se estiraba todavía más, más allá de la última, hasta que te preguntabas lo que tendrías que hacer para ser digno de tal devoción, de tal amor. Tendrías que ser esa nota, no el objeto de devoción sino el devoto. Su voz se deslizaba y bajaba en picado. Era como esos momentos perfectos de la vida en los que se hace realidad lo que más deseas, y al hacerse realidad cambia (en ese caso cambió y se convirtió en sonido): cuando vislumbras en un lugar público a la persona que más ganas tienes de ver y no te sorprende; la pauta del azar, cuando la casualidad entra en el destino. Las notas se estiraban al máximo y luego un poco más; continuaban, en alguna parte, mucho después de que pudieran ser oídas. Y siguen allí incluso ahora.

Laline y yo caminábamos por el *ghat* de Mahanirvani a la luz cada vez más



tenue. Las primeras velas estaban flotando río abajo. Se estaba jugando un partido de críquet. Nos quedamos a ver un par de lanzamientos y estábamos a punto de marcharnos cuando el bateador golpeó la pelota y la lanzó a lo alto. Venía en dirección a mí, un metro por encima de mi cabeza, hacia el Ganges. Salté y la atrapé con una mano. La pelota chocó contra mis dedos con un tacto húmedo y se quedó allí. Desde el punto de vista mítico, había cogido un cometa del cielo y lo había parado en seco. Incluso entonces, un martes por la tarde, a la luz tenue, era una parada espectacular. Laline, los jugadores y los espectadores dispersos prorrumpieron en vítores y aplausos. El bateador estaba aplaudiendo. Levanté los brazos hacia el cielo, sin soltar la pelota sucia, disfrutando de la merecida ovación. Luego devolví la pelota al lanzador y seguimos caminando hacia el Ganges View.

Me alegré de que Laline hubiera estado allí para presenciar y corroborar mi hazaña. No basta con realizar una acción divina. Debe ser vista; a ser posible, por los dioses. No estaba seguro de hasta qué punto el *darshan* era una idea recíproca. Naturalmente, los dioses tenían que ser vistos, pero ¿también les gustaba que los miraran? ¿Eran también espectadores? ¿Nos miraban con todo el amor y el temor con el que nosotros —o algunos de nosotros— los contemplábamos a ellos? Si era el caso, la anterior comparación con Beckham y la fama era desacertada. Y es que lo único que los famosos no tienen libertad para hacer es mirar. Las gafas de sol tras las cuales están obligados a esconderse son la expresión simbólica de la ceguera a la que se ven condenados por ser el blanco de las miradas. El primer día que había estado en los *ghats* me había sentido como un miembro de la familia real de visita y, cada vez más durante las semanas siguientes, como un objeto de constante curiosidad y escrutinio. Puede que los haya despreciado, puede que no haya hecho nada para merecer tal atención, pero era algo que tenía en común con los pies negros. Había muchas cosas que ver, había más cosas que ver en diez minutos allí, en el divino Benarés, que en una semana en el impío Londres,

pero uno se planteaba dos veces hacer ciertas cosas o ver ciertos lugares debido a la increíble conmoción que generaban. No estoy siendo vanidoso ni iluso. Había ocasiones en las que la simple tarea de intentar tomar un rickshaw provocaba una guerra de ofertas. Una visita al templo de Durga había hecho que una rutinaria excursión resultara más fastidiosa de lo que merecía.

El templo estaba a tan solo diez minutos de paseo desde el hotel, se hallaba pintado de rojo intenso y era tan inconfundible que costaba creer que se tardara tanto en encontrarlo. Dentro del recinto del templo había un letrero que indicaba que a los caballeros que no eran hindúes se les prohibía entrar en el templo. Era decepcionante, pero inmediatamente me aseguraron que no había problema y que podía entrar. Lo único que tenía que hacer era descalzarme. La persona que me lo dijo afirmaba que era un sacerdote, un brahmán, pero parecía y se comportaba más como un conserje. Un conserje al que habían despedido o dejado sin trabajo años antes, pero que había seguido yendo en busca de trabajo porque no tenía otra cosa que hacer ni otro sitio a donde ir. Antes de enseñarme el templo del interior, me llevó a un pequeño y pestilente santuario. Me embadurnaron la frente de pasta. Luego apareció otra persona, otro conserje-sacerdote que, pese a mis protestas, insistía en ponerme una guirnalda de caléndulas alrededor del cuello: el origen, según advertí, del pestilente olor. Parecía que hubieran sido adobadas con orina y dejado pudrir varios días. A cambio del privilegio de tener aquella cosa hedionda alrededor del cuello, yo debía pagar, naturalmente. Solo llevaba un billete de cien rupias, pero logré que me dieran cincuenta rupias de cambio: un logro considerable en una situación en la que no solo no se dispone de cambio sino que es prácticamente inconcebible. Los dos conserjes-sacerdotes-timadores me indicaron que debía colocar la guirnalda en el *lingam*, lo que hice gustosamente. Me alegré de librarme de aquella cosa apestosa. Entonces empezaron a conducirme al auténtico templo, pero, ansioso por evitar los horrores y problemas que me esperaban dentro, me puse las sandalias y

escapé.

Todo lo relacionado con aquella experiencia había sido repugnante. El cuerpo se me quedó impregnado del olor a podrido de las caléndulas; el olor, pensaba para mis adentros mientras volvía al *ghat* de Assi, de una religión primitiva, oscura y malsana. Era ridículo aspirar a la mentalidad que permitía ver esos rituales como sagrados. No, esa era una fase por la que acababan pasando las especies. Era como acceder a una parte recóndita de la psique humana. Y si yo pensaba eso ahora, ¿qué debía de haberles parecido a los misioneros que habían llegado allí portando el mensaje del cristianismo — limpio y sangriento, aburrido como un domingo en Gales— en el siglo en el que habían llegado? Los idólatras con sus galimatías y sus *puja* debían de parecer poco menos horripilantes que apaches con pinturas de guerra y cueros cabelludos de rostros pálidos colgando de sus monturas.

En el *ghat* de Vats Yaraj había un letrero en el que ponía AMO MI INDIA. A menudo me apetecía gritar «¡Yo también!», pero después de la visita al templo de Durga me cagaba en todo. Literalmente. Había pillado algún tipo de virus y constantemente tenía que volver disparado al hotel para usar el váter. No era nada serio comparado con lo que estaban sufriendo algunos turistas. Los huéspedes del hotel estaban cayendo como moscas. A decir verdad, no es la expresión correcta, porque las moscas proliferaban. ¿Cómo no iban a hacerlo? Cuando era adolescente, se habían puesto de moda las camisetas y los pósters ofensivos que rezaban: «Come mierda; diez millones de moscas no pueden estar equivocadas». Tal vez los pósters tenían su origen allí, pues en la ciudad de la luz (como se llamaba antiguamente a Benarés) había mierda por todas partes. Todo tipo de mierda: animal (mono, cabra, vaca, búfalo, perro, pájaro, burro, gato, ganso), vegetal (las caléndulas abandonadas formaban una masa hedionda) y (por último, pero no por ello menos importante) humana. En ciertos lugares auspiciosos seguramente también había mierda de dioses. El *ghat* de Prahu, donde las *dhobis* golpeaban la ropa, también hacía las veces

de retrete por defecto. Era horrible andar por allí. Las imágenes penetraban en tus globos oculares; y la peste, en tus fosas nasales. Me apetecía escribir un letrero al lado del que decía AMO MI INDIA: «Pues si tanto la amas, no cagues por todas partes». Seguro que a todo el mundo le interesaba que se introdujera una ley que impidiera a la gente cagar en los *ghats*. Seguro que, por muy pobres o ignorantes que fueran las personas, se les podía enseñar a no cagar en medio de lo que era la avenida de la ciudad. Antes de poder hacerlo, por supuesto, tenías que asegurarte de que había alternativas, de que había servicios para que cagaran. Seguro que no había nada más importante, nada más básico que eso. (En Benarés, un lugar donde nada se podía entender con seguridad, los pensamientos de una persona —la indignación, la irritación, el ultraje de una persona— empezaban infinidad de veces por la expresión «Seguro que».) De un modo u otro, por mucho que te lavaras las manos, te taparas la nariz y cerraras la boca, estabas destinado a ingerir mierda. ¿Cómo no se había establecido la relación entre enfermedad y excrementos? ¿Cómo una cultura a la que le horrorizaba la contaminación podía ser tan indiferente a la forma más ofensiva de contaminación? Por mucho que te esforzaras en conservar la salud, inevitablemente enfermabas. No había forma de evitarlo. Seguro que algo llevaba un virus dentro. ¿Cómo no iba a ser así, en una ciudad donde la mierda y los animales y los humanos se amontonaban unos encima de otros? Las revistas y los periódicos estaban llenos de artículos sobre la modernidad de la India —los bares y los clubes de Mumbai, la prosperidad de Chennai, Bangalore visto como el Silicon Valley de Oriente—, pero, aparte de los cafés de internet, allí había pocas muestras de ella.

Había días en los que me sentía como si me estuviera convirtiendo en el protagonista del programa de televisión que se le había ocurrido a Lal, días en los que pensaba que habría que arrasar Benarés y edificar encima en nombre de la salud y la seguridad, la higiene y el progreso. Fue uno de esos días cuando decidí coger el toro por los cuernos. Fui andando a la orilla del río,

me bajé la cremallera y meé en el Ganges. Eso es: meé en el Ganges. Estaba desesperado, tenía que mear, pero también era una protesta para poner de relieve lo absurdo de adorar un río que se contaminaba al mismo tiempo. Mear directamente en el río era más higiénico en todos los aspectos que mear —y cagar— en los *ghats* y dejar que los residuos desembocaran en el río. Era media tarde, no había nadie alrededor, pero mientras meaba —fue una de esas meadas épicas que parece que no van a acabar nunca— esperé que alguien lo viera y ocurriera algo, a que hubiera gritos seguidos de golpes, o golpes sin el aviso de los gritos. Pero no pasó nada. Nadie hizo nada. Si alguien lo vio —y debió de ser así; en la India es imposible hacer algo sin que alguien lo vea— y se ofendió (como debía de haber ocurrido), decidió dejarlo correr.

A pesar de que aquella meada me pareció interminable, fue breve comparada con la incesante, inexorable e imparable demanda de dinero. Todo intercambio social era un preludeo del comercio. Algunos intercambios sociales consistían exclusivamente en el comercio. En su nivel más rudimentario, un niño decía «Una rupia» a fin de que la demanda de dinero constituyera una forma de saludo. En el siguiente nivel, el saludo —*Namaste!*— venía seguido de la petición de dinero, o la oferta de un servicio. En otras ocasiones, unas cuantas frases de una conversación precedían a la oferta de servicios. Por lo general, cuanto más prolongado era el peloteo, más insidioso se volvía el trato (y siempre había trato). Estábamos charlando y un hombre me ofrecía una barca y decía «Ven», aunque no habíamos acordado ningún precio. De vez en cuando parecía que estabais manteniendo una verdadera conversación —sobre los lugares de interés, las personas a las que había que evitar, la mala gente que operaba en el barrio— hasta que al final se introducía el motivo transaccional. Los maestros de ese arte eran como músicos clásicos que extendían indefinidamente el *alap* y se dedicaban a desarrollar y explorar el *raga* sin indentificarlo con precisión hasta que su carácter se veía claro; solo que en este caso el *raga* era siempre el mismo: *raga* barca, *raga*

rickshaw, ambas variantes de *raga* rupia, uno de los pocos *ragas*, tal vez el único, que no estaban ligados a una temporada o un momento del día concretos. No, ese gran *raga* global se podía tocar constantemente, en cualquier momento, y era apropiado para todos los estados de ánimo. Resultaba muy decepcionante que las relaciones siempre tuvieran el mismo resultado: la gente quería tu dinero, y nunca con más claridad que en un templo. Eso hacía que acabaras viendo cualquier conversación, incluso aquellas —pues existían unas pocas— mantenidas sin ningún motivo oculto, con recelo. Yo intentaba abandonar las conversaciones a la más mínima ocasión, antes de que salieran a colación los temas de las barcas o las visitas a tiendas o fábricas. Evitaba mantener conversaciones. Evitaba mirar a la gente a los ojos. Miraba a cualquier parte para evitar quedar atrapado en la red de la transacción económica.

Esas decepciones me recordaban la época, cuando tenía treinta y tantos años, en que cometí el error de mudarme a Oxford unos cuantos años. Supuestamente, había una animada vida intelectual en algún lugar de la ciudad, probablemente detrás de los muros de las antiguas y venerables universidades, pero nunca entré en ese mundo y acabé languideciendo en los márgenes mordaces y vegetarianos de la sociedad. En Benarés debía de haber un mundo de poetas, intelectuales y pensadores, pero al no poder acceder —ni siquiera localizar— a ese sector de la sociedad, me quedé de mala gana en la eterna *jugalbandi* de la vida turística: «¿Barca, señor?». «No, gracias.» «¿Rickshaw, señor?» «No, gracias.» «Muy barato.» «No, gracias.» Occidente ante Oriente. Fusión: *raga* rupia; *raga* no, gracias.

Esa fase de irritación y fastidio alcanzó un punto crítico cuando estaba haciendo cola para usar el cajero automático del vestíbulo de un banco que había en el centro de la ciudad, un poco por encima de Dashaswamedh. Hacer

cola resultaba estresante debido al ruido, pero lo que lo hacía todavía más estresante era que, estrictamente hablando, no era una cola en absoluto, y al mismo tiempo no es que no fuera una cola. Podría haberme enfrentado a una auténtica batalla campal o a una muchedumbre, pero aquello tenía lo peor de los dos mundos: era una especie de cola en la que el principio de la cola ni se pasaba por alto ni se respetaba. El alemán que iba antes que yo había dejado colarse a varias personas. Del mismo modo que «cola» no es la palabra exacta para definir lo que estaba pasando, tampoco lo es «colarse». La gente no se colaba. De algún modo, simplemente se metían delante de él. Había un guardia en la puerta, pero no hacía nada. En realidad, no era más que una columna con un uniforme azul.

—Si deja que la gente se cuele así, nos vamos a pasar aquí el resto de la vida —dije al alemán.

Él se encogió de hombros. Me imaginé que no llevaba mucho tiempo en la India. Habían pasado otro par de minutos cuando un indio y su mujer llegaron y se colocaron delante de él. El alemán me miró, y yo di un golpecito al hombre en el hombro.

—Hay una cola —dije—. Y tiene que esperar en la cola.

Él no me hizo caso, por supuesto. Cambié de sitio con el alemán; en realidad, yo también me había colado delante de él.

—Hay una cola, y tiene que esperar en la cola —repetí—. Detrás de mí y detrás de este hombre y detrás de la gente que hay detrás de él.

Él sonrió y negó con la cabeza. El guardia estaba distraído. Su trabajo consistía en ser un guardia y estar allí con su uniforme azul. Sus responsabilidades no pasaban de ahí.

—Va a ir al fondo de la cola —le dije al hombre, que, después de haberse colado, había sacado su tarjeta y la tenía preparada—. Es inútil que saque la tarjeta. Todavía no ha llegado su turno.

—Tengo prisa, señor.

—Todo el mundo tiene prisa.

—Tengo prisa, señor. Iré rápido.

—Todo el mundo tiene prisa. Todo el mundo irá rápido. Pero nadie irá rápido si nadie espera su turno.

El hombre seguía delante de mí. Me abrí paso a empujones y me coloqué a su lado. Me estaba enfadando. Él estaba totalmente tranquilo, sonriente. Me aseguré de que mi cara esbozaba algo que se pudiera interpretar como una sonrisa.

—Tengo prisa, señor.

—Todo el mundo tiene prisa, señor. No va a entrar en el banco delante de mí.

—Señor, se lo estoy pidiendo.

—Pero yo no he accedido, señor, así que tendrá que ir al final de la cola.

—Señor, se lo estoy pidiendo.

—Y yo me niego rotundamente.

En otras circunstancias, puede que me hubiera cansado de aquello, pero llevaba demasiado tiempo en la India para saber que allí se puede repetir la misma situación ilimitadas veces. El hecho de que se haya aclarado un asunto no quiere decir que no haya que aclararlo otra vez y otra. Sin embargo, hay posibilidades de ampliar y modificar el asunto.

—Además, no accederé nunca —dije—. Nunca. ¿Lo entiende?

Él no lo entendía. La idea de una negativa rotunda sin posibilidad de recibir una exención especial no tenía sentido. El hombre siguió donde estaba. Nos encontrábamos a la misma altura. Físicamente, él no estaba delante de mí ni yo delante de él, pero para entonces yo había adquirido una decisiva ventaja psicológica. A mi rival no le interesaba el protocolo ni el principio que regía la cola. Solo le interesaba usar el cajero automático rápidamente. Eso era todo. Mientras que, para mí, mi lugar en la cola —en realidad, la existencia continuada de la propia idea y el principio de la cola— estaba en juego. Nada



me importaba más en la vida que no dejar que ese hombre se colara delante de mí. Había encontrado un motivo por el que podía morir. O matar.

—Señor —dije—. Míreme a los ojos. —Me quité las gafas de sol—. Míreme a los ojos y escúcheme.

Yo no tenía ni idea del aspecto que tenían mis ojos. Esperaba que el hecho de que fueran azules confiriera a la persona que miraba coléricamente a través de ellos un aire de resolución implacable y voluntad inquebrantable. En cierto sentido, no importaba, porque el intruso no los estaba mirando. Estaba mirando la puerta del banco y seguía sonriendo. Mi sonrisa se había convertido entonces en la mueca de la cabeza de un muerto, un rictus de ira inglesa contenida, el producto de años de veranos lluviosos, comidas campestres arruinadas, viajes en tren cancelados y derrotas en el desempate a penaltis.

—No va a entrar en el banco delante de mí. La única forma de que entre en el banco delante de mí es por encima de mi cadáver. ¿Lo entiende?

Llegó el momento crítico. La mujer gorda vestida con un sari que iba delante de nosotros estaba saliendo del vestíbulo. Antes de que hubiera salido del todo por la puerta, mi rival intentó pasar junto a ella, pero yo me metí entre los dos y me abrí paso de un empujón. Cuando él intentó entrar también, le cerré la puerta en las narices. Lo había conseguido. Eufórico y exultante, apreté el puño como un hombre que se ha salido con la suya, que ha logrado su objetivo, que ha vencido.

Introduje mi número secreto. Me temblaban las manos. Tal vez por ese motivo la máquina rechazó el número. Debí de introducir una clave equivocada. Lo intenté de nuevo, despacio, con cuidado, pausadamente. El banco rechazó la tarjeta por segunda vez. Y por tercera.

Todo lo que ocurre en la India es una parábola, aunque su significado no esté claro. En ese caso concreto, supuse que significaba que no existen las victorias pírricas; solo hay derrotas pírricas.

El hecho es que salí con las manos vacías y sin dinero. El hombre que había intentado colarse delante de mí entró después, impasible, impenitente y sin rencor. Su mujer estaba esperando fuera. El alemán también, pero no era el siguiente en la cola. Otra persona había conseguido colocarse entre él y la puerta.

—Es usted una maricona teutona —susurré al alemán antes de marcharme a grandes zancadas.

Tomé un rickshaw-bicicleta para volver al hotel. Mientras dábamos tumbos y nos bamboleábamos por las calles atestadas, me di cuenta de que, curiosamente, el episodio del banco me había devuelto el buen humor. Me reí a carcajadas al recordar la expresión de sorpresa del alemán cuando lo insulté. Me pareció admirable la forma en que el hombre que había intentado colarse se había ceñido a su plan con una sonrisa y había renunciado a dejar que algo se interpusiera en su deseo —en su descargo, debo decir que en ningún momento había intentado exigirlo como derecho— de conseguir su dinero rápidamente. Contemplado desde otro punto de vista, todo lo que la India tenía de irritante se convertía en motivo de placer e instrucción a una velocidad inverosímil. De repente, entendí por qué había habido algo extrañamente familiar, casi reconfortante, en la irritación que me había invadido las semanas anteriores: era como me sentía siempre en Londres, el marco por defecto de una vida en la que una constante llovizna de frustración, fastidio y viajes en metro a hora punta constituían la norma inadvertida.

Por todas partes había estruendo y bocinazos. El alboroto, el polvo y el ruido eran increíbles, pero ¿no era estupendo que hubiera un lugar en la Tierra donde el polvo, el alboroto y el estruendo proliferaran? Qué planeta tan limpio y aburrido sería si todo se convirtiera en una zona residencial de Estocolmo, donde los ciudadanos hacían cola pacientemente y los cajeros automáticos dispensaban billetes nuevecitos, de cantidades elevadas y a prueba de fraudes, donde no hubiera dioses con cabeza de elefante que se pasearan en ratón,

donde no hubiera mendigos agitando sus muñones vendados y manchados de pus delante de tus narices, ni conserjes que aseguraban que eran sacerdotes, ni vacas que abonaban las calles solemnemente, ni monos que se desmadraban, ni niños que sableaban rupias. Y en cualquier caso, bajo la irritación y el fastidio, uno sabía que la demanda de dinero era una expresión directa de la desigualdad de las relaciones económicas. Nosotros, los turistas, éramos enormemente ricos y ellos, los mendigos y los barqueros, los masajistas y los estafadores, eran de una pobreza insondable. El acoso era continuo, pero aun así voluntario, una tasa de lujo. No tenías por qué pagar. Podías negarte. Ellos harían oídos sordos a ese «no», pero si lo decías otra vez y otra, entonces... seguirían haciendo oídos sordos. Pero al final, después de la vigésima vez, lo acabarían aceptando. O eso o se habría convertido en un «sí». Dado el abismo que había entre lo que tú tenías y con lo que ellos se arreglaban, lo cierto es que era un milagro que no te robaran cada vez que salías del hotel, que no te arrancaran los pies para robarte las sandalias, que no te descuartizaran miembro a miembro y te comieran, o que no vendieran tu hígado para hacer comida para perros.

Mientras avanzábamos penosamente por Shivala Road vi a Isobel, vestida con una camiseta amarilla desteñida y unos tejanos, que se disponía a cruzar la calle cuando el rickshaw se le echó encima. Ella alzó la vista sorprendida. Yo le hice un gesto con la mano y sonreí —«¡Cuidado!»—, y ella sonrió y retrocedió. Era la primera vez que la veía sola y la primera vez que reconocíamos mutuamente nuestra existencia. En el hinduismo, el karma se desarrolla y evoluciona a lo largo de varias vidas, pero, con mi acelerada mentalidad occidental, era imposible interpretar ese encuentro fortuito como una señal de otra cosa que no fuera una restitución kármica instantánea. Hacía dos días —o media hora antes—, estaba tan peleado con el mundo que semejante encuentro no habría podido tener lugar. Y si lo hubiera tenido, me habría limitado a gruñirle; si ella se hubiera fijado en mí, solo habría visto una

cara ceñuda y familiar que se le echaba encima desde el puesto privilegiado de su rickshaw. Pero ahora, una vez recobrada la ecuanimidad, yo era una persona simpática y sonriente que se preocupaba por su seguridad.

Llegamos al *ghat* de Assi. Cuando me apeé del rickshaw, el conductor me dio un golpecito en la pierna y torció el pie hacia atrás para que se le cayera la sandalia, lo que dejó a la vista la planta de su pie. Tenía un agujero en carne viva en el puente del pie, como si lo hubieran crucificado, solo que el agujero no tenía sangre. Era blancuzco; una especie de llaga, posiblemente. Le di cien rupias, pero no mostró ninguna gratitud. ¿Quién podía culparlo? Para alguien cuyo trabajo requería pedalear todo el día, haciendo presión sobre el pie, aquello era un terrible suplicio. Pero no mucho peor —un poco mejor, de hecho— que otras de las dolencias, heridas y enfermedades que aquejaban a la gente del lugar. La cantidad de dolor, malestar y angustia que la gente era capaz de soportar rutinariamente sin quejarse, sin expectativas de mejora (y menos aún de cura), sin esperanza siquiera de que el dolor disminuyera, era enorme. ¿Significaba eso que no sentían dolor ni angustia? Tal vez en Occidente nuestra capacidad para experimentar dolor se había intensificado a medida que se volvía más evitable. La angustia era la esperanza de que lo que nos estaba afligiendo se pudiera paliar y tratar. La angustia era indignación ante la imposibilidad de alcanzar inmediatamente el esperado final. La angustia era la tardanza en conseguir el tratamiento adecuado, la espera hasta que la medicina surtiera efecto. La angustia era espera.

Y allí, en la India, los occidentales casi nunca teníamos que esperar para nada. Nos quejábamos del continuo acoso, de las continuas ofertas de barcas y rickshaws, pero cuando queríamos una barca o un rickshaw esperábamos que alguien apareciera y nos lo proporcionara inmediatamente a precios bajísimos. Acostumbrados en nuestro hogar a la desalentadora espera del autobús, allí nos molestaba si teníamos que esperar más de un minuto. En cierto modo, el mochilero más pobre gozaba de los privilegios y beneficios del imperio

británico.

Caminé un rato a lo largo de los *ghats*. Un chico se me acercó corriendo.

—Bolígrafo —dijo. Sonreí y seguí andando—. Bolígrafo.

Dio la casualidad de que llevaba un bolígrafo encima, un buen bolígrafo de Londres. Se lo di al chico, y se fue corriendo a toda prisa. Sentado a la orilla del río, había un santón a la sombra de una sombrilla que me miraba con agrado.

Llegué al letrero en el que ponía AMO MI INDIA y me alegré de verlo.

—¿Qué estás leyendo? —dijo Laline.

Yo estaba en la terraza y no la había oído acercarse. Ella estaba descalza y llevaba unos tejanos muy desteñidos y una camiseta blanca de olor agradable. Levanté el libro: *Mujeres enamoradas*, una edición antigua de Penguin.

—Extraña elección.

—Lo empecé solo porque alguien se lo dejó en el hotel. Pero en Benarés hay mucho de Lawrence: el río de la disolución, el barco de la muerte...

No se me ocurrió nada más. Lal se acercó una silla, se sentó a mi lado y esperó. Tenía las uñas de las manos pintadas de rosa y llevaba un anillo de plata en el dedo meñique del pie.

—Solo son dos cosas...

—Lo sé, pero pueden ser muchas. En determinadas circunstancias, uno puede ser mucho.

—Y cero lo puede ser todo, señor —dijo ella, al modo indio—. De hecho, para poder hablar de «muchas» cosas necesitas un mínimo de tres.

—Tienes razón.

—Entonces, ¿Lawrence vino a la India?

—A Sri Lanka, Ceilán. Lo odiaba. Y se formó una idea de la India a partir de Sri Lanka. Es una lástima que no pasara tiempo aquí. Le habría irritado, desde luego. En cuestión de casta, se habría visto a sí mismo como un brahmán intocable. Habría dicho que Gandhi abogaba por la no violencia porque en el

fondo quería romper la cabeza a la gente con un martillo.

—¿Sobre todo la de Nehru?

—Exacto. Se ponía enfermo en todas partes, pero aquí se habría puesto más enfermo que en el resto de sitios juntos. Y seguramente habría escrito una novela india en ocho semanas. Llena de errores y conjeturas disparatadas, pero profética en muchos sentidos. Habría visto que un día el pollo tandoori se convertía en el plato nacional inglés, que su ciudad natal, Eastwood, tenía varios restaurantes con la palabra «Mahal» incluida.

Laline había pedido té. Kamal trajo una tetera en una bandeja reluciente y la colocó en la mesa. Yo dejé el libro y entré a buscar un plátano. Desde que tenía el estómago revuelto, me había dado por comer sobre todo plátanos.

—Vives como un mono —dijo Laline cuando me volví a sentar—. Lo próximo será robar plátanos de los platos de la gente. Y armar jaleo.

—Si llega un día en que solo soy una masa anaranjada, ¿seguirás reconociéndome? —dije.

—¿Si solo eres una masa anaranjada? No, claro que no. Pero no creo que eso vaya a pasar. Eres uno de esos hombres que se queda cada vez más flaco. Y no eres anaranjado. Tienes una especie de color blanquecino rosáceo. Deberías ponerte bronceador.

—Estás negando el dios que hay en mí —dije—. ¡Bingo! Es una idea de Lawrence: negar el dios que hay en ti o en otra persona. Ya tengo los tres elementos que necesitaba para poder hablar de muchas cosas.

—Me parece un poco general, pero te lo dejaré pasar.

Darrell apareció en la terraza y Lal le indicó con la mano que se acercara.

—Justo a tiempo —dijo ella—. Me estaba dando una charla interminable sobre *Los siete pilares de la sabiduría*. No te imaginas lo que acaba de decir. Ha llamado al Ganges río de la disolución.

—¿Te ha contado que se meó en él?

—¡No! —dijo Lal—. ¡Blasfemo! ¡Malhechor!

Darrell acercó una silla y se sentó con nosotros. Allí estábamos los tres: suficientes para hablar de muchas personas. Al igual que Lal, Darrell llevaba una camiseta blanca. No le dio un beso, pero, ahora que él estaba allí, me fijé en que ella tenía el brillo de una mujer enamorada. Darrell no brillaba de esa manera; los hombres no brillan así, sobre todo, los hombres como él. Pero había algo en él que se había acentuado (de un modo infinitamente discreto): la certeza de que se podía confiar en él, de que ella no estaba cometiendo un error. Tal vez ese es uno de los motivos por los que el hecho de que él y Laline se hubieran comprometido no afectaba a su relación conmigo.

—¿Qué tal tu estómago? —preguntó Darrell.

—Bien —dije—. Ya sabes lo que se suele decir: lo que no te mata te hace más débil.

Durante unos pocos días contamos con la compañía de Sayoko, una joven japonesa. Estaba cenando sola en una mesa, y Darrell le preguntó si quería unirse a nosotros. Ella hablaba muy poco inglés, de modo que, cuando se sentó a nuestra mesa, él empezó a hablar con ella en japonés, lo cual era fenomenal, incluso para alguien como él. Sayoko y yo no pudimos decirnos gran cosa, pero era una chica de trato fácil. Tenía una forma de estar en el mundo que no había visto en ninguna de las personas con las que me había encontrado. Después de haber trabajado de periodista en Londres y haber entrevistado a artistas a menudo, casi había llegado a considerar que el único objetivo de la existencia —sobre todo para los artistas, pero también entre los periodistas— era dejar huella, causar sensación, llamar la atención sobre uno mismo. Sayoko era lo contrario. Se movía por el mundo como si pretendiera causar el mínimo impacto en él. Como una diestra conductora, pasaba por las cosas sin chocarse y sin tener que evitar accidentes por los pelos. En el contexto de Benarés, la comparación no tenía sentido, pero cuando estabas en su compañía

recordabas lo relajante que era no tener que tocar el claxon ni temer constantemente un accidente, no tener que forzar la atención al límite. Naturalmente, me preguntaba si esa cualidad era exclusiva de ella o si se trataba de algo intrínsecamente japonés.

Había muchos japoneses en Benarés, tanto los grupos de aspecto un tanto bobalicón que fotografiaban todo lo que veían y obedecían a su guía sin rechistar como si fuera el emperador, como otros más jóvenes aficionados a la música trance, que a veces llevaban rastas y a menudo lucían interesantes camisetas. Sarnath, donde Buda dio el sermón del fuego, era para ellos uno de los atractivos del lugar. Tan solo estaba a unos diez kilómetros al norte de la ciudad, y no sé por qué nunca encontré tiempo para ir allí. Debería haber ido con Sayoko. Ella era budista y un día fue allí sola. No me preguntó si quería ir, pero no había motivo para que no fuera, y no es que me opusiera a la idea o no me interesara.

Sayoko solo estuvo con nosotros una breve temporada. Paseamos por los *ghats* un par de veces y tomamos tortitas y café en el Lotus Lounge. Camino de allí vimos dos ratas muertas tumbadas una al lado de la otra en la avenida, de lo que se deducía que el Ganges estaba demasiado sucio incluso para ellas. Una vez en el Lotus Lounge, no hablamos. Apenas habíamos hablado camino de allí, pero mientras caminábamos no importaba. Tampoco importó cuando estuvimos allí, esperando a que nos trajeran los cafés y las tortitas, pero para mí era nuevo estar sentado en silencio con alguien, incapaz de hablar, comunicándonos únicamente a nivel de vibraciones.

Apenas había llegado a conocerla cuando se fue a Bodhgaya. Le conté la anécdota del cambio y el diez por ciento de comisión, pero no estoy seguro de que lo entendiera. Me puse triste cuando se marchó, lo cual es raro porque una vez que se hubo marchado fue como si nunca hubiera estado allí.



Inauguraron una exposición en la galería Kriti: fotografías de Dayanita Singh. Darrell, Laline y yo fuimos a la inauguración junto con Shashank y otros huéspedes del Ganges View. Decorada al estilo artístico internacional basado en paredes blancas lisas, la galería no habría desentonado en Londres o Nueva York. (Allí estaba: ¡la modernidad que se veía en el resto de sitios de la India en pleno siglo XXI estaba por fin en Benarés!) Aunque la inauguración estuvo bastante concurrida, fue muy distinta a los eventos equivalentes de cualquier ciudad: no había alcohol gratis —ni siquiera un bar de pago—, de modo que, después de comerme unas cuantas samosas y buscar en vano a Isobel, no me quedó nada que hacer salvo concentrarme en el arte.

Las fotos no eran grandes, aproximadamente del tamaño de portadas de discos, y estaban dispuestas en una única hilera por la galería y colgadas pensando en el público indio (yo tenía que encorvarme ligeramente para mirarlas). Eran en blanco y negro, pero carecían de la tensión, el malestar psicológico y el impacto de las fotografías de Benarés hechas por Ackerman. En algunas había personas y en otras, habitaciones vacías. Reflejos. Estantes con objetos. La entrada de un edificio al anochecer. Losas agrietadas que se negaban a mostrar en lo más mínimo que eran un camino. La luz reflejada en una piscina de tal forma que parecía una pista de tenis bajo el agua. Guantes colgando de una percha. Una mascarilla en una campana de cristal. Dos chaquetas blancas, como las de Nehru, colgadas en una especie de vitrina.

La ausencia de personas no era un principio universal. Las personas aparecían o no aparecían; aparecían en algunas fotos, y en otras, no. En un folleto ponía que todas las fotografías habían sido tomadas en la India, pero no había pies individuales, nada que indicara cuál era el lugar, el sujeto o la fecha de realización. Solo había fotos de lugares. No había nada que te ayudara a orientarte y cuando, al cabo de un rato, te hacías a la idea, te dabas cuenta de que no necesitabas las cosas de las que habitualmente dependías, que no necesitabas orientarte. Una foto determinada no tenía ninguna relación

explícita ni narrativa con la de al lado, pero su contigüidad implicaba un orden que realizaba el efecto de ambas.

Una hilera curva de asientos de cine, o asientos de un auditorio de conciertos, que relucía ligeramente. Desde el punto de vista de los asientos, el cine siempre estaba abarrotado, incluso cuando estaba vacío; daba igual lo que se proyectaba, o incluso si se estaba proyectando algo. Las ventanas de una torre. La luz entrando por las ventanas. Sin las fotografías, hasta el momento de su realización, se podía pensar que en esos sitios no había nada que ver. Al ser fotografiados quedaban como eran, inalterados, cambiados. ¿Entraba allí en juego la idea de *darshan*? ¿Existía una forma de *darshan* en la que no había nada que ver?

En el libro de visitas que había en el mostrador, alguien había escrito tres versos en un idioma que supuse era hindi. Se los enseñé a Laline, quien los leyó en voz alta. Eran de un poema de Faiz, dijo, un poeta pakistaní. Faiz había escrito los versos en urdu, pero el que los había escrito allí los había traducido al hindi. Desplazando el dedo a lo largo de la letra fluida, Laline los tradujo al inglés.

—«Lo único que quedará es el nombre de Alá. / El que está ausente y también presente, / El que ve además de ser visto.»

Me quedé mirando el dibujo incomprensible de las palabras, dejando que su significado revelado volviera a penetrar en ellas.

—Puede que hubiera quedado mejor sin el primer verso —dijo Lal.

—Podríamos haber pasado sin el contexto, la verdad —dije—. Pero me gusta la rima de «quedará» y «Alá».

La gente no permaneció mucho en la inauguración; como ocurría en las cenas del Ganges View, la falta de alcohol era un poderoso factor que no motivaba a quedarse. Una vez que la galería se hubo vaciado, fue posible ver todas las fotografías de una vez —tituladas ahora por Faiz— distribuidas por la sala blanca en una sola hilera. Un pasillo que se alejaba y cuyo suelo

mojado reflejaba puertas y ventanas. Una torre con el cielo circundante. Una red de luces bajo el agua, como algo que era el reflejo de sí mismo.

Dos músicos vinieron a alojarse en el hotel: un intérprete de *tabla* y un guitarrista francés. El guitarrista estaba estudiando música indostaní en Kolkata, y su guitarra había sido modificada con la incorporación de unas cuerdas simpáticas que le conferían un sonido indio. El intérprete de *tabla* era indio, de Mumbai, pero vivía principalmente en Europa, en Alemania. No se conocían entre ellos, pero después de la cena se pusieron a improvisar juntos en la pequeña terraza cercada que había en lo alto del hotel. No era una actuación pública, pero todos los huéspedes del hotel que lo deseaban podían sentarse a mirar.

Aunque uno escuchara atentamente, era imposible no sentirse excluido del pequeño capullo que los músicos tejían para ellos. Verlos tocar era como ver a dos amantes, solícitos y sensibles al más mínimo movimiento del otro, y ajenos a todo lo demás. Mientras tocaban solo tenían oídos y ojos para el otro, y cuando no tocaban no mostraban interés por nada, o únicamente por hablar de su música. Era difícil no envidiar su ensimismamiento. Durante años yo me había ganado la vida como periodista, aunque odiaba escribir. Cuando tenía que escribir un artículo, no había nada —nada— que no hubiera hecho en su lugar: jugar al tenis, ver la televisión, beber, fregar los platos, bañarme, leer el periódico, incluso mirar al vacío. Cualquier cosa era preferible. Tal vez hubiera sido distinto si hubiera escrito mi «propio» material —significara lo que eso significara—, pero lo dudo. De todas formas habría tenido que escribir, algo aplazable y evitable. En cambio, lo único que querían aquellos dos era tocar música. Los escuchaba en sus habitaciones, ensayando por separado, repasando el material que se les había ocurrido juntos la noche anterior o preparando una especie de estructura que pudieran improvisar más

tarde, por la noche. Ojalá hubiera habido algo así en mi vida. Convencido de que debía de haber algo, traté de recordar de qué se trataba. Tardé mucho en aceptar que el motivo por el que me costaba tanto recordar era porque en realidad no había nada que recordar. El tenis era lo que más se aproximaba, salvo que cuando me lo tomé en serio mi cuerpo solo soportaba un límite de sesiones: tres a la semana, como mucho. Si jugaba más, me lesionaba. ¿Qué más? Ir a fiestas, beber, drogarme. Las drogas eran sin duda algo que siempre me apetecía, pero, al igual que el tenis, era consciente de que si me aficionaba a ellas demasiado acabaría perjudicado física o psicológicamente. Además, drogarme no constituía precisamente una vocación, al menos para mí; solo era un pasatiempo, un hobby, no algo con lo que pudiera ganarme la vida. Tal vez lo más próximo que había experimentado al placer sostenible y absorbente era la vida que llevaba allí, sin hacer nada. Y era sostenible, o podía resultar sostenible con facilidad. Alquilando mi piso de Londres podía seguir así indefinidamente.

Durante mis primeras semanas de estancia en Benarés me había dedicado a revisar el correo electrónico constantemente y me había mantenido al día en los asuntos relacionados con el trabajo en Londres. (Cuando leí mi artículo sobre Benarés en el sitio web del *Telegraph*, ya había empezado a dar por normales cosas que antes me habían hecho sentir como un turista de Marte.) Desde entonces me había desentendido y no había respondido a varias ofertas de trabajo. Nada era tan urgente como para no poder esperar, y si esperabas lo suficiente, lo que era urgente se convertía —en virtud de su urgencia— en irrelevante. Poco a poco el ímpetu recíproco de los correos electrónicos disminuyó, se desvaneció, desapareció por completo. Lo único de lo que todavía estaba al día era del fútbol, posiblemente porque no tenía sentido hacerlo. Sin acceso a los partidos —sin ver las mejores jugadas por televisión— resultaban irrelevantes, y puede que incluso no se hubieran jugado nunca. Los resultados podían ser inventados. (¿Qué más daba si el Chelsea perdía

ocho a cero contra el Watford?) Pero todavía me costaba prescindir de él, sobre todo ahora que supuestamente había empezado el torneo de la Eurocopa. No apoyaba a ningún equipo en concreto, pero echaba de menos el apoyo del fútbol. No eran solamente los partidos; era toda la estructura que el fútbol aportaba a la vida de una persona, el sistema de creencias compartido, las anécdotas y controversias que lo reforzaban.

Había ido a Benarés porque no había nada que me retuviera en Londres, y me quedé por el mismo motivo: porque no tenía nada por lo que volver a casa.

Darrell se fue a su clase de yoga. Yo lo acompañé hasta el *ghat* de Niranjani, donde divisé al santón de aspecto amigable que había visto después del enfrentamiento en el cajero automático. Estaba en el mismo lugar, sentado a la sombra de una sombrilla, contemplando el río.

—Voy a hablar un rato con ese filósofo —le dije a Darrell, que siguió su camino apresuradamente.

Había dicho «hablar», pero, como el hombre no sabía inglés, le di cincuenta rupias solo para mirarlo a los ojos. Él lo agradeció de buen grado. Nos quedamos sentados a la sombra, con las piernas cruzadas, mirándonos el uno al otro. El santón tenía la cabeza enmarcada por el color rojo ladrillo del muro situado detrás de él; el mismo rojo exacto que el del *tilak* de su frente, de modo que parecía que le hubieran hecho un agujero en la frente. Al principio, me sentí un poco cohibido, pero no tardé en acostumbrarme a mirar fijamente sus afables ojos marrones. Él se quedó sentado mirando. No era como ese juego infantil en el que ha que procurar no parpadear, aunque él parecía poseer la extraña habilidad de no pestañear. No había nada agresivo en el gesto. Simplemente, nos mirábamos. Parecía que él no estuviera viendo nada. Yo intentaba no pensar en nada y mirar simplemente. No sé lo que estaba buscando, lo que esperaba ver: por eso estaba mirando, para averiguar lo que

estaba buscando. Lo que no veía era ninguna afinidad entre nosotros. Él estaba en su mundo y yo en el mío. Mi cosmovisión nunca sería la suya y viceversa. Eso era lo que teníamos en común. Lo que nos distinguía era que a él no le interesaba la mía —no significaba nada para él—, mientras que yo tenía una gran curiosidad por la suya. ¿Cómo era ser él? Deseaba que pudiéramos cambiarnos el uno por el otro, al menos, por un rato. Si miraba atentamente, podía ver reflejada mi cara en sus pupilas dilatadas. Era como si yo estuviera allí; un pequeño homúnculo. Y luego, al cabo de un rato, al concentrarme en ella, esa pequeña imagen de mí llegó a ocupar mi visión. La enfoqué de forma que en lugar de ver su cara lo único que veía era la mía, devolviéndome la mirada como si me contemplara desde un espejo. Esa era una forma de verlo. La otra era creer que en realidad estaba viendo lo que él estaba viendo y, en contra de lo que había pensado inicialmente, no había ninguna diferencia real entre la forma en que yo lo veía a él y la forma en que él me veía a mí. Él veía lo que yo veía: un hombre de cuarenta y tantos años, con el pelo canoso, la cara delgada y la boca dispuesta en una actitud de cierta tristeza. La cara no era desagradable, pero había rigidez en ella, la misma rigidez que había advertido en otros viajeros de la misma edad. No era una cara ridícula, era evidente, pero era igual de evidente que, una vez que uno sobrepasaba una idea cerrada de inteligencia, la abundancia o ausencia de la misma no servía de nada. La cara que yo veía, la cara que era mi cara, estaba llena de algo que temblaba como un vaso rebosante de agua, algo que temblaba como un perro lebel. No de miedo, sino por el simple hecho de estar vivo. Ser un perro implicaba temblar, y ser yo implicaba temblar como un vaso lleno de agua. ¿De qué estaba llena aquella cara que era mi cara? Empecé a mirar más fijamente, esforzándome por ver, por saber, y al hacerlo, la cara que estaba viendo adquirió un aire de intensidad forzada. De lo que estaba llena la cara, ahora lo veía, era de anhelo, de deseo; en ese caso, de un deseo de conocimiento, pero podría haber sido perfectamente un deseo de chocolate o

de sexo. Esa era la diferencia básica entre yo y mi nuevo amigo, el santón. Su cara estaba desprovista de deseo. ¿Cómo había llegado allí? ¿Cómo lo había conseguido? ¿Daba la casualidad de que era así? Era poco probable. Era más probable que se tratara de un estado que había adquirido, que había logrado meditando, haciendo yoga, fumando *charas* o lo que fuera. Parecía un estado que merecía la pena encontrar y alcanzar. Pero para que la idea de la falta de deseo arraigara, para partir en esa dirección, para intentar liberarte del deseo, sin duda eso debía manifestarse como un deseo, un anhelo, una urgencia. ¿Cómo, pues, se trasciende el deseo a sí mismo? Mientras pensaba eso, sin pretenderlo, mi foco se amplió. Después de haber enfocado la pupila del ojo de mi amigo, desenfocué y la imagen de mi cara, que había visto en un fotograma completo, en un primer plano cerrado, retrocedió y pasó a ocupar el lugar de un detalle individual dentro de la imagen más grande de su cara. Vi sus ojos y su pelo, el *tilak* de su frente, el *tilak* del mismo color rojo que el muro de detrás de él. Vi su nariz, sus dientes y los huecos en los que le faltaban dientes. Estaba sonriendo. Yo le devolví la sonrisa.

Esa noche se celebraba un concierto en la terraza del Ganges View. Era una noche despejada y cálida, llena de estrellas que escuchaban. La terraza estaba iluminada con velas que parpadeaban con la levísima brisa. Un público compuesto por unas treinta personas se había congregado para oír tocar el violín a una mujer de mediana edad, acompañada a la *tabla* de un hombre delgado con el pelo blanco y unas gafas gruesas. La *tampura* la tocaba una mujer cuya actitud tímida se correspondía totalmente con su instrumento. La violinista explicó que iban a tocar el *raga Malkauns*. Yo lo había oído antes en varias versiones distintas con mi iPod, pero todavía no sabía qué lo distinguía de otro *raga* de sonido similar. Los fragmentos que me parecía que lo identificaban y lo definían en una interpretación no se hallaban —no se oían

— por ninguna parte en otra.

Se había hecho de noche horas antes, pero el violín estaba preñado de anochecer, teñido de crepúsculo. Sabía que la violinista estaba explorando el *raga*, creándolo, y sentí que poco a poco me sumergía en una geometría de sonido, pero no lo identificaba. Sin embargo, al final, tuve una vaga idea de por qué no lo identificaba. La melodía depende del tiempo. Tocada un poco más rápido o más lento, sigue siendo la misma de forma reconocible, mientras que allí, en el *raga*, la melodía en la que tenía su origen había sido totalmente aislada del tiempo. Se le había extraído toda una dimensión auditiva. Empecé a perderme en la infinitud de algo que no reconocía ni entendía.

Puede que fuera música del espíritu, pero no había un intento por ocultar el acto físico de su creación. En medio de los toques más líricos, no había temor al chirrido, a la fricción del arco al ser deslizado sobre las cuerdas. El chirrido se podía dejar atrás de inmediato, pero nunca por mucho tiempo. Al mismo tiempo que se elevaba en libertad, se clavaba más hondo en la tierra. El violín era denso como la noche que se extendía sobre el río, imposible de distinguir de él. Cada movimiento hacia delante se veía arrastrado hacia atrás, y, sin embargo, la música avanzaba de forma irresistible y se aceleraba. Se estaba haciendo notar una vibración. Era imposible determinar cuándo había empezado. No cobré conciencia de ello —el regreso del tiempo— hasta que ya llevaba allí un rato, como si hubiera estado allí, de forma inaudible, imperceptible, antes incluso de estar allí. Las estrellas reposaban sobre el río. Al principio, algo había tomado forma; ahora estaba cobrando vida. Se percibía en el aire una sensación de acumulación sombría y de sutil ejecución: la melodía podía ser más hermosa si no la dejaban ser ella misma. Al verse obligada a dejarse a sí misma atrás, se convertía en algo más que ella misma y, al final, en ella misma de un modo más puro. La vibración se había vuelto más intensa que cualquier otra cosa, tan intensa que estaba creando una necesidad —de ritmo— que era incapaz de satisfacer.



En ese momento intervino la *tabla*. Se notó la sensación de alivio propagándose por la noche. Una bandada de pájaros pasó revoloteando; sombras veloces de sí mismos. En el *alap* sin acompañamiento se percibía el inmenso anhelo del violín por alcanzar el lamento incomparable del *sarangi*. El hecho de que fuera imposible aumentaba enormemente la sensación de ansia, pero la *tabla* había respondido a ese ansia, y el violín volvió a sonar de manera familiar. A ratos, la música tenía un animado elemento country que no estaba reñido con el ambiente de meditación y trascendencia. Era como descubrir un patrón universal de la música que se extendía de los Apalaches a la llanura indogangética. Los chirridos y las estridencias se volvieron más marcados, pero también el vuelo de la melodía, la melodía abandonada que en ningún momento se había perdido. La *tabla* estaba intentando marcar el ritmo en forma de nudos cada vez más enredados, cada vez más intrincados, y de desatarlos igual de rápido, cada vez más deprisa, pero siempre con tiempo de sobra. En pleno galope de la *tabla* sonaba un gong. Me resultaba imposible seguir los ciclos rítmicos, al menos, de forma consciente, pero, por mucho que el violín y la *tabla* se desviaran el uno del otro, siempre había un punto donde se reunían, y empecé a comprender dónde estaba ese punto, a reconocerlo, a saber cómo sonaba, a esperarlo aunque hubiera vuelto a quedar atrás. La oscuridad fluía sobre el río y dentro de él. El río estaba oscuro. El cielo sobre el río era igual de oscuro que el río, pero no se movía, a diferencia de este, que se movía continuamente. La oscuridad ocultaba la oscuridad.

Aunque la había contemplado todos los días, nunca había cruzado a la otra orilla del Ganges. Y un buen día por la tarde lo hice. La barca entró en el barro suave que había justo enfrente del *ghat* de Jain, y salí de la embarcación. Estaba desierta, pero no del todo; unos cuantos turistas también habían hecho la travesía y estaban paseando. Lo que parecía atractivo de lejos

resultaba nefasto de cerca. No había nada remotamente sagrado en el lugar. En su mayor parte, era arenoso y seco. En algunas zonas parecía una luna pantanosa, con charcos de agua salobre y parcelas de musgo y fango. En la orilla, unos pájaros bastante esquivos picaban las burbujas de espuma sucia. Para cualquier persona normal, estaba cubierto de basura; había paquetes de cigarrillos aplastados, bolsas de plástico empapadas, algún que otro hueso de animal, trozos marrones de cerámica, una vieja sandalia, un par de bolígrafos rotos y llenos de barro. Varios milanos muertos yacían en un charco de agua marrón verdosa. Un perro vino hacia mí sin hacer ruido; tenía más de hiena que de perro. Daba la impresión de que el lugar se encontraba entre los restos de algo, pero ¿de qué? Los restos de un vertedero del que se había extraído cuidadosamente la mejor parte, de forma que solo quedaran desechos: cosas que, incluso según la costumbre india de la máxima utilidad, no se podían reciclar ni reutilizar. Allí no había nada que hacer; no tenía sentido quedarse.

Ojalá no hubiera ido. Antes de hacerlo era posible creer que esa otra orilla era el lugar al que iban a reposar las almas. Si era el caso, la eternidad ahora parecía un sitio corrompido y profanado. Era mejor volver a nacer, apostar de nuevo en la ruleta del Samsara y aspirar a una encarnación la próxima vez, pues sin duda no podía haber nada peor que acabar allí.

Sobre todo si morías allí y —como me habían dicho repetidas veces— renacías como un burro. Si eso ocurría, ¿sabrías, aunque solo fuera en la décima de segundo en que se producía la transmigración, que habías sido tú en una vida anterior? ¿Sobrevivía alguna parte de ti en esa nueva encarnación o simplemente te convertías en un burro desmemoriado? Si ocurría lo segundo, no había por qué preocuparse por la reencarnación. Al carecer de la más mínima conciencia de las vidas anteriores o futuras, sería como no haber nacido antes. Si el burro no tenía ni idea de haber sido otra cosa que un burro, no era consciente del hecho de que era un burro. De modo que, por medio de la ignorancia, el burro había escapado del Samsara, aunque seguramente no le

daba esa impresión cuando cargaba con pesos o le pegaban con palos o le obligaban a hacer cosas en contra de su voluntad, cuando lo único que deseaba era tumbarse en el suave lodo, mirando atrás hacia Benarés y pensando: «Eso me suena...».

Me estaba empezando a entrar sueño. Pensé en los golpes perfectos que había dado cuando jugaba al tenis y en los momentos clave en los que había cometido errores y, como resultado de esos errores, había acabado perdiendo todo el partido. Pensé en los partidos que había jugado y en las decenas de miles de pintas de cerveza que había bebido y en los cientos de rayas de cocaína que había esnifado, y me di cuenta de que mi vida estaba pasando ante mis ojos, como dicen que ocurre en el momento de morir. Siempre se ha considerado que tu vida entera se despliega ante ti, y tal vez hubo un momento en que era así, pero ahora, en la época de las citas destacadas y las jugadas más interesantes, hay que ser selectivo. No tienes por qué revivir cada momento de tu vida, cada detalle relacionado con el deseo, la tentación o la entrega, todas las horas viendo la televisión, esperando autobuses, sonándote los mocos. Eso es solo paja. No, solo hay un número limitado de momentos que importan, que forman una vida y la definen. Y uno de esos momentos, comprendí, era ese, el momento en que me di cuenta de que mi vida estaba... Me desperté sobresaltado y de repente temí estar a punto de morirme, que era mi destino: morir allí y renacer como un burro, un burro con cerebro, un burro preocupado por una vaga idea obstinada pero inadecuada —no un recuerdo, sino en realidad solo una duda persistente— de lo que significaba ser humano.

Me levanté con aire vacilante, como un potro recién nacido. Los demás turistas se habían ido. Estaba solo en la otra orilla del Ganges.

Comprobé si el barquero estaba todavía allí —estaba— y caminé un rato contemplando Benarés. Al hacerlo, la sensación de que había cometido un error yendo allí se invirtió poco a poco. Ahora me alegraba de haber ido: me había servido para recordar que, como esta vida —la del otro lado, en

Benarés, en el mundo— es la única que tenemos, el único crimen o error verdadero es no aprovecharla al máximo. La idea de la vida más allá de la muerte o la eternidad no era más que lo que se veía allí: basura. Basura que nadie quería, a la que nadie podía poner precio. Lo que había allí eran los restos de la propia vida, lo que quedaba cuando el tiempo de una persona se acababa.

En el *ghat* de Harishchandra se estaba llevando a cabo una especie de actuación. Un grupo de cinco percusionistas estaba marcando un ritmo frenético. Había un puñado de tipos mayores que estaban flipando, oscilando entre el baile y la lucha. Era una combinación de pelea entre vagabundos y fiesta para veteranos de la escena *trance* con lesiones cerebrales. ¿La música los aplacaba o los excitaba? Era imposible saberlo. En un momento determinado, todos estaban dando brincos y lanzándose al suelo. A continuación, sin la menor provocación, empezaron a arrojarse unos contra otros y la cosa acabó en una reyerta. No había alianzas ni bandos claros —o, si había alianzas, cambiaban demasiado rápido para que el observador neutral lo advirtiera—, pero llegó un momento en que otros participantes intentaron poner fin a la situación. Los forcejeos se convirtieron en abrazos. Un hombre que pocos minutos antes había estado peleando ahora daba vueltas como una bailarina del vientre, acariciando un falo invisible hasta que adquirió un estado de hinchazón tremendamente imaginario. Luego la música volvió a empezar y todo comenzó de nuevo. O la música se interrumpió y todo comenzó de nuevo. Los que habían intentado calmar los ánimos se convirtieron ahora en los instigadores de una nueva ronda de hostilidades. Cuanto más miraba, más difícil resultaba detectar el más mínimo orden, patrón o lealtad. Era un pequeño caos que, pese a amenazar constantemente con descontrolarse del todo, nunca lo hacía. Todos los involucrados se lo estaban pasando bien.

Tuve que rodear a los participantes para volver al Ganges View. Al hacerlo, uno de ellos se chocó contra mí tambaleándose. Impulsivamente, lo lancé de nuevo al barullo. A nadie pareció molestarle esa reacción. De cerca, el estruendo de los tambores resultaba intenso, hipnótico. Moví la cabeza un poco y a continuación empecé a bailar. Al cabo de unos minutos, otro tipo se estrelló contra mí, y choqué por detrás contra alguien. No me abandoné del todo y tuve cuidado de no chocar contra los tipos más desatados, pero, una vez que estabas en medio, los choques y los giros se volvían menos peligrosos de lo que parecían desde fuera para un espectador. En realidad, no era más que un pogo al aire libre, ejecutado —de forma inapropiada para la sensibilidad occidental— a diez metros de donde estaba teniendo lugar un funeral.

Poco después de realizar el viaje a la otra orilla, hice otra cosa que hacía mucho tiempo que tenía en mente: entré en el templo de Kedar. En el tiempo que llevaba en Benarés, las franjas de color azul claro se habían desteñido hasta adquirir el color blanco del que creía que estaban pintadas al principio. Recordaba que, el primer día, Benarés me pareció un complejo turístico costero deteriorado. Con sus escalones horizontales de color rosa y blanco y sus franjas verticales, Kedar constituía el epicentro de esa impresión: parecía inspirado en una barra de caramelo y una tumbona. La posibilidad no era tan descabellada. El hinduismo, que era de lo más transigente, podía incorporar perfectamente la idea de que Shiva había pasado un largo fin de semana —digamos, unos diez mil años— en Brighton, antes de la existencia de los mods y los rockers, cuando incluso la casa de huéspedes más humilde era del tamaño del Pavilion.

El tejado estaba bordeado de estatuas de dioses, coloridas y alegres como gnomos de jardín. El sol pegaba sobre los escalones de color rosa y blanco. Era de largo el día más caluroso en lo que llevábamos de año. En

comparación con el tiempo que haría al cabo de dos meses, cuando haría un calor insoportable, no hacía nada de calor, pero eso no hacía que resultara más fresco. Subí los escalones de color rosa y blanco en dirección a las franjas de los mismos colores que había en el templo, donde lo horizontal se volvía vertical. Me quité las sandalias y entré. Había velas que parpadeaban en la oscuridad. El simple hecho de estar dentro, resguardado del sol, ya era agradable. Estaban tocando las campanas. Mis ojos se adaptaron y se acostumbraron a la oscuridad. Las paredes estaban pintadas del mismo azul malva que los escalones del exterior antes de que se destiñeran. El suelo embaldosado tenía unas salpicaduras del mismo azul dignas de Pollock y unas columnas amarillas. Los azulejos verdes y blancos de las paredes no habrían desentonado en una antigua lechería.

El templo estaba dedicado a Shiva —allí estaba, con un gorro dorado, todo azul y todopoderoso—, pero eso no quería decir que los demás dioses y sus consortes quedaran excluidos. Al contrario. Estaban todos allí; todos distintos, todos iguales, todos uno. Todos para uno y uno para todos. Paseé por el templo en el sentido de las agujas del reloj. Al fondo, en lo que parecía una celda, había un santón con una melena enmarañada de pelo canoso y barba murmurando palabras mientras vigilaba una pequeña llama como si fuera un pájaro débil que tuviera que resucitar. Estaba intensamente concentrado en la llama y las palabras que estaba pronunciando. No sonaba como un conjuro, o en todo caso solo como sus vestigios, como si las palabras que había empleado para llegar a donde estaba ahora solo se pudieran recordar vagamente y carecieran del poder para traerlo de vuelta. Tampoco es que él tuviera el más mínimo deseo de volver. Pronunciaba las palabras como si estuviera dormido; unas palabras que hacían pensar que la vigilia era una especie de sueño y que solo los que dormían profundamente eran conscientes del sueño de la vida. Totalmente ajeno a mi presencia —y, sospecho, a la suya — habría parecido igual de cómodo en un manicomio como lugar de

adoración. Se movía arrastrando los pies por su celda, que no era una celda en absoluto; no más de lo que lo era el universo. ¡Encerrado en una cáscara de nuez y rey del espacio infinito! Era una lástima que *Hamlet* no hubiera sido traducida al sánscrito, aunque es muy posible que un público compuesto por brahmanes del siglo XVI hubiera rechazado el soliloquio de «Ser o no ser» y lo hubiera considerado un montón de chorradas, puesto que ser y no ser eran uno y lo mismo, que no ser era la forma más elevada de ser, y que ser era en sí mismo una ilusión. Un niño me saludó y me dijo: «¿De dónde?». Sonreí y le dije «De Marte», y seguí andando. Quería estar solo, pero esa idea también era absurda. ¿Por qué estar solo cuando podía estar dando dinero a alguien para que me dijera cosas que ya sabía? Una columna polvorienta de luz solar penetraba en el lugar e iluminaba un fragmento escrito en sánscrito en la pared. El niño apuntó a la luz, que apuntaba al texto sagrado como el dedo de un lector lento moviéndose por la página de un libro difícil. Seguí avanzando y el niño me siguió, manteniéndose ligeramente por delante de mí e insinuando de ese modo que yo lo había contratado para que me hiciera de guía. Dijo los nombres de las diversas deidades metidas en pequeños nichos, muchas embadurnadas de bermellón reciente o adornadas con flores. Había un Vishnú de mármol blanco y uno de piedra gris colocados uno al lado del otro, en santuarios contiguos con pétalos esparcidos. De pronto me vi fuera por un momento visitando a un Ganesh con tres ojos, de color mandarina, iluminado por el sol.

Había flores por todas partes, incluido alrededor de mi cuello. A diferencia de las del templo de Durga, aquellas olían como tenían que oler y poseían fragancia de flores. Al volver al interior, entregué veinte rupias al viejo que me las había colocado, el viejo hasta el que me había llevado el niño, el viejo cuyo lugar ocuparía el niño algún día, o había ocupado cincuenta años antes. Todo en la India era mucho más sencillo si tenías abundante cambio. El aire estaba cargado del olor de las flores y el olor más fuerte del incienso. Había

entrado más gente y estaban tocando más campanas. Había un ruido increíble, como en una discoteca: la Escape from Samsara original. El niño seguía a mi lado. Sus labios se movían, pero no podía oír lo que decía. (¿Era así estar sordo? ¿Verte atrapado en una tormenta de ruido?) Le di cinco rupias y me marché. Era imposible determinar dónde acababa el sonido de una campana y dónde empezaba el de otra. Si hubiera que escoger una única palabra para describir el sonido de las campanas, solo podría ser «estruendo». Las campanas estaban haciendo un estruendo de lo más increíble. De fondo se oían los golpes de un tambor que aumentaban el estruendo, lo intensificaban, llamaban la atención sobre él. Al fondo del templo, en un santuario, un sacerdote nervudo con un *dhoti* blanco estaba trazando dibujos de fuego con una especie de candelabro. Las llamas proyectaban sombras que temblaban y daban vueltas por las paredes. Las campanas sonaban más fuerte que nunca, tan fuerte que parecía que procedieran del interior de mi cabeza, aunque eso no quiere decir que sonaran lo bastante fuerte. Cuanto más alto sonaban, más quería tocarlas la gente. Los devotos formaban dos filas como si estuvieran a punto de soltar a alguien o algo —¿un toro?, ¿un perro?, ¿un toro-perro?— y fuera a salir de la oscuridad ensombrecida por las velas y a pasar por delante de nosotros en busca del sol inimaginable. Pero no, no salió nada; nos estaban haciendo pasar al santuario. El ruido de las campanas era ensordecedor. Y los golpes, advertí entonces, procedían de un tambor mecánico que daba golpes y golpes y golpes. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! El ruido de las campanas era demencial, delirante, desquiciado. En el santuario situado en lo más recóndito del templo, la gente alargaba las manos para tocar el *lingam*, un trozo de piedra marrón adornado con flores de color naranja y amarillo. El niño que me había hecho de guía volvió a aparecer y me indicó que debía ofrecer mi guirnalda. Nadie más me prestaba atención. Todos estaban absortos alargando las manos y tocando el *lingam*. Lancé la guirnalda bruscamente al montón de flores. Nada cambió de resultados de ese gesto, esa *puja* desleal, pero tenía la sensación de



encontrarme en medio de algo irresistible, y de todas formas no tenía el más mínimo deseo de resistirme. Los golpes del tambor seguían sonando. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! El ruido de las campanas era un clamor estruendoso. Dentro del estruendo múltiple, el estruendo de las distintas campanas, estaba cobrando forma otro sonido: redondo, resplandeciente, expansivo, dorado. *Aum*.

Si hay un episodio de mi estancia en Benarés que me gustaría tener grabado en vídeo es el del mono y las gafas de sol. Me gustaría estudiarlo, analizarlo más detenidamente. Estaba solo en la terraza leyendo el ejemplar de los *Indian Journals* de Ginsberg que me había dejado Darrell (había abandonado *Mujeres enamoradas*). Tenía las gafas de sol encima de la mesa junto a los restos de la sopa y el té que había pedido para comer. Me había recuperado del estómago, volvía a comer con normalidad y ya no subsistía a base de plátanos. De repente se oyó un estrépito sobre el hierro ondulado del tejado que tenía detrás, y un mono saltó a la mesa. Di un brinco hacia atrás, asustado. La taza de té se cayó al suelo y se hizo añicos. Sin saber qué coger, el mono agarró las gafas de sol y se marchó con ellas saltando por encima de la pared, en dirección al templo.

Aliviado de que no me hubiera tocado, arañado, ni mordido, me acerqué a la pared por la que había escapado el mono. Estaba sentado a escasos centímetros de distancia con las gafas entre las patas. Por un momento, pensé que iba a intentar ponérselas, pero se quedó quieto, en cuclillas, aferrando unas gafas de sol —tenían lentes graduadas— que no le servían de nada. Nos miramos el uno al otro. El mono sujetaba ahora las gafas con una sola pata y las agitó en dirección a mí. Pensé que en su cabeza se estaba formando una idea, un pensamiento más avanzado que todos los que había concebido en su vida. Me había arrebatado las gafas impulsivamente porque eran brillantes y estaban allí. Pero no las había robado, los dos lo sabíamos; las había tomado

como rehén. Inútiles en sí mismas, las gafas tenían un considerable contravalor. Hice un gesto que había visto en las estatuas de Buda: una mano alzada para disipar el temor.

—Espera —dije—. Espera un momento.

El mono no respondió de ninguna manera. Me dirigí hacia atrás, a la parte cubierta de la terraza donde había una bandeja de fruta con un racimo de tres plátanos. Me metí un par en el bolsillo trasero y salí sujetando el tercero. Lo sostuve con una mano, extendiendo el brazo, listo para soltarlo si me atacaba, mientras mantenía la otra más cerca del pecho, alzada todavía en el *mudra* para disipar el temor. El mono sujetaba las gafas. Moviéndome despacio, sin apartar la vista de él, dejé el plátano sobre el muro que nos separaba. Una vez que lo hube hecho, me aseguré de que mis dos manos resultaban visibles levantándolas con las palmas hacia él. El mono no se movió. Se quedó quieto, con cara de póquer o abstraído; era imposible saberlo. Me metí la mano en el bolsillo trasero, saqué otro plátano y lo dejé al lado del primero. Me retiré de nuevo con las palmas levantadas. El mono apartó la vista e intentó aplastar a una mosca con mis gafas. Sacudió la cabeza, un gesto que posiblemente no guardaba relación con mi oferta mejorada.

—No te andas con bromas, ¿eh? —dije—. Muy bien, se acabaron las tonterías.

Saqué el último plátano y lo dejé al lado de los otros dos en un montón. Sin apartar la vista de él, me volví un poco para que viera que no tenía más plátanos en el bolsillo.

—Es mi última oferta —dije—. Tómala o déjala.

Con las manos todavía levantadas, crucé una por encima de la otra en lo que esperaba fuera un gesto universal entre especies para expresar algo definitivo y concluyente. Di un paso atrás. Si no aceptaba la oferta, si las negociaciones fracasaban, no tenía la más mínima intención de arrebatarse las gafas. Ahora era cuestión de honor. La pelota estaba en su campo. Yo quería recuperar las

gafas. Por supuesto que quería recuperarlas, pero también era consciente de la importancia histórica de ese encuentro. Desde el punto de vista del desarrollo de las especies, el paso que el mono se disponía a dar —el paso que yo esperaba que diera— estaba al mismo nivel que el gran salto que Neil Armstrong había dado del módulo lunar a la polvorienta superficie de la luna.

—Tú decides —dije—. Tienes una alternativa clara. Puedes dejar las gafas de sol y coger los plátanos. Es decir, puedes empezar a evolucionar. O puedes coger los plátanos y escaparte con las gafas también. Pero, si haces eso, seguirás siendo un puto chimpancé el resto de tus días. Y otra cosa: si haces eso, te juro que te buscaré hasta encontrarte, como un perro. Así que decide.

Durante el discurso había ido bajando las manos poco a poco. Ahora me caían a los costados, como las de un pistolero o un simio. El mono se retorció ligeramente. A continuación saltó ágilmente sobre la pared y agarró los plátanos deprisa pero con cuidado. Saltó de la pared otra vez y dejó —era imposible saber si intencionadamente o sin querer— las gafas de sol encima de la mesa.

En Benarés los acontecimientos a menudo adquirirían una suerte de simetría. A la mañana siguiente, cuando subí a la terraza a desayunar, seguía pensando en el episodio del mono y las gafas de sol. Darrell ya estaba allí, comiendo gachas de avena.

—¿Qué tal estás, Darrellji?

—Un poco desconcertado. Anoche soñé que me atacaba un canguro.

—Qué raro.

—Lo sé. Es el único sueño que he tenido desde que estoy aquí, o al menos el único que recuerdo. Y el único motivo por el que lo recuerdo es porque es muy ridículo y absurdo. Un día normal aquí ves más animales que en un año en Nueva York. Es como un zoo y una granja juntos. Pasear por los *ghats* es como

ir de safari.

—Un canguro es uno de los animales que seguro que no encontrarás.

—Exacto. Si no estuvieran prácticamente extinguidos, no me sorprendería tropezarme con un tigre. Pero ¿qué pinta un canguro en un sueño atacándome?

Negué con la cabeza. No tenía ni idea de lo que significaba el canguro, pero Darrell tenía razón en lo referente a la falta de sueños. Benarés era sorprendentemente poco propicia a la actividad onírica. Cualquiera habría pensado que todas las cosas que uno se encontraba durante el día —cosas que apenas tenían sentido en condiciones normales— no habrían desentonado en el torbellino enloquecido del inconsciente, que se habrían integrado sin problemas. Pero no era así. Cerrabas los ojos y te dormías, pero no tenías sueños, y como no soñabas era como si no estuvieras dormido.

—El otro día eché una larga siesta aquí —dije—. Cuando abrí los ojos no fue como si me despertara. Fue como si volviera a nacer. Mientras tuve los ojos cerrados no estuve vivo. Yo podría haber sido la silla en la que estaba sentado, o la baldosa de debajo de la silla, los cimientos del hotel, o incluso el barro, la tierra sobre la que está construido.

—Por lo menos no te atacó un canguro.

—Ya. A lo mejor va siendo hora de que el hinduismo se internacionalice y llegue a Australia. Un dios canguro podría ser muy popular. Ganoona podría ir montado en su bolsa, asomándose por fuera.

—¿Ganoona?

—Sí. Nietzsche proclamó la llegada del *ubermensch*. Yo proclamo la llegada de Ganoona. En una bolsa de canguro.

No sé de dónde saqué esa idea. En una conversación sobre el ataque de un canguro, habría tenido sentido decir que el día anterior por la tarde me había visto envuelto en negociaciones con un mono para que liberase a su rehén, pero en lugar de ello había salido con esa tontería de Ganoona. Nunca había pensado en el nombre de Ganoona antes de decirlo, antes de que acudiera a

mí. Pero ahora que lo había dicho, Ganoona era un hecho. Era real. Era Ganoona.

En el templo nepalés que había cerca del *ghat* de Meer, justo debajo del borde del tejado de madera, había un friso de madera decorado con tallas eróticas. Las figuras eran redondeadas, curvadas, ambiguas. A veces resultaba difícil saber lo que ocurría, y otras se veía claramente: una mujer masturbando a un hombre mientras él le acariciaba los pechos. O un hombre follándosela por detrás mientras ella extendía una pierna en vertical, como una bailarina estirada por un exigente entrenador. O la polla de él metiéndose en su boca. Yo conocía las famosas tallas eróticas de Khajuraho, pero no esperaba encontrar cosas semejantes allí. Eran como visiones de un mundo perdido que solo podía recordar vagamente: el mundo del deseo, de la pasión correspondida. Al mirarlas me sentí satisfecho y triste, con nostalgia de un lugar al que nunca volvería.

Esa tarde me quedé tumbado en la cama y pensé en el sexo. O lo intenté. Nunca he tenido fantasías, solo recuerdos; recuerdos que de vez en cuando mejoraban y se veían ligeramente embellecidos. Pero mis recuerdos sexuales se habían vuelto extrañamente incorpóreos. Pensé en Lal con cierta culpabilidad, o en el tacto que debía de tener su piel bajo mis manos, pero no lograba que la idea fuera lo bastante tangible para excitarme. La polla no se me ponía tiesa. Hacía semanas que no tenía una erección. Tal vez estaba perdiendo la capacidad de tener erecciones. Intenté masturbarme, pero me costaba concentrarme. Las imágenes de Benarés y los *ghats* me inundaban y apartaban todo lo demás. En cierto modo, era un alivio ser libre del tormento del deseo sexual, pero esa carencia era de por sí una forma de tormento. ¿Y si el deseo desaparecía y no volvía jamás?

Esas preocupaciones no tardaron en parecerme lujos irrelevantes. Había tenido un ligero catarro y tos durante semanas. Nada fuera de lo común. La inhalación de la mezcla de polvo, contaminación y humo de los muertos hacía

que todas las personas que se quedaban allí unos días empezaran a toser. Una vez que te resignabas a ello, pasear por los *ghats* y escupir masas verdes de flema se convertía en uno de los placeres rutinarios de la vida en Benarés. Había tenido un par de ataques de diarrea, pero, teniendo en cuenta todas las cosas que podían haberme pasado, no parecían dignos de preocupación, como la tos.

Un día, a media tarde, cuando iba caminando por la confusa red de calles que había detrás de los edificios de la orilla del río, me vi envuelto en un extraño accidente. Las callejuelas eran tan estrechas y oscuras que los letreros de teléfono amarillos con forma de rombo brillaban de forma hospitalaria. La gente hervía y removía calderas de leche para preparar unos dulces tan dulces que harían que los dentistas disuadieran a sus pacientes incluso de mirarlos de cerca. Entré en un templo tranquilo: paredes verdes y color crema, columnas ocre, santuarios malva. Dentro solo había una persona sentada que ni siquiera me preguntó de dónde era. La presencia de aquella única persona hacía que el templo pareciera más vacío que si no hubiera habido nadie.

A pocos metros del templo llegué a un cruce. El camino se hallaba temporalmente bloqueado por una vaca que se bamboleaba por la callejuela que se cruzaba con la mía. Nuestros ojos —uno de los de ella, los dos míos— coincidieron. El animal no dio la más mínima señal de comprensión, ninguna muestra de que hubiera reparado siquiera en mi presencia. Muy bien. La vaca estaba en su trance bovino, y yo me encontraba en un estado de ávida receptividad hacia todo lo que pasaba a mi alrededor, pero incluso en aquella estrecha callejuela había espacio para todas las criaturas de Dios, ya fueran hombres o animales. La vaca siguió avanzando con pesadez. Tenía la cola tan empapada de mierda como el pincel empapado de pintura de un artista. Pero solo porque yo tuviera el trasero limpio y ella fuera una vaca con el culo lleno de mierda no significaba que yo no hubiera sido ella —o ella yo— en una vida anterior. Podíamos intercambiarnos en un abrir y cerrar de ojos. El valor de

tus acciones en el gran mercado bursátil del Samsara podía subir y también bajar. Aun así, en general, una vaca era un objeto de veneración muy extraño. No veía ninguna razón para ser cruel con ellas, y hacía años que no comía su carne, pero aparte del hecho de que estaba indefensa, era estúpida y no mordía, una vaca no tenía un gran atractivo, o no más que una cabra. En fin, vive y deja vivir. Cuando estaba pasando por detrás de ella, la vaca agitó su cola y me dio un zurriagazo en plena cara con su cola empapada de mierda. Aspiré bruscamente al abrir la boca de la sorpresa. Grité un poco. La vaca debió de oírme. Miró hacia atrás con la expresión inalterada y a continuación siguió avanzando pesadamente. Empecé a escupir como un loco, pero no como se hace normalmente, empleando la lengua para sacar la saliva de la boca (eso habría hecho que mi lengua entrara en contacto con las heces). Enrollando la lengua en la boca, me puse a expulsar saliva utilizando la boca como el orificio nasal de una ballena. Había muchas personas alrededor, bastantes de las cuales se reían. Un viejo incluso dio una palmada a la vaca en las ancas, como para felicitarla. Saqué un paquete de pañuelos de papel del bolsillo y me restregué la nariz y la barbilla, sin dejar de escupir y carraspear. Una mujer amable me señaló un grifo, y me agaché para lavarme bien la cara, teniendo cuidado de mantener la boca bien cerrada para que la infección que hubiera podido contraer con la mierda de vaca no se viera complicada por la que pudiera contraer con el agua del grifo. Seguí andando sin dar las gracias. No quería ser desagradecido ni maleducado, pero en esas circunstancias me preocupaban las consecuencias higiénicas que podía tener la formación de palabras.

En Occidente se considera que pisar mierda de perro trae buena suerte, de modo que en el hinduismo que una vaca te dé unos zurriagazos en la cara con su cola mierdosa se podía considerar extraordinariamente favorable. Era una forma de verlo, pero me cruzó la mente otra posibilidad más siniestra. ¿Sabía la vaca lo que yo estaba haciendo? ¿Había sido un accidente o un intento de



asesinato, el castigo bovino de Dios por haber meado en el Ganges? Imposible saberlo. También era imposible demostrar que existía una relación entre ese incidente y lo que ocurrió después, pero el hecho es que ese mismo día por la noche estallé.

Me fui a la cama con el estómago tenso como la piel de un tambor. Me tiraba pedos terribles y frecuentes; pedos que olían tan mal como los del resto de las personas. Empecé a sentir náuseas, pero, como me había tomado mi dosis semanal y diaria de pastillas contra la malaria pocas horas antes, resistí la tentación de vomitar. Al cabo de media hora me subió todo, subió y lo eché, lo eché y subió. Me puse a cuatro patas y vomité en el retrete; inmediatamente el olor a vómito me provocó arcadas de nuevo. Tan pronto como me hube enjuagado la boca, me puse a cagar una sustancia amarilla en el váter. Apenas me dio tiempo a tirar de la cadena cuando ya estaba vomitando otra vez. Mi cuerpo intentaba librarse tan desesperadamente de lo que se le había metido dentro que corría el riesgo de hacerse pedazos. Vomité diez veces a lo largo de la noche y no paré de cagar. Incluso había mierda en las sábanas de la cama. No es que me hubiera cagado en la cama; los intestinos se me habían llenado tanto de líquido que mi culo era incapaz de hacer la suficiente presión para mantenerlo todo dentro. Me quedé tumbado en la cama manchada de mierda. Cada pelo de mi cabeza era un clavo que me atravesaba el cráneo. Dentro de mi estómago había una víbora revolviéndose. La boca me olía espantosamente a vómito y, todavía peor, a las pastillas para la malaria que había vomitado. Cualquiera que ha tomado una pizca de éxtasis sabe lo desagradable que es. La lengua me sabía como si hubiera chupado una pastilla de éxtasis durante varias horas para hacerla durar lo máximo posible. Tenía Coca-Cola en la nevera, e hice gárgaras con ella. No tuvo el más mínimo efecto sobre el sabor, y al cabo de unos minutos volví al cuarto de baño y devolví de nuevo.

El médico vino por la mañana. Me dio unas pastillas contra las náuseas y

unos antibióticos. Me pasé el día en la cama; me dormía, me quedaba despierto unos minutos terribles y volvía a adormecerme. Me dolía el más mínimo movimiento de ojos. Tenía la cabeza a punto de estallar. Al cabo de unos días me levanté y me paseé arrastrando los pies como un paciente con un gotero. No podía comer nada. Bebía agua y tomaba rehidratantes Dioralyte, y cagaba de vez en cuando. Estaba entre la espada y la pared. Hacía semanas que había dejado de usar el espray antimosquitos porque me provocaba sarpullidos en la piel. Había vomitado las pastillas contra la malaria. No podía empezar a tomarlas de nuevo hasta que la diarrea remitiera.

Me recuperé poco a poco, pero en cierto modo nunca acabé de recuperarme. Siempre había sido flaco; ahora parecía que tuviera los huesos por fuera de la carne, y los notaba frágiles como el cristal. Todavía me dolían los ojos si los movía bruscamente. Invasado por accesos de mareos, me sentía desorientado, alterado. Cuando vi la cabra que había visto mucho antes, la que tenía el pelaje blanco y las patas negras, pensé que iba a ponerse a hablar conmigo. La visión de unas lentejas me despertaba náuseas. El olor a curry me revolvía el estómago. La sola idea de la comida india me provocaba arcadas.

El principio evolutivo que se escondía tras esa aversión era evidente. Años antes, cuando cogíamos comida de los árboles y teníamos que aprender qué frutas eran comestibles y cuáles venenosas, era lógico que el cuerpo adquiriera una memoria instintiva infalible si te daba por recoger frutas de la atractiva baya roja que te había hecho vomitar las entrañas meses o años antes, por mucha hambre que tuvieras. Una versión moderna y adolescente de ese mismo mecanismo me había impedido acercarme a la sidra o el Cinzano Bianco durante treinta años. Pero ¿cómo iba a sobrevivir en la India sin comer comida india? ¿Cómo iba a volver a engordar si me alimentaba de agua, Dioralyte y plátanos?

Justo enfrente del hotel había un perrito muy mono cagando gotas oscuras de sangre. Le podía ocurrir a cualquiera...

Después de la enfermedad me sentía tan débil que viajaba más a menudo en barca, sobre todo si iba hasta el *ghat* de Manikarnika. Un día que volvíamos de allí al hotel, vi un libro hinchado del agua flotando en el río, atraído hacia el pequeño torbellino creado por la depuradora de aguas residuales. ¿Era ese el lugar más propicio para que acabara un libro? ¿Garantizaba eso a su autor la clase de inmortalidad que hacía irrelevantes los elogios de la crítica y los meses o años de presencia en las listas de libros más vendidos? ¿O estaba el libro destinado, conforme empezaba a moverse más deprisa en dirección al torbellino, a no tener reimpresiones ni reediciones? Traté de distinguir el título del libro. Estaba escrito en inglés, pero era lo único que podía ver.

Seguimos navegando en dirección al *ghat* de Assi a la luz cada vez más tenue. Notaba un terrible cosquilleo en la nariz. Me metí un dedo en el orificio nasal derecho, y el cosquilleo se convirtió en un hormigueo. Me pareció oír un zumbido en la nariz. Cuando saqué el dedo vi, en medio de los mocos, el cuerpo todavía palpitante de un mosquito. Instantes después, el orificio nasal me empezó a picar. Cuando el dedo volvió a entrar, noté un pequeño bulto. Me había picado un mosquito en el orificio nasal.

En las callejuelas de detrás del *ghat* de Kedar había un puesto con un pequeño Hanuman que me atraía. Estaba pintado a mano de naranja y se hallaba dentro de un contenedor azul que parecía un cruce entre una caseta de perro y una garita de centinela del palacete de la guardia montada. No tenía nada especial, nada que lo distinguiera del resto de baratijas indias disponibles en las tiendas vecinas, pero lo compré y lo coloqué sobre la cómoda de mi habitación. No le

rezaba —no sabía cómo—, pero todos los días, en algún momento, lo saludaba de alguna forma. Juntaba las manos y... No sé exactamente lo que hacía. Intentaba meditar, pero, como tampoco sabía cómo hacerlo, pensaba en el sexo. O lo intentaba. Intentaba imaginarme a Isobel desnuda, arrodillada, con las rastas lavadas con champú y ropa interior limpia, pero la secuencia se negaba a adquirir coherencia, se volvía confusa y dispersa. Me exigía tal esfuerzo de voluntad que me rendí. No sentía el más mínimo deseo. Puesto que no podía pensar en el sexo y no sabía cómo meditar o rezar, adopté como mantra la única palabra en la que podía pensar. Entonaba el nombre Ganoona. Pronunciaba el nombre Ganoona una y otra vez, y al hacerlo estaba pidiendo algo, aunque no sabía lo que era.

Cerca del *ghat* de Lalit, tan solo un metro por encima del río, había un santuario malva y blanco. Lleno de las sombras parpadeantes del sol reflejado y el agua, solo resultaba visible desde una barca. Yo sabía que en la estación lluviosa, cuando el Ganges estaba alto, los templos de la orilla se inundaban a veces. Había visto esa famosa fotografía de Raghbir Singh en la que aparece un niño tirándose de la aguja —el muchacho está totalmente en horizontal, como si estuviera volando— de un templo similar durante una inundación especialmente intensa. Aquel santuario en concreto estaba tan bajo que debía de sumergirse por completo cada año. Pero eso no impedía que la gente le rindiera tributo. Los muchachos atrevidos se zambullían para ofrecer *puja* llevando antorchas metidas en bolsas de plástico. Iban hasta allí nadando y encendían las antorchas en las paredes, que se hallaban sucias del agua llena de cieno. Los dioses seguían allí, sanos y salvos, encantados de recibir visitas, anfibios, capaces de respirar debajo del agua como peces o al menos de contener la respiración durante meses. Cuando las aguas bajaban, su morada quedaba manchada, descubierta, limpiable.

Hice otro viaje a la otra orilla, esta vez desde Manikarnika. Me había levantado todavía más temprano de lo normal. Aún era de noche, pero las estrellas se veían tenues en el cielo y se acercaba el día. El sol salió justo cuando pasaba por delante del *ghat* de Kedar. Seguí andando. Después de pasar una hora en Manikarnika, acepté una barca que me ofrecieron con la intención de volver al Ganges View a desayunar. El río estaba totalmente en calma, liso como el cristal. Impulsivamente, pedí al barquero que remara a través del río en lugar de hacerlo en la otra dirección. El casco de la barca estaba pintado de un rojo apagado y hacía aguas ligeramente. A mitad de la travesía señalé los centímetros de agua que cubrían la barca y pregunté si podía haber problemas.

—Ningún problema —dijo él sonriendo.

Dejó de remar, levantó una taza de hojalata —era del tamaño de un vaso de cerveza de media pinta— y empezó a hacer gestos cómicos simulando que achicaba el agua con ella.

La orilla del otro lado estaba bastante empinada. Caminar por ella era como alcanzar la cima de una pequeña duna de arena. Mientras lo hacía, un pájaro oscuro se puso a aletear ruidosamente en el aire. A mi derecha, en una pequeña bahía, había dos perros comiendo algo en la orilla.

Un hombre muerto.

Estaba siendo mordido por dos perros. Uno se estaba comiendo el antebrazo izquierdo, y el otro, la muñeca derecha. El muerto estaba intacto. Yacía boca abajo. Le veía el pelo y una oreja. Llevaba una camiseta azul claro mugrienta y rota en varias zonas y unos pantalones cortos. Los perros alzaron la vista, me miraron y a continuación prosiguieron con su comida. Los brazos parecían una parte extraña por la que empezar. Tal vez habían empezado por allí porque les resultaba más fácil rodear los miembros con las fauces.

No podía ver bien al muerto, pero reconocí a uno de los perros.

Le conté a Darrell lo del muerto. Él tomó una barca para ir a verlo al día siguiente. (Laline no quiso ir, pero no desaprobó su deseo de echar un vistazo.) Los perros todavía estaban comiéndose al muerto, que seguía intacto en su mayor parte. El muerto devorado por los perros se había convertido en una atracción turística. Darrell se quedó horrorizado, pero dijo que se habría quedado todavía más horrorizado si al muerto se lo estuvieran comiendo unos delfines. Eso, dijo, habría sido muy raro, incluso para lo que se veía en Benarés.

Al tercer día fui a echar otra ojeada, a ver cómo evolucionaba la situación, pero el muerto ya no estaba. Sí estaban los perros, que comían pedazos y trozos de algo, pero no había nada que indicara que ese algo —una porquería genérica— pudiera haber sido humano.

Me habían advertido de que el *lassi* hecho con *bhang* era fuerte, mucho más potente que la hierba más fuerte, pero como Darrell y Lal iban a tomarse uno, decidí unirme a ellos. Las cosas empezaron de forma extraña, pues no nos los prepararon en un café, como habría sido de esperar, sino que nos los hizo un sastre que quería colarnos un par de trajes.

Durante la primera media hora fue como estar colocado, la fase inicial de un viaje. Los tres caminábamos cogidos de los hombros, riéndonos de todo: el río, por ejemplo, compacto y gris como una autopista, lleno de tráfico anfibio. Luego fue como estar totalmente desquiciado. No sabíamos exactamente dónde estábamos, pero tuvimos el suficiente sentido común para mantenernos lejos de Manikarnika y no acercarnos a Harischandra, donde, según Darrell, «toda aquella muerte podía darnos un buen bajón». En uno de los *ghats* vimos a un hombre delgado con una serpiente clara enrollada en el cuello como una boa, como una boa de plumas, solo que aquella boa totalmente desplumada era una

serpiente. El aire se quedó tan calmado que parecía a punto de cuajarse. Se formaron montañas de nubes como si una tormenta se estuviera cerniendo sobre la ciudad, para luego disiparse sin arrojar una sola gota de agua.

Más tarde fue como ser un fantasma. Darrell se alejó sin rumbo, y nos quedamos Laline y yo solos preguntándonos adónde había ido, y luego me quedé yo solo preguntándome adónde había ido Laline. No estaba excesivamente inquieto, pero deseé que hubieran estado conmigo cuando me encontré con el *baba* de la guía de carreteras y la barba enmarañada. Pensé que me pasaba algo en el oído, y luego deduje que él era la única persona a la que no podía oír y que el motivo por el que no le oía era porque le pasaba algo en la voz, pues se había vuelto totalmente inaudible. Puesto que no empleaba palabras, el hombre gesticulaba como un loco. Expresándose únicamente mediante gestos, su método de comunicación consistía en una forma de danza sentada y silenciosa. Al observarlo atentamente distinguí a partir de aquellos gestos alguna que otra expresión, incluso frases ocasionales. Mientras lo observaba empecé a reconstruir fragmentos de lo que estaba narrando. Al cabo de un rato, sin realizar ningún esfuerzo consciente, logré entenderlo a la perfección. Había ido allí, dijo, en busca de algo que había perdido. ¿Y qué era lo que había perdido? Un paraguas, por lo visto. Y varios bolígrafos. ¿Nos parecía aquello absurdo? En efecto, pero yo lo interpreté como que las cosas que nos interesaban a la mayoría de nosotros —iPods y camisetas— apenas eran más importantes que las cosas que perdíamos rutinariamente, cosas como paraguas y bolígrafos a los que no dábamos ningún valor en absoluto, pese a lo útiles que eran a la hora de mantenernos secos durante una tormenta o apuntar pensamientos o números de teléfono. Me pareció que eso era lo que estaba diciendo, pero luego caí en la cuenta de que esa interpretación metafórica era demasiado literal, ya que, si bien él había ido allí con la excusa de buscar sus propiedades perdidas, había caído en la cuenta de que lo que había perdido era exactamente el motivo por el que había

ido allí, que había ido a averiguar por qué había acabado allí. Hizo una pausa, se quedó inmóvil un rato, dejando que asimilara la compleja sencillez de su mensaje, y a continuación, en un estupendo gesto teatral, abrió un paraguas. Pero no un viejo paraguas cualquiera. No, era un paraguas muy viejo, totalmente inservible y roto. Completamente desprovisto de tela, no era más que un esqueleto metálico largo y fino, incapaz de resguardar de la lluvia ni proteger del sol.

Más tarde, cuando estaba oscureciendo, volví a ver a la cabra, la del pelaje blanco y las patas negras. La que me había parecido que iba a hablarme. Al pasar junto a ella, empezó a andar a mi lado. Olía un poco a queso, a queso de cabra. Noté que algo me tocaba la pierna. Estaba dándome golpecitos con su cabeza. Miré su cara de cabra.

—¿Barca, *sah*? —dijo.

—No, gracias —dije yo.

—Muy barata, *sah*.

—No, gracias —dije.

—¿*Sah* querer barca? —repitió la cabra.

—Yo andando. No querer barca.

—Muy barata —dijo la cabra.

—No, gracias —dije.

Yo había reducido el paso y la cabra, que percibió mi vacilación y la interpretó como una buena disposición a dejarme retener, probó con una estrategia distinta.

—¿Cree que es bonito ser cabra aquí, en ciudad, *sah*? La vida aquí dura para mí. Tengo hijos. Le ofrezco barca, pero lo que más quiero es entablar conversación, un pequeño discurso filosófico.

Dejé de caminar para poder prestar a la cabra la atención que obviamente ansiaba y merecía.

—De acuerdo. ¿De qué te gustaría hablar?



La cabra se detuvo y dijo:

—¿Querer barca, *sah*?

—Creía que querías mantener una conversación filosófica.

—Broma, *sah*. Lo que quiero es preguntar cómo es pensar con cabeza humana. ¿En qué diferente conciencia humana de conciencia de cabra?

—Vaya, es una pregunta muy difícil. Para contestarla tendría que tener una idea más clara de cómo es ser una cabra. Te seré sincero: yo suponía que estabais un poco perdidas en vuestro mundo de cabras.

—Ese es problema, *sah*. Como soy cabra, no tengo herramientas para explicar cómo es ser cabra.

—Verás, seguramente esa es la diferencia. La capacidad para expresar cosas. El lenguaje. La autocrítica...

No sabía qué más decir. Parecía que careciera de las mismas cualidades que aseguraba que me distinguían de mi interlocutora. Cuanto más intentaba expresar la diferencia entre la cabra y yo, más teníamos en común.

—Voy a tener que pensarlo bien, ¿sabes? Me has pillado por sorpresa. Además, para serte sincero, en este momento no estoy en forma, filosóficamente hablando. ¿Podemos hablar del tema en otra ocasión?

—¿Mañana, *sah*?

—Sí, tal vez mañana.

—Otra cosa, *sah*. Ganoona aparecer pronto.

—¿Ganoona? ¿Cómo sabes de Ganoona?

—Solo sé que Ganoona aparecerá pronto. En bolsa de un canguro. Pero solo los que son Ganoona podrán verlo.

A continuación, la cabra se dio la vuelta y se marchó trotando, y oí a unas personas diciendo el nombre de alguien. El nombre me sonaba familiar, pero tardé un rato en caer en la cuenta: era mi nombre, y las personas que lo decían eran mis amigos, cuyos nombres no recordaba por el momento.

—Bueno, creo que no volveremos a hacerlo —dijo uno de ellos (¡Darrell,

eso era!) al día siguiente. Lo dijo como si hubiera acabado, pero yo sospechaba que una parte de mí seguía en ello.

En cierto modo, se había demostrado que Laline tenía razón: yo no me dedicaba a armar jaleo, pero vivía como un mono. Era agradable comer plátanos bajo la bóveda celeste y contemplar el río. El río corría hacia el este, de derecha a izquierda, pero no seguía corriendo hasta el mar como haría cualquier río sensato. Allí, en Benarés, cambiaba de opinión y regresaba a su nacimiento (otra idea con la que me había tropezado por primera vez en una discoteca de Londres). Se volvía hacia el Himalaya, de donde procedía, donde vivían los dioses, donde habían empezado y a donde habían vuelto y de donde jamás se marcharían. Hacia allí se dirigía el Ganges. ¿Significaba eso que tenía lógica tirar una bolsa de plástico llena de caléndulas al río como ofrenda? ¿Qué sentido tenía? Todos los días veía a la gente hacerlo. Estaba claro que era algo ridículo. Si todo el mundo se dedicara únicamente a tirar bolsas de plástico al río, no sería más que un río de bolsas de plástico y no sería tan sagrado, ¿no? Me había acabado el plátano. No tenía muy buen aspecto, pero, desde el punto de vista del sabor, era uno de los mejores plátanos que había comido en mi vida, de modo que inmediatamente pelé otro y me lo empecé a comer. Casi estaba tan bueno como el primero que acababa de comerme.

Ñam.

Sentado un poco por encima del *ghat* de Panchakot, mirando hacia el sol naciente, una especie de santón o de falso santón se dirigía a un puñado de oyentes. A sus pies, mirando fijamente el Ganges, había dos cráneos humanos amarillentos. ¿Eran un simple adorno o tenían una finalidad más importante?

Era difícil saberlo, pero estaba claro que no prestaban mucha atención a lo que se estaba diciendo. Parecían bastante ausentes. Fuera lo que fuese lo que él estaba diciendo, posiblemente ellas ya lo habían oído antes. El hombre me llamó para que me acercara, y fui allí y me senté con él y sus amigos o sus seguidores o lo que fueran. Uno de ellos llevaba una camiseta del Chelsea con el nombre de John Terry en la espalda. Aquella camiseta reluciente resultaba descorazonadora, del mismo modo que resultaba deprimente cuando los niños indios intentaban exhibir su conocimiento de lenguas extranjeras diciendo cosas como «mola mogollón». El santón tenía los ojos increíblemente enrojecidos; no era de extrañar, habida cuenta del tamaño de la pipa que se estaba fumando. Expulsó una enorme nube de humo —con sus rastas, parecía una fotografía icónica del mundo del reggae— y me pasó uno de los cráneos para que lo pudiera ver más de cerca. Nunca había tenido un cráneo humano en las manos, de modo que me resultó muy interesante. No me hizo pensar en la mortalidad del alma ni en la futilidad de todo esfuerzo humano ante la muerte inevitable, pero empecé a temer que al examinar el cráneo hubiera expresado un interés tácito en adquirirlo. Bueno, había peores cosas que comprar. Por un momento, me entraron ganas de dar una patada al cráneo como si fuera un portero y lanzarlo al Ganges. Habría sido posible. En lugar de ello, volví a dejar el cráneo en el suelo con cuidado. Sintiendo que tenía que decir algo — como cuando alguien te enseña sus poemas o fotografías—, dije:

—*Et in Arcadia ego.*

El santón asintió con la cabeza, y me levanté. Al hacerlo vi a Isobel sola paseando por la orilla del río. Me despedí rápidamente de mis nuevos amigos y corrí a detenerla. Llevaba unas bermudas oscuras con muchos bolsillos y cremalleras y la misma camiseta de color amarillo claro que lucía el día que había estado a punto de atropellarla en Shivala Road.

—Hola. ¿Cómo te va el día? —dije.

—Bien. ¿Y a ti?

Tenía acento, pero era incapaz de ubicarlo. Sus bermudas, advertí entonces, no eran de color negro liso, sino que tenían un discreto estampado de camuflaje: ¡camuflaje camuflado! Procuré no mirarle fijamente el vientre bronceado y plano. Era alta. Sus rizos gruesos le llegaban por debajo de los hombros. De cerca parecía todavía más joven de lo que creía. A partir de ello deduje que yo debía de parecer todavía más mayor. No hay nada más extraño, más delicado, que la relación entre dos personas que solo se conocen de vista... y nada más embarazoso que el paso de mirar a hablar, cuando las palabras por fin entran en juego. Sin saber qué decir, estuve a punto de preguntarle otra vez cómo le iba. Haciendo ligeras variaciones de énfasis —«¿Cómo *te* va el día?», «¿Cómo *te* va *el día*?»—, podríamos habernos visto atrapados en ese bucle de cumplidos el resto del tiempo. En cambio, en el último momento le pregunté:

—¿Caminas hacia allí?

Señalé en dirección a Manikarnika y, como si la palabra «caminas» me obligara a comprobar que tenía un par de pies, se los miré. Llevaba unas sandalias y una pulsera tobillera. Tenías las uñas de los pies pintadas de color plateado.

—Sí.

—Yo también. ¿Paseamos?

Empezamos a andar a lo largo de los concurridos *ghats*, intercambiando información básica acerca de dónde se alojaba ella y cuánto tiempo llevábamos en Benarés. Se alojaba en un lugar del que no había oído hablar. Cuando dije que me hospedaba en el Ganges View, dijo que había oído que era muy agradable, pero caro.

—Supongo que sí —dije, sintiéndome satisfecho conmigo mismo por residir en un lugar tan prestigioso.

—¿De dónde eres?

—De Inglaterra. Londres. ¿Y tú?

—De Suiza.

—¿Suiza?

Iba decir «Creía que eras israelí», pero temí que pareciera un comentario antisemita. Estuve a punto de decir: «Yo creía que los suizos eran muy aseados y elegantes», pero temí que pareciera un comentario en contra de los suizos y los desaliñados. Mientras pensaba todas esas cosas sin decir ninguna, ella me explicó que sus amigos eran de Israel. Dijo «amigos», en plural, no «novio», en singular. Los había conocido en Goa. Yo estaba escuchando, pero al mismo tiempo iba maquinando lo que podíamos hacer para hacer algo —no tenía ni idea de qué— más que pasear. A nuestra derecha el sol lanzaba destellos en el río, lleno de barcas. Habíamos llegado a los escalones del Lotus Lounge. De repente, Isobel dijo:

—¿Has estado en Venecia?

—Sí, claro. Bastantes veces.

—¿No te recuerda Varanasi, Benarés, a Venecia?

La oportunidad de responder en serio únicamente desembocó en un comentario superficial:

—¿Porque los dos empiezan por uve?

Ella me dio un puñetazo en el hombro.

—Callejones pequeños, viejos palacios que se desmoronan. El agua...

—Tienes razón. —Habíamos dejado de caminar. Me volví para mirarla—. Son increíblemente parecidas. Casi son versiones la una de la otra. Están hermanadas.

El aire estaba en calma, pero el momento —lo que sea que hace que un momento sea un momento— ya había pasado. A pesar de ello, dije:

—¿Te apetece tomar un café aquí? ¿O un zumo u otra cosa?

—He quedado —dijo ella.

Yo podría haber dicho «Está bien, sigamos andando», pero, por si había que interpretar su reticencia a tomar café o zumo como una negativa más amplia,

dije:

—Bueno, me alegro mucho de haberte conocido por fin. —A continuación, por si no había que interpretarla como una reticencia a algo que no fuera tomar café o zumo, añadí—: Tal vez podríamos volver a vernos.

—Estaría bien —dijo ella—. Pero mañana es mi último día en Benarés.

—¡No!

—Sí. Pasado mañana me voy a Hampi.

No podía creer lo cruel de nuestro encuentro, el hecho de haber estado allí todo aquel tiempo y no haber hablado hasta entonces, cuando ya no tenía sentido hacerlo.

Estaba asimilando las consecuencias —la inexistencia de consecuencias de todo ello— cuando alguien gritó su nombre:

—¡Isobel!

Los dos miramos en dirección al río, de donde venía la voz. Estaba pasando una barca. En ella había alguien saludando con la mano.

Ashwin.

Ella le devolvió el saludo. Al principio me quedé con las manos colgando a los lados, como había hecho al enfrentarme al mono que me había robado las gafas de sol. Luego, para disimular la vergüenza, yo también lo saludé con la mano. Ashwin me saludó. Todos nos saludamos. Todos estábamos ahogándonos en un mar de olas. Ashwin estaba gritando, preguntando a Isobel si quería montar en la barca.

—No, gracias —gritó ella a su vez—. Te veré allí. Tengo que pasar por mi habitación primero.

Se produjo un último remolino de olas y luego Ashwin continuó río abajo en dirección a «allí», dondequiera que estuviera.

—Así que conoces a Ashwin —dije.

Ella dijo que sí y sonrió de un modo que yo no había visto antes.

—Un tipo majo —añadí.

Nos quedamos quietos, un tanto embarazados, hasta que ella dijo:

—Me tengo que marchar.

—Sí, claro. Bueno, me alegro de que por lo menos hayamos tenido ocasión de hablar —dije, reprimiendo el deseo de preguntarle si Ashwin iba a ir también a Hampi.

Nos dimos la mano, y ella se dio la vuelta para marcharse. Observé cómo seguía caminando por los *ghats*. Luego subí la escalera del Lotus Lounge. Apoyado sobre el muro de la terraza, la vi —sus gruesos rizos y su camiseta amarilla— desaparecer entre la multitud.

Pedí un capuchino y una tortita. Mientras estaba allí sentado, contemplando el Ganges, tuve la vaga sensación de que mi última oportunidad —no estaba seguro de qué— se acababa de ir al garete. Irse al garete: la frase me cruzó la cabeza como un letrero en la puerta de una tienda que pusiera: «Me he ido de pesca».

Tomar aquel capuchino no fue buena idea. Pocos minutos después de salir del Lotus Orange, sentí unas violentas ganas de cagar. Eché a correr con la esperanza de llegar a un sitio donde hubiera un váter, pero fue imposible. Me agaché junto a una pared y expulsé una sustancia de olor repugnante sobre un par de viejos zurullos secados al sol.

Dos agendas distintas coexistían en Benarés. Mis días pasaban sin rumbo ni objetivo. Mientras tanto, el calendario de la ciudad estaba marcado por un programa de festividades coordinadas estrictamente. Había tantas festividades que había renunciado a estar al tanto de lo que se celebraba o se anunciaba. La abundancia de bodas hacía que hasta los días que no había festividades resultaran sumamente festivos. El deseo infantil de que fuera Navidad todos

los días (grabado en mi memoria por Slade) casi se había hecho realidad gracias a la combinación de islamismo, sijismo e hinduismo. De modo que no es de extrañar que empezara a liberarme de las habituales exigencias del tiempo y las fechas. Como no estaba seguro del tiempo exacto que llevaba allí, revisé el visado de mi pasaporte; o lo habría hecho si lo hubiera encontrado. Revolví en todos los cajones y toda la ropa de los cajones donde podía haber escondido el pasaporte. Intenté acordarme de la última vez que lo había visto, la última vez que lo había sacado. Lo llevaba durante el altercado con el intruso de la cola del banco, y me pareció recordar que lo había guardado después, pero, cuanto más pensaba en ello, menos seguro estaba de si se trataba de un recuerdo o simplemente de la ilusión de un recuerdo, y más probable me parecía que lo hubiera llevado conmigo desde entonces en otras ocasiones que no recordaba. Había tenido el sentido común de no llevarlo el día que nos habíamos desmadrado con los *lassis* de *bhang*, ¿no? Cuanto más pensaba en ello, menos seguro estaba de no haberlo llevado. Me quedé sentado en la cama sin saber qué hacer y llegué a la conclusión de que no saber qué hacer era una forma de saber qué hacer, que era no hacer nada, de modo que eso hice.

Un día que pudo o no pudo haber sido especialmente propicio, Laline me entregó un paquete envuelto con un delicado papel rosa y atado con hilo rojo.

—Un regalo para ti —dijo.

Desaté la cuerda y desenvolví el papel con cuidado. Dentro había un ejemplar de *El velo pintado* de Somerset Maugham. En la cubierta, Laline había tapado la V de «velo» y había escrito una C.

—Gracias —dije.

Le di un beso; estaba agradecido. Era un bonito regalo, pero no leí el libro, pues era algo que ya no hacía.

Hacía más calor. De vez en cuando, una hilera de finas nubes aparecía en el cielo nítido.



Un día que iba caminando por las callejuelas de detrás de los *ghats* me encontré con un hombre que empujaba una carretilla en la que parecía cargar una especie de calabaza. Al apretujarme junto a él me di cuenta de que lo que yo había tomado por una calabaza eran en realidad sus testículos. Hinchados de forma monstruosa por la enfermedad, se habían vuelto insoportables, y el sino del hombre era llevarlos en una carretilla. Todo en Benarés se llevaba a un extremo delirante. En Europa teníamos el mito de Sísifo y la roca. En Benarés tenían la existencia real de aquel hombre y sus pelotas.

Cogí un carrito para ir al museo de la Universidad Hindú. Era un lugar espacioso y polvoriento con estatuas serenas de Buda e hipnóticos bronce de Shiva disfrazado de Nataraja, el bailarín cósmico. También había una impresionante colección de miniaturas indias, algunas muy grandes. Yo no sabía apreciar los méritos relativos de ninguno de los cuadros, pero uno me pareció especialmente bonito. Había sido pintado por Shivalal —el nombre no me decía nada— en 1893, pero, para mis ojos no formados, podría haber sido realizado doscientos o trescientos años antes. Un desfile de jinetes y caballos lujosamente enjaezados estaba cruzando un puente o una calzada elevada inundada formando una sola fila, en medio del monzón. La lluvia caía como flechas en el río reluciente, que había cubierto los árboles y había entrado en unas casas construidas de forma fatalista en la zona afectada por la inundación. Al fondo había unas montañas cónicas —una de ellas con un castillo encaramado en lo alto— de un verde brillante. Las nubes estaban bajas. Se veía un relámpago: una serpiente dorada retorciéndose por el cielo empapado de color añil.

En el río de verdad, el que no estaba pintado, se estaba celebrando el funeral de un *sanyasin*. No fue incinerado. Su cuerpo fue transportado hasta el Ganges, donde le colocaron una piedra a modo de peso y lo soltaron.

Hasta la fecha no me había topado con ninguna persona de lo que ahora consideraba mi vida anterior —mi encarnación previa— en Londres. Un buen día, en el *ghat* de Kedar, me encontré con Anand Sethi, el que me había aconsejado que no me alojara en el Taj Ganges.

—Llevas barba de explorador —dijo.

Era cierto. No me había dejado barba; simplemente había dejado de afeitarme, y como consecuencia de ello me había convertido en un hombre con barba. Los sijs jóvenes con sus barbas oscuras y los mochileros con sus perillas ralas tenían un aspecto juvenil, atractivo; yo parecía una versión reducida de Dougal Haston o Chris Bonnington. Anand llevaba una camisa a rayas de Paul Smith y unos pantalones de Prada. Parecía un banquero en plena ola de calor, que es lo que era. Eso me hizo cobrar conciencia del punto al que yo había llegado; ya no era tanto un nativo como un mochilero envejecido. Llevaba una vieja camiseta de surfero y unos pantalones cortos deshilachados. Tenía el cabello largo, despeinado, canoso, como mi barba.

—¿Desde cuándo estás aquí? —dije.

—Desde ayer. ¿Y tú?

—Llevo aquí una eternidad. Desde la última vez que te vi, en la inauguración de la exposición de Fiona Rae. No he vuelto. En cierto modo, he echado raíces aquí. ¿Te alojas en el Ganges View? Me sorprende no haberte visto.

—No, en el Taj —dijo él—. El Ganges View estaba lleno.

—Lo siento —dije, procurando no sonreír de satisfacción—. He estado allí todo este tiempo. Seguramente he acabado ocupando tu habitación.

Le propuse que quedáramos para tomar una copa o cenar, pero él se iba a Agra la noche siguiente. Después iba a ir a Bombay a comprar un cuadro de Atul Dodiya.

Cuando nos separamos dijo:

—¿Sabes?, no me convence la barba. Pareces un náufrago. O Terry Waite en

huelga de hambre.

—Tienes razón —dije—. Voy a hacer algo con ella.

Fui andando directamente a un establecimiento al que hacía tiempo que le había tomado cariño por su nombre —el Decent Barber, en Shivala Road— a que me afeitaran la cabeza, la barba y las cejas. Pedí al barbero que me dejara una pequeña coleta en la parte de atrás de la cabeza, como había visto en los dolientes. Me preguntaba si protestaría, si imitar el ritual del duelo de ese modo se podía considerar ofensivo, pero él procedió a hacerlo sin preguntas ni quejas. Había varias personas mirando. Debió de hacerme varios cortes pequeños; la cabeza me picaba después. Parecía blanca como un huevo, como un cráneo. Al volver a Assi notaba cómo el sol me la cocía.

Por el camino me tropecé con Ashwin. Me sorprendió verlo tanto como a él le sorprendió verme a mí.

—Creía que estabas en Hampi —dije.

—No. No... Pero ¿qué ha pasado? —preguntó él.

—Estoy de luto por mi vida —dije, repitiendo el viejo chiste de Chéjov—. Mi viejo yo se niega a morir. El nuevo está luchando por renacer. En este intervalo aparecen gran variedad de síntomas mórbidos.

Prácticamente me había convertido en parte del mobiliario del hotel. Aunque todavía disfrutaba con las risas y las bromas, ya no buscaba amigos, personas con las que poder cenar y gastar bromas. Toda la gente que conocía estaba de paso. Simplemente eran huéspedes, personas que iban y venían. Mi actitud era igual que la del personal del hotel, salvo que yo nunca me planteaba el juicio definitivo, realizado el día de la partida, que anulaba todos los sentimientos anteriores respecto a lo corteses y agradables que habían sido los huéspedes: el juicio determinado únicamente por las dimensiones del viaje. (Llevaba allí tanto tiempo que mi viaje final debía de haber sido previsto como si fuera mi

última voluntad.) Era un alivio ser libre de la tiranía de mis aficiones y fobias. ¿Cómo iba a importar tanto lo que yo pensaba de X o Y? Es decir, ¿cómo me iba a importar tanto?

No quiero parecer una especie de falso *sanyasin*. Creemos que la renuncia se produce con mucha ceremonia, de forma definitiva, posiblemente como resultado del desencanto, la ira o la decepción («A este mundo renuncio...»), pero puede producirse gradualmente, tan gradualmente que no parezca una renuncia. El motivo de que no parezca una renuncia es que no lo es. Yo no renuncié al mundo; solo perdí interés poco a poco por ciertos aspectos de él, me desentendí de él... y esa disminución de interés se vio lentamente correspondida. Así es como funciona. El mundo deja de elegirte; dejas de sentirte elegido por el mundo.

Algunas personas dejan de creer que van a ser felices. Cuando yo estaba a punto de convertirme en una de ellas, empecé a aceptar que mi destino era ser infeliz. Normalmente me habría adaptado a ello, me habría acostumbrado a ser una persona permanentemente infeliz. Pero en Benarés se suprimía algo de la ecuación, de forma que la infelicidad no tuviera ningún papel. Ese algo era yo. Había engañado al destino. En realidad, la construcción pasiva es más correcta: el destino había sido engañado.

Me acordaba de que antes solía tomármelo todo muy personalmente. Dos años antes, me habían regalado unas entradas para el primer día del torneo de Wimbledon, en la pista central. Estuvo lloviendo todo el día de forma intermitente. Los espectadores nos mantuvimos a la espera, mirando al cielo, esperanzados. A las tres descubrieron la pista y parecía que el partido podía dar comienzo. Se produjo una gran ovación, pero al cabo de veinte minutos volvieron a cubrir la pista y cayó de nuevo la espantosa llovizna. Nosotros no abandonamos la esperanza. No dejábamos de mirar las nubes bajas. En un momento determinado, me dio la impresión de que el cielo se estaba despejando y oscureciendo al mismo tiempo. Al final del día no se había

jugado ni un solo golpe. Era como si pesara sobre mí una maldición. Nadie más —ni los tenistas ni ningún otro espectador del estadio— sufría como yo. Era mi día, mi torneo de Wimbledon, mi exhibición la que se estaba arruinando. El tiempo se había interpuesto entre mí y lo que quería, que era ver un partido de tenis. El dolor y la lluvia eran insoportables porque se ajustaban a una pauta climática más general: siempre había algo que se interponía entre yo y lo que quería. La tarde del torneo de Wimbledon había sido la lluvia; otro día, otra cosa. Pero siempre había algo. Ahora me daba cuenta de que esa cosa era yo mismo. Yo me estorbaba. Estaba delante de mí en la cola. Me hacía esperar a mí mismo. Todo era una suerte de espera. Cuando bebía cerveza estaba esperando a que el vaso estuviera vacío para que me lo llenaran y empezara a beber de nuevo. En lugar de disfrutar del subidón de la cocaína, también lo controlaba para ver si el efecto se pasaba, para poder prepararme otra raya, tomar más, empezar a controlar otra vez... La verdad es que no quiero parecer alguien que ha pasado por rehabilitación o ha experimentado una conversión o un despertar. Lo único que estoy diciendo es que en Benarés ya no me sentía como si estuviera esperando. La espera había terminado. Yo había terminado. Me había suprimido de la ecuación.

Al llegar a Benarés, como el resto de los turistas, me había enfrentado al Ganges con suma aversión. Puede que fuera un río sagrado, pero también era un río asqueroso, inundado de aguas residuales, bolsas de plástico y cenizas de cadáveres: un peligro para la salud sagrado y fluyente. Sin embargo, ahora tenía muchas ganas de darme un chapuzón. Digo ganas, pero no es la palabra correcta. No tenía ganas de bañarme en el sentido en que me apetecía una cerveza fría, y todavía me apetecían las cervezas frías, como todavía disfrutaba con las risas y las bromas, sobre todo ahora que hacía tanto calor. Era más bien como si supiera que un día me iba a bañar en el río, con lo cual

no tenía sentido no hacerlo. Andarse con titubeos era postergar lo inevitable. Puesto que llegaría el día en que me bañaría en el Ganges, no hacerlo no tenía sentido: como tratar de evitar hacer algo que ya había hecho.

Poco después de que saliera el sol, en el *ghat* de Kedar, me quité los pantalones cortos y la camiseta y me quedé en ropa interior. Toda mi vida he estado acomplejado por estar delgado, pero rodeado de las figuras infinitamente variadas de los indios —gordas como Ganesh, flacas como perros lebreles— me sentía muy cómodo. Bajé la escalera y me metí en el agua. En comparación con el aire, estaba sorprendentemente fría. El sol decoraba la superficie con arrugas y destellos de luz. El agua me llegaba hasta las rodillas, y me había acostumbrado al frío. Ahora el agua parecía bastante caliente, pero aparte de eso no parecía nada más. No parecía sucia ni sagrada; solo parecía agua. Caminé un poco más hacia dentro, de puntillas, para evitar el momento en que el agua me tocara las pelotas y el vientre. Luego el agua me llegó al pecho. Notaba el impulso de la corriente, pero no había nada traicionero ni aparentemente peligroso en ese pequeño ejercicio de su voluntad. Ahora que estaba en el agua no sabía qué hacer. El sol ya pegaba con fuerza, pero no era molesto. Era muy agradable estar en el agua, como lo es siempre en un día soleado. A ambos lados había gente lavándose o rezando o simplemente de pie. Algunos niños estaban jugando salpicándose entre ellos, pero no me salpicaban a mí. Nadie me prestaba la más mínima atención. Nadie decía: «Bien hecho» o «¿Lo ve? No está tan sucio como dicen esos turistas quisquillosos». Yo era el único extranjero, el único occidental en el agua, pero sabía que había varios en los escalones detrás de mí, observando. Miré a la otra orilla, aquel mundo vacío. Era fácil creer que si ibas allí nadando dejabas atrás tu vida actual.

Noté que algo me tocaba la pierna y eché un vistazo al agua, temiendo que fuera algo horrible, un tipo de residuo, pero solo era una barquita para velas empapada con unas cuantas flores muertas en el fondo. Puede que el agua no

estuviera limpia, pero ni parecía ni se veía sucia. Oía las voces de las personas que tenía detrás. El sol naciente me daba en la cara. Después de estar en el río un rato, volví andando a la escalera y me sequé al sol. No tenía agua en la cara, ni una gota. Me volví a poner la camiseta y los pantalones cortos. Estaban calientes y limpios; también era agradable volver a llevar las sandalias en los pies. No estaba seguro de si me había lavado o si ahora necesitaba lavarme, pero sí estaba seguro de que los indios me veían de forma diferente, de que había dado un paso importante para convertirme en uno de ellos. En cuanto a mis compañeros turistas, seguramente pensaban que estaba presumiendo, que era imprudente y tonto, pero ahora me daba cuenta de que eso era una forma de miedo y envidia. Cuando me veían, veían un reproche a su timidez.

La tos no había mejorado, pero me había acostumbrado tanto a ella que apenas le daba importancia. Toser no era más que una forma de respirar, una función un poco más ruidosa del hecho de estar vivo. Me había habituado a cagar líquido después de cada comida. Notaba el culo rojo como el de un mono. Como volvía a subsistir principalmente a base de plátanos, adelgacé. El acto de pensar guardaba un curioso parecido con un dolor de cabeza. Era imposible saber si se trataba de los variados síntomas de una sola enfermedad o de una coalición de enfermedades individuales que se habían aliado para hacerme daño. Fuera como fuese, todo mi organismo estaba siendo sitiado... por dentro. Me adapté y acostumbré a esas nuevas condiciones. Al principio, siempre deseaba estar mejor. Luego, al cabo de un tiempo, mi idea de lo que era sentirme mejor se volvió un poco confusa. Me olvidé incluso de que existía un estado llamado bienestar. No notaba la diferencia entre sentirme bien y sentirme mal. Cuando solo me sentía un poco mal, me sentía totalmente bien.

Cada día hacía más calor. Puede que ya lo haya dicho, pero el calor no dejaba de aumentar. Ese calor hacía que cada especie de bicho y de germen estuviera preparado y perfectamente adaptado para desarrollarse y multiplicarse. Por encima del resto de los elementos, un golpe de sol o de calor parecía una posibilidad clara. Para combatir el calor, me compré un *dhoti*. Al principio lo llevaba solo en mi habitación, ensayando cómo colocármelo de forma que los muslos me quedaran al descubierto. Luego, en una ocasión, me quedé sentado en la terraza del tejado con él puesto, aliviado de que no subiera nadie. Cuando apareció alguien —una pareja francesa que se había registrado esa misma mañana—, me sorprendió sentirme cómodo. Dije: «Bonjour», y les dediqué una sonrisa, una de esas sonrisas pausadas de semigurú que la gente que llevaba allí un tiempo se consideraba con derecho a dirigir a los nuevos visitantes. Se quedaron en la terraza solo unos minutos, lo justo para demostrar que aquel santón flacucho no les hacía sentirse incómodos, y volvieron a su habitación, donde practicaron sexo de forma audible. Incluso la oí a ella decir: «Je viens».

«Métela y menéala», pensé para mis adentros. Y a continuación, como pensar esa frase era tan divertido, la dije en voz alta varias veces:

—¡Métela y menéala!

Si hubiera sabido traducirla, la habría dicho en francés.

Unos días más tarde me aventuré a ir a los *ghats* vestido únicamente con el *dhoti*. Cuando era adolescente, mis piernas flacas me daban tanta vergüenza que jugaba a squash con tejanos; ahora, más flaco que nunca, salí a la calle con aquella pequeña prenda, flaco como Gandhi. Tenía las piernas totalmente blancas por encima de las rodillas y muy morenas por debajo. Me parecía que tenía un aspecto completamente ridículo, pero no más ridículo que el de algunas de las personas que me rodeaban. ¿Qué sentido tenía sentirse grotesco en una ciudad en la que podías cargar con tus testículos en una carretilla? En Benarés no existía el concepto de ridículo. La propia idea era ridícula. Yo



estaba mucho más ido que cualquiera de los mochileros. Ellos tenían rastas y llevaban turbantes hechos con *sarongs*, pero ninguno estaba tan ridículo como yo. No evitaba sus miradas y los miraba a los ojos. El dueño de un par de aquellos ojos, Micky, con el que había hablado unas cuantas veces en el Lotus Lounge, se debatía tan claramente entre el deseo de preguntarme lo que me pasaba y el temor a ofenderme que para sacarlo de la incertidumbre dije:

—Bueno, ¿qué opinas?

—¿Sobre qué?

—Sobre esto —dije, levantando los brazos y dando un pequeño giro, como si estuviera luciendo un nuevo conjunto de Topshop.

—Te queda bien —dijo—. Pero ¿qué... significa?

—Has oído hablar de los *sadhus*, ¿verdad?

—Claro.

—Pues esta es mi propia versión. Un *fracasadhu* —dije, sonriendo al contar aquel chiste sin gracia.

Seguí andando. Me concentré en reconfigurar la expresión adormecida de mi cara. Normalmente lucía un aspecto triste, pero ahora no paraba de sonreír, confiando en que mi cara se adaptara a aquel estilo más optimista.

El hecho de tener aquella pinta —de bicho raro, sinceramente— me fue útil en otro sentido, pues mientras atraía las miradas, los vendedores y estafadores no me molestaban tan a menudo. Desde luego, no parecía dispuesto a comprar nada. En el *ghat* de Harischandra un turista con acento alemán me preguntó si me podía hacer una foto. Le dije que sí, por supuesto, y posé sonriente junto a la torre de socorrista amarilla y negra que no era tal cosa. Después hablamos. Estaba interesado en conocer mi historia. Le dije que no tenía ninguna historia, y me preguntó de dónde era.

—¿De dónde eres tú? —dije.

—De Suiza —dijo.

—¿Suiza? —dije—. Entonces conocerás a mi amiga Isobel.

Él negó con la cabeza.

—Tío, cómo me habría gustado meter la cuchara en el pastelito de esa chica —dije—. ¡Meterla y menearla! Así que de Suiza, la Suiza neutral. Una vez estuve delante de la fuente de Ginebra. Me hice una foto, sonriendo con unos amigos y con la fuente detrás. Una foto de situación. Estaba hecho un campeón. ¿Ves lo que te digo?

Él asintió, pero era evidente que no lo veía. Me veía delante de él, pero no podía ver. La idea de *darshan* no significaba nada para él.

—Mi historia es la tuya —dije—. Si fueras de Swindon, entonces yo sería de allí. No importa. No hay diferencia entre Swindon y Ginebra. Para mí, podrían ser Bourton on the Water. ¿Has estado allí?

—¿En Bourton on the Water? Creo que no.

—Si hubieras estado lo sabrías. Es un pueblo encantador del suroeste de Inglaterra. Yo fui con mis padres cuando era niño. Había un salón de té donde tomamos bollos. Me acuerdo de la barbilla de mi padre; se le puso brillante de la mantequilla. Seguramente ahora es una cafetería. Básicamente, es igual que Ginebra.

El suizo asintió.

—Otra vez fui a Longleat a ver los leones. Hacía mucho calor, así que nos saltamos a la torera lo que ponía en los letreros y bajamos un poco la ventanilla del coche, un Vauxhall Victor azul celeste. Solo fueron unos pocos centímetros, pero empecé a llorar porque me daban miedo los leones.

»¿Has oído hablar de Mike Summerbee, el futbolista? Jugó en el Manchester City y fue a la misma escuela primaria que yo. Por aquel entonces, mi padre ya decía que los futbolistas ganaban demasiado dinero. Por encima de todo, mi padre odiaba gastar dinero, así que las vacaciones eran una especie de tortura para él, y prefería quedarse en casa y planificar una excursión o algo por el estilo. Cuando nos íbamos de vacaciones, íbamos a Weston-super-Mare o Bournemouth, pero cuando llegábamos siempre

soplaban los monzones y teníamos que ir al cine. Las únicas veces que íbamos al cine era cuando estábamos de vacaciones y llovía. Siempre llovía y siempre veíamos las adaptaciones al cine de nuestras series de televisión favoritas: *Padre no hay más que uno*, *Playas de la Riviera*, con Morecambe y Wise... Nunca íbamos a ver las grandes obras del medio: Antonioni, Satyajit Ray, Godard... Ni siquiera vimos *Operación trueno*, pero, en honor a la verdad, sí que vimos *El desafío de las águilas* y *Un trabajo en Italia*, películas que tuvieron un profundo efecto en mi mente juvenil. No quiero que te lleves una impresión equivocada. Sé que parece difícil de creer ahora que me tienes delante, pero en mi época fui un mujeriego. Meter. Menear. Y ya que hablamos de monólogos interiores, ¿has visto *En la ciudad blanca*, de tu compatriota Alain Tanner? Es una de las primeras películas que incluyeron metraje rodado en Súper 8 para aprovechar el efecto curioso del Súper 8, que parece impregnado de recuerdos. Bruno Ganz es el protagonista. A nivel elemental, interpreta a un marinero de permiso en Lisboa que deserta y se queda en la ciudad, deambulando, pero para mí es una alegoría de los atractivos de Bourton on the Water, el pueblo eterno, en los sagrados Cotswolds. Allí hay un puente, un cruce, un *tirtha*. Se dice que si cruzas ese puente llegas a una camioneta de helados, Mr Whippee, donde venden helados de chocolate y polos de frambuesa.

El suizo estaba mostrando señales de querer marcharse, lo cual era comprensible.

—Espera —dije—. Tengo una pregunta, una pregunta sobre tu otro compatriota, Roger Federer. Un gran tenista. Un dios, a su manera. Pero ¿por qué insiste en llevar esa ridícula chaqueta color crema en Wimbledon? No lleves una chaqueta color crema con pantalones cortos o *dhoti*. Es una de las normas de vestimenta más elementales. ¿Por qué lo hizo? Contéstame. Es la pregunta que responderá el resto de preguntas.

El suizo dijo que no lo sabía. No me sorprendió. Era incomprensible. Por

eso era la pregunta que respondía el resto de preguntas.

A partir de entonces, siempre salía a pasear con el *dhoti*. Mis blancos muslos no tardaron en ponerse tan morenos como mis pantorrillas. Dejé de ser consciente de que vestía de esa forma. Resultaba agradable, natural, y me sentía todo lo fresco que uno se podía sentir en un entorno en el que solo era posible sentir calor. Al cruzarme con una pareja de hippies colgados de *bhang*, oí que uno decía: «¡Joder, es Shuman el humano!». Un poco más adelante vi a mi amigo, al que había mirado a los ojos. Lo saludé con la mano, pero él no pareció reconocerme, posiblemente porque yo me había vuelto irreconocible, aunque para mis adentros seguía siendo el mismo. Era más plausible que él no se acordara de nada, que ni siquiera conservara un recuerdo. Incluso tener recuerdos era una forma de afecto y de deseo. Personalmente, yo no tenía necesidad de ninguna de las dos cosas.

Hablando de recuerdos, me he olvidado de mencionar que Laline y Darrell se marcharon de Benarés. Se fueron a Rajastán, a Jaipur y a Jaisalmer, una ciudad del desierto. Fueron en avión o en tren, a Jaipur o a Jodhpur. Laline me preguntó si quería ir con ellos, pero yo no tenía el más mínimo deseo de marcharme de Benarés.

—Estar en Benarés es estar en todas partes —dije—. La ciudad es un cosmograma y un mandala. Cuando todo está dicho y hecho, probablemente sea el sitio menos aburrido de la Tierra. Y lo que es más importante, las tortitas del Lotus Lounge no muestran señales de deterioro.

—Estamos preocupados por ti —dijo Laline.

—¿Por mí? Qué detalle, pero no se me ocurre por qué. Solo estoy empezando a adaptarme a esto.

—Es que... Pareces...

—¿Qué? No irás a acusarme otra vez de vivir como un mono, ¿verdad? Esa

época ya ha pasado, te lo prometo. Incluso estoy pensando en aprender sánscrito. Seguro que no encuentras a ningún mono que haga eso, ¿eh?

—Todavía no has perdido el sentido del humor —dijo ella.

—En realidad, soy yo el que debería preocuparse por vosotros.

—¿Por qué?

—Darrell.

—¿Qué le pasa?

—Trabaja para la CIA.

—¿La CIA?

—Lo sospeché desde que lo vi. Ahora estoy seguro.

—Vaya, eso no dice mucho de la agencia —dijo ella, aparentemente imperturbable.

—Lo sé. Yo mismo estoy tentado de hacerme agente.

—No te aceptarían. Eres un riesgo para la seguridad.

—¿Y si Darrell intercediera por mí?

Lal sonrió y me pasó la mano por el pelo.

—Te está creciendo el pelo. Está todo mullido. Como un ganso.

Me pareció un comentario encantador.

—Mullido como un ganso y lustroso como una nutria —dije—. A partir de ahora, ese será mi lema.

Nos acercamos para darnos un abrazo de despedida.

—¡Ay!

Le había pisado la sandalia.

—Lo siento —dije—. Soy un torpe.

—Tranquilo.

Darrell y yo también nos abrazamos. A él no le pisé el pie, y él no me acarició el pelo ni me dijo que estaba mullido como el de un ganso. Pero sí que le dije que ahora que eran pareja Laline debía empezar a llevar celo. Como se marchaban, les hice una foto a los dos en la terraza del Ganges View.

Se quitaron las gafas de sol y posaron rodeándose con los brazos, sonrientes. Los pájaros pasaban revoloteando. Era una foto buena y a la vez bastante corriente. El gran río corría al fondo, incommovible, enorme. Eran mis amigos, y me entristecía ver que se iban, pero yo también era indiferente. Como el resto de personas, ellos solo estaban de paso, solo eran visitantes. Lo mismo era aplicable a mí. Aunque seguía allí y no tenía planes de ir a ninguna parte, era un visitante y solo estaba de paso, mullido como un ganso y lustroso como una nutria.

Me bañaba todas las mañanas en el Ganges, que siempre estaba de paso y se quedaba asentado, de paso y asentado. Algunos días incluso nadaba un poco; solo unas cuantas brazadas. Tenía cuidado de no tragar agua del río, pero era inevitable que algunas gotas me salpicaran en la boca. Una mañana vi a los delfines que se rumoreaba que vivían en el río. Dos de ellos, negros y brillantes con sus trajes mojados, salieron a la superficie y se sumergieron con grandes sonrisas. Costaba creer que existieran de verdad, pero el hecho de que existieran era significativo acerca de los delfines, el Ganges y la existencia en general. Significa que hay delfines en el Ganges, y, si hay delfines, también puede haber otros animales —nutrias, por ejemplo—, y no solo allí, sino también en otros ríos, y no solo en los ríos.

—Está de paso, se queda asentado —cantaba para mí mismo—. Está asentado, se queda de paso.

La primera vez que me había bañado había entrado en el agua con cautela; ahora me zambullía desde los *ghats*. Hablar de zambullirme hace que parezca mucho más espectacular de lo que era en realidad. Se trataba más bien de inclinarse hacia delante, no apoyarse con nada y dejarse llevar, algo también conocido como panzazo. El sol era tan intenso que momentos después de haber salido del agua ya estaba seco. Luego iba a tomar una tortita de limón y azúcar al Lotus Lounge o volvía al hotel y por lo general me ocupaba de mis inexistentes asuntos. Aunque fuera andando despacio, me lo tomaba todo con

calma. Todo parecía posible. No me habría sorprendido enterarme de que había abandonado Benarés y ahora era un criminal de guerra que vivía en Buenos Aires en los años cincuenta. Si hubiera resultado que estaba en casa, en el sofá, viendo un documental sobre Benarés o jugando a un videojuego llamado *Viaje mortal en Benarés*, eso no habría alterado mi juicio de la situación, porque mi situación no habría cambiado de forma significativa. Cuando alguien decía que yo había estado en Charterhouse con ellos en los años setenta, no me inmutaba, aunque lo único que sabía de Charterhouse era que se trataba de una escuela en la que habían estudiado Pete Hammill o Peter Gabriel. Si alguien hubiera aparecido y hubiera dicho que no tenía ni idea de quién era yo ni de lo que estaba hablando, hubiera asentido y hubiera dicho: «Yo tampoco». En realidad, un día ocurrió, alguien lo dijo de verdad —o algo por el estilo—, pero quien lo dijo fue Ashwin. Volvía de Hampi, probablemente después de que Isobel lo dejara plantado, y, aunque había tardado mucho más de lo esperado, al final había sufrido la crisis nerviosa a la que lo había predispuesto todo aquel amor desbordante. Pobre muchacho. Lo único que yo podía hacer era darle mi bendición y unas cuantas rupias.

El tiempo pasaba, o tal vez no. Todo el tiempo está aquí, en Benarés, de modo que tal vez el tiempo no pasa. La gente va y viene, pero el tiempo permanece. El tiempo no es un visitante. Sin embargo, los días pasaban, y al final llegó el día, el día entre los días, el más propicio de ellos. En el *ghat* de Kedar apareció un canguro dando saltos. Causó una gran conmoción, como te puedes imaginar, pero, haciendo gala del hospitalario estilo hindú, inmediatamente se le dio la bienvenida y se le hizo un lugar en el panteón de acontecimientos interesantes. En lugar de asombro, la actitud general fue más bien algo así como: «Bueno, ¿y por qué no un canguro?». La gente tiraba pétalos de vivos colores a modo de saludo, tocaba sus grandes patas y le colocó una guirnalda de caléndulas alrededor de sus victorianos hombros caídos. Se le puso un *tilak* de pasta de sándalo en la frente. El canguro juntó

sus patas y se inclinó ligeramente en una aproximación al saludo *anjali*. Era un canguro bueno y tranquilo, decía todo el mundo, encantado con la atención prestada y la compañía. En absoluto agresivo, no como el que había atacado a Darrell en su sueño. Digo «decía todo el mundo» porque yo no pude verlo. Estaba en su bolsa, asomado, mullido como un ganso, lustroso como una nutria, de paso y asentado. Ví lo que vi, no lo que vio la gente que miraba. Lo que vi fue que la gente lo vio. Cuando el canguro llegó a la orilla del río, vi que el agua densa del Ganges corría de forma lenta y amenazante. La gente creía que el canguro saltaría al Ganges, pero parecía reacio a hacerlo. Probablemente había leído en una guía de viaje lo sucia que estaba el agua. Se quedó allí, justo al borde del agua, usando la cola para mantenerse en equilibrio. El nombre «Ganoona» estaba siendo coreado. Los múltiples nombres de Ganoona estaban siendo entonados, pero solo había un nombre y ese nombre era Ganoona. Yo lo oía por todas partes, brotando de la gente y del río y de mí. No había diferencia entre oír el nombre Ganoona y decirlo. Oír el nombre era decirlo y decir el nombre era responder a él y ese nombre era Ganoona. Puede que Ganoona pareciera un canguro, pero en cierto modo era más una nutria que un canguro. A diferencia del canguro, Ganoona no tenía escrúpulos con el Ganges. Era la nutria que llevaba dentro. Encaramarse al borde caliente de la bolsa fue sencillo, como trepar un muro bajo, oyendo el cántico de Ganoona, inclinándome hacia delante y dejándome llevar, sin apoyarme en nada.



Lo que está aquí también está allí, y lo que está allí también está aquí.

*Katha Upanishad*

## NOTAS Y AGRADECIMIENTOS

Quiero que quede constancia de que mi esposa Rebecca y yo hemos asistido a tres ediciones de la Biennale, en 2003, 2005 y 2007. Desde el punto de vista del clima, la de 2003 fue la más calurosa. Espero que la geografía de Venecia y Benarés que aparece en estas páginas sea medianamente fidedigna, pero me he tomado algunas licencias en la parte artística; un ejemplo de ello guarda relación con la edición de 2003: los africanos que vendían bolsos de imitación cerca de la taquilla del Arsenale en realidad formaban parte de la instalación que Fred Wilson expuso en 2003 en el pabellón estadounidense. Otros datos mencionados en la parte veneciana del libro —Gilbert y George, Ed Ruscha, el castillo rojo y la zona de luz azul— son de 2005; el resto es de 2007.

La pared con dianas de los Giardini (*Yo, el mundo, cosas, vida*) era obra de Jacob Dahlgren, la videoducha del pabellón ruso era de Alexander Ponomarev y Arseny Mescheryakov, y los cuadros suizos psicodélicos eran de Christine Streuli (todo de 2007).

El vídeo del cráneo que botaba del Arsenale era de Paolo Canevari, las fotografías de estudiosos de Rainer Ganahl, y el vídeo del boxeador de Sophie Whettnall (todo de 2007). Al igual que *Cambio rojo*, de Turrell, el vídeo de la mujer junto al río (*Lavandera: río Yamuna, India*, de Kimsooja) formaba parte de la maravillosa exposición «Artempo: donde el tiempo se convierte en arte» exhibida en el Palazzo Fortuny, que pese a haber coincidido con la

Biennale de 2007, era independiente de ella.

Huelga decir que las opiniones de Jeff acerca del arte no son las de Geoff, o al menos no de forma sistemática. Sin embargo, no hay discusión sobre la excelencia del Ganges View. Agradezco a Shashank y a todo el personal su infinita hospitalidad y amabilidad cuando Rebecca y yo nos alojamos allí en 2006-2007. (Lo que me recuerda que los hoteles de Jeff y Laura en Venecia son inventados.)

La miniatura de Shivalal situada en Benarés es un préstamo imaginario del Museo del Palacio de la Ciudad, en Rajastán. Las fotografías de Dayanita Singh de la Galería Kriti pertenecen a la serie *Lárgate más cerca*. La fotografía me tradujo los versos de Faiz del hindi (que ya habían sido traducidos, de forma anónima, del urdu).

En el texto aparecen algunas citas sin acreditar, la mayoría de las cuales son tan evidentes que no necesitan ser acreditadas aquí. Sin embargo, la idea de Jeff (p. 123) de que no hace falta que nos intimiden para que vayamos al paraíso deriva de «Paradise Poem», de Dean Young —la palabra exacta empleada por él es «amenazar»—, de su antología *Embryoyo* (Believer Books). «La gente dice que lo que importa...» (p. 44), concretamente, lo dice John Lanchester en *Novela familiar* (Anagrama). El filósofo que preguntó de dónde venía la lógica (p. 136-137) fue Nietzsche en *La gaya ciencia*. La frase que empieza «Aún era de noche...» de la p. 210 procede de *El filo de la navaja*, de Somerset Maugham. «La oscuridad ocultaba la oscuridad» (p. 194) aparece en el *Rig Veda*. A la versión del chiste de Chéjov de la p. 221 le siguen unas frases de los *Cuadernos de la cárcel* de Gramsci. «Cielo henchido de nubes», «se desorientó en el laberinto de callejones, canales estrechos, puentes y plazas pequeñas parecidas todas entre sí», «regresó al hotel y subió en el ascensor a su habitación», «desintegración interna», «confusa red de calles», «invadido por accesos de mareos», «No hay nada más extraño, más delicado, que la relación entre dos personas que solo se conocen de vista»

pertenecen a *Muerte en Venecia*, de Thomas Mann.

Dos libros sobre Benarés me resultaron especialmente útiles: *Bananas: City of Light*, de Diana L. Eck (Penguin India) y *Benares from Within*, de Richard Lannoy (Callisto).

Esta es una obra de ficción. El hecho de que ciertas figuras del mundo del arte —Fiona Banner, Richard Wentworth, Bruce Nauman, etcétera— sean mencionadas por su nombre o vistas en fiestas no significa que estuvieran realmente en Venecia en 2003 o en otro momento. Con la excepción del encantador Shashank de Benarés, cualquier parecido entre los personajes del libro y personas reales es totalmente casual.

Me gustaría dar las gracias a Ethan Nosowsky, Eric Simonoff, Dan Frank, Bill Hamilton, Victoria Hobbs, Lorraine McCann, Stephanie Gorton, Francis Bickmore y Jamie Byng por sus consejos y ayuda.

Título original: *Jeff in Venice, Death in Varanasi*

Edición en formato digital: septiembre de 2010

Publicado por acuerdo con Canongate Books Ltd., 14 High Street, Edinburgo  
EH1 1TE

© 2009, Geoff Dyer

© 2010, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2010, Ignacio Gómez Calvo, por la traducción

Adaptación de la cubierta original de Canontage: Penguin random House Grupo Editorial, S. A. U.

Ilustración de la cubierta: Getty Images

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-2379-0

Conversión a formato digital: KiwiTech

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

# Índice

Dedicatoria

Cita

Primera parte. Amor en Venecia

Segunda parte. Muerte en Benarés

Notas y agradecimientos

Créditos